



se



LLOVIDA DEL CIELO

Un nuevo caso del comisario Salorio

Alfredo Conde



Lectulandia

Una mañana de junio aparece en la plaza de A. Quintana el cadáver desnudo de una joven. Según el relato de una mujer, el cuerpo había caído de lo alto. El extraño caso cae en manos del escéptico comisario Salorio, quien se verá obligado a investigar incluso a un sector muy importante de la Iglesia tras la desaparición del Codex Calistino, la joya del patrimonio artístico de la catedral.

En una novela que retrata de forma exquisita y a la vez divertida la vida en Santiago de Compostela, Alfredo Conde construye una obra caracterizada por el humor y el sarcasmo, llena de pistas falsas, propia del mejor género negro.

Lectulandia

Alfredo Conde

Llovida del cielo

Comisario Salorio - 2

ePub r1.0

Titivillus 22.10.16

Título original: *Llovida del cielo*
Alfredo Conde, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para esta novela se le ocurrieron al autor varios títulos, a saber: *El llamador de ángeles*, *Como caída del cielo*, *La lluvia*, *Llueven muertos*, *El desorden de las cosas* y *El comisario al que amaban las mujeres*; de todos ellos quiere dejar constancia expresa.

A continuación se deja un hermoso espacio en blanco a fin de que el lector caprichoso pueda escribir de propia mano aquel, de entre todos ellos, que mejor le parezca e incluso cualquier otro que estime mejor y más oportuno, sin que ello le suponga coste adicional de ningún tipo.

Es gracia que le concede el autor.

De la misma forma se concede licencia al narrador omnisciente para anotar el texto.

Ésta es una obra de ficción literaria. Todos los personajes, todas las instituciones públicas o privadas, religiosas o laicas, todas las situaciones en las que unas y otras, éstas y aquéllas, se ven envueltas a lo largo de la narración, todos los hechos que en ella se describen, incluso la posible coincidencia de nombres o la similitud de éstos con los de personas reales o la coincidencia con acontecimientos, sucedidos y aun por suceder, son fruto única y exclusivamente de la imaginación del autor. Nada de lo que aquí se cuenta es real o ha sucedido realmente. Aunque pudiera parecerlo. Incluso aunque pudiese serlo.

Para Ángeles

Primera parte

Santiago de Compostela,

16 de junio de 2011, jueves

Analizado el líquido gelatinoso y transparente que ocupa el espacio que existe entre el cristalino del ojo y la retina, llamado el humor vítreo en los pertinentes libros de texto; una vez deducidas las concentraciones de potasio, urea e hipoxantina halladas en ese humor propio; teniendo en cuenta además el traumatismo craneal, propio de una caída desde cierta altura, como probable causante de la muerte de la víctima, se podría empezar a ofrecer conclusiones.

Sin embargo, no era así. El golpe en la nuca no constituía una causa definitiva y cierta, dado que el traumatismo era muy leve, un golpe apenas, casi una rozadura a contrapelo.

Cotejada además alguna otra información que quizá ahora no venga a cuento y metido todo ello en un curioso programa informático propio, la conclusión era que la resultante de barajar todos los datos combinados en tal programa, no casaba con la obtenida a ojo de buen cubero o, lo que es lo mismo, a olfato de policía ya viejo que se vale de su experiencia y de lo que indica la temperatura de ciertas partes del cuerpo. ¿Cuáles? Las deducidas a partir de la introducción de un simple termómetro en algunas oquedades naturales del cuerpo humano o aun de otras artificiales consecuencia de fáciles perforaciones que sólo requieren o un poco de hábito o un poco de decisión.

El programa informático propio había sido creado ex profeso por investigadores del Instituto de Medicina Legal de Santiago de Compostela, dirigido por investigadores muy hechos a ofrecer resultados solicitados, desde todos los lugares del mundo, bien porque su obtención se presentase complicada o de consecución difícil.

Se trataba de un programa muy completo, basado en multiplicidad de datos. Barajaba aquellos primeros de la hipoxantina y el humor vítreo junto con algunos otros que enseguida se verán, sumándoles además los ofrecidos por el ojo del buen cubero. Un programa muy completo.

Los datos ofrecidos por el análisis del humor vítreo, en vez de los obtenidos gracias a la determinación de la temperatura del hígado o del recto, cotejados con otros tan singulares como el peso de la ropa que vestía la víctima, la humedad ambiente y otros igual de curiosos, indicaban que allí pasaba algo. Pero éste no era el caso. Lo único cierto es que la muerta estaba bien muerta.

El hecho de que la víctima estuviese desnuda, el ambiente seco y el cuerpo, así como desmadejado, en unos escorzos increíbles, más propios de una desarticulada marioneta que de un ser mortal que hubiese llegado vivo al suelo de la plaza de A Quintana, hacían suponer que no todo iba a ser tan sencillo como algún inspector, todavía medio dormido, había sospechado.

En un principio, la hora de la muerte había sido establecida, no a partir de la observación de ningún termómetro, sino de la información facilitada por una beata que se dirigía a misa de seis, en la cercana iglesia, más capilla que iglesia, la verdad sea dicha, llamada de San Paio de Antealtares. La anciana, según afirmó, se volvió al oír el golpe del cuerpo contra el suelo.

Sucedió de ese modo cuando la muy madrugadora mujer se aproximaba a los escalones que tanto podían llevarla a la Casa de la Parra, sin tener que desviarse ni siquiera un poquito de la recta y devota ascensión recién emprendida, como al Café Literarios, en la otra esquina; la más cercana a la capilla románica, anexa a la catedral compostelana, conocida como A Corticela. Esto, claro está, en el improbable caso de que no quisiese ir a misa a tan temprana hora, sino a una exposición de pintura, en el primer caso; o a tomarse un café con leche, en el segundo. En todo caso, algo complicado a aquella hora en la que todo permanecía aún cerrado. Por eso no llegó ni a una ni a otro. Tampoco a la capilla en la que las monjitas entonaban, en general con mucho acierto y en particular con algún arrobó de las más novicias, los cánticos sagrados propios de maitines.

Tal estimación horaria chocaría con los datos del análisis del humor vítreo, algo que al comisario no le causaría la más mínima gracia. Indicaban que habría que determinar muchos más datos, hacer muchas averiguaciones y abrir un caso que, a pesar de su aparente sencillez, se anunciaba complicado.

Las temperaturas hepática y rectal y los datos ofrecidos por el programa informático, al parecer más de fiar, indicaban que el cuerpo había sido manipulado durante un tiempo todavía por determinar y tan impreciso como la observación de la beata. Allí había algo que no casaba.

Dos inspectores recién incorporados a la plantilla de la comisaría compostelana, Luis Leira y Manuel Cerqueiro, interrogaron por segunda vez a la beata, quien, en menos de una hora, volvió a afirmar que oyó de repente algo así como ¡choc! —ésa fue la palabra que ella usó—, se dio la vuelta, vio aquel desmadejado cuerpo humano estampado contra el suelo, desnudo como Dios lo había echado al mundo y echó a correr en busca de un teléfono.

Al encontrar todo cerrado, la beata madrugadora fue cambiando sus propósitos de acuerdo con las circunstancias. Lo hizo sin darse tiempo a reflexionar con calma y de modo que fue alterando su ruta hasta enderezarla camino de la comisaría de policía. Una vez mediada la suave pendiente de la avenida de Rodríguez del Padrón, ya se podría considerar que iba exhausta.

Los escasos cientos de metros, recorridos en zigzag desde la plaza trasera de la

catedral compostelana, por los que ella transitó con un trotecito algo alborotado y en exceso juvenil para su edad, próxima ya a la novena década de su existencia, aunque, eso sí, muy bien llevada, fueron más que suficientes para dejarla al borde del infarto.

Si la fe mueve montañas —se dijo ella—, mucho mejor moverá los cuarenta y nueve kilos de mi reducida estructura corporal.

Tal consideración fue la que la condujo hasta las puertas de la policía. Asustada, sí; pero también alborozada y feliz como una colegiala. Hacía años que no tenía nada que contar y por fin ya podía hablar de algo de lo que nadie más podría hacerlo.

Así fue como corrió la anciana a través de algunas de las rúas más nobles del casco histórico de la capital gallega, excitada y trotona, contrariada y nerviosa. Según afirmó el agente de guardia, llegó rendida y jadeante sin conseguir articular palabra. También sin dejar de intentarlo un solo instante.

Hubo que esperar un tiempo a que se serenase para poder entender lo que decía. Tan pronto como lo hizo y se pudo entender la noticia que de modo tan entrecortado fue mal que bien comunicando, la viejecita se dio la vuelta y empezó a correr de nuevo, sin dar opción al agente a retenerla. Decididamente, era una anciana; pero había que reconocer que se encontraba en plena forma.

Antes de finalizar su periplo, la beata evitó la calle de A Conga, por la que había descendido pese a las obras que lo dificultaban, y, cruzando en diagonal la Praza das Praterías, mantuvo el rumbo con la vista fija en la esquina a la que se abre la puerta de la iglesia de San Paio de Antealtares, sin apartarla más que durante un breve par de segundos, hacia el cuerpo que yacía en el mismo sitio y posición en que lo había visto la primera vez. Cuando comprobó que seguía allí, y tal cual lo había dejado, continuó corriendo.

Podría decirse que cruzó A Quintana como una exhalación, dada su edad y circunstancias. Luego subió de nuevo las escaleras, de una en una, con un ritmo que se diría de gorrión o lavandera, y, sin pausa, penetró en la capilla interrumpiendo a gritos los cantos de las monjitas de clausura que, como ya se dijo, cantaban maitines en el coro.

—¡Ya viene la policía! ¡Ya viene la policía! ¡Hermanitas, hermanitas! ¡Hay una monjita muerta debajo de una ventana! ¡Está desnuda! ¡Está desnuda!

Así gritó. Lo hizo de un modo que las esclavas del Señor consideraron algo histérico y un si es no es desaforado. Ignoraban el esfuerzo que aquella santa mujer había realizado.

Luego, viendo la pasividad de las monjas detrás de la reja que las separaba del mundo —aunque no tanto como sería de desear; ni del demonio, que se colaba por donde menos se esperaba; ni de la carne mortal en la que también ellas llevaban envueltas sus almas—, la ágil, juvenil y dicharachera viejecita se sentó en un banco, abandonada a cualquier posible falta de decoro; es decir, despatarrada. Ella había cumplido; ahora, si querían, que le prestasen atención.

Al verla suspirar con resignación, una monjita que había permanecido atenta a los

gestos de quien dirigía el coro, abandonó éste camino de la cabina telefónica más próxima, sita en la entrada del convento, pegada al torno, al otro lado del edificio, ya en su fachada posterior, que da a la plazuela de Feijoo.

La policía llegó antes de que ella alcanzase ni siquiera a tomar el auricular en su diestra mano. En realidad, ni tiempo le dio a abandonar el coro de modo que no percibiese que, en ese mismo instante, dos agentes ya mayores, excedidos de cintura y probablemente con la tensión arterial fuera de control, los mismos que habían seguido a la eficaz mensajera de la muerte, sólo que con menos fe, menor velocidad y mayor índice graso corporal, penetraron en el recinto sacro detrás de ella.

Se quedaron parados al recibir de golpe el cambio de luz en los ojos. Tardaron hasta acostumbrarse a la eclesiástica penumbra, y, sólo cuando lo hubieron hecho, pudieron descubrir a la octogenaria gimnasta, despatarrada como se dijo, en uno de los bancos cercanos a la reja. Se dirigieron a ella, llegaron y, sin mediar palabra alguna, se sentaron a su lado. Venían literalmente reventados. Tampoco hicieron mucho gasto en comedimiento gestual.

Cuando le fue posible articular palabra, uno de ellos se comunicó con la comisaría por el *walkie-talkie*. Pudo saber que ya habían salido varios agentes hacia A Quintana y que el aparato policial había comenzado a funcionar. Eso lo tranquilizó bastante y se dirigió a su compañero.

—¡Xa veñen!

—¿Qué?

—Que ya vienen y dicen que retengamos aquí a la señora —le respondió.

—¡Vale! —contestó su compañero, secándose el sudor de la frente con un pañuelo—, necesito al menos media hora para reponerme de la carrera. ¡Carajo para la vieja!

Al oírlo, la anciana se volvió indignada fulminándolo con la mirada.

—Perdone, señora, es que corre usted como una joven.

Aunque con esfuerzo, la vieja le sonrió no se sabe si agradecida o resignada.

Mientras tanto, afuera, al pie mismo de la placa que rinde homenaje a los miembros del Batallón de Literarios, formado por los universitarios que, bajo su bandera, se enfrentaron a las tropas napoleónicas cuando la invasión francesa, se había ido formando el grupo pertinente en estas ocasiones, algo ayuno de curiosos a hora tan temprana.

El juez tardó un poco más en llegar, no demasiado, ésa es la verdad. Era hombre madrugador, amigo de sobreponerse con eficaz determinación a lo que en la prelatura personal del Opus Dei suelen denominar el minuto heroico, y decidido partidario de la ducha en agua fría, razones ambas por las que llegó haciendo alarde de una hiperactividad que, en opinión de los presentes, podría resultar insultante.

Nada más llegar, sin hacerse cargo todavía de la situación de un modo cabal, reclamado de urgencias propias del decoro más que del protocolo propio del caso, mandó tapar el cadáver antes de que se enfriase más de lo que ya lo estaría:

—Además... es una vergüenza tenerlo así —concluyó severo.

El inspector de la brigada de homicidios respondió solemne:

—No, si frío ya está; no hay sangre, queríamos que lo viese y aún no nos dio ni tiempo a que llegasen las mantas.

El juez no se dio por aludido y preguntó por la ambulancia.

—Lo que le digo, señoría, que la calle de A Conga está cortada al tráfico y la ambulancia, con las mantas, andará por ahí buscando un hueco por el que poder colarse —volvió a repetir el inspector.

—Por favor, pidan un mantel en cualquier bar de por aquí cerca —insistió el juez.

—A ella no creo que le importe coger frío —intervino de nuevo el joven y desinhibido inspector.

—¡Se trata de una cuestión de decoro! —respondió iracundo el juez de guardia—. Ya hablaremos usted y yo.

El policía semejó no haber oído la advertencia y ordenó que se hiciese venir a la viejecita desde la capilla en la que todavía estaba acompañada por los dos agentes algo excedidos de peso.

Luego se ocupó en observar con detenimiento el cuerpo desnudo de la víctima, aunque fuese de reconocer que lo escrutó sin el decidido afán profesional que cabría suponer en tales circunstancias. Por el contrario, pretendió recomponer siquiera fuese imaginativamente la que supuso que había sido una sólida y hermosa estructura corporal. Quiso imaginársela llena de vida. A punto estaba de conseguirlo cuando fue interrumpido bruscamente por el codazo que, sin muchos miramientos, acababa de propinarle un compañero.

—¡Ahí bajan ésos! —le había dicho sin más contemplaciones, dando por hecho que sabría a lo que se estaba refiriendo.

En ese instante, los dos agentes hipertensos descendían las escaleras cogiendo o cogiéndose del brazo de la beata. Los tres bajaban despacito, echando primero un pie al escalón de abajo, después el otro, de uno en uno, sin poner en ello mayor empeño, ni menor apuro, que el de sostener a la ancianita poco menos que en volandas.

Había sido difícil convencerla de que debería presentarse de inmediato ante el juez, so pena de desacato y obstrucción a la justicia. Si lo habían conseguido había sido gracias al generoso concurso de las reverendas madres, exclaustradas brevemente entre gritos y susurros varios, quienes habían acudido prestas y diligentes a auxiliar a la devota y afligida mujer, velando sus rostros con largos y tenues velos que habían sacado, sabía Dios de dónde, con la sana intención de dejar satisfecha la femenina curiosidad por la que se sentían picadas.

Con todo, no se habían atrevido a salir fuera del espacio sacro abandonando, siquiera fuese brevemente, el claustral refugio en el que vivían, ocupadas en alabar al Señor o en hacer encaje de bolillos, amén de otras virguerías propias de la aguja de crochet, igualmente llamada de ganchillo, con las que adornar puñetas de magistrados, mantelitos para las bandejas de té de las virtuosas damas de los políticos

de derechas, también para alguna de los de izquierdas, la del ex alcalde coruñés y ex embajador ante la Santa Sede, por ejemplo y por convento interpuesto, y aun otras y diversas que dejarían boquiabiertas a quienes las contemplasen.

Ni siquiera la madre abadesa se había asomado al exterior. Le había sido suficiente con saber que el cuerpo de la mujer, procedente al parecer de las alturas, como llovida del cielo, había caído al pie mismo de la pared del convento, para indicar de inmediato a los agentes que se ponía a disposición del señor juez en todo aquello que pudiese necesitar de ella. Pero, así se lo indicó, siempre y cuando accediese éste al convento, previa cita telefónica, por la entrada de la plazuela de Feijoo, pues ella no vivía en el siglo.

La placita de Feijoo, conocida también como de La Borriquita de Belén, gracias a la presencia en la puerta de entrada del convento de un grupo escultórico en el que puede contemplarse a la Sagrada Familia poniendo tierra de por medio al huir de Jerusalén, es una placita más de las muchas que en Galicia no están en un plano horizontal, sino inclinado, pero ésa es una costumbre del país y no quiere decir nada.

Así, como la priora se lo dijo, así se lo hicieron saber los agentes a su señoría. Ésta, al oírlo, se prometió un chocolate con picatostes, en el interior de la clausura, en compañía de la distinguida dama que sin duda alguna tenía que ser la muy reverenda madre.

Cuando el trío descendente alcanzó el plano inferior de los dos que constituyen la plaza de A Quintana, una vez bajada la hermosa escalinata que la divide en A Quintana de Vivos y en A Quintana de Mortos, ya se habían incorporado al grupo que rodeaba al cadáver de la difunta el subcomisario Diego Deza y la inspectora jefe Andrea Arnoia.

Pertenecía Deza a la policía judicial y últimamente andaba muy metido en sacristías y otros centros de espiritualidad relacionados con el Opus Dei. Por su parte, la inspectora jefe pertenecía a la policía científica y, como se recordará, era conocida abiertamente en los bares de ambiente que abren sus puertas por la noche y por los que Compostela es internacionalmente conocida. Los dos se ocuparon de inmediato en la observación del escenario mientras no dejaban de mirar de reojo a los tres que se acercaban con paso torpe y decisión escasa, si juzgaban a partir de la lentitud con la que lo hacían.

Una vez que los tres llegaron hasta ellos, esperaron a que el señor juez se dirigiese a la todavía sollozante mujer para acercarse.

—Ya le habrán tomado la filiación —advirtió solemne a los agentes—; ahora dígame, señora, qué fue lo que vio.

—No vi nada, señoría —respondió ésta.

—¿Cómo que no vio nada, señora?

—No vi, oí.

—¿Qué oyó?

—¡Choc!

—¿Cómo?

—¡Choc! ¡Oí, choc!

—¿Y?

—¡Y me volví!

—¿Y?

—¡Y ahí estaba esa pobre mujer!

—¿Eso es todo?

—¿Le parece poco? ¡A usted habría de pasarle, jovencito!

—Señora, está usted hablando con un juez.

—Y usted con una anciana que acaba de llevarse un susto de muerte y de dar una carrera de infarto.

Respondió la interpelada, echándose a llorar, presa todavía de la conmoción causada por el que más tarde se conocería como el cadáver volador, mucho más impreciso y menos cargado de ironía que significa a su extinta propietaria como la llovida del cielo.

Tras tan arduo y laborioso interrogatorio judicial, Deza y Arnoia levantaron las cabezas y observaron la amplia y elevada fachada del convento de San Paio de Antealtares tomando nota de todos los detalles.

Las cinco primeras de sus ventanas, correspondientes al primero de sus pisos, estaban completamente tapiadas con piedras de cantería. La primera de las cinco, y aun la segunda, eran alcanzables sin necesidad de auparse notablemente sobre el nivel superior de la plaza, primero, o sobre las propias escaleras, después.

Las otras tres requerirían el uso de una escalera de mano, en el caso de que se quisiese acceder a ellas desde el exterior. Las once restantes, ya a la altura de la quinta, se hallaban protegidas por gruesas rejas de hierro que impedían imaginarse siquiera la posibilidad de acceder al interior del convento a través de ellas. Mucho menos que alguien, incluido también la dueña del cuerpo ahora cadáver en tal cómputo, abandonase ninguna de las celdas, iluminadas gracias a sus huecos, a riesgo de tener que dar un salto como el que, en un principio, se podría suponer que había dado la mujer desnuda.

Si eso sucedía con las dieciséis del primer piso, la consideración se ampliaba en el caso de las cuarenta y ocho del segundo y tercero; las que dan a la Quintana dos Mortos y que eran como ojos que la vigilasen. También sucedía así en las otras seis más que lo hacen sobre la Quintana dos Vivos.

Diego Deza, que, amén de atildado y correcto, era estudioso de todo cuanto concernía a la ciudad en la que prestaba sus servicios de subcomisario, estuvo a punto de hacer un chiste pero, afortunadamente, se contuvo.

El convento había sido fundado en el siglo XI por el rey Alfonso II, *El Casto*, para que los benedictinos vigilasen los restos del Apóstol Santiago, al tiempo que los de sus discípulos, pero también todos los de aquel cementerio, de aquella quintana, dotada de una cantidad insólita de enterramientos infantiles, que el tiempo había

hecho quedar bajo el nivel de la actual plaza. La misma plaza sobre la que ahora se había precipitado el cadáver de aquella mujer que, al fin, permanecía cubierta por unas mantas térmicas, sacadas del interior de la ambulancia del 061 que había logrado acceder a la plaza en medio de la expectación pertinente.

Si no había sido empujada desde una de aquellas ventanas, qué había sucedido para que pareciese como caído del cielo el cadáver de aquella mujer. Ésa fue la pregunta sin respuesta que Andrea Arnoia susurró en voz baja al subcomisario, mientras éste se inclinaba sobre la difunta para observar sus restos. El juez había autorizado ya el levantamiento del cadáver.

El cuerpo que yacía en el suelo de A Quintana era el de una mujer joven y bien proporcionada, morena de tez y de piernas esbeltas, que ni cuando fue levantado para ser colocado en la caja metálica propia de estas ocasiones, dio la sensación de hallarse demasiado roto. Por el contrario, producía una enorme sensación de firmeza y solidez, de equilibrio y armonía. Que había albergado el alma de una hermosa mujer fue la primera deducción del subcomisario antes de preguntarse si no serían ya demasiados los cadáveres femeninos que llevaba vistos últimamente.^[1]

Pese a lo temprano de la hora, una pequeña multitud se había ido congregando y, al otro lado de la plaza, en los alrededores de la Puerta Santa, algunos peregrinos observaban desde lejos, sin atreverse a acercarse a grupo tan variopinto como el compuesto por policías uniformados y de paisano, curas de civil y de sotana, camareros de los establecimientos próximos que ya habían empezado a abrir sus puertas, curiosos y curiosas diversas, una ambulancia y tres coches con una dotación policial que no se decidía a precintar espacios alrededor del lugar en el que había aparecido el cuerpo que pronto abandonaría aquel lugar.

En el momento de darle la vuelta al cadáver, que había estado ofreciéndose desnudo boca arriba, la inspectora Arnoia dio la voz de alto.

—¡Quietos, un momento! —gritó en voz no lo suficientemente alta como para asustar al personal, pero sí para ser oída por quienes se disponían a ponerla en el ataúd metálico.

Cuando así lo hicieron, se acercó al cuerpo yacente y pudo comprobar que en la nalga derecha, a la altura del vértice superior del llamado rombo de Michelis, la ahora difunta había lucido en vida y seguía luciendo una vez muerta un curioso tatuaje completamente amarillo dorado. Se trataba de un ángel que, o bien se abrazaba a una cruz, o bien la transportaba en medio del silente batir de sus alas extendidas.

Lo fotografió y luego permitió que metiesen el cuerpo de la difunta en la ambulancia para proceder a su traslado y a las pruebas forenses que determinasen la hora probable de su fallecimiento.

En ese justo instante, el mismo en el que la ambulancia se acercaba a la rúa da Conga, apareció en la plaza, entrando desde las Platerías, la calmosa imagen del comisario Salorio. No llovía y había decidido acercarse, andando con toda parsimonia, quizá para evitar que la visión de la occisa le amargase el desayuno; lo de

siempre, café con leche templado y cruasanes recién llegados de la pastelería.

*A Coruña, domingo 3 de abril de 2011,
dos meses y medio antes*

A punto de ser las cinco de la tarde, el viento del norte, flojito, que había estado acariciando A Coruña desde primera hora de la mañana, haciendo más grato el paseo a pie hasta el estadio de Riazor, había dejado de soplar. Sin embargo, a pesar de haber cesado el viento, la diafanidad de la luz que suele traer con él, había permanecido sobre el campo de fútbol como un albatros cerniendo su vuelo. A ese campo estaban a punto de salir los equipos contendientes.

Ambos se enfrentarían en aquella tarde de cielo encapotado, viento hasta entonces flojo, casi imperceptible en el interior del estadio, temperatura amena de hasta 22° C, tendiendo a bajar, y plenas esperanzas en alza acerca del mantenimiento del equipo local en la máxima división del fútbol profesional. Unas esperanzas que se habrían de ver confirmadas, al menos aquella tarde y también de momento. Más tarde sería otro el cantar.

Contemplado desde el aire, el estadio de Riazor se muestra como una caja de zapatos a la que se le hubiese practicado un agujero rectangular en su centro, de forma que los gusanos de seda que la ocupasen se lo pensasen mejor antes de abandonarla. De intentarlo, se lo habrían de impedir las viseras que proyectaban su sombra sobre sus amplios y elevados muros laterales. Construido, en principio, para albergar algo más de sesenta mil espectadores, había visto reducido su aforo a 34.600 después de unas obras de acondicionamiento que se habían llevado por delante las pistas de atletismo.

Sucedió así en 1982, a fin de que pudiesen sentarse cómodamente la totalidad de los aficionados que adquiriesen localidades para contemplar tres encuentros del Campeonato del Mundo de Fútbol celebrados en él durante ese año. A pesar de ello, de no tener ya pistas de atletismo, seguía llamándose estadio.

Eran casi las cinco de la tarde de ese día, cuando apareció en el aire un extraño artefacto volador, arrastrando lo que a unos se les antojó pancarta, letrero a otros y algo ignominioso a todos. Al verlo, los veintidós mil aficionados presentes prorrumpieron en gritos que obligaron a los vecinos de los edificios próximos a preguntarse si el Depor estaba tan bien de juego como para haberle marcado un gol al Mallorca antes de comenzar el partido.

Como el griterío arreciase, en más de una vivienda, despreciando las almibaradas películas pseudoinfantiles de la sobremesa dominical, se conectaron los televisores al

canal de la TVG que se disponía a transmitir el encuentro en directo.

Una vez hecha la conexión ya no lo abandonarían hasta la hora de comienzo del partido. E incluso más allá de la hora en principio fijada para su comienzo. El aparato volador, una especie de insecto que en vez de desplazarse sobre el agua lo hiciese por el aire, se ofrecía con total desvergüenza a la contemplación de los espectadores.

Un avispa ayudante de cámara, aficionado al aeromodelismo, advirtió al locutor encargado de la retransmisión del encuentro, de que se trataba de un Dragan Flyer X6, dotado con once sensores, un *software* específico capaz de controlar su estabilidad de modo automático y de cargar con una cámara de vídeo de hasta medio kilogramo de peso.

Con todo ese peso a bordo, el extraño artefacto volador no dejaba de ascender a 7 m/seg., descender a 4 m/seg., girar 90° en 1 seg. y de seguir volando a una velocidad constante de 50 km/h. Una joya de elevado precio. Los telespectadores agradecieron mucho tan prolija explicación, aunque no la entendieran del todo.

Era evidente, advirtió el locutor a los telespectadores, que el extraño artefacto, pues así se le antojaba a él y así lo había bautizado, lego que era en materia de aeromodelismo, no portaba cámara alguna de vídeo.

El habilidoso autor de la sustitución se las había ingeniado para suspender por su peso, debidamente lastrada, una pancarta que, insultante, se dirigía a velocidad de crucero a bordear las gradas del estadio, como si de una vuelta al ruedo se tratase, para ser puesta al alcance de la vista de todos los aficionados.

Tan pronto como el Dragan Flyer X6 llegó a la altura del palco presidencial refrenó su vuelo y se orientó de forma que las autoridades pudieran leer perfectamente las letras que, sobrepuestas en papel de celofán transparente y entre rotundos signos de admiración, calificaban de

¡GILIPOLLAS!

a quienes las leyese, el griterío se apagó sustituido que fue por una salva de aplausos.

Acaba de quedar clara tanto la opinión que la afición deportivista tenía de sus autoridades políticas, en aquellos duros días de la inacabable crisis, como la certeza de que a ellas iba dirigido el vuelo del extraño helicóptero.

A Andrés Salorio le dio un vuelco el corazón. Sentado al lado del delegado del Gobierno central en la comunidad autónoma gallega, que generosa y democráticamente lo había invitado a presenciar el partido sin que le costase un euro, se puso en pie de un salto, ágil e insospechable en aquella su masa corporal.

Lo hizo así tan pronto como hizo suya la leyenda que ahora oscilaba a la altura de sus ojos balanceándose con total suavidad, gracias a lo que le pareció observar que era una suspensión cardam, inteligentemente diseñada para que mantuviese su verticalidad con toda elegancia.

Este segundo descubrimiento, causante de un sentimiento que se diría casi de admiración, fue cercenado de inmediato por el rugido de su superior político que, descompuesto, se había desprendido de todo pudor y de las buenas y debidas maneras exigibles a su cargo, poniéndose a gritar desesperadamente:

—¡Es el hijoooo puuuuta de tu hijaaaastro!

Lo hizo así al recordar que otro artefacto de la misma índole e idéntica leyenda en su pancarta había aterrizado en el cráneo de su propia hija, aplicada estudiante que repasaba sus apuntes en la biblioteca de la universidad compostelana, todavía no hacía de ello el suficiente tiempo como para haberlo olvidado.^[2]

Al oír cómo el delegado del Gobierno central calificaba de tal modo a la madre de la criatura —que presuntamente, al menos de momento, pilotaba en la distancia el mentado Dragan Flyer X6—, su adorada Eulogia, su amor de última hora, siempre el más intenso y profundo de la vida, el comisario Salorio sujetó al delegado del gobierno por las solapas de su traje.

Afortunadamente, se dio cuenta a tiempo de lo improcedente de su gesto y se desasió de él tratando de remediar lo inapropiado y ofensivo de su acción con una disculpa que no se la creyó ni él mismo:

—¡Creí que se caía! Disculpe. ¡Como le vi trastabillar...!

Musitó entre dientes el comisario, a modo de justificación, sucinta y pretendidamente convincente. No fue creído por ninguno de sus colegas. Estaban todos en posesión de los antecedentes necesarios, a efecto tal y concluyente, pues todos acababan de ver cómo el delegado se había puesto en pie, tal que impulsado por un resorte, sin perder por ello el equilibrio, aunque sí la compostura.

En ese momento, el Dragan Flyer X6, giró 90° su rumbo y continuó viaje.

Lo había iniciado partiendo de las gradas de la zona júnior, ocupadas por los más jóvenes hinchas del Depor, continuándolo después, a lo largo de las gradas de tribuna y corriendo la banda con la precisión y la velocidad con la que lo hubiese hecho Gento,^[3] hasta llegar a la posición en la que se detuvo, la recién realizada, y, ahora, habiendo completado ésta, cruzaba por detrás de la portería, recorriendo los 68 m de ancho del campo, para ofrecerse con morosa delectación a la mirada de los Riazor Blues. Los ultras la vitorearon al comprender, por fin, la secuencia primera de abucheos y luego aplausos.

El tramo final de 105 metros recorridos por delante de la grada preferente a velocidad uniforme de 30 km/h fue sencillamente apoteósico. Cuando el artefacto se elevó, ágil y ligero, para desaparecer camino de Dios sabría dónde, el comisario respiró tranquilo.

Había sido cosa de pocos minutos. No había pasado nada grave. El haber calificado a los del palco presidencial como gilipollas podría ser considerado fruto de la libertad de expresión, de modo que aquí paz y después gloria. Pero el delegado del Gobierno no pensaba lo mismo.

—Mande detener a ese insensato de su hijo político o como quiera usted

considerarlo antes de que comience el partido. Que lo encuentren como sea —bramó como si se tratase de una premonición.

Cuando Salorio se disponía a responderle que él allí no tenía jurisdicción y que mejor sería que encargase tal cometido al comisario coruñés, un segundo y más complicado artefacto hizo su aparición sobre el cielo del estadio.

Tanto los telespectadores como los aficionados asistentes al encuentro pudieron ver que se trataba de dos helicópteros iguales al anterior, hábilmente unidos por una ligera estructura, que supusieron de carbono.

El nuevo artilugio llegaba arrastrando un cartel todavía más grande y mucho más llamativo. También mucho más claro de contenidos que el que lo había precedido. Esa especie de catamarán aéreo recién aparecido era hábilmente pilotado quién sabe con qué extraños mecanismos y desde Dios sabría qué lejanas alturas.

Sin embargo, el nuevo artefacto no realizó el recorrido anterior. Habiendo accedido al estadio por elevación sobre la grada de tribuna, continuó haciéndolo hasta situarse sobre la vertical del centro del campo.

Hasta ese momento, el delegado del Gobierno de Madrid había ido experimentando una creciente irritación. Al principio, cuando el griterío comenzó de nuevo desde la grada de preferente, porque ignoraba a qué era debida; luego, cuando constató que se trataba de un nuevo aparato volador, porque no conseguía leer la nueva leyenda; al final, porque consiguió hacerlo y porque el griterío, a esas alturas, ya se había desmadrado, con toda razón, según le dio a entender su propio raciocinio.

El catamarán aéreo, una vez situado en la vertical del centro del campo, descendió lentamente hasta quedar cerniendo a una altura bien meditada considerando el punto medio del plano inclinado de las gradas. Toda la maniobra había sido realizada con perfección extrema y elegancia suma. El piloto era un experto, sin duda.

Una vez ubicado en el centro del campo, giró trescientos sesenta grados, ofreciéndose a la contemplación de todos, mientras se alejaba a unos diez metros del borde del círculo central. Completados esos diez metros de radio, empezó a recorrer el perímetro de la circunferencia alcanzada, aproximadamente unos 120 metros de recorrido circular que dieron ocasión a que todos los aficionados presentes en el estadio, debidamente indignados desde no hacía demasiados minutos, pudiesen contemplar al fin otra pancarta, suspendida en el aire, gracias a otra muy inteligente suspensión cardam, conteniendo todavía un mayor motivo para incrementar su ira desatada

¡NOS VEMOS EN SEGUNDA, MAMONES!

Rezaba en esta oportunidad el mensaje recién descendido de los cielos, en lo que pudiera ser considerado un carro de fuego, pues tanto había encendido las iras de las gentes. Mientras, estas encendidas gentes, llevadas del necesario espíritu de emulación, empezaban a hacer volar toda clase de objetos sobre el campo de forma

que el catamarán tuvo que elevar su vuelo hasta desaparecer por donde había venido.

El ruido era ensordecedor. Andrés Salorio, comprensiblemente abatido, había optado por sentarse en su butaca, sin atreverse a levantar la vista, en espera de que alguno de sus compañeros tomase las riendas del asunto y adoptase las medidas necesarias.

«¡Tiene que ser cosa de él, tiene que ser cosa de ese desgraciado!»

Se decía rugiendo, más que gimiendo interiormente.

En ese momento, mientras el delegado del Gobierno hacía saber sus pensamientos ordenando que se averiguase de inmediato quién fabricaba aquellos aparatos para que informase de quién había comprado tres de ellos en las últimas semanas, un nuevo murmullo inundó el espacio deportivo.

A Andrés Salorio le dio otro salto el corazón y creyó que éste habría de ser el último. Quizá fuese la curiosidad la que lo salvó, en aquel momento de cardiopatía intensa, de la tentación de abandonarse al nirvana que ésta le ofrecía y que él, al menos en aquel momento, tanto ansiaba.

Acababa de aparecer sobre el estadio lo que se le antojó un inmenso zepelín de no menos de seis metros de eslora de punta a cola y no menos de dos metros de manga. Lo era.

El zepelín —tres mil euros de inversión, habría de saber que había costado— había aparecido por detrás de la portería que controlaban los Riazor Blues y estaba atravesando el campo ante la mirada curiosa de toda la muy ya irritada hinchada. Era amarillo, dolorosamente amarillo. En su costado derecho figuraba una leyenda que pudieron leer los de Grada Preferente, la mitad de los de la grada de los Riazor Blues y la mitad de los de los Juniors; decía, en letras rojas,

HIJOS DE LA GRAN PITA

de lo que se deducía que, Salvador, el hijo de Eulogia, era un intruso no sólo en el campo de Riazor, sino también en el de la semántica; pero que con todo y sus escasos conocimientos en uno y otro campo, en el semántico y en el deportivo, era más que suficiente para que rugiesen de indignación todas las bancadas.

Del otro costado, figuraba otra leyenda, accesible a la Grada de Tribuna y las correspondientes mitades de las dos gradas anteriormente citadas que también rugieron al unísono, decía:

ARTABRONES, LOS CELTAS OS SALUDAN

Al completar el recorrido, el zepelín giró sobre la cubierta del estadio de modo que pudo ofrecer la primera de las leyendas a la lectura y contemplación de las autoridades presentes en el palco presidencial. Aquello era demasiado.

El delegado del Gobierno, deportivista confeso, asió al comisario Salorio, que era celtista de toda la vida, por las solapas de su traje vociferándole en la cara.

—¡Dispárele! ¡Dispárele! ¡Échelo abajo!

Pese a que todo jugaba en su contra, Salorio no perdió la calma. En aquellos momentos, el trastorno era evidente, la alteración del orden público también, así que había que controlar ambos.

—¡No se puede hacer eso! ¡No se puede hacer eso! —gritó para hacerse oír en medio del tumulto—. Es mejor esperar a que se vaya.

Estuvo a punto de recordarle al delegado lo que no hubiese sucedido con su hija si, Aida Pena, la bibliotecaria, no se hubiese armado con una fregona, tal como lo hizo, y no le hubiese arreado el escobazo que le arreó al objeto volador plenamente identificado que estaba sobrevolando el aire de su biblioteca sin autorización ni conocimiento previos. Como ahora. Quiso gritarle:

—¡No le arree ahora otro escobazo!

Estuvo a punto de hacerlo, pero no le dio tiempo. En ese momento vio cómo, fuera de sí, el comisario jefe superior de policía, deportivista igualmente, desenfundaba su pistola.

—¡No lo hagas! ¡No lo hagas! —gritó desesperado—. ¡Puede estar cargado de hidrógeno!

Pero no tuvo ocasión de ser oído. Se lo impidió la rapidez de la decisión tomada por su colega, el breve tiempo empleado en ejecutarla y el estruendo y la algarabía que hacían temblar la estructura del estadio.

Cuando oyó la detonación producida por el arma de quien acababa de dispararla, según habría de afirmar en su momento, siguiendo órdenes de su superior jerárquico, Andrés Salorio, quedó absorto observando, ya que no la trayectoria de la bala, sí los instantes que siguieron al impacto de ésta con la superficie del zepelín.

Lo que él había temido una explosión grandiosa, no lo fue.

El zepelín no estaba cargado de hidrógeno, sino de helio, un gas inerte que ni explota ni arde.

En medio del inmenso silencio hecho a continuación del disparo, el curioso aparato volador levantó la proa y, con toda pulcritud y solemnidad, comenzó a desinflarse lentamente mientras alzaba el vuelo y se iba —igual que el globo recién soltado por un niño en el aire de su cuarto de los juguetes— haciendo una pedorreta camino de la playa de Riazor.

La sobrevoló, con la que se entendió que era una hermosa velocidad de crucero, hasta ir a rematar su vuelo al pie de la Torre de Hércules, que al parecer está construida, según muchos, sobre los huesos de Hércules o de Gerión; de uno o de otro, dependiendo de gustos, opciones y preferencias. Los coruñeses son así.

Menos mal que aquella tarde, singular en una temporada desastrosa, el Depor le endosó un dos a uno al Mallorca. De no haber sido de ese modo, pudiera haberse organizado la de San Quintín; es decir, algo mucho peor de lo ocurrido en el estadio.

A última hora, todo se había reducido a unos breves minutos de jolgorio prolongados con la recogida de los objetos que habían sido lanzados contra los violadores de aquel espacio aéreo deportivo.

Cuando, una vez iniciado el partido, P. Webo, llegado el minuto veintisiete de la primera parte, marcó un tanto al Deportivo, la indignación reprimida desde que aquél había dado comienzo, después de los interminables minutos de retraso, rebasó todos los límites e incrementó de nuevo todos los malos presagios.

El estruendo no cesó hasta que, ya en la segunda parte, primero Xisco, en el minuto cincuenta y cinco de juego y luego Lassad Nouioui, que tampoco era precisamente un canterano, llegaron al Mallorca el primero y el segundo gol. Gracias a eso se serenó el exacerbado ánimo de la multitud y aquí paz y después gloria tal como Andrés Salorio había advertido que sucedería.

Cuando se iniciaron las investigaciones pertinentes, allí mismo en el lugar de los hechos y casi en el momento de producirse, los inspectores encargados de llevarlas a buen término no tuvieron que aplicarse en exceso.

Dados los antecedentes, enseguida localizaron al autor de tan provocadores vuelos. Suponiendo que Salvador, hijo de Eulogia, perenne cruz del comisario Salorio, hubiese tenido la más mínima capacidad de pasar desapercibido, circunstancia ésta que no fue del caso y que el propio Salvador ni siquiera se preocupó en intentar, hubiese bastado a los inspectores con seguir el rumbo recorrido por los aparatos voladores para dar con su director de vuelos.

En el momento de ser localizado, aquella misma tarde y casi de inmediato, el muy gamberro se mostraba muy ufano y orgulloso de su hazaña. En la consideración de su familia, manifestada en su momento, también en la suya propia, nadie como él había sabido revivir el espectro del estudiante señorito, el espíritu de la Tuna y los tiempos de la Casa de la Troya, aquella al parecer tan sana alegría de vivir.

Cierto era que se había gastado un montón de pasta en su aventura aérea, pero para eso estaban su mamá y sus abuelos dispuestos a sufragar las gracias de su vástago. ¿Y qué eran unos miles de euros al lado de la publicidad gratuita que su hazaña había recibido? ¿Qué, comparados con el venturoso recuerdo de su hazaña cuando fuese mayor y lo reviviese para regocijo de sus nietos? Además, ¿no estaba allí ese pinturero marinovio policía que se había echado su madre para reconducir cualquier contrariedad derivada de los sucesos ocurridos?

—¡Ah, la vida! ¡La vida es una puta mierda!

Exclamó en voz alta el comisario, confesándose a sí mismo en voz baja, al cabo de unas horas, cuando todo lo que trajo consigo la hazaña del ocioso hijo de su madre que era Salvador empezó a complicar la suya del modo que menos habría sospechado.

Eulogia no acabaría de comprender cómo, estando él de por medio, su hijo había tenido que dormir un par de noches en compañía de putas y delincuentes. A los ojos de Eulogia, el comisario no hizo nada que no debiera por impedir que el hijo de su

amada, una vez localizado, no pasase aquella primera noche en los sótanos de la comisaría coruñesa. Ni la que habría de seguir a ésta.

Eulogia lo consideró un oprobio más que suficiente para tomar las decisiones que tomó y traerían mártir a su amado durante demasiado tiempo.

Barcelona, sábado 11 de junio de 2011,

cuatro días antes

La formidable silueta del *Cruise Barcelona* asomó tímidamente en el horizonte, a catorce millas náuticas de la orilla del mar que baña las playas de la Barceloneta. Para quien pudiese observarla desde la arena, en condiciones de buen tiempo, visibilidad máxima y oleaje que se pudiese considerar inexistente, como sucedía en aquella tarde clara y bonancible de un mes de junio que se anunciaba caluroso, su silueta, recortada contra el cielo, resultaba impresionante.

Los doscientos veintiséis metros y veinte centímetros de eslora, treinta metros de manga, nueve cubiertas y siete mil quinientas toneladas de desplazamiento del enorme buque, desplazados a los veintidós nudos de velocidad de crucero que había venido manteniendo desde su salida del puerto romano de Civitavecchia, empezaron a perder arrancada justo antes de que transcurriesen diez minutos desde su aparición ante la vista de aquellos que aprovechaban los últimos y cálidos días de la primavera.

Tan enorme mole como aquélla necesitaba al menos una milla para quedar parada; suponiendo que, en ese momento, no existiesen corrientes marinas, la marea hubiese quedado detenida y el viento hubiese dejado de soplar.

Eso sería mucho pedir, pero hubiese dado la impresión de que el cielo así lo hubiese concedido.

Disminuidas las revoluciones de sus máquinas, el *Cruise Barcelona*, propiedad de las Grimaldi Lines, enfiló majestuosamente su proa al muelle de ferris del puerto de la ciudad de la que había tomado el nombre; entretanto, con el buque ya a media máquina, el práctico del puerto se dispuso a subir a la lancha que habría de trasladarlo hasta él a fin de que pudiese subir a bordo para conducirlo a su punto de atraque.

Lo haría así, cumpliendo un formalismo que, a aquellas alturas, era tan preceptivo como innecesario. Tantas habían sido las maniobras de atraque realizadas hasta entonces en el mismo muelle que maldita la falta que le harían a su capitán, una vez más, las indicaciones del práctico para llevar su barco a buen puerto. El *Cruise Barcelona*, botado hacía escasamente un par de años, estaba dotado de todos cuantos adelantos técnicos suelen convertir en ociosa la presencia de remolcadores y prácticos.

El práctico, un viejo capitán gallego, ocupado ahora en tareas tales de asesoramiento en las arribadas y atraques, también en las salidas de los muchos barcos que diariamente acuden a Barcelona por un motivo u otro, pensaba

exactamente igual que el marino italiano, pero desde una posición equidistante a la suya: la casa armadora debería pagar por el servicio y sería él quien lo cobrase. Con todo, solía observar al italiano con un punto de melancolía en la mirada. Nostalgia del mar, admitía en su interior, consciente como era de que se había convertido en un marino de muelle; nada que ver con el capitán de tan majestuoso buque, quien, por su parte, contemplaba con envidia a aquel colega que podía dormir en su casa el resto de las noches de su vida.

El casco del enorme buque, pintado en azul y blanco, hacía juego con la pamea y el alborotado traje de seda estampada con el que Donatella Tardini, una pasajera ocupante de un camarote de gran lujo, había decidido engalanarse para su llegada a tierra.

Pasajera tan llamativa había subido a bordo el día anterior, a media tarde, en el puerto de Civitavecchia en medio de la gran expectación que había causado su presencia.

Donatella era esbelta y rubia. Antes de subir a bordo se había cortado el pelo, dejándolo caer a ambos lados de la cara, como si pretendiese hacer resaltar con él sus labios, gruesos y habitualmente pintados de un rosa suave, situándolos simétricamente respecto de las dos lánguidas y alicaídas cortinas doradas en las que había querido convertir sus cabellos. Después, como al descuido, había dejado una especie de tímido flequillo. Lo hizo abusando, una vez más, de la laca que siempre solía utilizar con cierta profusión y despilfarro. Pero ella era así.

Sin embargo, no había sido únicamente ésa la causa de la expectación que había despertado en su llegada a bordo. Tampoco el Mercedes CLS 500 Blue Efficiency, cuatro puertas, 4. 663 cc, 8 cilindros en V, doble árbol de levas en cabeza, 12, 5 litros de consumo urbano, cambio automático de siete velocidades y noventa mil euros del ala, sin contar extras. Fue algo más.

La expectación se debió a la camioneta que había seguido al Mercedes, hasta el costado mismo del barco, transportando una blanca y marmórea imagen de san Miguel Arcángel, coronado como un monarca, la mano izquierda echando a un lado dulcemente la capa, las alas en posición de vuelo, los bucles rozándole con levedad el cuello, el pie izquierdo sobre el pecho de un demonio de cuernos curvilíneos y abatidos, el diestro y poderoso brazo enarbolando la espada, como si fuese a golpear una pelota de golf en la salida del primer hoyo; las alas del príncipe del averno incrustadas en la base de la estatua, justo por detrás de las piernas de san Miguel, tan bellas y bien formadas como para que pudieran ser consideradas de mujer; no en vano se discutió durante siglos el sexo de los ángeles, qué decir entonces del de los arcángeles.

Donatella había llegado a la hora justa para llamar la atención, ya con todo el pasaje a bordo, haciendo rugir los motores de su automóvil para detenerlo al costado mismo del barco, con el morro hacia su popa. En ese momento se apeó de él, después de un último y definitivo acelerón, luciendo sin el menor recato sus hermosas piernas.

Tan hermosas al menos como las del arcángel que había traído haciéndole de escolta. Abandonó el automóvil al gobierno de la tripulación que habría de subirlo a bordo por la rampa de popa del buque, mientras ella accedía a la nave por la escala real, como pudiera hacerlo una reina en una película de Hollywood.

Ya a bordo, reclamó la presencia del capitán. Advertido éste de su llegada y de su deseo supo, nada más haber llegado a su vera, primero, que el perfume que la dama utilizaba era Chanel 5; segundo, que el traje que vestía era de seda natural; tercero, que tenía unos hermosos ojos azulados; y, cuarto, que ya no iba a tener ocasión de realizar más comprobaciones. Aquella impetuosa mujer había roto a hablar y lo hacía en cascada de origen pluvio-nival en época de deshielo; de hecho a él acababa de dejarlo helado.

Donatella le hizo saber su deseo de que el arcángel, aparentemente olvidado en tierra sobre la caja de la camioneta, fuese llevado en volandas hasta la *suite* de primera clase que ella ocuparía mientras durase la travesía y que, una vez allí, debería ser ubicado en un lugar de preeminencia que ella habría de señalar y debidamente trincado para que ningún balance le hiciese perder su verticalidad celestial y alada. El capitán asintió y, no se sabe cómo, pues no le dio tiempo a decir nada, se organizó la procesión.

Cuatro uniformados marineros, salidos de no se sabe dónde, acaso de la previsoría disposición del sobrecargo de la nave, habían habilitado unas andas en las que transportaron la imagen. Ciento veinte centímetros de altura y ciento cincuenta kilogramos de peso que, a duras penas y luego de trabajos varios y esforzados, consiguieron ser introducidos en un ascensor para ser llevados hasta la cubierta alta en la que el arcángel habría de cumplir viaje compartiendo *suite* de lujo con la dama rubia y agresiva. Nunca se había supuesto a bordo que una tan hermosa mujer pudiese dormir en tan arcangélica compañía.

Donatella había dispuesto con anterioridad que, a la llegada, quedase el Mercedes en Barcelona a fin de poder transportar en más distinguidas condiciones la imagen de su devoción y sus desvelos. A efectos tales, había reservado otra *suite* en el Grand Marina Hotel, sito en el medio y medio del muelle de atraque, con objeto de no andar llamando demasiado la atención por la ciudad y alojarse así en las mejores condiciones. De acuerdo con sus intenciones, había encargado a la directora del hotel que alquilase un Porsche 911 Carrera 4S cabrio a su nombre.

En el asiento del copiloto del Carrera 4S, que debería ser descapotable, una vez debidamente desplazado hacia atrás, debería ser apoyada la base de la imagen, de modo que las alas del arcángel reposasen sobre el cabezal del asiento y de manera que permitiese, después, ser ceñida por el cinturón de seguridad y por todas cuantas otras ataduras se considerasen necesarias a fin de asegurar la mayor estabilidad posible, pero sin oprimirlo demasiado. Un arcángel es siempre un arcángel y hay que tener con él los debidos miramientos y respetos.

En el momento en que el *Cruise Barcelona* atracó en la Ciudad Condal, se desató

la misma expectación que a la partida de Civitavecchia. Durante la travesía, la presencia de Donatella había sido objeto de todo tipo de comentarios y valoraciones, de modo que la mayor parte del pasaje estaba asomado a la borda esperando acontecimientos. Los rumores se habían extendido. Donatella había sido convertida en una millonaria excéntrica y devota, que caminaba hacia occidente en cumplimiento de una promesa. No iban muy descaminados, pero era evidente que su imagen valía más que las mil y una palabras que pudiesen envolver su nombre.

La dama peregrina acompañó al arcángel a lo largo de todo su descenso desde la cubierta superior y no lo abandonó durante todo el tiempo que duró el desplazamiento hasta el Porsche de hermoso color azul que ya esperaba su llegada al pie de la compuerta de acceso de los automóviles.

Sólo cuando vio la imagen del arcángel entronizada en el Porsche, subió a despedirse del capitán y de sus oficiales que la contemplaban ensimismados, unos; arrobados, otros; con cierta y maliciosa sonrisa un par de ellos. Luego descendió y, ya en tierra firme, se volvió y saludó al pasaje que tanto se había entretenido, asomado que había estado a la borda mientras había durado el espectáculo. Lo hizo como pudiera haberlo hecho una estrella.

Después se introdujo en el hotel en medio de la desusada expectación que también había causado su llegada entre los huéspedes que se alojaban en él. Ni se preocupó por el Mercedes. Ya lo bajarían y sería personal del hotel quien se ocupase de dejarlo en un lugar seguro mientras ella reemprendía su peregrinaje a bordo del Carrera 4S.

Los empleados del magnífico hotel Grand Marina que la habían esperado para acompañarla durante los escasos metros que mediaban entre la entrada principal de éste y la escala real de a bordo la dejaron a los pies del consejero delegado de la cadena de hoteles Eurostars, como pudiera haberlo hecho la cuadrilla de un torero con el más bravo morlaco a los pies de un picador avezado. Mientras, otros empleados, habían desplazado el Porsche para ponerlo a buen recaudo y otros dos más habían hecho lo mismo con el Mercedes, tal como ella había dado por sentado que se haría.

El consejero delegado era un gallego cauto y culto, lento y solemne de ademanes, que la había estado aguardando en la puerta de acceso a Recepción, sin quitarle ojo de encima, mientras sonreía entre admirado y socarrón, la mirada chispeante, el andar reposado y la voz, ¡ah, la voz!, la voz era susurrante y cálida cuando le dijo:

—Bienvenida, *signorina*.

Donatella Tardini subió a la *suite* y lo primero que hizo fue asomarse a la pequeña terraza, que culminaba en una barandilla balconada, a fin de poder contemplar el barco en toda su dimensión. Si antes le había parecido enorme, ahora, al comprobar la elevada altura de su bordo y relacionarla con la del octavo piso en el que ella se hallaba, lamentó no haberse aventurado por él del modo que había procurado evitar permaneciendo encerrada en su camarote. Pensó que, en vez de regresar por carretera

en su Mercedes, debería volver a reservar un camarote para poder hacer lo que se le ocurrió llamar turismo náutico; es decir, andar de tiendas por las distintas cubiertas y contemplar el orto de luna en compañía de algún guapo piloto.

—Tener una cuenta corriente saneada es algo que permite concederse algunos caprichos de vez en cuando —se dijo la rubia italiana.

Sin embargo, ahora volvió a hacer lo mismo que se arrepentía de haber hecho. Permaneció en la *suite* del hotel decidida a acostarse cuanto antes. Quería salir a primera hora de la mañana.

Descolgó el teléfono y marcó el número del servicio de habitaciones para ordenar que le subieran algo de comer. Después encendió el televisor y se dispuso a contemplar una película, aunque decidida a no prestarle mayor atención. Su mente estaba puesta en la peregrinación que emprendería al día siguiente camino del Finisterre gallego en donde, una vez llegada, entronizaría la imagen del santo arcángel, vencedor del demonio, defensor de las gentes ante sus asechanzas.

Antes de que la venciese el sueño, volvió a descolgar el teléfono, para que nadie la molestara, pero antes hurgó en su bolso, extrajo su móvil y marcó el número que pertenecía al comisario Andrés Salorio.

***Compostela, 3 de abril de 2011,
horas después de lo sucedido en el
Campo de Fútbol de Riazor***

¡Verga! Eso fue lo que exclamó Eulogia, airada, nada más sentir a Andrés Salorio hurgando con la llave en la cerradura de la puerta. Luego, sin más preámbulos ni comentarios, se dirigió al coqueto vestíbulo de entrada.

El comisario acababa de entrar en su domicilio con el ánimo dispuesto a todo, decidido a restarle importancia a lo que horas antes había sucedido en el estadio de Riazor, escogiendo para ello las posibles respuestas a las seguras preguntas que, sin duda, habrían de serle formuladas.

—¡Verga! ¿Cómo es que Salvadorcito no viene contigo? ¡Aquí no entras sin él, así que vete por donde has venido, gordito!

—¡Pero...!

—¡Déjate de vainas!

—¡Es que...!

—¡Coño, pana! ¡Qué arrecho venir sin él, sin mi Salvadorcito!

—¡Pero déjame...!

—¡Pal coño tu madre, déjame, déjame...! ¡O mi hijo duerme en mi casa o el que no duerme en ella eres tú! ¡Fuera!

En ese momento, el comisario Salorio, querido y respetado por todos sus subordinados en toda su oronda y corporal humanidad, recordó la escena gracias a la cual había conocido a Eulogia^[4] y empezó a temer los platos voladores, las fuentes hechas añicos, los vecinos llamando por teléfono a la policía e intuyó la que se le podría venir encima.

En virtud de ello, decidió ser cauto, dar vuelta despacito, empezar a bajar las escaleras de una en una, sin esperar al ascensor, y pedir al Dios de los Apóstoles que Eulogia se hubiese dado así por satisfecha y empezase a disminuir sus gritos, según él fuese descendiendo más peldaños y en proporción inversa al número de sus pasos de descenso.

Ni siquiera se le ocurrió pedir un vaso de agua, no fuese a ser que se incendiase aún más la escena. Y eso que sentía sed. Los gritos dados en una de las ocasiones aéreas más jocosas que habían visto los siglos, le habían irritado las cuerdas vocales y, en ese momento, las sentía ardiendo, eso era cierto.

Sin embargo, no era mentira que temió cualquier brebaje vertido en el vaso que

tímidamente hubiese solicitado, un anestésico, un laxante de efecto fulminante, cualquier idea atravesada que la mujer de sus sueños pudiese tener en tales circunstancias; cualquier sañuda idea que no fuese capaz de reprimir, algo a lo que era muy proclive y que era evidente que había sabido legar a sus dos hijos bien amados, el piloto aficionado y la mujer con *cocker* y pitón amorosamente entrelazados en el asiento trasero de su coche. Por eso se abstuvo. Ya en el primer tramo de escaleras de bajada, susurró:

—¡Bien! No te preocupes, ya me voy. Cojo un cepillo de dientes...

El comisario sólo tuvo tiempo a decir eso y a oír una exclamación seguida de una pregunta y un envío envenenado:

—¿Un cepillo de dientes? ¡Toma a ver si te rompen y no lo necesitas! —le respondió a gritos Eulogia A Andrés no le dio tiempo más que a apartar la cabeza de modo instintivo. Una sombra fugaz, la de una pulida bola de mármol, procedente de encima de una consola, sita al lado justo de la puerta de entrada del domicilio, que empezó a temer que dejase de ser conyugal en aquel momento, acababa de ser lanzada contra su cabeza dándole el tiempo justo para reaccionar evitándola.

El ruido que provocó la bola, en una inmensa carambola a tres paredes, al romper un espejo colocado por los vecinos del piso inferior, en un alarde de generosidad, justo en el medio y medio del rellano de entrada a su casa, le aconsejó seguir bajando más de prisa de lo que ya lo estaba haciendo, dispuesto a abandonar el campo de batalla cuanto antes, sin haber podido ensayar ninguna de las respuestas que había preparado.

Una vez que hubo cerrado, desde afuera, la puerta del portal de la calle, dudó si regresar a A Coruña o si quedarse en Compostela, buscando un alojamiento discreto en el que pasar la noche.

Decidió que encontraría ese alojamiento, pero que éste nunca estaría dotado de la condición de discreto y optó por regresar a la ciudad que era como un transatlántico, anclada que estaba en una bahía procelosa y escasamente calma durante los más de los días de los más de los meses de los que se compone el año.

En A Coruña era menos conocido y podría pasar más inadvertida su presencia que si se quedaba a dormir en Compostela, se dijo. Además, podría visitar a Salvador en su encierro y ver si realmente necesitaba algo, observar de paso su estado de ánimo y facilitarle todo género de explicaciones acerca de la imposibilidad de ayudarle a salir de allí si no era contando con la aprobación del juez y del más que improbable apoyo del delegado del Gobierno e incluso con el del comisario jefe superior de policía que, inexplicablemente, había perdido los nervios y estaba necesitado de causas eximentes de la precipitación habida en su conducta, por muy inducida que hubiese sido por las órdenes superiores procedentes del jefe político de ambos.

También pensó que a través de Salvador podría hacerle llegar a Eulogia los argumentos que a él no le habían ni siquiera dejado empezar a exponer. Pero se dijo que aquella última se trataba de una ilusión vana. Su fino instinto de policía

habitado a formular hipótesis le hizo ver que, si parangonaba la escena recién vivida, con la que había sido el origen de su relación, ya podría ponerle vigilancia a Eulogia para enterarse cuanto antes de quién habría de ser su sucesor en el cargo.

La vida de una persona, su historia personal, está tramada de hilos argumentales tan tenues como éste con el que se estaba tejiendo ahora un capítulo más de la suya y muy atribulada. Lleno de un estoicismo muy propio del país, se dijo:

—¡Si está de Dios... está de Dios... y, si no lo está ya vendrá el agua a su cauce!

Luego siguió pensando en Salvador, en cómo argumentarle, qué palabras dirigirle, haciéndolo de modo que éstas, una vez transmitidas, pudiesen calmar a su enfurecida madre al darle noticia cierta de su preocupación y de sus desvelos por aquel desventurado vástago de su estirpe. Un malcriado en medio de la abundancia y el despilfarro, consentido en todos sus caprichos. Un muchacho que había ido creciendo en medio de todos sus antojos satisfechos hasta dar en aquél e inacabable, de pilotar artefactos teledirigidos.

Habían localizado a Salvador a los pocos minutos de la algarabía provocada por sus aparatos voladores, nada más seguir el rumbo trazado por el segundo de ellos, viéndolo volar en línea recta hacia la terraza de un edificio vecino desde la que había dirigido las evoluciones que tanta indignación y alboroto habían causado.

Ahora, en aquel mismo momento, mientras el comisario Salorio esperaba agazapado en la entrada de su domicilio el regreso de su coche oficial, Salvadorcito estaba siendo trasladado desde la celda común a una en la que pudiese disfrutar de soledad, de un ambiente más silencioso y cómodo, de mejor iluminación y una cama realmente limpia. Su teléfono móvil no le había sido retirado y, escasos minutos antes, haciendo uso de él había solicitado de uno de los restaurantes coruñeses emblemáticos una solemne mariscada que se proponía compartir con la mayor parte del personal de guardia.

La cuchipanda había comenzado a gestarse en el momento de tomarle declaración y responder Salvador a una pregunta cruzada por un agente que pasaba por allí:

—¿No será éste el que por poco le rompe la crisma a la hija menor del delegado?
—insinuó en voz alta un agente que pasaba.

En ese momento Salvador frunció los labios, ladeó levemente la cabeza al tiempo que se encogía de hombros y levantaba los ojos para mirar a ningún sitio por debajo de las cejas.

—¡Es! —Gritó el agente dándose la vuelta—. ¡Choca esos cinco, muchacho! —le dijo a Salvador extendiéndole la mano.

Salvador le extendió la suya preguntándose si aquel tío estaría loco o si lo que sucedía era que estaba empezando el conocido juego del poli bueno y el poli malo. También se preguntó si estaría haciendo lo correcto. Tan habituado estaba a no hacerlo que se podía permitir dudarlo, se dijo sonriendo. El caso fue que se la extendió y entrechocaron sus cinco, campechanamente.

El delegado no era persona ni muy querida, ni muy respetada entre sus

subordinados, se dijo Salvador a la vista de los comentarios que siguieron al reconocimiento de su autoría del vuelo en el espacio aéreo universitario. El hecho de que entre los agentes hubiese dos de Vigo y uno de Carballiño —celtistas, por lo tanto— le dio alas; de modo que, Salvador, acostumbrado a batirlas, pudo echar a volar su gran capacidad de iniciativa.

—¡Esto hay que celebrarlo, chamos! —bramó lleno de un entusiasmo que no pareció fingido.

Después pidió permiso para llamar por teléfono y pedir un par de botellas de albariño.

—¡Estamos de servicio...! —balbuceó uno de los agentes.

—Son para merendar yo... pero eso tiene arreglo... —masculló el vástago venezolano de aquel frondoso árbol gallego constituido por todos sus ancestros. Y añadió:

—Incluya dos fuentes de jamón de Jabugo... cinco jotas, unos panes de mollete, y ¿qué marisco tienen?

Los agentes escucharon atentamente intentando poder oír la respuesta que le estaban dando; sin embargo, les fue imposible. A pesar de ello fue cuando decidieron cambiarlo a mejor celda que la que había abandonado para ser interrogado.

—Ponga un poco de todo, pago con tarjeta Visa Platino, envíemelo a comisaría y que pregunten por mí, el piloto del zepelín recién aterrizado, estoy aquí detenido. Compruebe la llamada, no se trata de una broma.

Así comenzó la que de allí en adelante habría de ser conocida como «La mariscada del siglo». Incluso hubo agentes que, al tener noticia de ella, se reincorporaron al servicio y otros que reprocharán eternamente a sus compañeros el hecho de no haber sido advertidos a tiempo.

Cuando el comisario Salorio llegó a A Coruña, se bajó del coche oficial, entró en comisaría y fue informado de inmediato de lo que allí estaba pasando. No se atrevió tan siquiera a confirmarlo. Se dio la vuelta y abandonó el recinto tomando las mismas precauciones con las que hacía poco más de una hora había abandonado su domicilio conyugal. Pero ahora preguntándose hacia dónde encaminaría sus perdidos pasos.

Subido de nuevo en el coche, se atrevió a marcar el teléfono de casa.

—Salvador, está bien...

—¡Vete p'al caragho, chamo! Acabo de hablar con él y está medio borracho. ¡No me des más la vaina, pana! —gritó Eulogia encolerizada al otro lado de la línea telefónica.

Ante tamaña argumentación, Andrés Salorio, comisario del Cuerpo Nacional de Policía, se dirigió de nuevo al chófer.

—¡Vámonos a dormir a Lugo! —le dijo.

Apenas entraron en la autopista, dio la contraorden:

—Mejor vayamos a Brión, al Hotel Casa de Rosalía.

Sacó el I-Phone de su bolsillo y buscó en Google el número de teléfono del hotel

en el que se había alojado no hacía mucho la familia Urdangarín Borbón antes de irse a vivir a Washington, o después, no podría precisarlo. Lo habían hecho así quizá en un alarde de ahorro que no viniese al caso visto lo que se habría de ver al cabo de unos meses; en todo caso, se habían alojado allí durante unos días del pasado Año Santo.

Tal hecho sucedió antes del lío de la Fundación Nóos que los situaba a la altura y rango, sino de todos los demás mortales, sí a la de unos pocos y significados a los que sería mejor que no se pareciesen.

—Vendrían a pedir la protección del Apóstol —se dijo el comisario, según iba cayendo en la cuenta. Estaba tan ofuscado que ya no hilaba ciencia con conciencia.

***Santiago de Compostela, 16 de junio de 2011,
poco después de haberse encontrado el cuerpo
de la mujer desnuda sobre las losas de la plaza
de A Quintana, al pie de las ventanas del
convento de San Paio de Antealtares***

Lento y parsimonioso, el comisario Andrés Salorio se paseó por los alrededores de la catedral compostelana cuando ya había sido retirado, de la plaza de A Quintana, el cadáver de la mujer desnuda, y un toldo de más de dos metros de altura empezaba a ser levantado para velar el lugar en el que la gente congregada alrededor afirmaba que, la ya difunta, se había estrellado contra el suelo.

Antes se había acercado al grupo, haciéndose el sorprendido, procurando permanecer ignorado en medio de la gente que cada vez era más alrededor del lugar en el que había sido encontrado el cadáver. Según avanzaba iba preguntando qué había pasado y recibiendo las respuestas más inesperadas e insólitas que cupiese esperar.

—¡Nada! ¡Una monja que se cayó del tejado!

—Un angelito llovido del cielo.

—La ex del alcalde, que se ahorcó colgándose de la placa del Batallón de los Literarios.

—Una puta que vino aquí con un vicioso y le dio un paro cardíaco.

Fueron algunas de las respuestas obtenidas. Algunas de ellas hicieron que el comisario se sonriese y, con tal sonrisa en los labios, fue cuando decidió que debería seguir avanzando y, una vez incorporado a su gente, observar un poco más la reacción de los curiosos, sorprendidos ahora por su incorporación a las fuerzas de la ley. Pero aún se retrasó otro poco.

Después del tiempo que permaneció el comisario entre el gentío, despertando la ansiedad de unos subordinados que no acertaban a explicarse aquel regodeo suyo en retrasar el momento de integrarse en la investigación, los congregados habían ido aumentando. La noticia se había ido extendiendo por la tercera de las ciudades santas de la cristiandad.

Varias tiras de plástico protector con la leyenda Cuerpo Nacional de Policía rodeaban otro espacio interior, también acotado con otras que lucían entrecruzadas avisando de que el recinto estaba precintado por orden judicial. El recinto velado era

una especie de palio o baldaquino que ocultaba el lugar en el que había sido encontrado el cadáver.

Dos agentes custodiaban el toldo que, de tan protegido, era susceptible de ser tomado por la tienda de Muhammad al Nasir, conocido por Miramamolín entre los cristianos, quien durante la batalla de las Navas de Tolosa, había visto invadido su espacio por el monarca cristiano. Eso pensó el comisario, que aquel día se sentía emocionalmente juguetón y continuaba con tan aventuradas disquisiciones como las que acababa de escuchar, antes de sentirse como Sancho VII, el Fuerte, rey de Navarra, al penetrar en el interior de la tienda del musulmán como él estaba a punto de hacerlo en la que había albergado el cuerpo de la víctima.

Uno de los dos agentes que custodiaban el recinto así establecido saludó todo lo militarmente que supo a su jefe superior mientras el otro levantaba las cintas, formando un ángulo abierto hacia el suelo, para que el comisario las salvase pasando por debajo de ellas.

Una vez que las hubo superado, acercado ya a la tienda de Miramamolín, el comisario separó del todo las cortinas y observó el dibujo silueteado en el suelo, apenas contorneado el cuerpo de la mujer desnuda de acuerdo con el escaso arte, el trazo grueso y apurado, y la mínima paciencia del agente encargado de ello. Se quedó un buen rato observando el ahora desnudo recinto en el que sólo se veían los números que indicaban hallazgos y posiciones anteriores.

El traslúcido toldo blanco prestaba al interior una luminosidad que hacía más nítidos todos los perfiles. Tal circunstancia permitió a Salorio dejar que su imaginación vagase por múltiples direcciones. Era como si su mente se hubiese fundido en blanco y toda percepción fuese posible.

Desde los incidentes del campo de Riazor, su vida había dado un vuelco. Ni siquiera la mediación de Eugenia, la hija de Eulogia, había servido para volver a ésta en razón. Salorio había sido expulsado del paraíso y nunca más habría de regresar a él y ahora, se dio cuenta de ello; así lo había aceptado desde el principio sin la más mínima objeción.

Transcurrida la primera semana, todavía no había sido consciente de que no había luchado, ni siquiera lo más mínimo, por recuperar su lugar al lado de la diosa, y ahora se preguntó el porqué de su desgana. Lo que se respondió debió de tranquilizarlo mucho porque de nuevo se sonrió tímidamente. Al descubrirse sonriendo así, empezó a comprender la tranquilidad con la que había decidido alquilar un chalet en las afueras de Santiago apenas pasaron los primeros siete días de la expulsión del que había sido su hogar en los últimos años.

Supo en ese momento que, en el fondo, la suya debió de ser una de esas decisiones elaboradas en silencio por el inconsciente, predispuerto o alimentado por determinadas situaciones que, llegado el momento de hacerse evidentes, afloran y surgen en calma, con determinación extrema, sin que por ello haya de alterarse un músculo del cuerpo, temblar el ánimo agitado por la más mínima emoción, ni

trastocar sentimiento alguno.

Rememoró así la concatenación de los hechos como si hubiesen acontecido hacía ya muchos años, tantos como para que el recuerdo no resultase lacerante.

Había visto la luz en el interior del toldo, mientras los agentes lo suponían indagando razones y motivos de aquel óbito, reflexionando acerca de lo sucedido y tomando decisiones sobre el caso apenas iniciado. La mente de Salorio, en tal y supuesta oportunidad, había ido por otro lado, transitando por parajes mentales muy distintos de los que sus subordinados habían dado en suponer.

Una vez firmado el contrato de alquiler, le había pedido a Eugenia que rogase a su madre, allí donde estuviese, el permiso necesario para que los empleados de una empresa de mudanzas pasasen con un capitoné a recoger sus pertenencias. Después contrató los servicios de una señora que cumpliera con las tareas domésticas y de un señor que mantuviese el jardín y las instalaciones en perfecto estado de revista y se dispuso a ocupar su nueva vivienda cuanto antes. Había sido ver la primera y alquilarla.

Estaba en Roxos. El edificio, algo aparatoso de aspecto, más que en una pequeña urbanización de chalets, se encontraba en una larga calle ocupada enteramente por ellos, cercano a un extraño estanque en dos niveles que no daba aspecto de haber sido terminado. Mientras no tuvo la nueva vivienda absolutamente instalada siguió durmiendo en el Hotel Casa Rosalía.

Transcurridas un par de semanas e instalado ya en su nuevo domicilio, fue cuando recibió la llamada de Donatella Tardini, avisándole de su inmediata llegada en compañía de alguien que, sin duda alguna, habría de sorprenderle, según ella le comunicó por teléfono, anunciándose en medio de risas llenas de felicidad y gozo. Casi se diría que con una alegría infantil que al comisario, al menos en un principio, no le pareció insana; más tarde empezaría a sospechar que pudiera serlo.

Se habían conocido cuando él simultaneaba sus estudios de derecho con su condición de miembro de la llamada Brigada Político Social del régimen franquista, *la social* en la terminología estudiantil y política de entonces, cuando ella era una atractiva licenciada en física cuántica que había venido a concluir, en la facultad correspondiente, la investigación en la que basaba su tesis doctoral bajo la dirección de un físico con pinta de pájaro loco que ya había enviado alumnos suyos a las mejores universidades norteamericanas.

El mantenido con ella fue siempre un romance que se diría inacabado, salpicado de encuentros fugaces, en lugares insólitos y distantes, impensables de antemano. Donatella sirvió de veladura a su condición policial, al tiempo que significó la envidia y el rencor de quienes habían perseguido a la italiana sin obtener el menor resultado. La moza era de una hermosura exótica, vivía en un buen hotel, pues era de familia de posibles, y todavía no había padecido ningún acceso místico de los que jalonarían su espiritualidad, acrisolada en mil batallas del alma, hasta llevarla a hospedarse en un convento de monjas semihabilitado como residencia femenina. Les

había dado tiempo, entonces, para pasear lo justo por Compostela, dormir en lechos con baldaquino incorporado y visitar juntos lugares que todavía pudieran ser considerados remotos.

Una vez, entrando él en la iglesia de Santo Domingo de la Calzada, salía ella y, en ese instante, cantó el gallo y se alborotó el gallinero. En otra ocasión, en el Monte San Michele, en la frontera entre Italia y Francia, cerca de Turin, ella frotaba sus estampitas en la estatua del arcángel y luego sobre el cuerpo de Salorio, ante la mirada suspicaz de los sorprendidos visitantes que parecían esperar o bien un milagro repentino, o bien la confirmación de que estaban jugando a algo. También que los estuviesen tomando de broma a ellos.

En aquella ya lejana oportunidad, Donatella lo frotaba con la estampa del arcángel. Lo hacía con fruición y convencimiento tales que pareciera querer lavarle los restos de sus pecados, cuando no borrarle las manchas que pudiesen permanecer en su conciencia. No daba la impresión de que pretendiese querer sacarle brillo alguno a las pocas virtudes que Salorio había osado exhibir hasta aquel día de la fecha.

Desde entonces, la vida los había traído y llevado, a los dos, como si fuesen tablas abandonadas en los largos arenales del Finisterre atlántico. Esas tablas que de tanto ser batidas por el mar y frotadas contra las arenas de las playas de tantas y extrañas latitudes, acaban por ofrecerse tan pulidas y por ser tan hermosas que la gente las colecciona sin saber muy bien la razón de por qué así lo hace.

Las tablas, a fuerza de ir y venir, acaban por ser dueñas de colores, tenues y difusos, que el salitre fue descomponiendo a partir de los primeros, fuertes e iniciales, que suelen lucir las barcas de los pescadores. Un trabajo, laborioso y lento, que dura hasta darle la apariencia de líquenes o el aspecto y el tacto de las cosas por las que sin saberlo sentimos un afecto profundo y duradero como el mar.

Son esas tablas que el oleaje se lleva siempre de las playas cuando Tierra, Sol y Luna forman la llamada línea equinoccial de sicigias, durante las mareas vivas, para volver a abandonarlas cuando se producen las mareas muertas y el mar se aleja, llevándoselas con él, retirándose como si no fuese a regresar jamás. Pero siempre vuelve. Donatella era una tabla pulida por el mar, según dedujo el comisario Salorio en algún momento en el que, sin darse apenas cuenta, se sintió invadido por la melancolía. En el fondo de sí mismo reconocía siempre un lugar dedicado a ella.

Se acercaba el solsticio de verano y Andrés no sabía precisar qué clase de marea era la que traía de nuevo a Donatella, esperada a la vuelta de unos cuantos días, después de que con su anunciado y aún desconocido acompañante hubiese recorrido una vez más el Camino de Santiago. Una vez cumplidas las debidas paradas en San Juan de la Peña, Santo Domingo de la Calzada, San Juan de Baños o Fromista, como queriendo mostrarle al invitado sus dominios, aquellos que sentía suyos pues tanto era lo que los amaba desde antiguo.

A Salorio le apetecía tanto verla que se había prometido a sí mismo cuidar un

poco su ingesta alimentaria durante los días que precediesen a su llegada.

Lo haría no tanto por ver de bajar peso como por conseguir una disminución notoria del volumen de su vientre siempre hinchado. Y era que no sabía negarse a hacer sopas con el pan, fuese en la salsa que acompaña a la lamprea o fuese en la que lo hace con las almejas a la marinera. Le daba lo mismo una que otra, o cualquiera otra más que, por añadidura, se le ofreciese o le fuese presentada.

A él, más que comer, lo que le gustaba era tragar, llenar la boca con el sabor de las distintas comidas, engullirlas, aunque fuese de modo apresurado, pretendiendo calmar así una inidentificable ansiedad de la que ahora era consciente y que lo acosaba desde joven, por lo que se veía con algo más que con apreciables resultados pues también estaban los ocultos, la hipertensión que lo obsesionaba desde que le habían advertido de su presencia inalterable, la arritmia cardíaca que le imponía su sobrepeso, la lentitud de sus pensamientos, ralentizados por no sabía qué fuerza interior que así lo determinaba.

En estos extremos era en los que pensaba el comisario mientras paseaba su mirada sobre las losas ocultas bajo el toldo de la tienda. Al fin salió de ella y, desde fuera del recinto precintado, se dedicó a observar la fachada del convento de San Paio de Antealtares. El resultado de una teoría, nacida a propósito de la ciudad sepulcro, convertida en otro elevado muro agujereado de ventanas, excepto en el caso de las primeras cinco de su lado izquierdo. Éstas habían sido tapiadas en su día a partir de la presencia en el convento de una alaricana de las llamadas de pelo en pecho, Purificación Rumbao Meire, como se la había conocido en el siglo, encerrada en él de por vida, al menos en principio y a la fuerza, por una familia rigorista que no admitía sus recién iniciados amores por no parecerles convenientes y considerarlos un si es no es pecaminosos.

Purita Rumbao consiguió ser atendida en sus ruegos por el Vaticano, advirtiéndole antes que si no le permitían abandonar su encierro se condenaría y tocaría las campanas a rebato. Debió de poner una cara tan seria, en el momento de realizar tales afirmaciones delante de la autoridad competente en la materia, que consiguió redimirse de su condena al enclaustramiento vitalicio.

Para lograrlo tuvo, además de tener que ir a Roma, que comprometerse a permanecer soltera y vestir siempre de negro con ropa hasta los talones; si bien hizo saber, desde un principio, que esa ropa la vestiría si le fuese posible, pues era cara y resultaba sucia, más para ella que era tan limpieta y aseada. Una vez exclausturada ejerció la docencia y fue alcaldesa en un pueblo madrileño durante la dictadura.

Pura Rumbao tuvo un carácter muy definido. En ese tiempo de dictadura, cuando le reclamaron vivas a un político en visita electoral, argumentó que en dónde se había visto que una dama saludase a un caballero; de modo que permaneció tan callada como parlanchina había estado en su momento ante las autoridades eclesiásticas vaticanas encargadas de solucionar su caso, una vez que logró ser recibida y escuchada. Tal era su carácter. Pero antes de poder manifestarlo de ambas formas

tuvo que entrar muchas veces en el convento su estudiante en leyes, haciéndolo por las cinco ventanas, las mismas que todavía permanecen tapiadas desde entonces.

—Por ellas no pudo entrar ni salir el cuerpo de la víctima.

Se dijo Salorio, contemplándolas, conocedor como era de la historia de aquélla su antepasada; una historia que siempre narraba a cuanto visitante de la ciudad o del Apóstol se pusiera a su alcance; luego siguió observando, pero antes se sonrió con su ocurrencia.

El caso recién abierto estaba lleno de misterios. Según los primeros exámenes el cuerpo de la víctima, todavía sin identificar, había permanecido desnudo y de algún modo había volado hasta el suelo cayendo desde Dios, san Paio o incluso el apóstol Santiago sabrían dónde.

Algunos de sus informantes involuntarios, los habidos fuera del recinto precintado, habían dado en alardes imaginativos impagables al suponer que pudiera haber sido desde el tren de aterrizaje de un avión, de forma que se hubiese ido descongelando poco a poco hasta que, después y de modo milagroso, se deslizase por entre los vericuetos del fuselaje de la aeronave y viniera a estrellarse sin haberse hecho papilla contra el suelo por habérselo impedido el hielo adherido todavía a su cuerpo, al parecer prodigioso amortiguador del golpe.

—... y por intercesión divina, llovida del cielo —volvió a repetirse el comisario.

Salorio miraba la altura del edificio, calculaba la del tejado al suelo y daba por hecho que era milagroso que si hubiese caído desde allí se hubiese mantenido, como se mantenía, en la casi total integridad que le habían relatado. Tendría que acercarse a la *morgue* para comprobarlo.

Lo más probable era que la vieja beata hubiese pasado por delante sin haberla visto, al menos de modo consciente, y que, superada la yacente figura, cayese en la cuenta de que, en vez de haber caído la occisa desde el tejado, era ella la que se había saltado su presencia; es decir, que en ese justo instante, la beata hubiese vuelto la cabeza y, el violento «choc» al que había aludido, lo hubiese padecido ella como consecuencia del propio choque traumático emocional, no de otro, producido por la visión que tan descarnadamente se ofrecía a sus ojos. Habría que esperar al resultado del trabajo de los forenses. Eso o haberle practicado la prueba del alcoholismo a la vieja ancianita temerosa. ¿O es que era ella la asesina?

Después de haber abandonado el cobijo del toldo, Salorio dio un pequeño paseo por la plaza hasta acabar decidiéndose a sentarse en el larguísimo banco de piedra que la recorre en uno de sus lados, justo al pie de la fachada del convento de Antealtares. Permaneció allí, en sedente actitud, durante una hora y media larga, aparentemente absorto en sus pensamientos, atento a todo cuanto comentario se le ofreció por boca de los muchos visitantes que el lugar tenía esa mañana.

Decididamente la ancianita era beata, pero también era beoda, eso parecía confirmarse en más de un comentario de los muchos escuchados mientras permaneció sentado.

Compostela es hoy la capital política del antaño Reino de Galicia, pero también la aldea más grande del mundo en opinión de uno de los más insignes escritores gallegos perteneciente a la generación «Nos», nada que ver con la Fundación Nóos, no confundamos.

Habría que confirmar estos extremos. La posibilidad de que la ancianita hubiese sido la asesina no quedaba excesivamente abierta, pero sí la de que pudiese haber sido una eficaz colaboradora. Cosas más raras se han visto.

Cuando el comisario se encontró sopesando tal posibilidad decidió que, el mero hecho de habersele ocurrido era indicativo de que algo se le había aflojado en su interior. Decidió que era el apetito y que ya era hora de acercarse hasta el Carretas para ver de comer algo.

Todavía era temprano, sí, pero también era aventurado suponer lo que había supuesto, por muy de inmediato que lo hubiese rechazado. Sin embargo, lo había hecho, razonó el ya no joven policía mientras ascendía las escaleras que conducen a la Quintana dos Vivos, dispuesto a traspasarla por delante del Café Literarios, escurrirse por la esquina que forma la capilla de la Corticela y luego bajar por la Azabachería, para pasar por delante del Hostal de los Reyes Católicos, ya en la plaza de O Obradoiro y desde allí encaminarse, cuesta abajo, hacia el Carretas.

—Cuesta abajo todos los santos ayudan.

Se dijo Andrés Salorio, irónicamente, al sentir el peso de su cuerpo repercutiendo en sus rodillas doloridas, según descendía por la empinada cuesta que habría de depositarlo en la calle que daba nombre al restaurante de todos sus pecados.

—Lo que me faltaba a mí ahora sería que me diese un ataque de gota.

Volvió a decirse a sí mismo prometiéndose poner límite a la ingesta pero, escasos cien metros después, según entraba en el restaurante, ya se había olvidado de los buenos propósitos que lo habían acompañado durante tan escaso recorrido.

***Santiago de Compostela, el mismo 16 de junio
de 2011, poco después de que Andrés Salorio
llegase al Carretas y se dispusiese a hacerle la
autopsia a unas cigalas***

Desde que se dispuso a entrar en el restaurante de su amigo Manolo, Andrés Salorio, comisario jefe del Cuerpo Nacional de Policía con mando en Compostela, pensó en que debería llamar a alguno de los suyos para que lo acompañase mientras comía. Desde que Eulogia lo había echado de casa con cajas destempladas y se había acogido a la hospitalidad interesada del Hotel Casa Rosalía, en el vecino ayuntamiento de Brión, antes de ocupar su nueva vivienda en el de Ames, más próximo a Compostela, a menudo había comido en solitario.

Casi siempre lo había hecho una vez desplazado a Bertamirans, capital del ayuntamiento de Ames, entre el de Brión y el de Compostela, un núcleo de población de unos quince mil habitantes, levantado en las dos últimas décadas a partir de una pequeña aldea formada por unas pocas casas, situadas al borde de una angosta carretera, que hoy se comunicaba con la capital gallega por una espléndida autopista además de por la vieja y renovada vía que descendía, desde aquélla, hasta el valle de la Amaía, la tierra de los ameos, una vieja tribu celta de la que aún quedaban vestigios por doquier.

Decidió que ya estaba bien de comer solo y, cuando se disponía a marcar en el móvil el número del de Diego Deza, según accedía al restaurante, vio acodado en la barra de la entrada a Salvador Alén Andrade, hijo de Eulogia, a quien no se podría decir que hubiese querido como a un hijo.

—¡Así que ya te soltaron! —le soltó a guisa de saludo.

—¡Anda y no seas cabrón, Andrés. Fue hace muchos días y vengo a hablar contigo!

Salorio se paró en seco, lo cogió de un brazo y respondió:

—¡Anda tú, entremos!

Se sentaron a la mesa que usualmente ocupaba el comisario cada vez que iba por allí, detrás de un mamparo de mediana altura, montado sobre ruedas, en funciones de macetero, coronado de unas flores que nadie diría artificiales a no ser que hubiese ido por allí dos o tres veces y comprobado que siempre eran las mismas y que ni crecían, ni se marchitaban, las muy plásticas.

El mamparo aislaba lo suficiente a quienes ocupasen la mesa en cada ocasión,

dotándola de una intimidad y un aislamiento que la silenciada sordera del comisario le impedía a éste saber si era real.

—Mira que la armaste buena —le dijo nada más sentarse.

—Es que la gente enseguida se pone muy nerviosa.

—No lo digo por eso, lo digo por tu madre y por mí, que mira cómo acabamos.

—De eso quiero hablar contigo.

Salorio inclinó levemente la cabeza, al tiempo que la ladeaba, y miró por debajo de las cejas a quien había tenido por hijastro.

—Menos mal que ni nos habíamos inscrito en el registro de parejas de hecho y ahora todo ha de ser más fácil pero, primero, bebamos. ¿Qué pedimos?

Se había acercado el camarero con el bloc en la mano y esperó, atento a las instrucciones que quisieran darle.

—¿Cómo se llama el ribeiro ese que bebió el Papa cuando le servisteis la comida? —preguntó el comisario, que era un desastre para todo tipo de erudición incluso la afecta a la enología.

—Casal de Arman —respondió Carlos, el camarero políglota, autocondecorado con tantas banderas nacionales como idiomas conocía, de forma que mejor le sentaría un frac que el medio esmoquin que vestía.

—¿Te hace? —preguntó el comisario.

—Si está bendecido... —respondió Salvador.

—¿Qué pasa, ya no meas agua bendita?^[5]

Salvador sonrió y no respondió nada. Después de su anterior incursión aérea en la biblioteca de la universidad había tenido unos meses de gran exaltación religiosa, al tiempo que mantenido una intensa relación de amistad con la propia bibliotecaria y con un canónigo que había mandado un tabor de regulares en África antes de jubilarse como coronel de un tercio de la Legión y ordenarse sacerdote.

—Tráenos de ése y unas buenas cigalas para ir picando algo —ordenó Salorio al condecorado camarero, pero ya se acercaba otro trayendo cuatro hermosos ejemplares de nécora en una fuente de porcelana blanca.

—De parte de don Manuel, para que se vayan entreteniendo —les dijo.

—Tengo que venir más veces contigo, a mí no me tratan así cuando vengo solo —comentó Salvador, antes de confesar que ya había estado allí en días anteriores para ver de hacerse el enconradizo con el ex amante de su madre.

—Ya hemos pedido unas cigalas —dijo el comisario.

—¿Las retiro? —ofreció solícito el camarero.

—No, déjelas estar; no debemos hacerle un feo a don Manuel; luego, yo he de querer un pescadito a la plancha, el que quieran en cocina —terminó de ordenar su menú el comisario.

—Yo, lo mismo —sentenció Salvador y sirvió el vino.

Salvador había venido a comer al Carretas, una vez estrenado el primer día de su libertad, después de haber estado detenido hasta que el juez decretó su libertad

incondicional sin fianza. Nuevamente los abogados de la familia se habían movido todo lo necesario hasta conseguir que el desbarajuste causado por Salvador fuese considerado una chiquillada, ni siquiera una gamberrada, que se le había ido de las manos a causa de la ineptitud de un cargo político que había perdido la compostura y dado órdenes que nunca debieron haber sido obedecidas y ejecutadas.

Inútil advertir, le comentó Salvador a Andrés Salorio, que habían hecho uso de la templanza y buen criterio del comisario compostelano, renuente a las disparatadas órdenes del delegado, cuyo incumplimiento trató de evitar intentando hacer razonar al cargo político e incluso a su superior jerárquico en el mando policial.

—Eso ya lo sabe bien mi madre, Andrés —medio le susurró Salvador a Salorio antes de meterse entre los dientes una hermosa cola de cigala.

Luego la masticó y después de tragarla, dio un largo sorbo de vino.

—¡Qué bien bebe Benedicto! *Benedictus benedicta!* —exclamó lleno de un fervor en el que la reciente y apurada ingesta alcohólica (ya hacía algo de calor) tenía algo que ver.

—¿Qué dices?

—Que el Bendito la bendiga.

—¿A quién?

—¡Al Papa, a ti y también a la cigala, qué carajo! —respondió Salvador levantando de nuevo su copa.

—Me parece que tú sabes demasiado latín —sentenció el comisario y siguió aplicando todo su buen saber hacer a la disección de su nécora. Iba más despacio, mucho más, que el hijo de Eulogia.

El Carretas había sido el restaurante que hacía menos de un año había servido la comida al papa Benedicto XVI en su último viaje a Compostela y ahora, además de seguir siendo punto de encuentro de artistas y escritores, de médicos y políticos, se había convertido en lugar de encuentro de muchos peregrinos y de no pocos sacerdotes que pedían ser servidos en la misma vajilla que había sido utilizada durante el ágape papal.

De hecho, en una vitrina situada al lado de la entrada al comedor, se exhibían los platos y la cristalería que habían sido usados personalmente por el Sumo Pontífice de Roma. No era infrecuente ver la vitrina rodeada de personas que observaban ensimismadas aquellas piezas de porcelana, adornadas con el escudo del Pontífice, encargadas que habían sido especialmente para una ocasión que no había sido difícil considerar solemne.

—Nunca se te ocurrió pedir que te sirviesen en la vajilla en la que comió el Papa —preguntó Salvador no sin cierta malicia.

—No, pero ahora que lo dices lo haré un día de estos; además, Manolo guarda la silla en la que se sentó el Papa y pediré que me la ponga. ¿Contento? —le respondió el comisario—. Ahora, dime, a qué has venido.

—A intentar que mi madre y tú tengáis una reconciliación.

—¿Para que vuelva a llamarme cazafortunas? —respondió Andrés Salorio—. ¡Cazafortunas! ¡A mí! ¡Con mi expediente!

—¿Te llamó eso?

—Y cosas peores.

—Ya sabes cómo es.

—Claro que lo sé y, por si no lo supiese, me lo dejó bien claro el otro día.

La conversación siguió por ese mismo derrotero hasta ir decayendo, poco a poco, perdiendo fuerza ante la reiteración de los mismos argumentos.

Cuando se disponían a pedir los postres, apareció Eugenia y la conversación fue reanudada en los mismos términos. Aquélla parecía una encerrona premeditada. Lo era. Los dos hermanos parecían haberse convertido en clientes habituales del restaurante desde que su madre había decidido volar lejos, probablemente a Venezuela, según dedujo cuando Manolo le comentó el primer extremo de la consideración citada.

—¡Vamos, pana, ánimo! ¡No nos la dejes para aguantarla nosotros solos, gordito, que no seremos capaces! —porfiaba Eugenia, asiéndole la mano al comisario al tiempo de acariciársela.

A Andrés Salorio empezó a irritarle la insistencia y únicamente pensando en que podía ser cierto que aquel par de cretinos consentidos lo quisiesen realmente pudo contener las ganas de decirles cuatro cosas. Lo consiguió, no les dijo nada.

Mientras ellos insistían, puso cara de atención extrema y empezó a recordar todo cuanto le había rondado por la cabeza, esa misma mañana, durante la dilatada investigación ocular a la que había sometido el lugar del crimen o, mejor dicho, de la aparición del cadáver de no sabía todavía quién.

En ese momento, Salorio extrajo el I-Phone de su bolsillo y marcó el número de comisaría. Sin embargo, antes de que sonase la primera señal de llamada, anuló ésta y volvió a guardárselo en el bolsillo de la chaqueta. Acababa de tener una ocurrencia.

—¿Cuesta mucho aprender a manejar esos aparatitos que manejas con tanta solvencia o es cosa de un par de lecciones? —preguntó de repente a Salvador.

—No, no lleva mucho. Es sencillo, al menos si tienes *feeling*, pana... —le respondió éste.

—Me gustaría, pero también utilizarlo de inmediato. ¿Qué pasó con los tuyos? —le interrumpió el comisario.

—El juez se incautó de ellos, pero tengo otro en casa... un poco mejorado respecto del Dragan Flyer X6; bueno, que desarrolla más potencia, vuela a más velocidad y sostiene mayor peso... ¡una maravilla! No hay como tener amigos que entiendan de aeronáutica y electrónica. ¿Por qué lo preguntas?

Salorio se quedó pensativo un momento. Se le ocurría preguntar quién era ese amigo y para qué quería Salvador un avioncito tan mejorado, pero supuso que no era el momento y que no debería aprovecharse de la intimidación mantenida con sus hijastros.

—¿Me enseñarías a manejarlo? —contestó el comisario.

—¿Cuándo? —preguntó Salvador.

Eugenia permanecía atenta a aquella partida de pimpón celebrada sobre el mantel, del que ya habían retirado todo menos los servicios de café y los chupitos de hierbas, de crema y de aguardiente blanco que prácticamente ni se habían tocado.

—Cuando terminemos de comer.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¡Pero...! ¿Ya tienes casa? —intervino entonces Eugenia.

—¡Claro! Si no recuerdo mal vuestra madre me echó de la vuestra.

—¡Y de la tuya! —medió de nuevo Eugenia con ánimo conciliador.

—Me echó de las dos, de la suya y de la mía. Y también de la vuestra. Me echó de tres sitios. Bueno, ¿me enseñas o no?

—¿Vas a volver con mi madre? —preguntó Salvador.

Andrés lo miró y permaneció en silencio, sin contestar a su pregunta. Transcurrió así más tiempo del deseable hasta que terció Eugenia:

—Claro que te enseña. Vámonos y así veo yo también la casa.

Afuera de Santiago de Compostela, aquella misma tarde del 16 de junio de 2011, un poco más tarde de que Andrés Salorio saliese del Carretas habiendo diseccionado unas cigalas y hecho la autopsia a un par de nécoras

Casi al mismo tiempo que Andrés Salorio, acompañado de los que hasta hacía poco habían sido sus hijastros legales, entraba en su nuevo domicilio anunciado en el portalón de entrada como Casa do Castelán, lo hacía Donatella Tardini en el Hostal de San Marcos de la capital leonesa.

Hasta allí, el viaje de la italiana había constituido toda una experiencia de la que más de un autoestopista mañanero guardaría memoria de por vida. El hecho de enseñarle el dedo pulgar, a primera hora de la mañana, a un descapotable cuyo rugido acababa de descubrir, más que en un cambio de rasante, en lo alto de una loma, le supuso a más de un caminante una impresión de la que tardaría tiempo en reponerse.

Mirar hacia atrás al tiempo de extender el brazo con el puño cerrado y el citado dedo señalando la dirección de la ruta y descubrir, recortado contra el horizonte próximo, un brazo, silueteado en negro, blandiendo una espada, en medio del aire limpio de la mañana, sobresaliendo por encima del cristal del parabrisas, como si avanzase dispuesto a rebanarle el gañote, fue causa de más de una arritmia que nada tuvo que ver con la velocidad imprimida a su marcha.

Observar el paso fugaz del coche y al tiempo descubrir al arcángel san Miguel, pálido de emoción, sin dejar de blandir la espada, como si ahora a quien pretendiese rebanarle el cuello fuese a la hermosa mujer rubia que conducía el rugiente bólido mientras dejaba flamear su fular de seda rojo, tal como Isadora Duncan dejó flamear el suyo en mala hora, ayudó también en no pequeña medida, a acelerar el ritmo cardíaco de más de un viandante peregrino a Compostela.

La llegada al Hostal de San Marcos no resultó menos aparatosa que la realizada al muelle de Barcelona. Según entró en la ciudad, Donatella advirtió de su inmediata llegada al Hostal de San Marcos haciendo uso, algo escandaloso a causa del *bluetooth* en medio del silencio callejero, del bullicio propio del motor y de la circunstancia de seguir llevando oculta la capota del Porsche del modelo ya citado que no será preciso repetir.

Habló directamente con el responsable máximo del complejo hostelero. Cuando

Donatella reservó la mejor *suite* y la plaza del garaje, ya hizo saber al director del Hostal de la conveniencia de que, cuatro trabajadores físicamente bien dotados transportasen hasta la *suite* la imagen de la que se haría acompañar puesto que debería velar su sueño.

Por eso, cuando llegó a la puerta principal del viejo y renovado edificio que en un principio había sido construido en la orilla del Bernesga, ya había cuatro fornidos mozalbetes esperándola.

El edificio del Hostal de San Marcos, el original, había sido construido como hospital de peregrinos pobres de Cristo, tal como indicó, en pleno siglo XII, en tiempos del rey Alfonso VII, la infanta Sancha de Castilla, que fue quien hizo la donación precisa y necesaria a tales fines. Pero, llegados nuestros días, la fábrica del edificio ya nada tiene que ver con la inicial.

Se había convertido, a partir del siglo XVI por obra y gracia del rey Fernando el Católico, aquel pobre hombre que no fue feliz hasta que enviudó y se casó con otra, en la fachada renacentista más plateresca de España, según una acreditada catedrática de historia del arte a la que no le satisfacía mucho.

El antiguo convento, el antiguo hospital de los pobres de Cristo, hacía años que se había convertido en un suntuoso hotel que, en el día de la fecha, vio entrar procesionalmente la imagen de san Miguel Arcángel, llevada en andas por cuatro que no serían costaleros, pero que muy bien pudieran serlo. Paso a paso, con ritmo que hacía recordar el del tambor que marca las procesiones en la Semana Santa, trasladaron la imagen hasta la *suite* nupcial en la que habría de pernoctar con la hermosa dama que oficiaba de abadesa detrás de la no menos hermosa reproducción del arcángel encargado de guardar los límites y marcar distancias. El personal del hotel todavía guarda memoria de la expectación causada, así como de las hermosas piernas de Donatella contempladas mientras subía la escalera.

Poco después de depositar la imagen de san Miguel en lugar principal de la *suite*, justo a los pies del lecho con dosel, Donatella abandonó el Hostal camino del Panteón de los Reyes de San Isidoro de León, la Capilla Sixtina del románico español, según conocida apreciación que tampoco entusiasmaba a la anteriormente referida que no citada profesora en la materia.

Quería comprobar, la bella italiana, si era cierto o no lo que le había comentado el comisario Salorio, en más de una ocasión. Padecía el policía una tendencia, que se diría natural, a repetir, más de lo que lo provoca una ingesta de lamprea, sus conocimientos acerca de la existencia del sepulcro del rey García de Galicia.

Según el comisario, en el sepulcro figuraba una inscripción en la que los que supiesen latín podrían leer lo que sigue:

H. R DOMINUS GARCIA REX PORTUGALLIAE ET GALLICIAE FILIUS
REGIS MAGNI FERDINANDU HIC INGENIO CAPTUS A FRATE SUO
INVINCULIS OBIT ERA MCMXXVIII XI° KAL. APRIL

Y los que no lo supiesen deberían rogar una traducción que, más o menos, dijese: *Aquí yace el rey García de Galicia y Portugal hijo del gran rey Fernando que fue capturado por su hermano con engaño. Murió preso el 27 de marzo de 1090.*

El sepulcro debería encontrarlo entre los situados en un segundo orden, junto al altar, del lado de la epístola, pero hacia el del evangelio, después de los de las infantas doña Urraca y doña Elvira, señoras de Zamora y Toro, hermanas suyas situadas a su izquierda. Debería estar ocupando el sexto lugar. La imagen del rey, esculpida sobre su tapa para mostrar su real figura, debería aparecer portando una argolla que rodease su cuello. De esta argolla principal colocada en su real persona a modo de collar, debería descender una cadena que se bifurcaría para llegar a las dos esposas que le harían presa en las muñecas y, desde ellas, continuarían bajando hasta los grilletes que abarcarían sus tobillos.

El rey García había permanecido encadenado de tal modo, durante diecisiete largos años, una vez que lo hubo prendido Rodrigo Díaz de Vivar, conocido mercenario a quien los árabes llamaban Sidi. Había actuado El Campeador por orden del rey Alfonso VI, hermano y verdugo de García, que lo atrajo con engaños. El rey gallego había ampliado su territorio ocupando el norte de Portugal, y tal aumento de tierras había sido considerado excesivo por el usurpador, que se decidió a obrar en consecuencia. Después de su larga prisión, García murió encadenado; como había vivido.

Donatella quería contemplar estos extremos, comprobando por sí misma la existencia de la tumba real y al tiempo, la de la leyenda funeraria, adornada con la figura del rey encadenado, que su amigo el comisario le había dicho y comentado en su momento para que a ella se le antojase excesivo el hecho de que el verdugo y sus herederos lo hubiesen consentido.

Entró en San Isidoro y asistió a un espectáculo que le resultó apasionante. Reconoció a Mario Conde, el ex banquero gallego, que se había pasado casi tantos años en la cárcel como García de Galicia, pero que de modo asaz afortunado no había sucumbido y se estaba ocupando, en compañía del abad prior del convento, en localizar la misma tumba que ella iba buscando; la de alguien que, como él, hubiese sido preso con engaño.

El ex banquero había sido encarcelado aludiendo idénticas razones a las que, en los meses inmediatamente anteriores a la visita que se narra, habían servido para que, diecisiete años después, el gobierno recapitalizase a los bancos españoles en apuros, casi todos.

El suyo, el Banco Español de Crédito, al decir de la banca J. P. Morgan, dispuesta a asociarse con la entidad de crédito presidida por el gallego, no estaba ni mucho menos necesitado de recibir ayuda alguna y sí en condiciones de seguir prestando dinero a los empresarios. De hecho, llegó a hacerlo con trescientos cincuenta en toda España y de todos ellos, hasta el día de la fecha, ninguno pertenecía a los cuatrocientos mil que hubieron de cerrar sus empresas gracias a la crisis causada por

el alto capitalismo financiero que el propio banquero gallego había denunciado, en su momento, en las páginas de un libro de rabiosa actualidad pese a los diecisiete años transcurridos desde su primera edición. Un escándalo parangonable al del rey García.

Al ver al abad, plano en mano, buscando en vano la tumba de García, Donatella se echó a un lado.

—Tenía que estar aquí, en donde lo señala el plano —decía el abad.

—Pues bien se ve que no está —respondía el ex banquero.

—Pues aquí dice que sí.

—Pues bien se ve que, aquí, no.

—¿Pero cómo es posible que desaparezca la tumba de un rey?

—Es evidente, de toda evidencia, que la tumba ha desaparecido —señaló con voz calma el ex presidiario, dando por zanjado el tema.

La mujer del ex banquero, que asistía muda a la conversación, al oír la pregunta del abad le sonrió con dulzura no exenta de ironía; lo que, para ser ella andaluza, no dejaba de tener su mérito. El abad, como era castellano, no acertó con la ironía y le sonrió agradecido. Se notaba que la andaluza, a fuerza de vivir en Galicia, se estaba contagiando.

Recordaba el abad, respondiéndose a sí mismo, que las tropas de Napoleón habían profanado el recinto en su momento, vaciando de huesos los sepulcros, para poder utilizarlos como pesebres de sus caballerías, y que con posterioridad y gracias a los frailes, habían sido devueltos para que ocupasen sus lugares de un descanso que no había sido tan eterno como se había dado por supuesto.

Lo habían hecho mezclando todos los huesos, hasta que el día primero de febrero de 1997, en presencia del abad-prior don Antonio Viñayo, según relata y describe en un documentado estudio María Encina Prada Marcos, antropóloga forense, fueron debidamente catalogados y devueltos a sus lugares de descanso; los de don García entre ellos y directamente al suyo, al sepulcro que la citada antropóloga describe con cuidado y minuciosidad que se dirían extremadas en el texto que ahora era recordado por el confuso abad-prior a la sazón reinante.

Todo esto lo consideraba el abad, en su fuero interno, sin acertar a explicar nada que aclarase las dudas de aquel gallego que también había querido ampliar sus dominios hasta la banca Totta & Azores de la vecina hermana portuguesa. Bien se vio que también con qué extraños y sorprendentes resultados.

A Donatella Tardini le faltó decisión para grabar la escena en su I-Phone o para ponerse en contacto con Salorio a fin de que escuchase conversación tan sustanciosa como la allí mantenida, la misma que no sería capaz de reproducir en todo su detalle llegado el momento en el que, sin duda alguna, la comentase con la antigua pareja de sus viejos tiempos compostelanos, los mejores.

Era curioso contemplar cómo se cruzan los destinos. Quién le iba a decir a ella que el ahora reivindicado banquero iba a estar allí, aquel mismo día y a la misma hora que ella, buscando lo mismo que ella buscaba. Amiga como era de establecer nexos,

no se reprimió en buscarle al gato los pies que el gato no tiene, ni de preguntarse quién se lo habría de llevar al agua. Se puso a pensar en Andrés Salorio.

Donatella recordó entonces el Monte de San Michele, veinte kilómetros al oeste de Turin, erguido sobre una enorme y puntiaguda roca del valle de Susa, a mil kilómetros del Mont Saint Michel, en la Normandía francesa, y a otros mil del templo de San Michele arcángel en la Puglia italiana, de forma que permanecían unidos por una línea imaginaria y recta que conduce directamente a Jerusalén y forzando un poquito el arco, desde éste a Roma y al Finisterre gallego. Ella llegaría al Finisterre con san Miguel blandiendo la espada. Que Andrés se preparase. Todos los santos tienen su octava y todas las batallas tienen su revancha.

Se cruzan los destinos y las rectas que uno quiere ver o trazar a través de los mapas; unas veces, de las emociones y los paisajes; otras, de las personas que viven en planos diferentes de la realidad más cotidiana, casi siempre. Donatella tenía un cerebro dotado de tiralíneas y se disponía a trazarlas todas.

Sería Andrés Salorio quien debería investigar en dónde estaba oculto el sepulcro del rey García, ella ya tenía bastante con transportar al alado san Miguel a través de trayectorias, rumbos y destinos que nadie hubiera sospechado.

Pensando en ello, Donatella se ausentó del Panteón de los Reyes con toda cuanta discreción fue capaz de atribuirse, es decir, muy poca, dada su más que rotunda exuberante arquitectura corporal, el rubio platino de sus cabellos, los labios de un carmín encendido como los versos del poeta.

Regresó al hotel y le pareció una falta de decoro cenar delante de la imagen del arcángel, así que optó por quedarse en el comedor del restaurante y hacerlo en soledad, a base de un menú frugal pero apetitoso. No pidió postre. Al tomar una infusión de manzanilla, se dio cuenta de que tendría que desnudarse delante de la imagen. La invadió una sensación rayana en la morbosidad.

Apartó rápidamente de sí la imagen que había ocupado por breves instantes todo su intelecto y se dijo que, al fin y al cabo, podría desvestirse en el cuarto de baño y, velado su cuerpo por el largo camisón que había decidido utilizar, avanzar cautelosamente hasta el lecho en el que se introduciría con la misma ligereza y suavidad con la que pudiese posarse el plumón de una paloma blanca que descendiese desde el techo una vez que hubiese entrado por la ventana, traído por el viento. Como no lo había y la ventana estaba cerrada, sería ella la que se posase sobre la cama.

Por qué habría mandado colocar al arcángel mirando hacia su lecho, en vez de situarlo de espalda y vigilando la puerta, fue una pregunta que se formuló, pero para la que no quiso buscar una respuesta que es casi seguro que le habría de resultar inoportuna.

Llegada la hora de dormir, decidió llamar de nuevo al comisario para hacerle saber en dónde se encontraba y cuáles eran sus planes de ruta. Contaba con llegar a Santiago en dos o tres jornadas, como mucho, acaso en cuatro, pero quizá también en una, dependiendo todo ello del tiempo, que seguía anunciándose bonancible y calmo,

tanto como de su espíritu algo juguetón e inquieto también en aquellos días de peregrinación canónica.

Le gustaba dejar sumido en la incertidumbre el momento en el que habría de llegar a un sitio cualquiera. Solía justificarse argumentando que así nadie se inquietaría por un más que posible retraso, que nadie se entretendría en esperarla y que así todos serían más libres; lo cierto era que quería seguir visitando los lugares sagrados de la ruta, las iglesias que llevasen el nombre de su arcángel preferido y causar siempre sorpresa con sus siempre inesperadas apariciones.

Mientras fue declinando el lento atardecer de junio que Donatella Tardini vivió en León, le dio tiempo a Andrés Salorio de abrir la Casa do Castelán a sus dos hijastros, convencer a Salvador de que regresase a Compostela, en busca de su otro aparatito volador y, mientras tanto, de quedarse a solas con Eugenia hablando de la madre que los había traído al mundo.

La casa estaba, más que en una urbanización, en una calle asfaltada, se diría que en medio del campo. Los edificios que la festoneaban, a distintas distancias y niveles respecto de sus aceras, habían sido levantados por gentes de posibles de acuerdo con sus gustos, tan dispares entre sí como los criterios políticos que cada uno de los vecinos sustentaba. Sus alturas eran diferentes, distintas las distancias entre ellos y la calle, como ya se dijo, diferentes sus colores y tejados, opuestos y contradictorios sus volúmenes, todo muy al uso y modo del país.

Quien había alquilado su casa al comisario era hijo de un prócer local podrido de dinero. Salorio volvió a explicar, se veía que necesitaba hacerlo, que el muchacho se había divorciado y que no quería ni pensar en vivir en aquella enorme casa, tan enorme que se diría un pequeño palacete, ni por todo el oro del mundo. Le recordaba demasiado a su ex amada.

En un acto impulsivo, del que posiblemente ya se sintiese culpable, se lo había arrendado al comisario jefe superior de policía de Santiago, con muebles y todo, a cambio de una renta que a todas luces era baja. Lo más probable es que algún día se arrepintiese.

—Es mejor así —le había razonado—, me lo cuidas unos años y cuando te destinen a otro sitio o te jubiles me lo devuelves enterito.

Hicieron inventario de lo existente y Andrés Salorio se encontró dueño y señor de una mansión en las afueras de Santiago, estribaciones del valle de la Amaía. El precio no era desorbitado, sino muy acorde con sus posibilidades. Con todo, Salorio no se había dado cuenta de que los gastos de mantenimiento habrían de complicarle un poco la administración comprometida para aquella casa, grande y espaciosa, se diría que de un lujo extremo, en la que tan a gusto había ya empezado a vivir.

Se accedía a la casa por una pequeña rampa recubierta de macadam, después de abrir el portalón de la entrada, y de conducir el coche por ella con algo de cuidado para descender de inmediato por otra, más pequeña e inclinada, en el caso de optar por no dejarlo aparcado en la amplia explanada a la que se abría en su cima. En este

caso, el descenso permitía dejar los coches dentro de un garaje amplio y espacioso.

En el primer caso accedías a la casa por alguna de las cuatro puertas que se abrían al jardín; en el segundo, por una puerta interior que se abría al semisótano y daba a una escalera. En el otro lado, el opuesto al de la entrada así descrita, en otra y más amplia explanada, estaban la piscina y un velador, cercano a una barbacoa en la que, durante los meses de verano, se podían asar toda clase de viandas.

Fue en esa segunda explanada en donde, al mismo tiempo que Donatella se entretenía en observar las evoluciones del abad y del ex banquero, el comisario Salorio aprendió los rudimentos que le permitirían hacer volar un aparato idéntico al utilizado por Salvador en la infausta tarde de Riazor, sólo que éste era mucho más sofisticado y eficaz.

Salvador no había invertido ni tres cuartos de hora en regresar eufórico y feliz de poder complacer a quien deseaba seguir considerando la pareja perfecta de su madre.

Aquella fue una hermosa y entretenida tarde, al final de la cual se podría decir que Salorio no es que fuese un piloto consumado, pero sí que ya podía manejar con cierta soltura aquel engendro mecánico que Salvador pilotaba con precisión entre quirúrgica y astronómica.

Salvador había dotado al Dragan Flyer X6 de una pequeña cámara de vídeo que, sintonizada con su I-Pad, enviaba imágenes nítidas y precisas de los lugares que sobrevolaba de modo que podías ordenar su vuelo a tu antojo a pesar de que no vieses, desde el lugar en que te encontrases, aquel otro que sobrevolase el aparato volador en cada instante.

Al comisario le pareció que aquella innovación, aplicada a la investigación policial, podría ser de gran ayuda y se propuso comentar algo al respecto con sus superiores inmediatos. De entrada se apuntaba para hacer uso de él al día siguiente en aras de su propia imaginación creadora y de la resolución del caso que recién se le había planteado.

Al final se fue yendo la tarde con la lentitud propia de un Finisterre y cenaron allí mismo. Eugenia se había acercado a alguno de los muchos supermercados de la vecina Bertamirans, yendo por Cobas, paralelamente a la autovía y a la carretera general, circulando por pistas asfaltadas que conducían, sin agobios de tráfico, a los lugares a los que tu impulso te llevase.

En Bertamirans, Eugenia se había hecho con dos kilos de sardinas y con unos pimientos de Padrón que, debidamente asadas, aquéllas, y prudentemente fritos, éstos, después de haberlos privado de sus rabos, constituyeron su cena al amparo de unas botellas de Barrantes que el joven casero había dejado deliberadamente en la bodega. Pero antes dieron cuenta de unas ostras y unos percebes que Salorio sacó de una nevera de la planta del semisótano, sita en una amplia estancia, dotada de una enorme mesa de comedor, barra con taburetes, cocina y horno de asar, en la que se podrían celebrar esas enormes comilonas tan gallegas que se disponen en todas las casas así de bien dotadas, no pocas ni insignificantes. Se las había traído de regalo su

casero el día anterior, pero Salorio se abstuvo de citar su procedencia.

No se comieron todas las sardinas. Las que sobraron y las espinas de las que sí se comieron las aprovechó un cachorrito de bulldog con el que se había hecho Andrés Salorio nada más llegar a su nueva casa. Había muchos por aquella zona y tan pronto como lo comentó en el restaurante al que empezó a ir a comer, al Carballeiro, apareció un ejemplar que alguien le regaló porque no sabía qué hacer con tantos como tenía.

Salorio no quedó muy convencido de que acabase de hacerle un favor al aceptar tal regalo de un recién conocido, pero así se cuecen las cosas en las poblaciones gallegas, todavía habitables al margen de las prisas y el agobio por conseguir cosas. O eso quiso pensar el comisario.

—¿Cómo se llama? —le había preguntado Eugenia en algún momento, refiriéndose al cachorro.

Salorio no había pensado todavía en un nombre, así que contestó:

—¡Can!

—¿Can de can, de perro?

El comisario dudó un momento y respondió con una agilidad que le satisfizo.

—No, con k de Kant, Kant.

—¡Verga, qué filosófico individuo! —comentó Eugenia, acariciando al perro.

—Sí. Creímos que éramos hijos de Marx y resulta que de quien lo somos es de Kant, ¿verdad kantciño?^[6]

El cachorro miró fijamente a quien ya empezaba a considerar su amo, se dio un lametón en el hocico, se tumbó arremolinado sobre sí mismo y plegó sus pestañas en lo que podría ser considerado un intento de dormir o de dar por ignorado a quien así a él se había dirigido.

En aquel momento, a cientos de kilómetros de distancia, Donatella Tardini se ponía el camisón en el cuarto de baño de la *suite* principal de Hostal de San Marcos, en León.

Segunda parte

Catedral de Compostela, 17 de junio de 2011.

Primera hora de la mañana

Cuando, la noche anterior, monseñor Amador Lobato sintió vibrar el móvil en el bolsillo de su pantalón no se impacientó ni realizó movimiento brusco de ningún tipo que le facilitase aceptar la llamada cuanto antes; bien por el contrario, con absoluta parsimonia y sin impaciencia alguna comprobó quién lo llamaba, primero, aceptó la llamada, después, y, con pasmosa serenidad, lentamente, sin los agobios que en tales ocasiones suelen exhibir los más de los demás mortales, se llevó el teléfono a la oreja si bien, con toda prudencia, se abstuvo de apoyarlo sobre su pabellón auditivo manteniéndolo a prudente distancia.

—Dime, comisario, qué se te ofrece.

—Hola, monseñor, ya sabes que tengo otra muerte que no sé de dónde habrá salido. No creo que me la enviase Dios, por muy llovida del cielo que parezca. ¿Te importaría que mañana fuese a la catedral y me subiese a las cubiertas para hacer algunas comprobaciones?

—¡Con tal de que no te caigas o te cubra el seguro, por mí como si decides echar a volar en parapente desde la Berenguela!

—De momento seguiré pisando por donde lo hace el buey, pero no descartes nada.

—Entonces, vente por aquí. Digo misa a las nueve y después estoy a tu disposición.

—Estaré ahí antes de que llegues para ir ganando tiempo.

—¿Es que la difunta también volaba?

—Ya hablaremos de eso.

A las ocho y media en punto de la mañana, Andrés Salorio accedía al interior de la catedral por la puerta de Platerías acompañado por Salvador y por dos agentes que sostenían entre ellos una gran caja tras la que se ocultaba el atravesado hijastro del comisario.

Al verlos entrar en la sacristía, luego de salvar la vigilante presencia de una esposa del Señor, que ejercía labores de control de acceso de forma que se diría antipática, como mínimo, Amador Lobato ni se inmutó.

—Ya me lo temía yo que fueseis tan madrugadores, por eso estoy aquí. Manolo, que es este mozo tan salado, os acompañará hasta la cubierta y os dejará allí hasta que os canséis, bajéis y os vayáis de la catedral. Yo tengo que mirar unas cosas en el

archivo, unas cosas que no me gusta nada como están, y me entretendré allí, como mínimo, hasta las doce. Lo digo por si quieres que después nos tomemos un café.

—Pues venga, vamos —concluyó Salorio haciéndole un gesto al mozo tan salado que se llamaba Manolo e iba a acompañarlos.

Salieron los cinco de la sacristía y se encaminaron hacia el Pórtico de la Gloria para acceder a las cubiertas por una escalera situada al comienzo de la nave izquierda de la basílica.

Manolo les fue abriendo camino, sin hacer ningún comentario y sólo cuando se vio ascendiendo los primeros peldaños, sin volverse, comentó en voz alta:

—Usted ya conoce esto, comisario, así que voy delante sólo para poder ir abriendo puertas.

Manolo era de una gran eficacia desarrollando la labor que le había sido encomendada. Introducía las llaves, grandes y pesadas, antiguas, y las puertas cedían sin ningún problema al primer intento. Al llegar arriba se volvió y preguntó obsequioso:

—¿Por dónde quieren empezar?

—Por la fachada de la Quintana —respondió el comisario.

—Síganme.

Los condujo por el camino más corto y seguro bordeando la nave central. Una vez llegados preguntó de nuevo.

—¿Aquí?

—¡Por ejemplo! —respondió Salorio con el mismo laconismo.

En ese momento Salvador posó la caja en el suelo y la abrió de inmediato.

—¡Ahí va! ¿Qué es eso?

—Un Dragan Flyer X6 —respondió Salvador, anticipándose al comisario.

—¡Como el de Riazor!

—Exactamente.

—¿Les importa que me quede aquí para ver cómo lo vuelan?

—¡En absoluto! —volvió a intervenir el comisario.

Mientras tanto, Salvador había empezado a desembalar el artilugio bajo la atenta mirada de los agentes. Le había adosado una pequeña cámara de vídeo y, en unos segundos, había encendido el I-Pad en el que visualizar las imágenes que la cámara fuese grabando.

Andrés Salorio, los dos agentes y Manolo, el rapaz salado, contemplaron los preparativos en silencio. Sólo cuando vio todo dispuesto volvió a hablar el comisario.

—¿Ves dónde está la carpa, al pie de la placa en honor del Batallón de los Literarios? Tapa el lugar en el que apareció el cuerpo. Quiero que sobrevuele rápidamente la plaza, la cruces y te detengas encima del tejado, en la vertical de donde está la carpa.

—¡Allá vamos! —respondió Salvador pulsando el botón de arranque en el control de mandos de forma que el Dragan empezó a elevarse, se diría que casi con

majestuosidad sobre el tejado de la catedral.

—¡Lo que tuviste que disfrutar en Riazor, cabronazo! —dijo Salorio mientras el aparato cogía altura, daba un par de vueltas sobre la catedral, rodeando las torres barrocas del Obradoiro y, después, a toda velocidad, cruzaba la plaza de A Quintana hasta colocarse en la vertical de la fachada prescrita por el comisario—. Veamos despacito el tejado —volvió a decir Salorio.

Salvador desplazó el aparato volador, en paralelo a la fachada, mientras el policía contemplaba las tejas con toda minuciosidad en la pantalla del I-Pad sintiendo próximas, detrás de la suya, las cabezas de los dos agentes y del becario tan simpático.

—Se trata de comprobar que no han levantado ninguna teja en ningún lugar del tejado. No debe haber musgos ni líquenes que puedan dar la impresión de haber sido desprendidos recientemente —indicó Salorio.

La cámara fue describiendo la trayectoria precisa para la total comprobación de los extremos indicados. Todo parecía estar en su sitio.

—Era de esperar y no se trataba más que de comprobarlo sin molestar a las monjitas ni levantar expectación alguna sobre ellas —aclaró el comisario, ocultando que también le hacía ilusión probar el aparato en espera de ser él quien pudiese manejarlo.

—Lo que es muy de agradecer —apuntó el mozo tan salado.

—Si quieres, les echamos un ojito a las reverendas —se ofreció Salvador con toda diligencia.

—No creo que sea lo más conveniente —terció de nuevo el rapaz encantador.

Salorio los miró a los dos queriendo dejar sentado que allí quien mandaba era él.

—A las monjitas no, pero al edificio sí. Date una vuelta sobre él.

Consciente de la intranquilidad que había conturbado al muchacho obsequioso, Andrés Salorio dirigió de nuevo el vuelo de la nave, siguiéndolo en la pantalla de I-Pad, mientras continuaba dándole indicaciones a Salvador, que las seguía fielmente y con cara de estar divirtiéndose.

—¿Oye, pana, y si miramos por la ventanita de una de las celdas? —volvió a proponer en algún momento.

—¡No creo que...! —exclamó el mozo.

—¡Eso, no! —cortó el comisario—. Ver una monja en camisón no creo que aporte nada a la investigación. ¡No seas golfo!

—Además, las reverendas madres madrugan mucho y a esta hora ya no están en las celdas —matizó el muchacho obsequioso evaluando ya posibilidades.

Antes de que se cumpliera media hora de estancia en las cubiertas de la catedral, los cinco ya se estaban despidiendo en la puerta de la Sacristía.

—Dígale a don Amador que muchas gracias y que procuraré llamarlo tan pronto como sean las doce.

Andrés y Salvador abandonaron la catedral, descendieron las escaleras de la plaza

de las Platerías y despidieron a los dos agentes que los habían acompañado al pie de la furgoneta que los trasladara a todos hasta allí. El conductor y el agente, que los habían estado esperando dentro del vehículo, saludaron con desgana al comisario, al mismo tiempo que con mirada curiosa interrogaban a sus compañeros por lo que habían estado haciendo en el interior de la basílica.

Andrés y Salvador echaron a andar por la rúa do Vilar adelante y se detuvieron a tomar un café con leche y un cruasán en la cafetería Airas Nunes, centro de reunión matutina y vespertina de no pocos militantes del nacionalismo galaico.

Andrés había empezado a sentir esa misma noche los efectos devastadores que los cristales de ácido úrico comenzaban a causarle en la rodilla y en la planta del pie derecho. Los notó las dos o tres veces en las que, como todas las noches desde hacía ya algunos años, se había tenido que levantar para dar alivio a su próstata. Sin embargo, no podía resistirse a la tentación del cruasán. Sabía que su mantequilla le daría ardor de estómago y un más que probable dolor de cabeza, pero se manifestó dispuesto a sacrificarse.

Se tomaron sus tentempiés con bastante rapidez y, antes de marcharse, Salvador insistió nuevamente en que le permitiese dejar la caja con el Dragan Flyer en su despacho.

—Ahora no me apetece pasar por casa —adujo por toda razón a favor del consentimiento solicitado.

—Está bien, vamos, aún tengo que hacer cosas en el despacho —aceptó por fin el comisario—; entramos, compruebas que está bien donde la dejaron, lo acepto, la dejas y te largas.

***Compostela, a las 10 horas de aquella misma
mañana del 17 de junio de 2011***

La vida es un disparate. Eso fue lo que pensó el comisario Salorio según abrió la pantalla del ordenador y conectó con la página web del periódico de la capital gallega. Luego, apenas recién formulada, se quedó pensando y matizó un poco tan maximalista afirmación. Esto fue lo que se dijo:

—La vida es una mierda.

Volvió a pensarlo de nuevo y acabó replanteando sus juicios de un modo que le permitiese sentirse algo mejor de como éstos lo habían hecho sentirse.

—Bueno, a veces; otras, no.

Hasta entonces había permanecido asomado a la ventana de su despacho, al que había llegado dando el corto paseo desde el Airas Nunes. La ventana era la que da a la que con toda pompa es llamada avenida de Rodríguez del Padrón, cuando en realidad se trata de una amplia plaza. Una plaza algo extraña, eso sí.

La supuesta avenida ocupa un plano inclinado, salpicado de magnolios, que se desliza con suavidad hacia la cuesta que, en atrevida pendiente, lleva hasta el restaurante que ya que no el origen, ni tampoco la causa, sí es el corresponsable directo del último ataque de gota padecido por Andrés Salorio.

El otro responsable era él, de eso no le cabía la menor duda, y así lo aceptó. Pero ese reconocimiento no le hizo sentirse mejor; al contrario, creyó percibir un cierto malestar en la rodilla, un dolor incipiente que amenazaba con ir a más y que le hacía brotar una cierta e inexplicable melancolía de sí mismo. Cada vez que le preocupaba algo, cada vez que algo lo estresaba, algo le dolía. Seguro que eso tendría un nombre. Tendría que investigarlo.

En tanto que permaneció asomado a la ventana, se entretuvo ejercitándose en un a modo de dificultoso examen de conciencia, reflexionando, más bien luchando con todas sus fuerzas, ciertamente escasas, contra el placer inmenso que le producía el comer. Lo hizo apoyándose en el doloroso recuerdo de su rodilla hinchada, un recuerdo que acababa de manifestarse de nuevo, después de la cena de la noche pasada, pero sin conseguir aunar causa y efecto para poder relacionarlos de modo que mitigasen su tendencia a la deglución de manjares.

El incipiente dolor iba por un lado y su apetito insistía en ir por otro, sin que él fuese capaz de hacerlos coincidir de forma que lo obligasen a mantenerse sobrio en el comer y en el beber y aun en otros procesos benefactores, tanto del espíritu como de

la continuidad de la especie.

—*L'estomac a les raisons que la raison ne comprend pas.*

Se dijo al comprobar que no lograba asociar unas con otras y poner fin a sus males; luego, sin haber llegado a leer nada en la pantalla del ordenador, se levantó y regresó a su puesto de observación.

La plaza a la que se abre la ventana del principal despacho de comisaría se llama de Rodríguez del Padrón en memoria de quien, insatisfechos que fueron sus amores, profesó como fraile franciscano en el cercano convento de Herbón, tierra de buenos pimientos y aceptable clima.

—¡Ah, los pimientos de Herbón! —se dijo el comisario, eludiendo una vez más sus escasos buenos propósitos.

Ya había empezado la temporada, a él se lo iban a decir. Salorio los recordó, verdes y apetitosos, recién fritos, una vez desprovistos del rabo que les hubiese aportado ese ligero amargor que permanece siempre en perenne lucha con el tacto aterciopelado de su piel y que es preferible desechar a cambio de tener un poco de paciencia. La consumida en arrancárselos, uno a uno, con pulcritud y esmero.

Echando mano de su memoria portentosa, paladeó el calor salvaje de los que, tan pronto como lloviese, empezaría a salir picantes; pocos; pero de modo tan intenso y tan significativo, ya que no en sus intenciones, sí en sus efectos, como para llevarlo del goce al sufrimiento, del sufrimiento al goce, en unos sorprendentes viajes de ida y vuelta que lo incitarían a seguir comiéndolos con el mismo fervor con que Dostoievski afirmó que lo hace el jugador de ruleta, más perseguidor del fracaso que de la dicha.

Habría que evitar los picantes como habría que evitar la gota. Pero son aquéllos los que dan sentido a los demás. Es la derrota la que te hace buscar el éxito, el fracaso el que te obliga a superarte a ti mismo y te incita a proseguir la lucha de igual modo que la gota te hace más deseables los alimentos que la causan.

Los éxitos siempre acaban por resultar indigestos y aburridos, pues, a diferencia del cielo y del infierno —y eso es el éxito, un paraíso o un lugar atormentador y fúnebre— el purgatorio es el único lugar, el único estado, que ofrece un futuro. Son los fracasos los que dan sentido a la vida y aumentan el afán de superación, la necesidad del triunfo.

—Resolver un caso tras otro, primero los dulces, luego los picantes... acabaría por convertirme en un oficinista, siempre habrá que fracasar en algo —reflexionó de nuevo el comisario, recordando el cadáver de la mujer desnuda, postrado al pie de la placa en loor del Batallón de Literarios.

Para él todo era así, siempre así, una cosa detrás de otra, sin solución de continuidad; como si también todo, colectiva e individualmente, todo, tuviese que tener relación con la comida, con el gozo y con la pena, con el disfrute y el castigo, con el triunfo y el fracaso e hilvanando todo ello, uniendo esos harapos con los que la vida nos viste a todos, el trabajo.

—Que la tiene, dejémonos de ocultaciones, claro que todo tiene relación con la comida —se volvió a repetir el comisario en el soliloquio que venía manteniendo.

A Salorio le gustó reconocerlo así, sin dolerle prendas, al menos en su caso. Haciendo girar todo alrededor de la comida, solía camuflar otras realidades. La suya personal y últimamente, incluso la profesional. Acostumbraba a desconfiar de la gente parca en el comer.

—Un prejuicio estúpido, sin duda —se dijo al darse cuenta de lo que estaba pensando.

Llevaba un año sin grandes aventuras profesionales, sin grandes retos, dedicado a contemplar los índices estadísticos de la delincuencia en el territorio bajo su responsabilidad y había comenzado a aburrirse. Hasta hacía muy pocos días, hasta ayer mismo se había estado aburriendo.

Habían descendido los delitos. Todo eran triunfos. Todos pimientos dulces. Triunfos sobre carteristas que desvalijaban a los más bien ingenuos peregrinos; trocadores de cuentakilómetros en coches de segunda mano vendidos en concesionarios de marcas de automóviles de primera categoría; control, ni siquiera represión, de botellones estudiantiles; escoltas a políticos ávidos de protagonismo y notoriedad que solía ser expresada por cuenta de los efectivos policiales que le aportasen una seguridad digna de la importancia que se autoconcedían, nunca escasa. Ésas y aun otras no menos peregrinas habían sido sus ocupaciones profesionales más intensas a lo largo de ya demasiados meses. Necesitaba que llegasen de una vez los pimientos picantes.

Por eso, mientras los deseaba, se autojustificaba. Regresaba siempre a la comida y llegado el momento, fuese en su interior, fuese en animada tertulia, solía aducir, tanto a modo de justificativa explicación de su realidad personal como de la colectiva que, ya en 1492, los Reyes Católicos habían promulgado una pragmática regulando la ingesta a los gallegos en las situaciones señaladas.

¿Cuáles eran estas situaciones? Pues las bodas, los banquetes y las comuniones, para empezar; porque había muchas más. La BBC de la comunicación y del entendimiento colectivo, en involuntario y muy repetido chiste vuelto a surgir ahora en la mente del comisario que, habrá que reconocerlo así, solía comportarse de forma racional y bien equilibrada.

Incluso en los entierros aprovechaban los gallegos la ocasión para una buena comida, regada con los mejores vinos y salpicada de las mejores anécdotas del difunto, todavía *corpore insepulito* o ya de cuerpo ausente, confundido, integrado en la tierra ácida y corrosiva del país, pero no desvanecido en la memoria de los amigos al cabo de los años y los aniversarios.

En ese momento los magnolios de la plaza acusaron el ligero soplo de una brisa y desviaron el curso de los pensamientos del comisario. Salorio quiso creer que procedía del mar, pues le inquietaba menos que suponerla alentada por el espíritu de los muertos que sus pensamientos pudieran haber estado convocando.

Empujadas por esa ligera brisa, las ramas de los árboles se balancearon e incluso, algunas de las brillantes y amplias hojas llegaron a estremecerse de un modo que sorprendió al comisario, pese a ser casi imperceptible, predisponiéndolo a regresar a su mesa de trabajo.

Andrés Salorio, nada más volver a sentarse, se dio cuenta de que se había olvidado por completo de la página de Google en la que a primera hora, por breves momentos, había querido comprobar unos datos y permanecía abierta desde entonces; desde que, apenas recién llegado a su despacho, había encendido el ordenador para no prestar la menor atención a la información que le ofrecía la pantalla acerca de Rodríguez del Padrón.

En ese momento se había vuelto a levantar, como movido por un extraño resorte, a fin de observar el exterior desde la ventana del despacho. La misma ventana a la que volvió a regresar ahora, impulsado por el mismo y no identificado resorte anímico, dispuesto a contemplar, absorto en meditaciones que sería inútil repetir, la evolución de las obras del edificio de enfrente.

Se trataba, se trata, el de enfrente de la comisaría, de un edificio de fábrica singular, gris y amazacotado, ni feo, ni bonito, tampoco llamativo, hermoso en absoluto, dotado de una personalidad tan extraña que no le permitirá pasar nunca desapercibido. Había estado dedicado a ser la sede provisional del acuartelamiento de la Policía Nacional durante tantos largos e interminables años, finalizados hacía dos escasos, que ya entonces era considerado como alojamiento definitivo de las fuerzas de orden público.

En principio, jamás había sido pensado como sede policial. Ahora, cuando estaba siendo reconstruido para convertirlo en ella de modo definitivo, cualquiera que lo contemplase pensaría, sin mayor riesgo de equivocarse, que sí, que era exactamente lo que se esperaba que fuese un edificio policial: lo suficientemente inhóspito como para que no apeteciese en absoluto entrar en él y lo necesariamente feo como para salir corriendo sin esfuerzo.

Durante los últimos años había pertenecido —y tan pronto como fuese terminado pertenecería de nuevo— a las fuerzas policiales que estaban bajo sus órdenes directas en la capital de Galicia. Desde los subcomisarios hasta los agentes de porra al cinto y esposas disimuladas en el exacto lugar en el que las espaldas empiezan a perder su muy honroso nombre, y, desde éstos, pasando por los inspectores de las diversas brigadas que componen el equipo de una comisaría bien nutrida de efectivos, hasta el personal civil ocupado en labores de administración o mantenimiento, todos ellos obedecían, rechistando justo lo necesario, las siempre serenas órdenes de su superior jerárquico, que, ahora, desde la ventana de su despacho contemplaba el edificio sin saber muy bien a qué criterio atenerse.

A partir de su recuperación, la nueva sede estaría dotada de amplísimos sótanos que harían de garaje para los muchos automóviles de los que se dotaba a la plantilla, desde las motos que circulaban por las viejas rúas durante las épocas de mayor

afluencia turística hasta las furgonetas de las fuerzas de élite represiva, popularmente conocidas como lecheras, acaso en razón de las muchas *leches* que sus componentes solían prodigar, repartiéndolas no se sabe sin tan a gusto de sus administradores como disgusto de los administrados durante la represión de las manifestaciones públicas no autorizadas.

Alguna otra novedad exhibía ya la nueva fábrica. Una claraboya aportaba luz cenital al interior del edificio y un amplio portalón de entrada lo liberaba de cualquier estrechez a este respecto. A este respecto de tener que entrar en él sin desearlo. Pero Salorio se abstuvo, en esta ocasión, de cualquier matización inoportuna.

Desde la resolución del caso conocido como «Huesos de santo», el edificio que se elevaba de nuevo sobre su viejo solar había venido sufriendo una no pequeña transformación.

Sin haber variado apenas su exterior, se apoyaba ahora en nuevos y más sólidos cimientos, de forma que no se podría decir de él que rebrotase sobre sus viejas raíces, pues había sido desmontado, piedra a piedra, hasta poder excavar un foso inmenso en el que habían sido construidos los sótanos, ahora ya ocultos. Había sucedido así mucho antes de que con toda minuciosidad volviese a ser montado el resto del edificio; es decir, del conjunto que volvería a albergar, entre sus cuatro fachadas los nuevos y modernizados espacios dotados de flamantes instalaciones, reservados a la Policía Nacional. Sería prontamente inaugurado y toda innovación tendría cabida en la nueva sede.

A Andrés Salorio esta última certeza no le agradaba sobremanera. Lo convencía, sí, porque sabía que esos avances técnicos y científicos facilitarían mucho su trabajo; como, por ejemplo, aquel artefacto volador que su hijastro, real o supuesto, le había dejado voluntariamente, en prenda de no sabía bien de qué. Acaso como el paraguas que olvida el sacerdote en el domicilio de la anciana para, poco a poco, a partir de ese día, ir olvidando otras prendas hasta ir ocupándolo por entero y hacerse un hueco en la vivienda que acabará por ser suya. Éste no sería el caso, pero algo preparaba Salvador, se dijo el comisario, antes de volver a reflexionar sobre los adelantos científicos y técnicos que el progreso le depararía a la vuelta de unos pocos meses.

Temía que éstos, por un lado, lo alcanzasen ya mayor, obligándolo a tener con ellos una relación semejante a la mantenida con su teléfono I-Phone, muy cómoda, pero ayuna de todas las aplicaciones y usos de los que podría disponer si él contase con la inteligencia práctica necesaria para poder configurarlos y obtener del aparato el aprovechamiento óptimo posible.

Un lujo a su alcance, a la vez que también una pérdida de oportunidades, otra más, que no habría de ser la última de su vida. Eso era lo que lo desasosegaba. Intuía que estaba entrando en la edad en que las oportunidades se las pintarían calvas y no le entusiasmaba en exceso avanzar en esa dirección.

Pero así era. Mientras el edificio permaneció desaparecido, el comisario pudo dejar que el tiempo se consumiese, a lo largo de no pocas mañanas, en la

contemplación de la alameda que alegra el paseo d'A Ferradura. Hasta entonces el viejo acuartelamiento se lo había impedido. Ahora volvía a hacerlo. Ya no podía contemplarla, orlando el recinto castreño que tiene en su centro la inevitable iglesia que siempre se superpone, en su mayor e inmisericorde altura, a todo vestigio de los antiguos cultos drúidicos y panteístas celebrados en Galicia.

El hermoso bosque de robles seguía dando testimonio de todo lo que había sido y ya no era. Ya nada de todo aquello existía.

Mientras se erigía de nuevo el más que abatido, desmontado edificio, de la noche a la mañana, había desaparecido la cervecería Moore's, a la que Salorio solía acudir a mediodía, muchas veces acompañado del doctor Somoza, el catedrático de medicina siempre embutido en su trenca y habitualmente envuelto en nubes de nostalgia sesentayochista, dispuesto a cualquier galanteo que la ocasión le deparase, a pesar de saber de primera mano que a ésta la pintan calva y se hace necesario cogerla por los pelos, alarde que se le ofrecía imposible, aunque deseable.

Al Moore's lo habían sustituido por el Garoa, otro establecimiento más o menos similar. A Salorio tal sustitución le había parecido alevosa y aún no había vuelto a pisar las nuevas instalaciones, las resultantes del cambio, de modo que desconocía su interior y solía mostrarse desinteresado al respecto.

—¡Hay que tener principios! —se había dicho a sí mismo, repitiéndoselo a quien hubiese querido oírle, en muchas más ocasiones de las necesarias, mientras se sonreía con mirada cómplice y sonrisa irónica.

Ahora también se lo repitió. Lo hizo un segundo antes de retomar sus iniciales divagaciones acerca de Xoán Rodríguez de Padrón, cuya aventura vital continuaba siendo ofrecida por la pantalla del ordenador del comisario desde primera hora de la mañana.

El hombre que había dado nombre a la plaza había nacido y vivido durante la primera mitad del siglo xv, en la cercana villa de tal nombre, apenas a unos veinte kilómetros de donde él estaba en ese momento. Una villa, la de los pimientos de Padrón, que había sido más hermosa de lo que ahora era y a la que se daba por hecho que había arribado el barco de piedra que procedente del puerto de Haifa, en la costa de Palestina, transportaba a bordo los decapitados restos de Santiago el Mayor.

Salorio había recuperado, aquella misma mañana, mientras escrutaba el tejado del convento de San Paio de Antealtares, tal como sucedió cada vez que había necesitado refrescar su memoria, la posibilidad de leer los poemas en los que don Xoán Rodríguez describe «Los siete gozos del amor».

Sin embargo, no se había atrevido con la novela titulada *El siervo libre de amor*. Tan relacionados estaban ambos textos con su situación actual, al menos en su titulación y al menos en principio, que probablemente hubiese sido la larvada consciencia de todo ello la que lo había impulsado, como si fuese un resorte, a levantarse de su asiento tantas veces como lo había venido haciendo.

Reconocer tal estado de ánimo era lo que lo traía un poco melancólico y un algo

subversivo respecto de los cambios que se han venido narrando. En su situación actual mucho se temía haber perdido esos siete gozos y no ser un siervo libre de amor, ni mucho menos. Por eso la nueva sede le importaba tres carajos, exactamente eso, tres carajos.

—La vida es una mierda —volvió a repetirse, al tiempo que decidía regresar a la puñetera prosa de la vida; es decir, a tener en cuenta su trabajo dejándose de divagaciones.

Recordó a Eulogia y no se arrepintió de nada. Recordó el piso que había abandonado y sustituido de inmediato por la Casa do Castelán que había alquilado y que ya ocupaba desde hacía semanas. Había hecho lo mismo con Eulogia. Sustituyó su recuerdo por el de Donatella, que, en aquellos momentos, estaría viajando hacia Compostela en compañía de Dios sabría quién, pero que, seguro, de alguien que habría de sorprenderlo sobremanera.

¿Por qué lo atraían irremisiblemente las mujeres así de complicadas, se diría que así de disparatadas? Observó la caja que guardaba el simpático y útil aparato volador y se le ocurrió por primera vez que, colgándole un *tupperware*, podría enviarlo hasta el San Clemente para que se lo llenasen de callos o de pulpo, según los días y las ansias.

—A lo mejor son esas ansias las que me despiertan el afán por mujeres tan lindas, jugosas e indigestas como las que a mí me gustan —se dijo antes de volver a sentarse.

Ignoraba que en ese mismo instante, Donatella Tardini abandonaba el Hostal de San Marcos despertando la misma expectación que a su llegada. San Miguel Arcángel —*mi-já-el*, es decir ¿quién como Dios?— había sido de nuevo entronizado en el asiento delantero derecho, blandiendo su espada, expuesto a todos los aires de la ruta convertidos en vientos repletos de terribles turbulencias debido a la velocidad del Porsche, al filete líquido que la aerodinámica carrocería desplazaría hacia su espada, una hermosa y fría y marmórea espada que se diría flamígera; turbulentos espacios de aires hechos viento que el arcángel disiparía cortándolos con ella. El buen tiempo seguía favoreciendo el viaje de Donatella.

***Compostela, once de la mañana de ese mismo
día, 17 de junio de 2011***

Andrés Salorio pidió que le pasasen el porta-firmas cuanto antes. Despachó los asuntos de trámite con toda la celeridad que pudo, no mucha, dada su peculiar parsimonia. Pero sí lo hizo de un modo eficaz, al menos desde el punto de vista que presenta como conveniente, al menos como conveniente, ya que no como necesario, saber qué papeles son los que uno firma y para qué.

—La vida de un comisario jefe tiene demasiada componente burocrática... —se dijo mientras firmaba asuntos que se dijeron de trámite y lo eran.

—Pero —recapitó de inmediato— esa vida de burócrata te permite ser el perejil de todas las salsas y participar de un modo u otro en todos los casos en los que además de decidir quién los ha de llevar puedes sugerir, encauzar e incluso determinar el sesgo que ha de seguir la investigación relativa a cada uno de ellos.

Al terminar la firma se repanchingó en el sillón de su mesa de despacho y empezó a recordar alguno de los casos que motivaron su atención en las últimas semanas. No pertenecían directamente al ámbito de su responsabilidad, pero sí al de su proximidad afectiva, en un caso, y al de su curiosidad personal, por el conocimiento que tenía del encausado principal, en el otro.

Los dos vinieron a servirle de reflexión, una vez más y de nuevo en la soledad de su despacho de comisario, acerca de la impunidad de no pocos crímenes y de la falsedad de aquellas afirmaciones que tantas veces había escuchado siendo niño: que no hay crimen perfecto, la primera, y que el criminal siempre paga, la segunda. Salorio sí creía en la existencia del crimen perfecto y estaba convencido de que hay muchos criminales que nunca pagan sus delitos. Admitió que no era un gran bagaje intelectual el suyo, menos si lo basaba en su contestación a estos dos principios y comenzó a recordar las últimas semanas que había vivido y los sucesos que durante ellas lo habían zarandeado.

Después de poco más de un mes intenso de linchamiento mediático, los periódicos del jueves día cinco del mes pasado, habían vestido sus portadas con unos titulares más dulces que los de las semanas anteriores. En ellos se anunciaba la puesta en libertad de Dalmiro Valverde.

En agosto de 1996, una joven había desaparecido sin dejar rastro. Su coche, abandonado en la Costa da Morte, no presentaba huellas de violencia ni de ningún otro tipo. La joven había comentado con su familia que aquella tarde se entrevistaría

con un joven cámara de la TVE en Galicia a quien consideraba su novio y a quien pensaba reclamarle un millón de pesetas que le había prestado.

Ahora, tantos años después y a lo largo de las semanas transcurridas, día a día, se había ido tejiendo una espesa red de unas no tan veladas acusaciones, mucho menos veladas que indemostrables, que habían alertado al comisario Salorio en un sentido largo tiempo frenado por el modo en el que la prensa había considerado oportuno presentar los acontecimientos.

La prensa se había erigido, una vez más, en juez. Había decidido, casi por unanimidad, considerar culpable al periodista gráfico. Cierto que el relato de los hechos, al menos considerándolos desde la óptica en la que reiteradamente habían sido presentados, acusaban a Valverde. Cierto también que éste había advertido en unas declaraciones que, allí donde buscaban, no iban a encontrar nada.

—Ahí no van a encontrar nada —había comentado con cara inexpresiva y sonrisa forzada.

Entonces se dispararon todas las conjeturas que podían ser incriminatorias. Era evidente que tal advertencia o afirmación, tanto podía significar que sabía que allí no había restos de nada porque él no los había ocultado, como que no los encontrarían nunca porque no los había ocultado allí ni en ningún otro sitio, ya que él no era el asesino. Pero también que no los encontrarían en otro lugar que no fuese aquél porque él sólo lo conociese y sí fuese un criminal en serie.

Esta segunda opción se le antojaba al comisario como ejemplo de un excesivo cinismo y de demasiada sangre fría, después de tantos años transcurridos. Claro que todo era posible.

Salorio se inclinaba, desde hacía tiempo, a pensar que el tan acusado Dalmiro Valverde acabaría siendo puesto de nuevo en libertad por falta de pruebas; pero también que difícilmente se habría de librar, en todo lo que le quedase de vida, de las sospechas en las que se había visto envuelto y de las salpicaduras que los tránsitos por las pocilgas —sean los tránsitos voluntarios o forzosos y habitadas que estén éstas por delincuentes de poca o de mucha monta— suelen aportar al ropaje moral de quienes se aventuran o se ven introducidos en ellas.

El caso correspondía que fuese resuelto, de una vez por todas, por la Guardia Civil y no por la Policía Nacional, debido a una cuestión de distribución territorial de competencias. Sin embargo, esa limitación de funciones no impidió que dos de los hombres bajo el mando de Andrés Salorio, los dos jóvenes inspectores recién incorporados, fuesen destinados a investigar, una vez más y sin dar demasiado el cante, todo lo que había sucedido hacía nada menos que quince años.

De paso que afrontaban la difícil tarea de investigar hechos acaecidos hacía casi dos décadas, deberían estar atentos para enterarse de lo que estaba sucediendo ahora, a partir del encarcelamiento del cámara de televisión, porque Salorio no lo tenía demasiado claro.

Pensaba que la reapertura del caso podría deberse a una juez bisoña, recién

incorporada a su primer destino y a la contumacia, lógica y admisible, de unos familiares empeñados en meter entre rejas al que suponían asesino de la joven, pero también al afán de involucrar a uno de sus hombres, a José Diéguez, un ya maduro inspector, que, en los inicios del caso de la desaparecida, había asesorado a Dalmiro pormenorizándole el modo en que debería comportarse durante los primeros trámites e interrogatorios para eludir posibles tropiezos. Ese asesoramiento había despertado la lógica susceptibilidad de los deudos, tendentes a pensar que lo hacía para ayudarlo a ocultar su crimen, en vez de considerar que lo ayudaba a eludir una acusación falsa, basada en una sospecha circunstancial.

Esa tenue frontera entre la verdad y la mentira, entre lo justo y lo falso, entre lo serio y lo ridículo, sobre la que transcurren la mayoría de las vidas de los humanos, era objeto constante de atención por parte de Andrés Salorio. El comisario había sido toda su vida una persona que dudaba. Alguien deseoso de saber cuál era realmente el nivel de transgresión, la capacidad de superación de los niveles de inmoralidad media de una sociedad en un momento dado, que podían y de hecho convertían a un ser humano en un delincuente.

A la altura de sus años mucho se temía Salorio que delito fuese toda superación de esos niveles de inmoralidad media de una sociedad en un momento dado. Un asesinato era siempre un delito, para él incluso la pena de muerte lo era. ¿Qué sucedía con el linchamiento mediático de una persona? ¿Qué niveles de inmoralidad lo permitían y cuáles incluso inducían a una sociedad al disfrute gozoso de tal linchamiento, era una cuestión que lo preocupaba desde siempre.

Había visto demasiados casos en los que así había sucedido y la historia le enseñaba que, a lo largo de ella, había habido muchos más. Dreyfus había sido un caso ejemplar y ejemplar había sido también el del banquero gallego que en 1993 había sido despojado de su banco, sus acciones y su honor y metido en prisión alegando, en más de una oportunidad, la razón de Estado como principal argumento. ¿Qué era la razón de Estado? ¿Algo que permitía al gobernante obrar con total impunidad sobrepasando ese nivel medio de inmoralidad que convierte en delito cualquier acción humana? ¿Dalmiro Valverde estaba siendo víctima de unas circunstancias inexplicables o era realmente un asesino?

El caso es que las dos posibilidades eran ciertas, las dos permanecían abiertas y Salorio prefería que ningún acontecimiento le pillase por sorpresa. La única forma de conseguirlo era anticipándose al conocimiento real de los hechos. Eso era lo que había pretendido, y mejor con cuanto mayor silencio se condujesen sus dos hombres y mejor aún con cuanto mayor discreción llevasen a cabo su trabajo.

Había contado el comisario con que la carencia de prejuicios de los recién llegados y el desconocimiento de los hechos que tenían —en un absoluto estado de virginidad hasta el día de su incorporación y hasta el momento exacto en el que les fue encomendada la misión— ayudarían a una asepsia profesional que cada vez le estaba siendo más difícil mantener a los viejos profesionales del Cuerpo Nacional de

Policía o, así lo suponía, a los agentes de la Guardia Civil por muy buenos que fuesen ambos en el desempeño de sus funciones.

Ya era de dominio público, pues el hecho había dejado de ser un rumor para convertirse en una evidencia, que uno de los ahora ya viejos inspectores jefe, compañero de cacerías del periodista gráfico, que era como la corrección política imponía que fuesen calificados los cámaras, había asesorado a éste a comportarse ya en su primera detención, hacía quince años de ello, y que ahora pudiera estar haciéndolo de nuevo, a fin de que superase las pruebas a las que lo sometiesen.

La prensa se había encargado de airear el asunto, aunque de modo muy prudente evitase dar nombre alguno, lo que había incrementado la curiosidad de los lectores y suscitado todo tipo de conjeturas y división de opiniones. Entre las mismas fuerzas del orden al mando de Salorio los amigos de ese inspector lo habían defendido y los enemigos se habían encargado de avivar el fuego. ¿Cómo debería comportarse él? ¿Debería dejar que interviniesen los de asuntos internos, manteniéndose él a la espera de más y más sólidos informes? Salorio entendía a la perfección los deberes de lealtad a los que la amistad y el compañerismo obligan. Pero también la necesidad de no dañar el prestigio del Cuerpo.

Cada vez que así lo afirmaba percibía el efecto que producía en sus contertulios semejante convicción; más, mucho más, si tenían en cuenta que la pronunciaba un policía. Pero era incapaz de sustraerse a ejemplificar la actitud que consideraba preciso mantener. Para acabar de producir el indeseado efecto solía terminar ilustrándola con una máxima, un tanto procaz, que tanto predicó en sus tiempos de gloria totalitaria un eterno vicepresidente de la Diputación de Pontevedra durante el período franquista: «A los amigos... el culo, a los enemigos... por el culo, y a los indiferentes aplíquenseles los reglamentos vigentes».

Cada vez que se expresaba así, solía sonreír —como queriendo restarle importancia— sin dejar por ello de observar los rostros de sus ocasionales interlocutores. Salorio disfrutaba de un peculiar sentido del humor que, entre otras rarezas, contaba con la de aumentar la gracia que un chiste malo le producía cuanto más incomprensible o carente de ella le resultase a su interlocutor.

Había leído una descripción, muy pareja a la que él haría de su peculiar sentido del humor, en un libro de Bertrand Russell, atribuyéndosela a los chinos que, al parecer, así lo disfrutaban y entendían. Cuanto mayor fuese la cara de incomprensión y estupor ante un chiste malo, mayor era la gracia que le causaba éste a quien lo hubiese contado. Los chistes se cuentan para reírse uno mismo, no para que lo hagan los demás; ésa parecía ser su filosofía.

Si ahora un subordinado suyo actuaba de asesor de un criminal, pues al menos en potencia así debería ser considerado Valverde, él debería permanecer atento y vigilante, manteniendo lo que en tiempos de Franco, respecto de la Segunda Guerra Mundial y de la Alemania nazi, se llamaba una neutralidad activa. Su lealtad tendría que estar encaminada al ejercicio de lo que él entendía por equidad, no a ninguna

otra. Pero esa equidad empezaba por no acusar tempranamente a los más próximos y no dañar la credibilidad de la institución policial. El tema, decididamente, le preocupaba.

Se trataba de una especie de ni quito ni pongo rey pero ayudo a mi señor, entendido al galaico modo; es decir, dejarlas hacer, verlas venir y dejarlas pasar; al menos si no podías pararlas a tiempo y en tanto que no te salpicasen o afectasen de tal modo que el lesionado acabases por ser tú mismo. Y aun así. Por eso, mientras sus inspectores investigaban, la prensa seguía vendiendo periódicos gracias al tratamiento otorgado al encarcelamiento de Dalmiro y el juicio público suscitado por la propia prensa empezaba a derivar en sumarísimo.

La sangre fría, como la calificaban los medios de difusión, o la serenidad y la calma que prefería considerar el comisario, que Valverde había mostrado ante las cámaras de sus colegas y los cuadernos de notas de sus compañeros de profesión, era la propia de un cazador siempre al acecho, acostumbrado a no inmutarse ante la arremetida de un oso o de un jabalí, y había inducido a los lectores de periódicos, a los espectadores de televisión y a los oyentes radiofónicos, a enjuiciar su culpabilidad de un modo muy distinto al provocado por la matizada calificación del comisario.

Para todos ellos, la sangre fría era propia de un asesino sin piedad. Para el comisario, la serenidad era la propia de un individuo con la conciencia tranquila. También por eso preferiría no estar equivocado. Sin embargo, todo lo que había trascendido acusaba al cámara. Y lo que los dos jóvenes inspectores iban comunicando, también.

Parecía ser cierto que a la joven desaparecida, hacía ya tantos años de ello, le debía Dalmiro una importante suma de dinero. Pero no era del todo seguro que los familiares hubiesen reclamado la deuda y mucho menos que el periodista gráfico la hubiese abonado, en ningún momento, con lo cual había permanecido pendiente y sin reclamar durante más de quince años, circunstancia que al comisario no dejaba de antojársele curiosa; cuando menos curiosa.

Parecía cierto que, el día en el que desapareció, la joven había anunciado que iba a reclamársela al que consideraba su novio. Pero no parecía mentira que éste la considerase ya entonces en un nivel de compromiso muy inferior al que ella afirmaba y no le hubiese solicitado préstamo monetario alguno.

Era cierto que el coche de la joven había aparecido abandonado en un apartado y no muy elevado promontorio de la costa gallega, sin huellas de ningún tipo, al borde mismo de un mar con importantes y fuertes mareas a la vez que repleto de fuertes corrientes marinas, impetuosas y frías. ¿Era suficiente con las sospechas de sus familiares para condenar a Dalmiro? Salorio se temía que no. Sabía que no. Lo sabía pese a no ignorar que sí, que podía ser el asesino.

Por otra parte, parecía también cierto y comprobado que el novio de una maquilladora del canal de televisión gallego, el otro desaparecido, le había comentado a ésta que aquella tarde en la que se había esfumado se iba a entrevistar

con Valverde a requerimiento de éste.

Había sucedido en noviembre de 1990; era anterior, por lo tanto. El joven músico de la orquesta entonces más habitual en la Televisión de Galicia desapareció sin dejar rastro. La noche del día cinco de ese mes había sido visto en compañía de un joven cámara de la Televisión Española en Galicia paseando por las calles de Ourense, después de haber estado tocando en la discoteca Media Luna Llena hasta altas horas de la noche. Cámara y músico se disputaban los amores de esa maquilladora de la Televisión gallega.

Era cierto que su cadáver tampoco había aparecido por ningún lado y que muy bien hubiese decidido poner tierra por medio en consideración a cualquier hecho que incluso le conviniese ocultar a sus propios amigos o familiares. La vida suele estar llena de silencios y ocultaciones que la mayoría de la gente considera inexplicables, pero que sus autores y no pocos de sus amigos más allegados tienen por lógicas y naturales, a la vez que necesitadas de la discreción precisa.

También era cierto que Valverde era especialista en seguir y en borrar huellas, se comentaba, como si fuese un explorador cherokee al servicio del coronel Custer, en vez de un cazador dotado del correspondiente permiso de armas completamente legalizado y puesto al día. Pero eso vendía poco en un país en el que hay cien mil licencias de caza y muy pocos conejos, diezmados por los incendios forestales, en la actualidad, y por la mixomatosis en tiempos que ahora parecen lejanos. En cambio, la caza del pardillo mediático era considerada legal en todas las estaciones del año siempre y cuando los pardillos sacrificados no lo fuesen con armas de fuego y sí con armas cortantes, las más peligrosas de las cuales son siempre la lengua o la pluma movidas a discreción.

Salorio tenía en cuenta todo ello. Los últimos meses transcurridos desde el caso de Sofía Esteiro, la descubridora de la verdadera entidad de los huesos que ocupaban la tumba del apóstol Santiago, habían sido de una tranquilidad pasmosa durante los cuales el único índice preocupante que había aumentado era el del ácido úrico contenido en la sangre del comisario.

Significaba esto un perenne dolor instalado por la gota en la rodilla, como el que se le había despertado durante la noche después de la pequeña mariscada del día anterior, y un constante gruñir acompañando a cualquiera de sus comentarios que, sin dejar de ser apaciblemente pronunciados, no dejaban de tener su punto de mordacidad y de sarcasmo cuando no de demoledora ironía a la que sin duda colaboraba la actitud que Eulogia había venido manteniendo durante las últimas semanas, expresándola por medio de una ausencia prolongada, de un abandono efectivo que, por muy racionalmente que él se lo estuviese tomando, en el fondo le lastimaban no poco.

En todo caso, los dos únicos cadáveres atribuibles a Dalmiro que hasta el momento habían aparecido eran los de un vecino suyo y su perro, yaciendo, en medio de sendos charcos de las dos sangres mezcladas, en una de las callejas próximas al domicilio aldeano que ambos, perro y amo, ocupaban en delicada armonía, absoluta

soledad y gran cercanía a uno de los domicilios del encausado. En los otros dos casos no había cadáveres. Había dos desaparecidos, y porque alguien desaparezca no se puede condenar a nadie, ni siquiera al desaparecido.

El caso que investigaba la aparición de esos dos cadáveres se había iniciado ya más recientemente, en diciembre de 2003. Entonces, un hombre de sesenta años había aparecido muerto como consecuencia de dos disparos en la cabeza. Su cadáver yacía al lado del de su perro, muerto igualmente por disparos. Estaban a escasos trescientos metros de la casa familiar del cámara de la TVE en Galicia. Las pesquisas policiales no habían podido determinar si se había tratado de un suicidio o de un asesinato.

Cierto era que el viejo había tenido disputas con Dalmiro, pero eso no quería decir exactamente más que eso; al menos en una tierra en la que por cualquier cuestión de límites, de levantamiento de los marcos que señalan las propiedades o de alteración de los canales de riego, podían tronar las escopetas, silbar las guadañas o las hoces y descender las azadas sobre los cráneos de los litigantes.

Cuando los inspectores, enviados a enterarse de lo que pasaba, de regreso de sus investigaciones, le comentaron a su superior jerárquico que, en la opinión de los vecinos del cámara, los restos mortales de las víctimas nunca aparecerían, Salorio les preguntó:

—¿Es cierto entonces el destino de los veinte sacos de cal viva que compró en aquellos días?

Los jóvenes inspectores le respondieron que sí era cierto; pero que los vecinos aseguraban que con ellos no había hecho desaparecer los restos mortales de nadie, sino realizado obras y que, con la sobrante, había pintado los árboles de una finca de forma que los insectos no pudiesen ascender por ellos, y parasitarios a partir de la floración, hasta consumirlos o dejarlos afectados de un mal muy semejante al de la lepra de los árboles.

—¿Entonces, en vuestra opinión, cómo puñeta los hizo desaparecer? —inquirió de nuevo.

Al comisario le contestó Manuel Cerqueiro, el más joven de los dos, al amparo de su aspecto desastrado, su melena de rastafari y su insolencia juvenil:

—Jefe, la gente dice que tiene diecisiete sabuesos acostumbrados a enfrentarse al jabalí, sin sufrir los más leves daños, que los tuvo sin comer durante no se sabe cuántos días, no se sabe cuántas veces, hasta que fueron devorando poco a poco a los dos difuntos que, mientras tanto, mantenía congelados en un frigorífico casero.

Andrés Salorio lo miró no de arriba abajo, sino de frente y le respondió con toda la calma que pudo:

—Me parece que tú ves demasiadas películas de perros dóberman y muy poco la realidad que pisas.

Cerqueiro se revolvió inquieto.

—Pero, jefe, la sugerencia es plausible...

—Sí, también los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa lo son... ¡no

te jode! —le contestó Salorio—. ¡Que no todo lo que pasa en la calle o se dice que pasa en ella es cierto, coño! ¡Que hay que leer más a Machado y no ser tan cursi, carallo! ¡La sugerencia es plausible... qué tío! —insistió Salorio.

—Pero...

—Pero nada, si aún se tratase de una piara de cerdos hambrientos sería... creíble... pero en el caso de que aún no se hubiesen devorado unos a otros. ¿Te dijeron si oyeron aullar a la jauría durante los días que precedieron a todos los de la paulatina degustación de los cadáveres, te hablaron del olor que desprendían y de los trabajos de limpieza posteriores? ¿Es que no sabes que en nuestras aldeas todo se ve, todo se oye, pero también todo se imagina? ¿Cuántos días crees que le llevaría el proceso?

—¡Jefe...!

—Ni jefe ni nada, a patear el país tomando tazas en los bares, poniendo la oreja y a dejarse de coñas. La gente es muy dada a encontrar explicaciones mágicas donde no las encuentra racionales...

Entonces quiso intervenir el otro inspector, queriendo justificar su trabajo. Tenía más aspecto de policía camuflado que su compañero. Era más atildado y limpio, olía a colonia cara desde la distancia y su apariencia pudiera ser confundida con la de un hijo de papá, con la de un niño bien o, directamente, con la de un pijo actual. Respondía a un estereotipo de policía encaminado a hacer una carrera que se podría ver truncada por los riesgos propios de la profesión, el trato con las putas, las relaciones con los confidentes y los narcos, las pequeñas y grandes corruptelas que sólo los espíritus más fuertes son capaces de superar sin demasiadas cicatrices en su cuerpo de profesional de la protección de los ciudadanos y de la defensa y amparo de las garantías constitucionales que toda democracia debe dispensar a su ciudadanía.

—Quizá debemos esperar a que realicen las pruebas de detección de restos con el georradar porque, ¿qué hacemos éste y yo husmeando por ahí sin que nadie nos dé vela en el entierro?

Luis Leiva era así, prototípico. Un gilipollas, digno de que uno de los helicópteros de Salvador se lo recordase de vez en cuando. Su barba, recortadita y pulcra, le permitía entrar en algún que otro lugar en el que su compañero sería observado con indisimulada suspicacia, pero aún ignoraba que se le vetaría en otros a los que Cerqueiro sí tendría acceso.

—¿Qué hacéis? ¿Que qué hacéis? —bramó Salorio—. ¡Ganaos el sueldo! ¡Fuera de mi vista, desgraciados!

Tan pronto como los dos jóvenes inspectores abandonaron su despacho, Salorio se asomó a la ventana para volver a quedarse absorto contemplando la evolución de las obras del edificio de enfrente. La primavera seguía avanzando, pero no a gusto de todos.

—... con precisión astronómica, ¡la muy puñetera! —Se había dicho el comisario al contemplar la ausencia de nubes, sentir la temperatura amena del mediodía en el

rostro y constatar que no llovería durante otro día más. Ya eran demasiados, uno detrás de otro, semana tras semana.

—Mal verano vamos a tener, lloverá todo lo que no llueva ahora. Y aún más — volvió a hablar consigo mismo.

Ya se habían cumplido los dos meses desde lo sucedido en Riazor y, desde entonces, su vida había dado un vuelco. También su carácter se había tornado en otro, más desapacible y mordaz. Tanto y tan mordaz que nadie hasta ese momento se lo habría creído posible.

Asomado a la ventana se preguntó en aquel momento, como haría en tantos otros, por qué le importaban un carajo las noticias del día. Si la gasolina había marcado su quinto récord histórico, tal como afirmaba ese día la prensa, o si el Rey se había ido a Marruecos a pasar unos días con Mohamed VI, aquel que le llamaba hermano, o tío, o si quien se había largado había sido con una mujer que al fin le hacía la vida soportable, le importaba un pepino; por no decir otra cosa. Nada podía hacer contra el hecho de que le subieran el sueldo o se lo bajasen a placer. Era una marioneta más, exactamente igual a los otros millones de ellas que habitaban el país. A última hora él no decidía nada, tan sólo qué órdenes dar a unas cuantas docenas de policías y a qué policías, pero casi siempre a partir de las que recibiese él.

Las elecciones estaban cerca y la campaña electoral ya había echado a andar con la precipitación propia de las circunstancias críticas en las que la sociedad y con ella los partidos, o acaso al revés, se habían envuelto en los dos últimos años. Eso implicaba una dedicación policial especial, el montaje de un dispositivo de seguridad que ya resultaba tedioso, por repetitivo, pero necesario e ineludible. A ese asunto estaban referidos no pocos de los papeles que acababa de firmar. Sin embargo, era un tema que tampoco lo agobiaba mucho.

—Todo funcionará por sí solo —se dijo y siguió pensando.

Aquella misma mañana no se había sorprendido ni lo más mínimo, lo que no dejó de sorprenderle, al leer que España era el décimo país del mundo en concentrar riqueza en manos de menos ciudadanos; es decir, que muy poca gente tenía muchísimo dinero y muchísima tenía poco, cuando no muy poco o nada. El país se estaba cargando a su clase media, tan trabajosa y lentamente conseguida, para convertirse en una plutocracia en la que los partidos estaban a las órdenes de quienes los subvencionaban o les concedían créditos.

El gobierno había inyectado dinero a los bancos, hacía ya tiempo, anunciando que en tres meses se diría públicamente a cuáles les había sido prestado tal viático, pero no recordaba que tal notificación se hubiese hecho, pese al tiempo transcurrido. Tampoco le importaba ya mucho. Hacía años, aludiendo a una situación así, habían encarcelado al banquero gallego. Ahora, si era real la que decían, les daban a los bancos el dinero de todos. Eso incrementaba su convicción de que, en más ocasiones de las precisas, la vida era un disparate.

—O lo que hicieron estuvo mal entonces, si es que está bien ahora. O al revés,

claro —reflexionó nuevamente el comisario Salorio.

Sin embargo, los temas que realmente sí le preocupaban en ese momento eran el de Dalmiro Valverde, y el del asesinato de Regino, su amigo periodista, compañero de los días de Madrid, tampoco nunca suficientemente aclarado.

Regino había tenido en vida una complexión algo eunucoide. Las grasas, repartidas por toda su arquitectura corporal se le distribuían del mismo modo en el que suelen disponerse en los cuerpos de las féminas. Regino era, por lo tanto, estrecho de pecho, ancho de culo, dueño de unas formas, blandas y redondeadas, que no harían suponer una voluntad férrea, determinada a la investigación periodística, con aquella aguerrida y fatal vehemencia, tan fatal, que acabaría por significarle la muerte.

Tantos cortes como los aparecidos en toda su superficie corporal, en aquella su piel mantecosa y la carne blanda que ésta envolvía, quizá fuesen debidos a que, quien así lo maltrató, meditaba el comisario cada vez que se acordaba del caso, tuviese por cierto lo que aseguraba Joubert —autor de su querencia intelectual, del que era lector asiduo de sus aforismos— acerca de que, por la carne, juzgamos de lo duro y de lo blando. De lo duro y de lo blando.

Hay una carne dura y mortal, otra mortal y blanda, lo mismo que una ley que juzga el comportamiento humano y una ética que lo define y que también ambas pueden ser blandas o duras e incluso elásticas e indoloras, en juicio del ya sexagenario policía, dado lo visto y observado todo a lo largo de su vida.

Razón más que suficiente, ésta de catar la carne a fin de saberla dura o constatarla blanda, para inducir al asesino a querer comprobar, en su momento y de propia mano, la blandura corporal resultante de la dura existencia del hombre homosexual y bueno, del afectado rezador y el profesional íntegro, que Regino había sido en vida.

Dalmiro, en cambio, no encajaba ni de lejos en una descripción así, nada que ver con Regino. Dalmiro era alto y enjuto, de mirada brillante y dura, atlético y serio, se diría que reconcentrado. Su nueva irrupción mediática venía a distender la que afectaba desde hacía días al hijo de Eulogia, por cuenta de su incursión aérea y su alusión a los celtas, de modo que al menos en ese sentido el comisario le estaba agradecido a quien era ya tratado por la prensa como un más que peligroso asesino en serie. Pero, al mismo tiempo, eso era algo que le indignaba en su fuero más íntimo y secreto.

En el caso de Regino, todas las evidencias habían sido silenciadas. Incluso la confesión del asesino en serie. En el de Dalmiro todas habían sido expuestas. ¿Jugaba de igual modo la condición de periodistas que tenían ambos?

—Lo maté para hacerle un favor a un amigo —había dicho el asesino de Regino.

Tal confesión había pasado no ya sin una investigación acerca de la personalidad del tan oculto como citado amigo, sino sin ni siquiera un simple comentario periodístico. La ley del embudo, en opinión del comisario.^[7]

A quien se le estaba aplicando la parte estrecha del embudo mediático lo conocía

Salorio de tanto verlo detrás de su cámara, obteniendo instantáneas de todo cuanto transcurriese al alcance de su vista de cazador oculto. Lo había observado concienzudamente en repetidas ocasiones.

Dalmiro se desplazaba siempre con su cámara al hombro como si lo hiciese por el bosque, procurando pisar liviana y superficialmente cualquier suelo sobre el que caminase, de forma que uno lo descubría cuando ya lo tenía encima y con el trabajo hecho.

En ese momento Dalmiro solía saludar con un leve balanceo de cabeza, echando ésta adelante y atrás, sonriendo apacible y dulce detrás de su mirada acuosa, mostrando su mejor cara de muchacho bien educado y cortés, antes de volver sobre sus pasos como si procurase borrar las huellas que éstos habían dejado sobre las moquetas de los salones oficiales o las tarimas de los actos culturales y como si pretendiese no dejar constancia alguna de su reciente presencia en el lugar de los hechos, siempre inmediata allí donde se había producido la noticia.

Desde antiguo le había llamado la atención tanto la exquisita cortesía de Dalmiro y la discreta eficacia de su proceder como el nivel de vida que mostraba, los perros que poseía, la caza a la que se dedicaba en sus ratos de ocio, los automóviles que conducía y aquella dulzura en la que parecía permanecer siempre envuelto, distante, como un barco que se aleja en el horizonte a través de una niebla tenue; algo, un proceder, quizá un comportamiento, quién sabe si efectivamente un hábito, que tanto parecía atraer a las mujeres y que sumía al comisario en una perplejidad que estaba deseando abandonar cuanto antes, mejor de un momento a otro.

Ahora, quince años después de los hechos que se le imputaban a Dalmiro, la Guardia Civil había reabierto diligencias y procedido a su detención. Mientras, el caso de Regino seguía sumido en el río del Olvido. No podía negar que este hecho lo había conmocionado. A él y a toda la ciudadanía gallega; más a la compostelana, acostumbrada a ser considerada parte integrante de la aldea más grande y más universal del orbe.

Según había podido leer en la prensa, una de las sorpresas deparadas por la instrucción del asunto, en esta segunda oportunidad, había sido la cantidad ingente de munición localizada en las dos casas propiedad de Dalmiro Valverde cuando habían sido registradas a instancias de la Guardia Civil y con autorización expresa de la juez.

Además de dos escopetas, dos rifles y una pistola inutilizada, la Guardia Civil se había incautado, en la aldea de O Pereiro, en donde estaba uno de sus dos domicilios conocidos, de 55 cajas con munición y cartuchería de distintos calibres y marcas RWS, Rotttweil, Maastich, Remington, Royal, C-36 Extra, Fiochi, Rex, Winchester, Super Halcón, Bro, Cyclone, Lellier... y, ya en su otro domicilio del concejo de Penabade, los investigadores se habían incautado de otra escopeta, de varios juegos de grilletes, de un gran número de esprais defensivos y paralizantes, de ingente cantidad de pólvora, de un bate y de 50 bombas de palenque. Todo un arsenal. Pero los amantes de las armas y de la caza solían proceder así, con tal afán acumulativo y

coleccionista.

A la vista de ello y de lo que pudo deducir de los reportajes leídos en la prensa, escuchados en la radio y vistos en la televisión, con el tratamiento propio de un acontecimiento mediático en toda regla, Andrés Salorio se estaba diciendo que Dalmiro Valverde tenía todo el aspecto de no ser susceptible de demasiadas denuncias y encarcelamientos. Todo lo que no partiese, nada que no derivase de una declaración suya, de una declaración en toda regla, aceptando las desapariciones como causadas por él, podría conducirlo a un juicio del que no saliese absuelto. Y aun así. Si no aparecía el cuerpo iba a ser difícil condenarle.

La verdad era que después de quince años transcurridos desde la desaparición de la joven, los veintiuno de la del novio de la maquilladora e incluso no mucho después, apenas ocho años, de la aparición de los cadáveres del vecino y de su perro, agujereados por unas balas que no habían aparecido por ningún lado, después de todo ello y de los años transcurridos, no creía el comisario muy posible que, en el caso de haber sido Dalmiro el asesino, se le fuese a ocurrir a éste que no estaría mal llevar a cabo una confesión sin la que, en caso de ser realmente un asesino, habría vivido tan feliz y ricamente, tan campante y sin problemas, al menos en apariencia, como lo había hecho a lo largo de dos décadas.

Lo de Regino era algo distante de todo este cúmulo de despropósitos, no sólo en el tiempo, sino también en la realidad de lo sucedido y del tratamiento dado. El cadáver del periodista había sido encontrado en la bañera de su casa, con las manos atadas a la espalda, síntomas de estrangulamiento y una venda en los ojos. Sus testículos habían sido cortados y el pene le había sido introducido en la boca. Distribuidas sobre una cama, encontraron fotos de su familia formando una figura geométrica. En otro piso que poseía en Pontevedra, la policía halló más pistas esotéricas: un retrato suyo tachado con una cruz y una especie de bomba incendiaria de fabricación casera preparada para estallar.

Desde el lejano estío de 1991 se habían llevado a cabo varias detenciones y producido la confesión de un asesino en serie, un tal Vilardepau, confeso y condenado, que aprovechó un permiso de salida para hacer ese favor a no se sabrá ya nunca qué amigo. En la colección de relojes de sus víctimas que atesoraba Vilardepau apareció el de Regino y sabiéndose a resguardo por la ley gracias a la mala interpretación de la doctrina Parot que impide que un condenado por varios asesinatos salga de la cárcel aplicando la redención de penas de modo global y no individualizadamente a cada una de ellas, Vilardepau contó su hazaña por lo menudo y con todo lujo de detalles. Ahora ya estaría en libertad según los cálculos del comisario.

Pese a haber confesado sin ambages que había sido él quien había ultimado al periodista, para hacerle un favor a un amigo, nadie se había preocupado por quién había sido el autor intelectual, el inductor del asesinato de Regino García, soltero, de 59 años, redactor de sucesos del periódico local. Y eso sí le preocupaba. Pero nada

podía hacer. El suceso le pillaba muy lejos, al menos jurisdiccionalmente considerado.

Le preocupaba eso y también que, dada la condición de periodista del asesinado, se hubiese intentado no cargar las tintas en exceso. O ésa había sido la disculpa para silenciar otros hechos. Y lo que era peor, se había conseguido.

¿Cómo se había evitado esa negra tintura? Silenciando que el juez, amigo íntimo de Regino, había entrado en el lugar de los hechos, con unos familiares directos de éste, y procedido a limpiar todo el escenario del asesinato, dejando sólo los datos que constaban en el sumario. Silenciando también que la primera autopsia había sido tan inconcreta que hubo que realizar otra y que, en esta segunda, se reveló un estrangulamiento como causa de la defunción. Ocultando que ocho meses después del asesinato el hermano y la sobrina retiraron el cadáver de Regino de su sepultura con la excusa de que se trataba de cumplir con los deseos del finado de ser enterrado junto a sus padres.

Tampoco se había dicho nada de que cinco días antes, Regino, hombre de iglesia y sacristía, había visitado a la priora del convento de su mayor devoción y frecuencia asistencial para pedirle que rezase por él pues estaba metido en líos muy gordos. ¿Cuáles? Los propios de una investigación acerca de la canalización de droga hacia el País Vasco y del pago de una partida de ella con dinero falso, razón ésta que había dado motivo a que López Vilardepau, éstos eran sus apellidos, se hubiese llevado por delante a tres personas, de las cuales, obviamente, también conservaba sus relojes.

Pero había más cosas que le preocupaban esa mañana y que acudían a su mente en tropel, con la intensidad y la recurrencia de esos pensamientos intrusivos que nos asaltan por la noche de forma alevosa y cruel para torturarnos con una vigilia que no conseguimos eludir. Eran, casi todas ellas, preocupaciones que se le antojaban ociosas al lado de tamañas e irresueltas circunstancias colectivas vislumbradas a través de casos tan concretos.

—¿Por qué? —Se preguntaba cada cierto tiempo. Y eso también le preocupaba. Claro que le preocupaba, porque esas cosas, los ambientes que creaban, podrían afectar a la resolución del incidente de Riazor y en el fondo de su consciencia, dormida pero viva y latente, mantenía todavía activa una esperanza. ¿Se estaría haciendo mayor y pusilánime?

Le preocupaba, por ejemplo, el gran impacto mediático causado por la noticia aparecida en la prensa gallega afirmando que los ingleses y los irlandeses descienden de celtas gallegos, por muy desmentida que estuviese.

—Mi vida es un disparate, pero sin duda que yo debo ser otro, porque, en el fondo, eso también me importa un carajo —volvió a confesarse a ver si a fuerza de repetírselo acababa por sentirse mejor de lo que se sentía— y a pesar de ello me empeño en esos temas y no en los que me ofrece e impone la realidad cotidiana.

Era así. ¿Debería la policía proteger a los ciudadanos de las campañas mediáticas que los trituraban de por vida? Ante una agresión física, la policía acudía de

inmediato en defensa del más débil o necesitado. Tenían, por ejemplo, órdenes muy estrictas de actuación en el caso de los llamados maltratos de género y cualquier mujer que acusase a un hombre de haberla maltratado conseguiría, al menos, que éste se pasase una noche detenido en un calabozo, antes de pasar a disposición judicial.

Luego ya se vería, pero para empezar era muy difícil demostrar que esos malos tratos no se habían producido. ¿Por qué no podría ser intervenido un medio de difusión que publicase rumores, más que noticias, suposiciones más que hechos? ¿Por qué no intervenir en caso de malos tratos a la honra de los ciudadanos?

En otros países, la publicación de una escucha telefónica podía significar el cierre de un periódico. En éste, pensaba Salorio recurrentemente, se han publicado escuchas sometidas al secreto de un sumario, ilegales a todas luces, sin que nadie moviese el dedo índice para señalar no ya la falta de ética profesional que suponía, sino el delito que significaba. La gran prensa se había convertido en un poder fáctico. Ella juzgaba y sentenciaba, dictaba *ukases* e imponía sus criterios, el de publicar escuchas telefónicas ilegales incursas en secretos sumariales, por ejemplo, sin que por ello sucediese nada. Y los jueces al parecer ni se inmutaban. Nadie lo hacía, excepto los afectados.

Era posible, sí, se decía el comisario repanchingado de nuevo en su sillón, que Valverde fuese autor de los asesinatos que se le suponían, pero que no se le habían imputado; es más, incluso era probable que fuese él el autor, pero ¿y si no lo era? ¿Cómo afrontaría ahora su ocupación profesional? ¿Cómo llegaría todas las mañanas a su puesto de trabajo?

Si sus dos jóvenes inspectores, recién llegados para ponerse bajo su mando, se encontrasen con pruebas en vez de con opiniones dictadas con la emoción que se desprendía de los hechos sucedidos hacía dos décadas, Salorio dormiría más tranquilo de lo que lo estaba haciendo. O eso pensaba.

—El mundo es un gran montaje —se dijo mientras, asomado a la ventana, echaba en falta la lluvia y de pronto se vio asaltado por la noticia del celtismo y los gallegos.

Ya había pasado tiempo desde que se habían producido los sucesos en el partido del Deportivo contra el Málaga y la única actitud de réplica a la noticia en la que se alardeaba de que ingleses e irlandeses son descendientes de celtas provenientes de Galicia, no por su importancia sino por cómo podría afectar a Salvador, sólo había sido desmentida por el profesor Ángel Carracedo.

Quienes habían dado a conocer, más que las investigaciones del profesor Carracedo, los supuestos resultados que demostraban que los celtas de Galicia eran los más antiguos del mundo y que, por lo tanto, la leyenda de Breogán era cierta, no se habían desmentido, no habían rectificado ni una coma, en compensación o en respuesta al mentís de la autoridad mundialmente reconocida del doctor que los había dejado con el culo al aire al cabo de unas pocas horas.

Sin embargo, el país sí se había pronunciado. La mayoría, como siempre, aceptaba sin problemas cualquier proposición que se le hiciese. Si ésta fuese la de que

los gallegos son los japoneses del sol poniente, la aceptarían sin rechistar.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Pues qué bien! —Exclamarían sin inmutarse—. De algún modo habrían llegado aquí, quizá poniéndoles velas a sus islas, quién sabe.

Si por el contrario se le dijese que eran los japoneses los gallegos del sol naciente, pues antes de las glaciaciones, o durante ellas, hubiesen llegado hasta allí siguiendo la corriente del Oya Siva o la del Kuro Siva en la misma lanchita que lo habría de hacer la Virgen de Guadalupe, que era de madera de naranjo, sin duda lo aceptarían con igual tranquilidad, idéntica serenidad y total inexpresividad. Al fin y al cabo, el descabezado fiambre del apóstol había llegado a bordo de una barca de piedra, al parecer de gran flotabilidad, y todos lo aceptábamos encantados.

—¡Vaya, hombre, quién lo hubiera dicho!

Lo mismo le hubiese sucedido, a esa inmensa mayoría, si le dijesen que su origen era berebere.

—De un modo u otro, gallegos sí somos, ¿o no? —hubieran manifestado con total indiferencia.

Así se hubiesen pronunciado, en caso de haber sido consultados, los más de los habitantes de la esquina noroeste de la Península Ibérica, la misma esquina en la que, todavía hoy, los documentos notariales, al describir los lindes de las propiedades, indican que al norte lindan con la Gran Bretaña, mar por medio, si ése es el caso y no están en el interior del territorio.

Sin embargo, las minorías significadas sí que habían entrado en liza, como siempre. Ya se había armado el foliÓN. Por un lado estaban los helenistas, partidarios de la tesis de fundación de no pocas ciudades gallegas por colonizadores griegos y por otro los partidarios del origen celta de los gallegos. Aún había más partidarios de orígenes más remotos, aquellos que pretendían la presencia de Noé en las costas de Noia, a bordo de su arca, y defendían con ahínco que el pueblo judío había partido de aquí, unos, o que aquí había llegado, otros, una vez amainado el diluvio universal. En lo de la finalización del diluvio, al menos en eso, coincidían.

Éstos no eran los que le preocupaban a Salorio, sino los que optaban por ser celtas y habían emprendido la defensa del hijo de Eulogia haciendo suya la causa. Las redes sociales hervían de consignas. Los blogs, los comentarios en Facebook, los breves textos de Twitter, hervían de afirmaciones rotundas y máximas rayanas en la épica asumiendo su causa. Aquí se podía politizar cualquier cosa y enderezar el rumbo de los partidos hacia cualquier causa. El temido descenso del Deportivo a la Segunda División de Liga era un hecho y cualquier posibilidad era contemplable. Salvador había puesto una pica en Flandes y podía verse envuelto en cualquier disparatada historia. Eso también le preocupaba. Para empezar ya tenía en su poder, allí estaba, apoyada en el lateral de un armario, la caja que contenía un artefacto como el que había sobrevolado Riazaor hacía unas pocas semanas.

Curiosamente, A Cova Céltica, había surgido en A Coruña, en el norte de Galicia, y los helenistas eran de Pontevedra, en el sur, pero ahora los coruñeses denostaban a

todos los que se adornasen con el término celta, céltico o celtista, mientras que los de Pontevedra y Vigo bramaban de júbilo ante la repetición de la jugada a lomos de un zepelín.

Hacía años que una pancarta similar había invadido el estadio de Riazor: «La afición celtista saluda a los hijos de la gran Pita». Se había organizado otra buena, también entonces. No eran pocos los que relacionaban una pancarta con otra. María Pita, la heroína coruñesa, vencedora de *sir* Francis Drake, almirante de la «Buena Reina Bess», según unos, o pirata avaro y fabulador, según otros, había vuelto a ser ultrajada y bajo su nombre, todos los habitantes de la ciudad liberal por antonomasia, que habían hecho lo mismo que los anteriores ocupando las redes sociales de proclamas y llamamientos a la recuperación del honor así ultrajado.

¿Ultrajado? Sí. Pero esta vez con mayor alarde técnico y una gran sofisticación aérea que hacía crujir de gozo, o de ira, a toda la concurrencia significándola en uno y otro sentido. Y en medio de todo, Salvadorcito pescando en el río revuelto.

¿Debería ser sometido a juicio el nieto de los multimillonarios caraqueños o se trataba tan sólo de un delito de faltas? ¿Había habido desorden público provocado por los avioncitos del carajo o quienes lo habían provocado habían sido las propias autoridades al ordenar abatir el zepelín a tiros?

El hecho de que el zepelín hubiese estado relleno de gas helio en vez de gas hidrógeno suponía todo menos una agravante, pues había significado una soberbia inversión económica por encima de la empleada en la compra del aparato, y el hecho de que fuese a aterrizar apaciblemente delante de la Torre de Hércules, podía considerarse tanto un detalle sin importancia como un signo inequívoco de que los dioses habían querido hablar por medio del lenguaje de signos y señales que les es propio.

Mientras tanto, Salvador se estaba convirtiendo en un personaje popular. El instinto mercantil del que había hecho gala su abuelo materno en la emigración, se manifestaba ahora en él, al administrar sabiamente sus intervenciones en los programas de televisión de mayor audiencia: primero, sólo iba a los considerados menos escandalosos; segundo, siempre hacía que constase su contribución gratuita al ocio de los españoles participando *gratis et amore* en programas de audiencias indescriptibles; tercero, en seguida procuraba derivar la atención desde la narración de su anécdota hacia otros temas considerados más serios; por ejemplo, el tema jacobeo; cuarto, afirmaba con toda seriedad, tan pronto como tenía la oportunidad de hacerlo, que lo que había pretendido era celebrar jubilosamente el reencuentro de los dos equipos, bien en la división de honor, por ascenso del Celta, bien en la segunda división por descenso del Deportivo que era lo que lógicamente intuía, según afirmaba con absoluto desparpajo. Lo de mamones decía que se trataba de un apelativo cariñoso, un mamoncitos que equivalía a un chavalitos, o algo así, chamos, chamitos en venezolano, y que se vería su intención el venidero trece de noviembre, domingo, cuando los dos equipos se enfrentasen en lo que se calificaría como el gran

derby nacional gallego.

Ahora, Salvador se había arrimado a él, al comisario y, por si no fuese suficientemente indicativo de que algo tramaba, el hecho de que hablase de Santiago de Compostela con tanta asiduidad como con la que lo hacía, era algo que agradaba sobremanera al alcalde conservador y le encogía el corazón socialista al que ahora lucía la condición de ex, renuente a reírle las gracias a un hijo de papá, por muy hijo que fuese de la amante, de la pareja de hecho o sentimental que fuese y quisiese ser considerada respecto del comisario de policía destinado en la ciudad.

Los huesos del apóstol, por ejemplo, era uno de los temas estrella que solía tratar con tanto desparpajo, al menos, como el asunto del zepelín, y no sin cierto y profundo conocimiento del tema. Después del asesinato de Sofía Esteiro, de la accidentada muerte del deán en la cubierta pétrea de la catedral, del fallido envenenamiento del doctor Somoza y el incidente inicial de su primer helicóptero sobrevolando el espacio aéreo del interior de la Biblioteca Universitaria, sometido a la aterrorizada mirada de Aída Pena, después de todo ello, Salvador se había convertido poco menos que en un experto en todos los temas relacionados con Compostela.

Su relación con el antiguo coronel de la Legión, al mando de un tabor de regulares, devenido en canónigo compostelano, le había facilitado durante el tiempo transcurrido desde entonces un acceso a las dependencias catedralicias que para sí muchos quisieran. Salvador lo aprovechaba ahora, durante sus quince minutos de gloria, para hacer alarde de su manejo de aviones no tripulados, sí, pero también de sus conocimientos relativos al mundo de la catedral compostelana, las peregrinaciones que conducían a ella y los tesoros que en ella se almacenaban.

A él había sido a quien le había oído hablar, antes que a nadie, del aparente abandono con el que se custodiaba el *Codex Calixtinus*, seis millones de euros de seguro cada vez que se pretendía que abandonase su encierro de ochocientos años, y a él le debía la alerta en la que desde entonces se mantenía, sin decidirse nunca a ir a ver al nuevo deán para tratar con él más asuntos que los de la seguridad vestimentaria exigible a los turistas en el ámbito sagrado: la seguridad del Códice, por ejemplo.

Recordando todos estos extremos, el comisario Salorio abandonó la ventana a la que había estado asomado pensando en que lo que menos le interesaría ahora a él sería convertirse también en un personaje mediático. La proximidad de Salvador podría abocarlo a ello y debería evitarlo. ¿Cómo? Manteniéndolo alejado.

Por fin se retiró de la ventana echando de menos la lluvia primaveral que le serenase el ánimo. Necesitaba que lloviese. Necesitaba que lloviese, ya, para poder disfrutar de los días de sol propios del verano que, así lo intuía, se le estaban negando ahora para serle otorgados cuando menos falta le hiciesen.

En su juventud, más de un verano hubo en el que llovió seguido después de una primavera tan seca como la del año que discurría en medio de una crisis que atenazaba a la ciudadanía sumiéndola en el pánico a que fuese a más. En su juventud, alguna otra crisis, semejante a ésta, también la había habido. ¿Su juventud, había

dicho?

—¡Coño, qué lejos queda! —se dijo en voz baja. Luego recapacitó en que tal comentario era propio de la vejez. ¿Era ya un viejo?

En una esquina del despacho descansaba el Draga Flyer X6 igual a los dos que Salvador había ensamblado para atacar el ánimo de al menos veinte mil aficionados al fútbol. Se proponía probarlo él a la menor oportunidad.

Por segunda vez volvió a pensar que manejar aquel aparato con la debida maestría podría valerle para teledirigido hasta delante del San Clemente, allí mismo, al fondo de la cuesta que ahora descendía a un nuevo paisaje resultante después de la aparición de una fuente del siglo XII, en medio de la placita que se extiende al pie de la escalinata que baja a la sombra del yingo bilowa desde el jardín de la Biblioteca Universitaria, el más grande de Europa, una joya botánica, a aquel espacio diáfano, sí, pero desocupado de gentes que lo habitasen de vez en cuando, como no fuesen grupos de jóvenes empeñados en realizar cabriolas sobre los bloques de piedra y los vacíos creados entre ellos.

De saberlo manejar con la misma maestría con la de quien hasta poco antes había considerado su hijastro, lo habría desplazado sobre el tejado del convento de San Paio de Antealtares, en ese mismo momento, lo dirigiría hasta allí, al bendito aparato, de forma que le colgasen, en el lugar de la cámara de vídeo, la tapita de callos que le levantase su tan abatido ánimo. Si hubiese logrado ya esa maestría, dado que era viernes, lo enviaría, sí, en busca de una racioncita de ellos, sobrantes de los preparados el día anterior. Pensar tanto como lo había estado haciendo le creaba mucha ansiedad y ésta le despertaba el apetito. Así era él y así debería de aceptarse.

No llovía, no corría ni una ligera brisa y las condiciones meteorológicas eran las idóneas para un vuelo de esas características. Sería magnífico verlo llegar, al aparatito volador, posarse con delicadeza delante de las mesas de la terraza, al pie mismo de la puerta y ver salir después a un camarero, llevando sobre su bandeja la bendita ración solicitada, para colgarla del fuselaje de carbono y luego verla elevarse hacia los cielos para hacer las delicias de Andrés Salorio, comisario jefe superior de policía destacado en Compostela. Pero el comisario, consciente de sus limitaciones, se abstuvo siquiera de intentarlo.

***Compostela, doce de la mañana de ese mismo
día, 17 de junio de 2011***

El comisario había abandonado su despacho sabiendo lo mismo que sabía sobre la muerte de la mujer desnuda, manteniendo dudas más que razonables sobre los asesinatos atribuidos a Dalmiro Valverde, la identidad del autor intelectual de la de su amigo el periodista Regino García y muy pocas respecto de la perfección de muchos crímenes, de que el criminal tampoco paga en muchas ocasiones y de que la prensa era un poder fáctico, dotado de una enorme capacidad de destrucción. Ser comisario en tiempos así empezaba a resultar incluso pecaminoso a los ojos del comisario Salorio.

A aquellas horas, seguía sin ser identificada la mujer cuyo cadáver había aparecido desnudo en la plaza de A Quintana durante la madrugada del día anterior pese a lo que dijese el humor vítreo y el humor negro, conjuntados. Si aquél ya había empezado a dar noticias, éste había hecho parecer ridículos los datos ofrecidos; además, su muerte era reciente y más se había tardado en otras oportunidades en establecer la identidad de un cadáver.

Por otro lado, a Salorio no le cabía la menor duda de que el cadáver no había llovido del cielo pese a que no pudiese justificar desde dónde lo había hecho, quién lo había ultimado ni quién había sido la víctima que empezaba a suponer propiciatoria. Lo que no sabía muy bien era de qué. En año y pico, era la segunda hermosa mujer que aparecía en cueros, sin aparentes huellas de violencia, en un lugar de difícil acceso y sin explicación de ningún tipo, al menos en un principio; empezaba a antojársele algo oneroso.

Meditando en estos extremos, Salorio se fue acercando a la plaza sita en la parte posterior de la catedral compostelana. Llegó a ella y se sentó durante unos breves minutos en el largo banco de piedra, al pie del convento. La carpa seguía velando el lugar de la aparición del cadáver y a Salorio se le ocurrió pensar si la difunta no se trataría de una santa, muerta, por eso era santa, con un ángel tatuado en una nalga, no recordaba ahora si en la izquierda o en la derecha, una encendida llama Pentecostal, algo raro y sacro en todo caso. En ese momento se sonrió y creyó caer en la cuenta de quién o de lo que podría tratarse el ángel dorado que la fallecida tenía tatuado en la parte baja de su espalda.

Con calma y dificultad, pues los bolsillos de los pantalones de un gordo suelen ser de difícil acceso para la mano que se adentra en ellos, más si lo hace con la intención

de sustraerles algo que se haya depositado en su interior, consiguió al fin extraer su teléfono móvil.

Al lograrlo marcó el número de Andrea Arnoia.

—¿Eres tú, Andrea? —preguntó tan pronto como fue admitida la comunicación al otro lado de la línea telefónica.

—¡Sí! ¿Y tú quién eres?

—Soy tu dilecto y muy amado jefe superior.

—¿Qué me quieres?

—No te quiero.

—¿Entonces, para qué me llamas?

Salorio reprimió las ganas de soltarle alguna otra majadería, pero se contuvo. Muy comedida y profesionalmente le preguntó a su vez:

—¿Te acuerdas del ángel dorado que tiene el cadáver de ayer en la nalga derecha?

—Sí. Es muy curioso.

—Sí, lo es. Pero entra en Google, busca San Petersburgo, luego Fortaleza de San Pedro y San Pablo y comprueba si es el mismo que tiene en su cúpula a ciento y pico de metros de altura.

—¡Ahí va, la hostia! ¡Qué de cosas sabe usted, mi querido y muy dilecto señor jefe superior! ¿Y después?

—Después, anda y que te den; pero, antes, llámame.

Al colgar quiso ser consciente de la asociación de ideas que lo había conducido a tamaña deducción, pero no fue capaz de establecerla.

Lo cierto es que el ángel portaba una cruz. Un ángel al que le decían dueño de la cara de Pedro I, zar de todas las Rusias, fundador de la ciudad y de la grandeza de aquel país. Según le habrían de confirmar no muchos minutos más tarde, era exactamente el mismo que el cadáver lucía en su nalga.

¡Ah, las Rusias, aquel país enorme, y misterioso, y duro, pero al mismo tiempo lleno de ternura, que tiene un oso por tótem y que al parecer necesita siempre de un zar que le pise el pescuezo con su bota! Se supone que para regularle el ritmo respiratorio, no por otra razón ninguna. Del fondo de ellas, de las Rusias, había llegado ese ángel.

Ahora, hacía apenas nada, ese mismo ángel había surgido en su memoria, revoloteando ágil, orbitando alrededor de su imaginación, como si se tratase del arcángel san Gabriel, el que todo lo anunciaba, el mensajero.

—¿Y qué me anunciaba a mí, si es que era él quien me revoloteaba? —se sorprendió el comisario, pensando en cómo de nuevo había asociado algo con algo que también ignoraba de dónde había salido.

—Este sol del verano incipiente suele producir muchos catarros... —Se dijo el comisario y decidió abandonar el sitio que ocupaba para dirigirse al interior del templo. San Gabriel, en buena lógica, no debería anunciarle nada. Él ya tenía a Saeltiel de su parte para combatir la intemperancia, la gula y el exceso en la bebida.

Sí, a Saeltiel, el arcángel que lleva en sus manos una cesta con flores y las va esparciendo por doquier que pase. Ese mismo del que nunca antes había oído hablar.

¿Entonces, qué pintaba san Gabriel en todo aquello? Algo pintaría. Si son siete los arcángeles, si sólo ellos siete son comparables a Dios y si un par de ellos habían decidido visitarlo, sería por algo, recapacitó el comisario. Lo hizo convencido de que había tomado demasiado el sol, al sentarse en el muro del convento, caliente ya la piedra por la misma estrella que debía haberle cocido a él la sesera en mayor medida de lo recomendable.

Andrés Salorio comenzó a impacientarse. ¿En dónde había leído él o escuchado hablar de tal arcángel? En dónde que san Gabriel era el que se le había aparecido al profeta Daniel, primero, para descifrarle el misterio de la visión que había tenido, aquella en la que luchaban un carnero y un macho cabrío, identificables con el rey medo y persa en lucha contra el griego, según le advirtió el muy resabido y sabiondo arcángel; después, durante el imperio de Darío, había vuelto a aparecerse, en esta ocasión al mismísimo Darío, para avisarle de la llegada del Mesías príncipe. Aún lo habría de hacer, más tarde, para avisar a Zacarías de que había de ser padre de Juan, a una edad como la suya. ¿De dónde había sacado él información tamaña?

Además, ¿no era el arcángel Gabriel el mismo que se le había aparecido también a la Virgen María; el mismo que incluso la había besado en esa oquedad supraesternal que las mujeres tienen debajo de donde los varones lucen una nuez que en algunos semejaría el espolón de una galera?

Salorio se hacía estas preguntas mientras penetraba en el templo y empezaba a sentirse sobrecogido no sabría decir si de un terror sublime o de una esperanza dulce; él, tan descreído. No supo si tranquilizarse, de modo definitivo, o si echarse a temblar, cuando de lo profundo de su consciencia surgió el recuerdo de que era san Gabriel el arcángel que había dictado el Corán a Mahoma. ¿A qué jugaba el alado ser? Aquello empezaba a ser demasiado para una mañana de junio, por muy próxima que estuviese a la del solsticio.

Dentro ya del lugar sagrado, el ambiente del templo, algo más fresco que el del exterior, pareció servir de apaciguador de la imaginación del comisario. Recordó que había leído, en la novela de un autor gallego bastante denostado, que «el hombre es un milagro químico que sueña» y se preguntó por las extrañas reacciones químicas que acababan de conducirle a tan extrañas disquisiciones como las recién vividas, al milagro de la iluminación debida al arcángel Saeltiel, hasta entonces un perfecto desconocido que al parecer era el responsable de su gula, incluso durante la hora del desayuno y la excesiva ingesta de cruasanes.

Conocía, en cambio, la existencia de un escritor mexicano, Sealtiel Alatraste, cuyo apellido había servido para dar nombre al protagonista de unas novelas de capa y espada, de héroes anónimos y grandezas olvidadas, pero ¿cómo se había enterado de que Saeltiel abogaba por la curación de comilones y bebedores como él a sí mismo se consideraba?

Quizá lo hubiese leído en algún sitio, buscando el nombre del mexicano. Quizá fuese una regresión en directo como, con toda probabilidad, calificaría Eulogia al fenómeno que lo intrigaba. Eulogia solía decir de él que era un alma vieja; alguien que ya había tenido otra vida y estaba reencarnado ahora en el policía gordo y comilón en el que se había convertido.

Si la mente crea paisajes en los que nunca antes has estado y los visitas en el sueño, recorriéndolos en medio de penares o de gozos, ¿por qué no habría de crear lecturas que nunca has realizado, dotarte de conocimientos que nunca has poseído o iluminarte con un Pentecostés en el que las lenguas no fueran lo más significado? En todo caso, comenzaba a sentirse excedido.

—La vida será una mierda —se repitió una vez más durante aquella mañana—, pero no se puede negar que está llena de sorpresas y a veces, incluso es divertida.

Murmuró en voz muy baja. Después se sentó en un banco de los primeros y más próximos al altar mayor, de los situados en el lado derecho del transepto de la basílica compostelana. Al levantar la vista pudo ver a monseñor Amador Lobato recitando:

—¡Santo, Santo, Santo es el Señor Rey del Universo, llenos están los cielos y la tierra de su gloria, suyo es...!

Sin embargo él lo oía pronunciado como:

—¡Kadosh, Kadosh, Kadosh, Adonai elohim tzevaot. Asher haya wehove, veyavo...!

Con lo que comenzó a sentirse de nuevo algo mareado. Empezaba a parecerle excesivo.

Hacía años, cuando había navegado en un transatlántico, ejerciendo su condición de policía, el capellán de a bordo, un curita guapo como un san Luis, gallego como él, le había contado que en la catedral compostelana existían dos canónigos criptojudíos que respetaban el Sabbath y decían misa al mismo tiempo. ¿Estaría él entrando en un mundo de dimensiones a las que hasta entonces había permanecido ajeno?

Se prometió no comentar nada, con nadie, absolutamente con nadie, de todo lo que le estaba pasando aquella mañana que, a pesar de todo, empezaba a considerar de cualquier modo menos angelical. ¿Pasaría algo extraño en la catedral y en sus alrededores que a él se le escapase? ¿Algo que ahora fuese capaz de percibir y que antes se le mantuviese oculto? ¿Algo que estuviese relacionado con el sueño que había tenido Clara Ayán, la joven abogada compañera de piso de Sofía Esteiro,^[8] la víctima que había aparecido desnuda en su cuarto de baño, hacía cosa de un año?

En aquel sueño, Clara, encumbrada en el triforio, se había soñado desnuda sobrevolando el transepto a lomos del botafumeiro y había tenido iluminaciones que habían dado sentido a lo que hasta entonces habían sido enigmas, o así él creía recordarlo y ser esos, y no otros, los términos en los que ella se lo había contado a él confiándole su secreto.

¿Le estaría pasando a él lo mismo? Reconocía que era demasiado para sucederle a esa hora de la mañana, sin haber tomado aún los vinos de antes de comer, pero

decidió abandonarse a la dulzura de la canción que cada vez era más un lamento que una exaltación.

—Kaaaaadosh, kaaadosh, kaaadosh... —seguía salmodiando la hermosa voz de mujer que se le había instalado en la cabeza sin aviso previo ni justificación alguna.

En ese momento, el comisario desvió la vista del altar y tropezó con la presencia alrededor de él de seis extrañas figuras. Estaban arrodilladas, dos de ellas, en el pasillo central; otras dos en los nacimientos de las dos naves laterales y, otras dos más, a ambos lados del altar mayor. Decididamente, algo le había sentado mal la noche anterior y debía de estar intoxicado. ¿Quizá las ostras?

No. Si hubiesen sido ellas, estaría sintiéndose morir. Las ostras no podían haber sido. Las sardinas tampoco. Entonces, ¿qué? Lo ignoraba y regresó a la contemplación de aquella media docena de seres tan extravagantes que, en un principio, calificó como «los de Ikea», aunque no con ánimo de hacerse el sueco y olvidarlos.

Las seis extrañas figuras vestían un peculiar hábito. Una sotana color amarillo, se diría que de un color algo fosforescente o luminoso, que les llegaba hasta los tobillos dejando asomar unas sandalias que cualquiera diría de tosquedad franciscana, mientras que, una estrecha casulla, más bien una amplia tira de color azul, descendía, dejando libres los brazos, adelante y atrás, desde el nacimiento de los hombros hasta las pantorrillas, por delante, y por debajo de las rodillas, por detrás, al tiempo que formaba una capucha semicónica con la que los así vestidos se cubrían sus cabezas.

—¡Esto empieza a ser demasiado! —se dijo el comisario ya definitivamente inquieto, al fin dueño de sus actos, dispuesto a levantarse.

En ese momento, uno de los así vestidos giró lentamente la cabeza hacia él y lo fulminó con la mirada. Monseñor Lobato ya había comenzado la consagración de la eucaristía y aquella mirada constituía una orden perentoria: debería mantenerse en su sitio mientras se producía el milagro de la transustanciación por el que, lo que antes tan sólo era pan ácimo y vino moscatel, a partir de la pronunciación de las palabras de la consagración sacramental, pasasen a convertirse en el cuerpo y la sangre reales de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Salorio pensó que sí, que mejor sería quedarse quieto y permanecer atento, observándolo todo mientras le fuese posible.

Los ensotanos guardaban una compostura que se le antojó rigorista en exceso, rígida y firme, hierática, que inducía a los que los rodeaban a comportarse de igual modo, sometidos por un temor del que no eran conscientes.

Los seis eran enjutos y sobrios, fibrosos. Sus cabellos estaban cortados como si ellos fuesen soldados y sus ademanes eran los propios de quien siempre está al acecho. Se adivinaban atléticos, a la vez que ágiles; poseídos por una tensión que a Salorio se le antojó indescifrable.

Su actitud, como se dijo, era hierática y tensa, como la de un *pointer* inglés en el momento de ventear perdices, convertido en esa bella estatua que puede dejar de

serlo en cualquier instante, animada que fue por un leve soplo de aire, un leve céfiro, una alada brisa nacida Dios sabe dónde, que lo empuja hacia delante, un par de pasos, antes de volver a convertirse en lo que era, en esa estatua hermosa, anuncio de un vuelo que aún no nace.

Entre una elucubración y otra, la misa había seguido su curso y ya se habían empezado a formar filas para que la gente se acercase hasta el altar con objeto de recibir la sagrada comunión, las obleas que una vez consagradas contenían el cuerpo y la sangre de Jesús Nazareno.

En ese momento, los suecos, aquella especie de monjes guardianes que empezaron a ser llamados así por el comisario, se dispusieron poco menos que en formación de al tresbolillo a ambos lados de la cola, expectantes, pero no se diría que ansiosos, aunque ávidos, muy observadores y atentos, el primero de ellos casi pegado a monseñor Lobato y al monaguillo que, a su lado, portaba una patena en la que recoger las probables partículas desprendidas de las pequeñas hostias consagradas.

En ese momento, una excursión de turistas, un grupo de peregrinos japoneses, un autobús o dos de ellos, irrumpió en el templo.

Accedieron al recinto sacro entrando por la puerta abierta en su fachada norte, la llamada de la Azabachería, la que se abre a la plaza que está en el lado opuesto a aquel en el que se encontraba el comisario. Una plaza que cuenta con la catedral, por un lado, y con la fábrica del hermoso edificio barroco de San Martín Pinario, por el otro.

Al verlos, los monjes azules y amarillos adoptaron una actitud extremadamente vigilante mientras observaban, no se diría que con los rostros demudados, pero casi, la inmediata incorporación de los japoneses al final de la cola recién formada. Sabían que los japoneses son así. Llegan a un sitio, ven una cola, y se ponen al final de ella como convocados por una llamada ancestral e indescifrable.

Los de Ikea, al ver que era eso lo que hacían los japoneses, se pusieron en pie y permanecieron rígidos.

El más cercano al comisario, al hacerlo, hizo revolotear su beca central, la ancha tira azul que era su casulla, dejándole ver que, a la altura del pecho, llevaba un bordado con una enorme gama de colores en las que el rojo y el amarillo, también el azul, predominaban. Al verlo, el comisario Salorio pegó un salto. Era la imagen de san Miguel Arcángel blandiendo la espada sobre la cabeza de un demonio de cuernos algo abatidos.

Empezaban a ser demasiados objetos voladores los que se habían materializado aquella mañana en el espacio basilical y en sus alrededores después de que él hiciese volar al Dragan Flyer X6 sobre el tejado de las monjitas.

No le dio tiempo a pensar demasiado en ello. Poco a poco la fila de comulgantes había ido avanzando de manera que los muy disciplinados nipones se encontraban ya en las proximidades de monseñor Lobato, quien, de vez en cuando, levantaba la mirada, inquieto ante lo que a todas luces se le estaba viniendo encima.

Llegó el primer japonés a la altura del monseñor y extendió las palmas de las manos tal como habían hecho los fieles cristianos que lo habían precedido. Monseñor dudó brevemente, pero al fin se decidió y posó la forma consagrada sobre la mano izquierda.

—¡Cuerpo de Cristo! —pronunció en un tono de voz un poco más alto y fuerte del que había utilizado hasta entonces.

—(...)

El nipón ni se inmutó, aunque no se pueda decir que se hizo el sueco. Tampoco se lo hizo el de Ikea, quien, a partir de ese momento, no le quitó ojo de encima hasta que vio cómo, lleno de unción, una unción muy asiática y llena de impasibilidad, pero unción al fin y al cabo, se la llevaba a la boca y continuaba andando como si no hubiese pasado nada. Mientras tanto, sus otros cinco compañeros continuaban con la mirada fija en el resto de la fila, atentos a sus actitudes y comportamientos.

En un momento dado, otro de los ensotanados bicolores, perteneciente al grupo de los que vigilaban la fila de comulgantes desde el lado del evangelio, se dirigió a una japonesa de mediana edad. Al parecer, la dama no había ingerido la sagrada forma en el debido modo y el monje, o lo que fuese, la conminaba a hacerlo, en idioma inglés, hasta que, convencido de que no lograba hacerse entender, extendió el dedo índice y, señalando la pequeña hostia, le indicó cómo hacerlo de modo que no dejaba lugar a dudas de ningún tipo y que se la llevase a la boca de inmediato.

La japonesa ni se inmutó, pero sí le dijo en voz audible y clara:

—*Yamete!* —que, más o menos bien traducido, quiere decir «no me moleste».

Algo que afortunadamente aquel férreo guardián del templo, aquel ángel fieramente humano, no entendió, porque, si lo hubiese entendido, la presión ejercida por su mano sobre el antebrazo de la dama hubiese sido muy superior a la considerada conveniente: el tono en que lo entendió no le había gustado nada.

La japonesa, en vez de relajarse, como cabría esperar, se incendió como una brasa y se enfrentó al ensotanado que lucía tan brillante colorido.

—*Yamete!* —volvió a increparlo.

Con lo que el joven monje, o lo que fuese, se encolerizó como suelen hacerlo las monjitas. Sin que se les note más que en el pellizco resabiado que suelen propinar en el sobaquillo del o de la insurrecta.

Pero no se atrevió a tanto y no propinó el pellizco. Lo que hizo fue hacer más fuerza de forma que incrementó la presión y empezó a obligar a la nipona a llevarse la forma a los labios. En ese momento, otro recién llegado del país del sol naciente, en esta ocasión un varón de mediana edad y complexión física tirando a escuálida y se diría que minimalista se enfrentó a quien, con tanta elegancia, vestía aquel llamativo y bicolor hábito talar.

—*Yamete. Kudasai!* (No la molestes más, por favor).

—Pues que se la trague.

—*Uakarimasen.* (No le entiendo).

—Que se la coma.

—*What?* —¿qué?, respondió en inglés el pequeñito.

—¡La hostia!

—*Naní.* (¿El qué?).

—¡¡La hostia!!

—¡La-hos-ti-á!

Le repitió el joven religioso al tiempo que, con los dedos índice y pulgar unidos, mientras mantenía recogidos los otros tres, dibujaba la señal de la cruz sobre el rostro de la japonesa quien, sintiéndose acosada, pegó un grito que cruzó el Templo.

—¿Laos-tiá? —había preguntado el nipón, en un extraño idioma, mientras el grito recorría el espacio sagrado del templo cristiano.

Los fieles asistentes al misterio de la eucaristía se incorporaron en sus asientos; unos se pusieron en pie, o se ausentaron, otros, pero nadie permaneció indiferente a lo que se estaba cociendo.

Salorio se incorporó del banco en el que había permanecido atento a todo cuanto estaba sucediendo, dispuesto a mediar en lo que ya se presentaba como un conflicto callejero, estando como estaban en el interior de una basílica.

En ese momento, otros cuatro japoneses que estaban siendo sometidos a situaciones parejas a las que se describe, decidieron reaccionar. Uno de ellos optó por poner fin a aquella situación aprovechando su posición, y dando los alaridos de ritual. La escena no resultó en absoluto edificante, dado el conocimiento y dominio que ambos bandos tenían de las artes marciales. Quien más, quien menos, levantó la pierna para describir un amenazante arco con el pie, mientras daba el grito correspondiente.^[9]

Monjes bicolores y japoneses bajitos, dando saltos y pegando gritos a los pies del apóstol Santiago, no parecían pertenecer a un grupo folclórico que estuviese interviniendo en una misa campesina, aunque la que se estaba celebrando se quisiese presentar como sintoísta y muy apegada a los cultos de la tierra.

Para añadir una nota más, la verdad es que escasa de color, fue notorio que los monjes rapados no vestían pantalones debajo de sus ropas talaes.

En el momento cumbre del ballet que se describe, que se atuvo en todo momento a la coreografía que no será nada difícil continuar imaginando, llegó Salorio enarbolando su placa de policía y gritando:

—¡Calma! ¡Calma! *Wait a minute, please, wait a minute!*

Sin conseguir por ello reducir a nadie a la sensatez solicitada.

Cuando ya había empezado a perder los nervios y estaba a punto de perder él también la compostura, Amador Lobato, después de abandonar la administración del sacramento al resto de la expedición nipona, llevando la mano en la que agitaba una campanilla que hacía tocar de modo que se diría algo histérico a la altura del pecho, en donde se disimulaba un pequeño micrófono que hacía audible a los asistentes las plegarias de la misa, ordenaba silencio a gritos, emitidos con voz atronadora y firme:

—*Quiet! All of you, quiet! Return to your seats! Please, back to your seats! Those of you who have just arrived, to your seats! Sit down, damn it!*^[10]

No se sabe si fue el volumen de voz, si la última interjección pronunciada, si el repiqueteo de la campanilla o qué, el caso es que la intervención del monseñor consiguió la imposición del orden.

—*Those of you who are catholics, please swallow the sacred host, now. If you're not catholic return the host immediately at the direction of the brothers and priests of the holy order of the archangel Michael.*^[11]

Así que así eran como se llamaban los tan elegantemente vestidos, se dijo Salorio mientras caía en la cuenta de que unos llevaban grabadas sobre las casullas la imagen de san Miguel Arcángel y otros todavía no. Lo cual le hizo quedarse pensativo.

—*Thank you for your assistance, inspector*^[12] —oyó Salorio la voz del monseñor resonando a través de los altavoces del templo.

Mientras la guía turística de los japoneses les traducía a éstos la intervención del sacerdote, adornándola con todo lujo de gestos rituales, Salorio se volvió hacia el altar y vio que el canónigo le hacía un gesto significativo, muy parecido al que utilizan los entrenadores de baloncesto, para avisar de un cambio, pero que en este caso significaba que deberían hablar a la finalización de la tan accidentada liturgia como la que aún no había terminado y se disponía a concluir a toda prisa.

Los japoneses, en su amplia mayoría, decidieron no quedarse con la duda de a qué podría saber aquella pequeña oblea blanca y se la llevaron a sus bocas sin mayores dilaciones tras habérselo indicado la guía intérprete, todavía jadeante tras haber llegado con evidente retraso sobre lo debido. Se había quedado atrás, acompañando a unas viejecitas que andaban a pasitos cortos, gracias a vestir quimonos, que ahora llegaban sonrientes portando en sus manos delicadas unos discos compactos con canciones de la tuna, recién comprados a un tuno, que lo era, pero que ya no era un estudiante.

Era estadísticamente imposible tal número de católicos en una excursión de aquellas características, pero Amador prefirió no andar haciendo mayores averiguaciones ni comprobaciones de ningún otro tipo al ver que algunos japoneses las devolvían tras recuperarlas de los lugares más insólitos para ser utilizados como custodias del Santísimo, a saber: tres del interior de sendas billeteras; al menos otras dos de las profundidades de unos bolsos; cuatro de dos bolsillos superiores de dos chaquetas de varón y otras dos del superior de un par de camisas floreadas; tres de entre las páginas de otras tantas guías turísticas que mostraban la fachada del Obradoiro. Todas ellas antes de que el monseñor decidiese hacer borrón y cuenta nueva, acabar la celebración de la eucaristía, mejor pronto que tarde, antes de que la celebración se le escapase de nuevo de las manos.

Mientras tanto, se había vuelto a organizar la cola y Amador decidió acelerar la administración del Sacramento improvisando una fórmula de circunstancias.

—*Are you a practising catholic and do you firmly believe that in this consecrated*

host truly resides the body and bolld of our Lord Jesus Christ?^[13]

Si el o la interpelada respondían afirmativamente, bien de viva voz, bien asintiendo con leves y afirmativos movimientos de cabeza, olvidando la administración en mano volvía a hablar para indicarles:

—*Then open your mouth!*^[14]

E introducía con toda brevedad, unción y respeto la Sagrada Forma en la boca del creyente, una vez evaluada de tal modo la conveniencia de hacerlo.

Sólo en una ocasión, habiendo repetido la pregunta en inglés a una viejecita del país, que no se dio por enterada de lo que le había dicho el reverendo, pero que abrió la boca como antes era mandado, reaccionó con una pequeña duda que resolvió de inmediato administrándole la comunión a toda prisa.

Acabada la celebración de la misa, ya estaba Salorio esperando en la sala anterior a la de la sacristía a que llegase monseñor quien, al verlo, le dijo:

—Espérame que me desvista, salgo en un momento y nos tomamos un café. ¡Menudo lío!

El comisario esperó pacientemente al canónigo, paseando arriba y abajo en la antesala de la sacristía, mientras la monjita cancerbera no dejaba de mirarlo.

De vez en cuando, Salorio entreabría la puerta que daba acceso al claustro y observaba, a lo lejos, las viejas campanas que habían estado colgadas durante siglos en la torre Berenguela hasta que, a finales de los años ochenta del siglo xx, un *conselleiro*^[15] agnóstico las había sustituido por otras que no estuviesen quebradas y pudiesen cantar las horas con toda pulcritud y la ronca y vibrante voz de antaño.

En cada ocasión en la que el comisario amagaba con entrar en el claustro, la monjita estiraba el cuello haciendo sobresalir la mandíbula y entreabriendo la boca como para disponerse a hablar, pero sin llegar a hacerlo, porque ése era el momento en el que Salorio volvía a entornar la puerta y la monjita cancerbera se quedaba con las ganas de llamarle la atención.

El juego entretenía al comisario y duró hasta que duró; es decir, hasta que el comisario franqueó decididamente la puerta, echó un pie fuera y, cuando la monjita cancerbera se dispuso a recriminarle algo, le mostró la placa y le dijo:

—¡No me joda...!

Con lo que la esposa del Señor se quedó con la boca abierta y sin saber qué decir.

Cuando monseñor Lobato abandonó por fin la sacristía, después de haber comentado ampliamente con sus iguales todo lo acontecido, el comisario ya podía citar de memoria no pocos de los nombres y fechas de los religiosos cuyos restos mortales yacían bajo las lápidas del claustro y comentar no pocos ni insignificantes de los muchos datos que figuraban escritos en las viejas campanas basilicales ahora depositadas en una esquina del hermoso patio interior de la catedral por el que se llegaba al archivo diocesano.

—¡Perdona, chico, es que tuve que explicar lo que había pasado e informar al deán para que dé cuenta al señor arzobispo de todo lo sucedido! —dijo monseñor

Lobato a guisa de saludo.

—Casi se podría decir que por poco acaban lloviendo las hostias.

—¡No seas irreverente, Andrés! —respondió el antaño tonsurado y hoy simplemente calvo.

Monseñor Lobato era de regular estatura, incipiente calva, y aguda mirada que brotaba de entre unos párpados que montaban sobre las pestañas, bajando directamente desde las cejas. Era de natural amable, educado, según afirmaba el comisario, pero no admitía bromas en cuestiones de fe; era un hombre de Dios.

A lo largo de la historia, las clases más descreídas han sido siempre las sacerdotales, pero también a lo largo de ella siempre se habían producido excepciones que la gente identificaba con el nombre de almas de Dios para distinguirlas del resto de los considerados sus iguales, don Amador una de ellas; o sea que, para decirlo de forma resumida, monseñor Lobato creía en Dios. A pesar de que a algunos pudiera no parecérselo.

—¿Nos tomamos los cafés con leche en el Casino de Caballeros? Tienen los mejores cruasanes —indicó el monseñor.

—Nos los tomamos —respondió el comisario—, pero los mejores cruasanes los tienen en la cafetería Ferlós, en Bertamirans, al lado de Lenda, la librería regentada por el mejor librero del país, y juraría que están hechos en la pastelería Miguel Ángel que...

—¡No me mientes más miguelos ángeles ni arcángeles, por Dios!, que por hoy ya vamos bien servidos, con tanta orden y mandato suyos, ¡caray...!

—La verdad es que sí —respondió el comisario.

Entraron en el Casino de Caballeros, ahora abierto al público y no sólo a medio ciento de prohombres locales, como antaño. Se sentaron en unas cómodas butacas de orejeras, al lado de una ventana, de modo que podían contemplar a los transeúntes que circulasen por la Rúa do Vilar, y se dispusieron a comentar los hechos.

—¿Quiénes son esos pájaros de vistoso plumaje bicolor? —inquirió Andrés Salorio tan pronto como hubieron hecho el pedido al camarero.

—Son miembros de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel. Busca en Google. Fueron fundados en Vigo hace muy poco, tienen sacerdotes y monjas consagradas entre ellos, pero también lo que tú llamarías civiles y, no creas, son muy rigoristas y tenaces.

—A mí me parecieron pertenecientes a un equipo de seguridad y vigilancia... —objetó el comisario.

Monseñor Lobato hizo gala de su mirar inteligente y acerado y se ayudó del gesto para coincidir en algo con la apreciación de su amigo policía.

—Aunque no lo creas —se vio obligado a comentar Salorio, como continuación de lo anterior—, a veces entro en la catedral y me siento a pensar allí en las cosas que me ocurren. Y ya me los había tropezado alguna vez. Al principio me dio en pensar que eran peregrinos de esos que vienen montados a caballo, mira tú qué tontería, o

simplemente de una orden rara, ecuestre en todo caso, pero ahora, visto lo visto, pensé que eran de una compañía de seguridad que se vistiesen de algo así como de monaguillos para no desentonar luciendo otro uniforme por el interior del templo.

—Hombre, algo de eso hacen, pero son religiosos y mantienen un gran rigor con su conducta, por cierto...

Insistió Lobato cargando de intención la pronunciación de rigor. Era evidente que el reverendo estaba de acuerdo, pero también que lo reconocía al eclesiástico modo.

La conversación siguió por ese derrotero hasta desembocar en los últimos incidentes contemplados por el comisario. A lo largo de ella, monseñor se mostró contrario a la administración de la comunión entregando la oblea en manos del comulgante.

—El otro día tuve que advertirle a un señor mayor que ya era la cuarta vez que le administraba el sacramento en la misma misa. Me respondió que era para llevársela a su madre, enferma y encamada, y, de paso, a dos hermanas suyas que la cuidaban y que comulgarían al mismo tiempo que ella. ¿Qué hacer?

Salorio quería asentir, recordando la pompa y solemnidad con la que antaño transitaba por las calles el viático para los enfermos, señalando la escasez actual de vocaciones sacerdotales, el aumento de la población y las nuevas necesidades surgidas, pero como ya había aprendido las maneras, cortó por lo sano.

—Claro que también hay misas negras... —objetó, sabiendo que así, su interlocutor nunca le podría achacar permisividad policial a la hora de atajar las que con toda probabilidad se celebraban esporádicamente de la misma manera que él nunca le podría echar en cara, que hasta para el aquellos oblatos o lo que fuesen parecían o eran un cuerpo medio paramilitar.

—También... por eso es tan importante la vigilancia de la orden y mandato de San Miguel Arcángel... a este respecto, pero insuficiente, por lo que se ve; mejor sería volver a lo de antes.

—Si al ser humano lo desposees de los símbolos, si le restas el rito y la liturgia lo dejas, más que desnudo, inerme ante sí mismo y abocado a la búsqueda de otros símbolos y otros ritos que ocupen el lugar que ha quedado vacío...

De tal forma había empezado a perorar el comisario, al no saber qué contestarle, cuando sintió vibrar el teléfono móvil en el interior del bolsillo izquierdo de su pantalón. Lo extrajo con las dificultades propias del caso y de su masa corporal y atendió a la llamada.

—¡Bingo, comisario! —gritó más que dijo Andrea Arnoia desde el otro lado de la conexión inalámbrica—; el angelito es el sanpeterburgués que usted me dijo.

—Pues ya sabes, a investigar entre los rusos que anden por aquí. Te llamo luego. ¿Comemos juntos, monseñor?

Compostela, siete de la tarde de ese mismo día,

17 de junio de 2011

El Mesón Carballeiro era un pequeño restaurante que estaba en el número 30 de la avenida da Mahía, la arteria central de Bertamirans, capital municipal del ayuntamiento de Ames.^[16] Un núcleo urbano que pasó, en veinte años, de ser una pequeña aldea y de disponer de una tienda de comestibles y de poco más que de una docena de casas, a ser una pequeña, y agradable, y bien pensada ciudad dormitorio de Santiago de Compostela. Un caso excepcional en el desastre urbanístico galaico.

Durante ese tiempo, los campos de trigo y de centeno que habían sido recorridos por los campesinos, durante las noches del solsticio de verano, portando antorchas encendidas para celebrar un rito ancestral, se fueron llenando de edificios de tres plantas, con sótanos para aparcamientos y bajos comerciales que se inundarían en los días de lluvias intensas mientras no fue canalizado el río que atraviesa la población y la embellece.

La gándara vecina, el humedal en el que, desde el comienzo de los tiempos, habían invernado toda clase de aves migratorias, componiendo un espectáculo apasionante y lleno de vida, había sido desplazado por urbanizaciones de chalets que no aportaron mayor satisfacción que el dinero que entró en el bolsillo de los promotores de viviendas, ciegos ante la especulación que las leyes consintieron. No hubiera sido necesario, lo mejor de Bertamirans sigue siendo el resto.

A ambos lados de esa arteria principal, Bertamirans cuenta ahora con cinco grandes supermercados, farmacias, consultas médicas, abogados, centro de asistencia primaria, zapaterías, comercios, cuantos restaurantes y terrazas de bares y restaurantes pueden hacer agradable la convivencia, amplias y hermosas zonas verdes alrededor del río e incluso un pazo que se pensó residencia del presidente del gobierno de Galicia, pero que ahora se ofrece accesible a los ciudadanos, al menos sus jardines, lo que ya es un avance. No se sabe hacia dónde, pero un avance.

Los ánades, las grullas, las garzas o algún cisne despistado ocupan ahora en ocasiones las piscinas de las casas. No entienden nada cuando aparece la gente haciendo ruido para espantarlos. Algunos se rebelan y los picos de los cisnes pueden ser muy convincentes a la hora de advertir que necesitan agua y paz para vivir tranquilos. La vida es ya otra, pero no se debe dar por hecho que sea enteramente mejor, ni mucho menos.

El interior del Carballeiro está decorado con maquetas y cuadros de barcos,

mayoritariamente veleros, panoplias con nudos y cabos náuticos, una imagen de la Virgen del Carmen, permanentemente alumbrada por la llama de una vela, una rueda de timón, una campana de las que servían para señalar los cambios de guardia desde el puente de los barcos cuando el tiempo era otro y transcurría lento y no convulso y agitado como ahora.

Al entrar, a un lado de la barra, hay una enorme pecera habitada por unos peces enormes y coloreados. Dos de ellos se acosan continuamente. Uno se llama *Óscar*, pero no lo sabe. El otro ni siquiera sabe que es un pez. Los demás también andan a su bola bogando por el espacio que les adjudicó la vida. Lo hacen así con unas aletas que se dirían gelatinosas y blandas, a juzgar con los movimientos lentos y ondulantes con los que se conducen y que seguramente no lo sean tanto como supone el espectador ocioso que, recién acabado de llegar, cuando todos los ejemplares de periódico tienen ya lectores que los manoseen, y que no teniendo nada mejor que hacer los observa mientras permanece arrimado a la barra u opta por sentarse a una mesa de las más cercanas a ellos.

En el extremo de la barra que cae al lado de la entrada al comedor suele haber todo tipo de prensa, desde *El País* hasta *La Gaceta*, lo que puede dar una idea del eclecticismo empresarial de los propietarios, pero no de sus ideas acerca de las que ellos tienen la prudencia, también empresarial, de no manifestarse.

Como no hay periódicos con los que entretener la espera, el recién llegado se encorva sobre el cristal que contiene el líquido y separa los dos mundos, dispuesto a golpearlo con el dedo índice. Lo hace con convencimiento y firmeza, como si eso pudiese reclamar la atención de los nadadores lentos y ceremoniosos en que si no la naturaleza sí la vida ha convertido a los ocupantes del acuario.

Desde que Andrés Salorio fue expulsado del paraíso suele venir a comer aquí de vez en cuando. En otras ocasiones acude a cenar. Entonces suele pedir una tortilla de patatas, comerse la mitad y llevarse la sobrante. Lo hace siempre con la ingenua idea de que la sobrante le servirá de desayuno. Generalmente no suele pasar de media noche. La soledad suele despertar mucho el apetito.

El del comisario suele despertarse, ya en la cama, cuando el sueño no acude en su ayuda y la ansiedad empieza a consumirlo. En ese momento se levanta, baja a la planta principal, se adentra en la cocina, abre la nevera, saca de ella la tortilla y, sentado a la mesa de la cocina, se la va comiendo poco a poco, alargando la masticación del modo que debería hacer siempre. Luego regresa a la cama y se duerme de inmediato.

El Carballeiro suele ser frecuentado por trabajadores autónomos y por cuenta ajena, trabajadores de banca, algún que otro fontanero, un juez y su esposa abogada, dos o tres profesores, un capitán de la marina mercante retirado, un bibliotecario y su señora enfermera que acuden siempre los lunes, algún profesor despistado y los sábados, domingos y demás fiestas de guardar, por abuelos jubilados que invitan a comer allí a sus nietos porque el menú está inteligentemente dispuesto y es rico en

resultados, amén de un precio accesible a pagar en estos tiempos onerosos de la crisis que nunca acaba, ni acabará, mientras los banqueros sigan engordando.

Gente así, variopinta y sujeta a un sueldo, es la que frecuenta el Carballeiro. Gente así compone la población mayoritaria de Bertamirans.

Los agentes de la Guardia Civil de Tráfico no suelen aparcar sus motos en la acera de enfrente del Carballeiro, sino un poco más abajo, según se dirige uno a Compostela, en una cafetería atendida por una joven empleada, dueña de unas tetas grandes y hermosas, se diría que ubérrimas.

Acuden allí no porque sean unos mamones, que alguno pudiera serlo, sino simplemente porque les gusta el paisaje que le ofrecen las dulces hondonadas, los soberbios picos, la escotadura supraesternal de la camarera; en fin, la pura ciencia anatómica en la que ellos, gentes de buen ojo, acostumbrados a verlas todas, se aplican con ánimo forense, pues mucho es lo que les alegra el corazón y de ilusión también se vive. El suyo es un peritaje continuado que a nadie ofrende y siempre halaga al objeto de sus fantasías y sus ansias. ¡Ah, los miembros de la Benemérita, atentos a observarlo todo y a no quitarle los ojos de encima a nada que despierte su atención!

Precisamente, lo primero que le llamó la atención a monseñor Amador Lobato fueron las motos de media docena de parejas de la Guardia Civil de Tráfico aparcadas cerca del Carballeiro.

—¡Caray! ¿De qué se trata, de una manifestación, de un ensayo para la procesión del día de San Cristóbal, de la detención de una pareja de magrebíes vendedores de hachís o de la de un grupo de Resistencia Galega? —preguntó el monseñor al señor comisario jefe.

—¡Se trata del demonio, monseñor! El demonio, que domina el mundo y no hace más que abocarnos a la carne... —respondió éste mientras con las dos manos simulaba contornear un hermoso cuerpo de mujer.

—Pues no tiene pinta de churrasquería la cafetería esa...

—Pero carne tiene y bien buena; además, hacen un café que es la leche —atajó el comisario.

—Habrá que ir a tomar uno a la salida —concluyó el reverendo.

Comieron en el Carballeiro con copiosidad y calma, después de que Inma, la propietaria, les diese a escoger de entre las variedades que ofrecía el menú del día. Los tiempos reclamaban contención, al menos en el gasto. A media comida, Juan, el marido, siempre solía salir de su cocina, de la sala de máquinas como él la definía, aceptando quizá que el puente de mando fuese ocupado por su pareja, adaptada a navegar entre las mesas con celeridad y soltura que parecían inagotables. Juan, en cambio, lo hacía con calma serena, aparentemente absorto, pero en realidad ocupado en la observación de su clientela.

Al terminar de comer, quizá porque las motos de los agentes de tráfico ya habían transportado a sus jinetes a cumplir con sus deberes, los dos comensales acordaron no

tomar café en el lugar que habían pensado con el ánimo dispuesto a la contemplación del panorama que de modo tan elocuente había sido alabado por el comisario.

Llegado el momento, Salorio decidió que lo tomarían en su casa. Estaba deseoso de enseñarle al monseñor cómo afrontaba su vida de soltero. El comisario profesaba en las filas del sano agnosticismo, pero sentía afecto por el reverendo, al que consideraba un amigo. Además, estaba orgulloso de la vivienda que se había agenciado, un poco ostentosa, sí, pero amplia y cómoda; excesiva para él y para sus necesidades, también, pero a buen precio.

Para finalizar, no sabría explicar por qué, esperaba que algún día próximo serviría de albergue a bastante más gente que a él. El verano estaba al caer y el primer aviso ya se lo habían dado los hijos de Eulogia.

—¡Vendremos a la piscina! —había exclamado Eugenia con decisión y convencimiento extremos.

—Sí —corroboró Salvador—; además, dispones de un buen espacio para hacer volar los helicópteros.

Los niños mimados suelen tomar decisiones rápidas y exponerlas de un modo, espontáneo y un tanto irreflexivo, que suelen confundir con las buenas maneras y consecuencia ineludible del espíritu cosmopolita y mundano que acostumbra a caracterizarlos, ellos así lo creen, definiéndolos como seres encumbrados por la vida, alejados de los reducidos espacios de las peceras y sometidos a las dimensiones de los de las piscinas. Por eso suelen ocuparlas alegremente, en medio de risas que se dirían llenas de concupiscencia y que no lo están ni siquiera de ingenuidad aparente. Casi siempre son risas que se dirían tontas, pero nunca inútiles. A ellos les sirven.

Le enternecía que sus hijastros le trataran con esa deferencia y, sentimental que era el comisario, le emocionaba el afán que mostraban hacia el hecho de que Eulogia y él se reconciasen. Tenía que reconocer que Eugenia lo encandilaba con su acento caribeño, sus poses provocativas, su tendencia, sin duda heredada de su madre, a poner el culito respingón y altivo; por su parte, Salvador lo obligaba a preguntarse si realmente era suficiente con haberlo ido a visitar al calabozo y defenderlo de su madre en alguna que otra oportunidad. Cada vez que reflexionaba en este sentido acababa pensando que en el fondo, lo que eso significaba, era que habían compuesto una familia. Y entonces solía emocionarse.

Quizá así, pensando que estaría acompañado a finales de julio —bien por los hijos de Eulogia, bien por algunos de sus propios familiares sanguíneos más próximos, aquellos que viniesen a visitarlo aprovechando la estancia para ver los Fuegos del Apóstol—, pensando en ello, Andrés Salorio se tranquilizaba, perdía algunas dosis de ansiedad y veía mitigado su apetito. Quizá así se olvidase de las largas horas de soledad que ya llevaba vividas en aquella jaula dorada en la que transcurrían sus horas nocturnas. Pensando en estas cosas, pero sin dejar de prestarle atención a los comentarios del reverendo, el comisario llegó a la que ahora era su vivienda y significaba ser su hogar.

Al sentir que llegaban, Kant asomó su cabeza de cachorro entre dos balaustres de la escalera que conducía a la solana del edificio, aquella que, por su brusca ampulosidad, más que por su sobria y elegante monumentalidad, podría recordar a la de un pazo, pero que bien se veía que no lo era.

Kant asomó la cabeza y movió el rabo; sin embargo, no consiguió hacerse notar. El comisario y el prelado habían iniciado otra conversación de resultados impredecibles.

—¿No será demasiado para ti solo? —Preguntó el reverendo cuando el coche asomó el morro dentro del recinto y pudo contemplar la mole de piedra adornada de balcones con, si no hermosas, sí caras balaustradas de granito.

—Por quinientos euros al mes, es un regalo.

—Sí, ¿y el mantenimiento?

—Desde que vivo aquí no sabes lo que ahorro. Me acuesto cuando lo hacen las gallinas. Apenas salgo. De aquí al trabajo, del trabajo aquí. Esto es el paraíso.

—O sea, que estás a gusto.

—Sí.

—Pues tú sabrás.

Una vez que hubo aparcado el coche y cuando ya se disponía a atender a su invitado, el comisario sintió la vibración de su teléfono móvil sobre el pectoral izquierdo. Lo había metido en el bolsillo superior de su camisa y antes de negar la recepción de la llamada pudo ver que quien la hacía era Diego Deza.

—Dime, Diego.

—Es cierto, hay moros en la costa y rusas en la zona. Ya hemos localizado a un grupo de ellas, vinculadas a la facultad de Filología y a la cátedra de gallego, y hemos enviado las huellas de la muerta a Moscú para ver si las identifican.

Salorio pensó que quizá hubiese sido más prudente realizar discretas averiguaciones entre ese grupo de muchachas, o en los círculos próximos a ellas, antes de andar dando la cantada y confesando la impotencia propia. También que mejor sería saber algo de una autopsia que se demoraba más de lo previsto. Los accidentes de tráfico habían deparado una semana intensa de fallecidos y los familiares de éstos urgían las devoluciones de los cadáveres de modo casi inmediato. El de la desconocida que tenía tatuado en una nalga un ángel con una cruz nadie lo había reclamado todavía y descansaba en la *morgue* sometido a bajas temperaturas que la mantenían más o menos presentable.

—Pues ya que estuvisteis tan académicos, indagad ahora en las casas de putas y otros lugares semejantes. Miráis en las páginas de anuncios por palabras de los periódicos y buscáis en ellas. ¿Vale?

—Vale, jefe —contestó Deza.

Desde los incidentes de Riazor, más desde la ignominiosa expulsión padecida como consecuencia de tales incidentes, Andrés Salorio no estaba con el ánimo demasiado predispuesto para la acción. Se limitaba a reflexionar, bien es cierto que

nunca demasiado, acerca de su propio trabajo.

Solía contentarse con la justificación de que había que ir abriendo paso a los más jóvenes dejándoles que se responsabilizasen, cada vez más, de mayor número de obligaciones y, al tiempo, de mayor número de tomas de decisión. Pero quizá eso fuese sólo en la teoría porque, en resumidas cuentas, lo que estaba Salorio era más vago y abandonado. Sin embargo, no por ello dejaba de mandar y de decidir menos de lo que solía acostumbrar a hacerlo.

Amador Lobato no había podido evitar oír la conversación telefónica mantenida por el comisario y, tan pronto como éste la dio por finalizada, le comentó:

—Estáis atascados, ¿verdad?

—Sí. Es verdad. Lo estamos.

—Tampoco hace tanto tiempo como para que sientas que ya lo tenías que tener resuelto. ¿Pero por qué, en vez de buscar entre los rusos, no buscáis entre la gente de iglesia? —sugirió el sacerdote.

—¿Qué pasa? ¿También tú crees que esa chica cayó llovida del cielo, que el cadáver de la chica llegó volando? —respondió empezando a estar harto el comisario.

—¡Hombre! Al fin y al cabo tenía un ángel grabado en el culo y los ángeles hacen milagros.

—Sí, pero éste es el de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, la de San Pertersburgo, y fue elevado sobre los miles de *mujiks* cuyos huesos sirvieron de cimientos a la fortaleza. ¡Menudo milagro!

—Hablaba del de la guarda.

—¡No me jodas, era el que me faltaba! ¡El de la guarda del zar! ¡Pues no llevo yo un día de ángeles y arcángeles para que tú me salgas ahora con otro más!

—Tú mira a ver. Piensa en quien te lo está diciendo. La Iglesia también se sostiene en sus propios cadáveres.

—¿Me lo está diciendo un amigo o un sacerdote?

—Te lo está diciendo un amigo tuyo que es sacerdote.

—¿Y por qué no un sacerdote que es mi amigo?

—Lo que tú quieras, pero estoy anteponiendo mi condición de amigo a la de sacerdote.

El comisario Salorio se quedó pensativo, como sopesando la entidad del envite que acababa de formularle el monseñor y preguntándose, acto seguido, sobre la posibilidad real de buscar en los ambientes eclesiásticos según le acababa de ser indicado.

La muerta no tendría que haber caído de ninguna ventana, ni siquiera de ningún guindo, para que la gente piadosa se pudiese ver involucrada en el asunto. Eso era evidente. Por otra parte, la prensa se había mostrado muy serena a la hora de informar sobre el llamativo cadáver aparecido, en absoluta desnudez, al lado del convento de unas monjas de clausura, en plena plaza de A Quintana y, ese hecho, sobre el que no había reflexionado lo suficiente, se le antojaba ahora digno de que se le dedicase un

mínimo de atención, una pequeña reflexión a cuenta de unas preguntas muy sencillas.

—¡No estaréis vosotros detrás de este medio silencio mediático!

—¿Nosotros? No. Pero no te olvides de que todos tenemos un Ángel de la Guarda que vela por nosotros...

—¡Y la policía otro, pero para lo que nos vale...!

—¡Hombre, al menos una vez al año te hace ir a misa, te pones de uniforme y sales en la prensa con el resumen de tus éxitos en forma de índices de robos y delincuencias varias! El ir a misa bien no te hará, pero mal tampoco. Y la prensa te halaga el ego. ¿O no?

—¿Estáis o no estáis?

—¡Hombre! No se te oculta que el lugar en el que apareció, al pie de una catedral y de un convento de clausura no es lo que más entusiasmo nos despierte a la hora de que esa aparición sea valorada por la prensa... preferir, lo que se dice preferir, preferiremos siempre la mayor discreción a la hora del tratamiento informativo. ¿Vosotros, no?

Según empezase a atardecer, monseñor abandonaría O *castelán*. Pero, antes, las horas se les habrían de ir sin que viesen languidecido nunca el diálogo, quizá gracias a una botella de *augardente de herbas* que Salorio subió de la bodega de la casa.

La había *normalizado* en las pocas semanas que llevaba ocupando la vivienda, clasificando los vinos por denominaciones de origen y por añadas, luego de haberlas incrementado en la medida de sus posibilidades. Se había dado cuenta de que el hecho de vivir con Eulogia, al correr ella con la mayoría de los gastos de la casa, le había permitido un ahorro sustancial que no le importaría ver disminuido si le habría de servir para vivir bien, es decir, muy bien y como a él le gustaba.

Bebieron la botella de *herbas*, entre los dos, hasta dejarla muy diezmada. El líquido, dulzón y verde, los hizo hablar con ánimo y pasión. El tema de la ortodoxia en la liturgia retornó a su lugar preferente al recordar a los japoneses de por la mañana y al viejo solterón haciendo acopio de hostias consagradas para llevarlas a casa. ¿Qué hacer?

Monseñor era tan permisivo y lleno de comprensión hacia este tipo de realidades como decidido defensor del regreso a la administración directa del Sacramento en la boca del comulgante. El comisario, que no comulgaba, seguía siendo ferviente defensor de la administración en la mano, que consideraba más democrática, moderna y progresista.

Amador llegó a irritarse. Les sucedía así cada vez que hablaban de religión y el comisario adoptaba posturas que el cura consideraba políticamente correctas, sí, pero mucho más retrógradas que la suya. No llegarían a un acuerdo, pero la botella continuó su descenso de nivel en medida mayor de la prevista y seguro que de la recomendable.

En algún momento, como consecuencia de una discusión inútil, decidieron subir a la biblioteca de la casa, ya en la primera planta, en la que ya el comisario había

empezado a colocar sus propios libros una vez almacenados en cajas los escasos que, propiedad del dueño, ocupaban hasta entonces los lujosos anaqueles de madera de caoba.

Salorio ascendió las escaleras de madera noble, tan ostentosas como el resto del conjunto, con el ánimo de buscar una vieja *Geografía descriptivo recreativa o una excursión familiar por las capitales de España*, un libro de lectura, escrito por Andrés F. Ollero, editado en Valencia en 1876, en la imprenta de Salvador Amargós, que el comisario quería enseñarle al reverendo para que comprobase cómo se describe en él el interior de la catedral afirmando que en ella conviven dos edificios superpuestos, uno subterráneo, en cripta, formado por seis naves y veintitrés capillas y otro superior en el que, entre otras capillas, está la de los Reyes, rica en reliquias, entre las que están «la cabeza del apóstol Santiago, leche de la Virgen, en un vasito, tan blanca, dicen y pura, como si fuese recién sacada; una de las espinas de la corona de Jesucristo, que el Viernes Santo, se torna, aseguran, de color de sangre; un pedacito de la vestidura de la Virgen, huesos de varios santos, siete cabezas de las once mil Vírgenes y un brazo de san Cristóbal grande y voluminoso». Al que enseña todas estas reliquias se le llama en este país «lenguajero», término este último que suscitó la discusión que el *augardente de herbas* enardecía en la medida de lo esperable.

No hacía una hora que el sacerdote había utilizado el término gallego *linguaxeiros* aplicándose a los canónigos que en la catedral compostelana confiesan en distintos idiomas mientras que el policía se empeñaba en utilizarlo en el sentido que había descubierto en el libro que se dijo. La razón asistía al eclesiástico. Pero eso era lo de menos. O lo de más.

En el fondo de lo que trataba Salorio, ya un poco invadido su ánimo por los efluvios de tanta *herba* ingerida, era preguntarle, sólo por molestar, por el cráneo de san Juan, niño, que se exhibe en la catedral de Venecia. Se trataba de un simple afán de recordarle la edad a la que había llegado el santo y zaherirlo para resarcirse del término *linguaxeiro* con el que acababa de recibir una lección.

A lo largo de la vida, todos cometemos malicias de esta índole. Lo curioso es lo bien y a gusto que en no pocas ocasiones suele quedar el ánimo de quienes así se comportan. Se trata de una especie de laxitud provocada por la regresión a un latente estado de infantilidad; un estado que resulta tranquilizador y sedante y que nos hace sonreír con una benevolencia en constante desacuerdo con la acción llevada a cabo y sin embargo... somos así. Y aún peores, por eso hay que saludar estos estados como benéficos e inhibidores de más atroces realidades; otros, por menos, matan. Así decidió valorarlo el comisario que, a esta altura de la conversación mantenida con su amigo, contó con la aquiescencia de éste.

Al buscar el libro y retirarlo de un anaquel medio vacío, Andrés Salorio hizo que cayeran el resto de los que lo acompañaban y, sin mayor ni menor intención, su acción, algo dubitativa y brusca a causa del alcohol ingerido hasta entonces, hizo que la madera que tapaba la pared cediese de modo inesperado dejando al descubierto un

hueco en el que aparecieron cantidad de medallas, documentos, reliquias, sin duda familiares, pero también políticas, alguna cruz de hierro nazi, el yugo y las flechas, un nutrido montón de recortes de prensa, material diverso, fichas informativas relacionadas con personas conocidas, todo ello más relacionable con el régimen anterior a la instauración de la democracia que con la situación actual.

—¡Carallo! —masculló el clérigo.

—Habrá que avisar al dueño... —comentó el comisario sin haber dado muestra alguna de sorpresa.

—¡Estás loco! —respondió Amador Lobato—, lo que hay que hacer es dejar todo como está y volver a taparlo cuanto antes. ¿Qué quieres? ¿Poner en evidencia al propietario? ¿Exponerte a que te diga que hay cosas que faltan? ¿Y si dice que eres tú quien lo ha puesto ahí; no dices que está un poco pirado? ¡Pero tú no te das cuenta de que eres el comisario! ¡Ciérralo y deja todo tal como está!

—Tienes razón, pero primero le haremos unas fotos y tú eres testigo de que todo se queda como está.

Hicieron las fotos y todavía tuvieron tiempo de hablar mientras asaban unos chorizos a la brasa en el semisótano de la casa en donde Salorio había decidido que pasaría la mayor parte de su tiempo de permanencia en ella, al menos mientras estuviese despierto.

Se trataba de una sala enorme con una enorme mesa de comedor ocupando una de sus esquinas, una mesa de madera, capaz de acoger a catorce comensales cómodamente sentados. En la adyacente, aprovechando el otro cuarto de la enorme sala, en un ángulo del edificio, estaba instalada una barra con unos taburetes y detrás de ella se podían ver una cocina perfectamente dotada, un asador, nevera, fregadero, un alzado lleno de platos de una vajilla con tendencia a parecer rústica, y todo cuanto electrodoméstico podría simplificar las labores de preparación de comidas.

La esquina opuesta estaba ocupada por un tresillo y varios sillones situados alrededor de una mesa baja en la que colocar las copas que normalmente siguen a las comidas. En definitiva, era un semisótano dotado como suelen estarlo en las más de las casas gallegas unifamiliares que se precien. Un lugar para disfrutar de la comida, la bebida y la amistad. Un espacio que suele llenarse con las canciones de la gente, satisfecha ya por las viandas ingeridas, ya por el vino trasegado, ya por la amistad correspondida. Allí asaron un par de chorizos, los regaron con vino de la tierra y, antes de que anocheciese del todo, Amador Lobato, prelado doméstico de Su Santidad, canónigo de la catedral-basílica compostelana, andarín cotidiano y dos infartos de miocardio en su haber, abandonó la casa de su amigo comisario en un taxi convocado al efecto.

Tercera parte

Compostela, 18 de junio de 2011

Cuando Andrés Salorio entró en su despacho, a primera hora de la mañana, no le aguardaban noticias importantes. Se había mantenido toda la noche lejos de su obsesión por el asesinato de Regino y, en cambio, había empezado a considerar que si lo que, casi con toda probabilidad, se hubiese decidido en alguna alta instancia fuese que el inductor intelectual de su muerte permaneciese oculto, eso, habría de ser por algo y que, por ello, lo más inteligente sería permanecer al margen. No lo más honrado, pero sí lo más oportuno.

El mero hecho de pensarlo lo irritaba. No era ni la primera ni sería la última vez que, a lo largo de su vida profesional, se veía superado por circunstancias similares e impelido a actuar con la sensatez exigible por este tipo de acontecimientos. El cuerpo, es decir, el corazón, le pedía la persistencia en sus primeras decisiones, siempre con la cautela necesaria y lo mismo le exigía su conciencia. Su mente le indicaba mantenerse quieto a la hora de continuar investigando.

Lo de Dalmiro Valverde seguiría coleando, tal como una vez más le comentaron sus hombres encargados de informarle. Según ellos, antes o después, el georradar rastrearía todas y cada una de las propiedades del periodista gráfico hasta agotar todas las posibilidades de encontrar los restos. Que se encontrara, o no, algo que lo inculcase, era objeto de división de opiniones.

Manolo Cerqueiro, el más joven de los dos inspectores, estaba convencido de que no se encontraría nada que aportar como prueba al sumario recién reabierto. Para él, si Dalmiro Valverde era un asesino, algo que empezaba a dudar, tendría que serlo de un modo tan perfecto que convirtiese poco menos que en una misión imposible el hallazgo de los restos humanos que permitiesen meterlo en prisión por mucho tiempo; después de quince años, lo que le habrían sobrado serían ocasiones de perfeccionar sus métodos de desaparición de restos, eliminación de pistas y extinción de datos. Luis Leira, el otro inspector, sostenía que sí, que se encontrarían restos. Lo pensaba de modo tan decidido a partir de la teoría de que, en algún modo, el asesino en serie es un coleccionista y además, alguien obsesionado, alguien ávido de recrearse en la perfección de su trabajo, de gozar en la rememoración de lo realizado, por lo que siempre acaba dejando constantes pistas de identificación que conduzcan, antes o después, pero de modo inexorable, a la atribución a su legítimo autor de las carnicerías cometidas; carnicerías que él, en su interior, seguirá considerando verdaderas obras de arte, ejemplos de precisión y limpieza de ejecución, textos antológicos de una ingeniería fúnebre que muy pocos alcanzan y de los que deberán

aprender futuras generaciones. Un juego fatal encaminado a un diálogo mudo entre perseguidores y perseguido: me descubristis porque yo he dejado pistas que habéis sabido resolver o que yo, llevado de ese prurito, de ese afán exhibicionista, os he ayudado a ver porque de otro modo hubieseis continuado ciegos.

En el fondo, sostenía Leira, todo criminal alberga la secreta esperanza de que sus crímenes sean objeto de estudio en las escuelas de policía o en las facultades de criminología. No es difícil averiguar, continuaba afirmando Leira, por qué no gustan tanto del hecho de acabar siendo objeto de estudio en los institutos psiquiátricos. Si acaso en las facultades de bellas artes.

—¡Cosas de artistas! —pretendía resumir Luis Leira, con pretenciosa ironía.

—Una especie de orgullo profesional, de narcisismo militante que, en paralelo a lo que se suelen denominar actos fallidos freudianos, le indujese, aun de modo indeliberado, a dejar huella de su paso —intentaba explicar el inspector, que tonto no era, al darse cuenta de lo escasamente divertido y sumamente pedante que podía haber resultado su comentario. Sin embargo, se ajustaba bastante a la realidad.

Luis Leira no es que fuese mayor que Manolo Cerqueiro, sino que había leído más literatura profesional y estaba familiarizado con todo tipo de teorías. Eso pensó Andrés Salorio, mientras escuchaba los comentarios de sus subordinados y seguía su propia línea de pensamiento.

—Debo de estar haciéndome viejo. Esas estupideces las decía yo no hace mucho todavía y, lo que es peor, aún las sigo pensando...

Interrumpió el comisario la disertación de su subordinado.

—... Pero, ése es el terrible síntoma de mi decrepitud, ahora me las callo —sentenció para sí mismo mientras no dejaba de observar la cara que se les había puesto a los jóvenes policías.

Si en el caso de Regino lo paralizaba la posibilidad de acusar a un familiar directo de la inducción de crimen y equivocarse al hacerlo, en el de Dalmiro Valverde lo impelía la posibilidad de que se estuviese acusando injustamente a un inocente destrozándole la vida. De hecho, el cámara no se había incorporado a su trabajo, ni parecía probable que lo hiciese en los próximos meses. Mientras, todo parecía conducir a que hasta sus propios compañeros se decidiesen a considerarlo culpable y eludir su presencia cuanto fuese posible.

La vida real de un policía no era, ni mucho menos ni en la mayor parte de las ocasiones, la misma que nos narran en las series de televisión, las películas o las novelas. En ellas, lo preceptivo, lo normativo, es siempre el triunfo de la justicia, el descubrimiento del o de los asesinos, el valor y la inteligencia de los héroes, la cobardía y la saña de los malvados.

En la vida real, los casos quedan sin resolver, la gente acaba por olvidarse de ellos y una noticia se borra con otra noticia, la estupefacción que produce un crimen con otro, y así, en cadena, hasta que de vez en cuando la prensa decide, al menos sin motivo aparente, resucitar un caso volviendo a airearlo, para acabar diluyendo su

recuerdo a las pocas semanas de acuerdo con el procedimiento ya señalado.

Había que rogar al cielo la posibilidad de no verse nunca implicado en el interior de esa maquinaria atroz que se compone de policías y jueces, periodistas y todo tipo de almas cándidas dispuestas a pastar en sus jardines.

Cuando Cerqueiro y Leira salieron del despacho del comisario, iban convencidos de que el jefe había pasado una mala noche, llevaba muy mal los cuernos que seguramente le estaría poniendo su ex pareja y, lo que era peor, se estaba haciendo acreedor a una jubilación anticipada.

Una vez que los jóvenes policías salieron de su despacho, Andrés Salorio se asomó a la ventana y vio cómo Carlos Somoza y Tomé Carreira caminaban hacia el antiguo Moore's, convertido ahora en el Gurea, pero no sintió deseos de bajar a beberse una cerveza con ellos. De algún modo pertenecían al pasado. O eso pensó, ignorante de que los tiempos por venir habrían de juntarlos de nuevo.

Era cierto que continuaban viéndose y que mantenían vivo el mutuo afecto; más en el caso de Carlos Somoza, que no olvidaba el hecho de que, al menos en gran medida, le debía al comisario la salvación de su vida.

Algo semejante le pasaba a Tomé Carreira, a quien la astucia del policía le había valido para librarse de un no pequeño número de sospechas. Sin embargo, desde que Eulogia lo había expulsado de su casa, Salorio, sin saber muy bien por qué razón o acaso pretendiendo ignorarla, procuraba evitar la relación con sus amigos diciéndose que su deliberado ostracismo sería cosa de unos meses y que ya volvería a establecer la relación cuando la vida se le encauzase de nuevo de un modo que aún no sospechaba y que, de siquiera intuirlo, su consciencia rechazaría.

En el momento de estar razonando así, entraron en su despacho Diego Deza y Andrea Arnoia, dispuestos a comentarle que de momento no había mucho más que decir respecto de la muerta que lucía el tatuaje de un ángel en la nalga derecha.

La reacción del comisario fue la de pensar que se debería neutralizar cuanto antes la posible utilización que, sin duda, haría la prensa de la supuesta, real o posible inutilidad policial una vez que un cadáver desnudo había aparecido en una de las plazas emblemáticas de la capital gallega sin que nadie encontrase la más mínima explicación a un hecho tan macabro como insólito.

Se dio cuenta de que pensaba y actuaba del mismo modo que había reprochado interiormente a la Iglesia y pensó en la sutil línea que solemos establecer entre lo bueno, lo malo y la moralidad en la que tales consideraciones se sustentan. El pecado no es el mismo según quien sea el pecador, parecía ser el corolario; es decir, unos tenían más licencia que otros. Sin detenerse en más evaluaciones, empezó a señalar límites y acciones.

—Primero hay que neutralizar en lo posible los casi seguros comentarios en la prensa; ya sabéis: que si el misterio de la mujer desnuda; que si la impotencia policial para resolver el caso, esas cosas... tan... tan originales; así que andando, a darle a los amigos periodistas toda la información que tengáis.

—¡Pero, jefe, si no tenemos apenas nada, nada de nada!... —terció Andrea—. ¡Pues eso es lo que os digo, dádsela toda y pedidles tiempo y serenidad para conseguir alguna más que le facilitaréis, a ellos solitos, tan pronto como os hagáis con ella! Unidlos a vuestra tripulación de combate, prometedles que les iréis dando todo cuanto sepáis, sí, pero prometédselo de uno en uno, no a todos a la vez; eso, ni se os ocurra.

Dicho esto los invitó a un café que hizo en una cafetera de las que funcionan gracias a unos pequeños envases de plástico que lo contienen.

Cuando lo tomaron, dio por terminada la conversación que había continuado a la anterior, se diría que por los mismos derroteros, pero más amena, bastante más amena, hasta que surgió la prevista derivación encaminada a considerar las ventajas de la nueva vida y la nueva vivienda del comisario. En ese momento decidió sacudírselos de encima cuanto antes.

—No os preocupéis que la conoceréis la noche de San Juan, haremos la *sardiñada* en ella y estáis invitados los primeros.

Concedió el comisario sin habérselo pensado mucho, pero no se arrepintió de ello.

—*Por San Xoán a sardiña pinga o pan*^[17] y un buen tinto de Barrantes neutraliza muy bien tanta grasa como tienen —añadió; luego se puso a pensar que las penas con pan son menos penas y en dónde conseguiría sardinas y vino suficientes para la nómina de invitados que, de repente, se le vino a la cabeza.

Volvió para asomarse a la ventana, pero ya no vio a los galenos, al menos a aquellos que consideraba sus amigos; vio a otros.

Los conocía desde los ahora ya lejanos años del franquismo, cuando acudía a la facultad a estudiar derecho, en un tiempo en el que los tres mil o cuatro mil universitarios que poblaban la universidad compostelana se conocían prácticamente entre todos ellos, todos resultaban ser caras conocidas y todos estaban convencidos de que se saludarían entre sí por la calle, si no en cualquier momento, sí en el de encontrarse en otra ciudad o en una ocasión propicia y distinta de la habitual.

Entonces la universidad compostelana estaba reservada, en su mayor parte, a los sobrevivientes de un largo proceso de selectividad que comenzaba a los diez años de edad de los futuros universitarios que superasen la prueba de ingreso en el bachillerato. Antes, la propia vida ya había seleccionado a los hijos de las familias que podían dar estudios a sus vástagos.

A la primera prueba académica seguirían otras de eliminación. La siguiente, a los catorce años, en los exámenes de reválida del bachillerato elemental; otra más a los dieciséis, en la correspondiente al bachillerato superior, y otra más, a los diecisiete, cuando el alumno superase los estudios llamados preuniversitarios y los exámenes correspondientes.

¿Quiénes llegaban entonces a las aulas de las facultades? Muy pocos y privilegiados: unos, por su origen familiar; otros, por su fortuna; otros, muchos

menos, por su preclara inteligencia, una beca pertinente o el mecenazgo de algún benefactor debidamente predispuesto aunque en este segundo caso fuesen directamente enviados, casi siempre, a los seminarios diocesanos. Había sido tan así que, durante los primeros años democráticos, el ochenta por ciento de los altos cargos del gobierno gallego habían sido desempeñados por ex sacerdotes o ex seminaristas, lo que explicaría muchas cosas, según opinaba el comisario.

De entre los primeros de todos los citados sobresalían los alumnos iberoamericanos, hijos de las grandes fortunas de la emigración o de las grandes y antiguas familias coloniales, y los de origen árabe. Algunos sudamericanos se casaron con compostelanas y algunos árabes también lo hicieron. Ambos se instalaron como profesionales liberales en la que habría de ser capital de Galicia con la llegada de la democracia. Hubo algunos otros árabes que también se instalaron en Compostela a la finalización de sus estudios y se trajeron a vivir con ellos a las mujeres que sus familias les habían destinado.

Durante años, los árabes residentes en Compostela acudieron a las cenas en las casas de sus compañeros de profesión. Lo hicieron siempre acompañados de sus esposas, vestidos todos ellos y todas ellas al modo occidental. Comían jamón con la misma voracidad que sus colegas, le daban al tinto con idéntica pasión y se reían con los mismos chistes y ocurrencias. Fue así durante años. Después llegaron el derribo de las Torres Gemelas neoyorquinas y el atentado de la estación de Atocha. Pero hasta entonces habían sido unos más entre sus iguales.

A partir de ahí empezaron a enquistarse, a encapsularse en capullos que no parecían precisamente de seda. Primero dejaron de hacerse acompañar por sus esposas a las cenas de sus colegas y de suprimir las celebradas en sus propias casas. Luego, sus mujeres empezaron a velar sus rostros, con lo que desaparecieron de la circulación urbana y de los círculos antaño compartidos; más tarde, ellos empezaron a mostrarse huraños. Empezó a ser frecuente verlos por las calles con la mano derecha baja, empuñando en ella un pequeño rosario en el que desgranaban cuentas según iban mascullando sus propias jaculatorias. Y dejaron de frecuentar a sus amigos.

El consumo de jamón y vino no descendió, ni siquiera de modo apenas apreciable, lo único que sucedió fue que en los círculos antaño frecuentados por los médicos, abogados o profesores árabes, aumentó el colesterol y la presión arterial de algunos de los habituales porque la oferta de jamón de Jabugo o de ibérico se tornó más abundante y copiosa y las botellas de vino siguieron siendo las mismas que habían sido siempre.

No era frecuente verlos por la calle. La jovialidad y la campechanía de la que siempre habían hecho gala, el formalismo con el que se comportaban, la simpatía habitual se tornaron en seca cortesía de modo paulatino. Era como si se sintiesen acosados, en opinión de no pocos, o como si se hubiesen ido radicalizando en sus actitudes y opiniones, en opinión de otros tantos.

Ahora, Andrés Salorio contempló a cinco de ellos desde la ventana de su

despacho. Estaban en la terraza que corona el aparcamiento de San Clemente, construido a la par que el polideportivo proyectado por Joseph Kleihus en el mismo solar en el que antaño, llegada la primavera, se instalaban los circos ambulantes con gran regocijo del estudiantado universitario. ¿De qué estarían hablando?

Seguramente de cuando, en las funciones nocturnas, los estudiantes empezaban a gritar:

—¡Que se besen! ¡Que se besen! ¡Que se besen!

Durante el número de los leones, como vieses que el domador no besaba a alguna de las leonas, los de las filas más altas de las que rodeaban la pista encendían sus mecheros, los acercaban a la lona y gritaban con mayor estruendo:

—¡Que se besen! ¡Que se besen!

Y así hasta que lo conseguían. La estudiantil inconsciencia, celebrada con alborozo por unos y con indignada y silente preocupación por otros, podía ser repetida en el número de los chimpancés, en el de los trapevistas o en cualquier otro en el que la brillante idea surgiese en la mente, algo obnubilada por el alcohol, de los que en otros momentos cabría suponer sensatos y cumplidores estudiantes.

Sin embargo, los circos, aun siendo conscientes del peligro, seguían acudiendo año tras año, convocados, precisamente, por esas funciones nocturnas que suponían llenos absolutos de sus aforos a precios que no tenían reparo ninguno en aumentar perceptiblemente respecto de los de la sesión de tarde, más propia de niñeras con niños de familias bien, niñas de idénticas familias que preparaban su bachillerato en los colegios de las monjas y otros seres igual y generalmente ociosos y desocupados.

Seguro que aquellos cinco habían asistido a esas funciones nocturnas y casi seguro que estarían hablando de ellas. ¿De qué otra cosa podrían estar hablando allí en donde se encontraban? De muchas otras, sin duda, pero Salorio no tenía mayor interés en dedicar más tiempo a pensar en lo que podrían estar tramando aquellos con los que, en otros tiempos, había coincidido tantas veces.

Desde donde estaba, el comisario pudo identificar a Abu Amir Ibn Suhayad. Seguía teniendo el mismo porte aristocrático de su juventud. Hijo de un ministro de Hussein de Jordania, había sido lo que en lenguaje normal se denominaba un disoluto, lleno de talento, sí, pero un disoluto que, en sus primeros años universitarios, había sido todo un experto en introducir huevos en botellas, encender lámparas dentro del agua, realizar toda clase de trucos y también una gran variedad de estafas grandes y pequeñas, timos de mayor y menor cuantía en cantidades apreciables y de provocar apasionados amores entre las alumnas de la facultad de Medicina, carrera que al final había concluido.

Abu Amir estaba excepcionalmente dotado para su ejercicio clínico. Eso le aportó el prestigio que compensó el logrado por su anterior dedicación al ocio. Ahora era un venerable abuelo del que nadie podría sospechar ninguna aventura extraña. Cuando se hablaba de su pasado, nadie que no lo hubiese conocido dejaría de pensar que estaba asistiendo a una elocuente sesión de maledicencia y no al relato exacto de

algunas de sus más excepcionales hazañas. Había sido gran amigo de Manuel Pombo, el pediatra, acaso porque éste era un poeta vocacional y él también tiraba no poco a la lírica y sus misterios; en mayor medida a la amorosa, claro, aunque hiciese años que nadie le leyera un poema o tuviese noticia de los escritos antaño.

También distinguió a Yahya al-Hakam al-Bakri, a quien sus compatriotas llamaban Al-Gayal debido a lo que consideraban su extrema belleza masculina. Al Gayal había sido, acaso todavía lo fuese, autor de poemas satíricos que no dejaban títere con cabeza, mayormente si eran catedráticos de medicina. Además, era dueño de una hermosa y bien timbrada voz de tenor que le había permitido pertenecer al Coro Universitario y había sido un gusto oírlo interpretar cantos litúrgicos en la catedral, durante los ensayos y las actuaciones en los que éste había participado, a lo largo de los años, durante las celebraciones religiosas.

El *Stabat Mater* de Rossini, cuando el tenor entona el *Cujus animam gementem*, le había dado gran notoriedad en los medios musicales compostelanos que, sin tapujos, afirmaban de él la capacidad que tenía de dar un re bemol perfecto y de rozar la pureza en el *passagio*. A tal grado de integración, ahora roto, habían llegado algunos árabes domiciliados en Compostela.

Salorio pretendió recuperar de su memoria alguno de los poemas satíricos y algunos versos sí acudieron a su cabeza. Pero temió equivocarse si se los adjudicaba a él y creyó oportuno no seguir recordándolos. Juraría que eran de la autoría de un poeta orensano fallecido hacía ya muchos años: *la dama gime y protesta*, decía una de sus estrofas, *caballero, su pipí es pequeño, no jode, pero molesta*, continuaban diciendo.

—¡Ah, qué país de *obsexos* éste nuestro! —se dijo antes de continuar con la evocación de los restantes.

Aún tuvo ocasión de confirmar que otro era Aba al-Malik, que había coincidido con él en la facultad de Derecho y ejercía ahora su profesión de abogado en una pequeña ciudad vecina de la que había sido alcalde por el partido conservador hasta que había decidido que el mundo, al menos el circundante, había caído de una nueva Edad de la Ignorancia, en una nueva *al-yahiliyya* y no estaba a la altura de su dedicación y entrega, por lo que dimitió del cargo y se encerró en su casa. No debía de tener mucha necesidad de dinero pues poco a poco había ido cesando en su actividad profesional sin que por eso se le hubiese apreciado merma alguna en su nivel de vida. Los otros dos le parecieron Ibn Rush, teólogo y filósofo muy influido por el sufismo, e Ibn Sina, médico, pero no estaba seguro y no era mucho lo que sabía de ellos.

El hecho de que hubiese conseguido rescatar de un lugar difuso de su memoria el recuerdo de los nombres y de las fisionomías de aquel quinteto estudiantil, pareció alegrarle la memoria al comisario.

La vida era un disparate, pero le daba a uno pequeñas satisfacciones de vez en cuando, ésta una de ellas. Se sintió eufórico y empezó a silbar una cancioncilla

antigua, de corte más bien escatológico, que le hizo sonreír cada vez que recordaba una parte de su letra.

La mañana continuaba transcurriendo aceptablemente. El comisario había despachado asuntos que ya empezaban a ser de rutina y ya dudaba si empezar a considerar incluido entre ellos el de la muerta con un ángel en su nalga. Nadie había reclamado su cadáver, nada se sabía de su identidad y a estas alturas nada parecía indicar que alguien reconociese en su bien proporcionado cuerpo el habitáculo de un alma que sólo Dios sabría en dónde podría encontrarse.

Las *morgues* siempre tenían alguien así. Las salas de disección de las facultades se abastecían en no pocas oportunidades de cadáveres resultantes de frustradas investigaciones policiales, cadáveres de mendigos o de seres marginales a una sociedad que los había ignorado de por vida y no parecía interesarse por ellos una vez pasados sus propietarios a esa otra que, sin saber muy bien por qué, suele definirse como mejor que ésta.

El camino que recorrer por este último cadáver encontrado había comenzado en la plaza de A Quintana, la primera parada era ésta de la *morgue* y quizá la tercera fuese ya en la piscina de formol en la que suelen flotar los cadáveres así aparecidos bailando, entre dos aguas, una extraña y silente danza con los donados a la ciencia por sus extintos propietarios a fin de que los futuros médicos perfeccionen sobre ellos sus conocimientos de anatomía.

Salorio conocía alguna de esas piscinas y, cada vez que las recordaba, un frío extraño solía recorrerle la espina dorsal si visualizaba al cuidador del estanque, armado de un bichero como los que se utilizan en las pequeñas embarcaciones, rescatando los cadáveres, más que retirándolos, de ese baile macabro para trasladarlos a las mesas de disección en las que, poco a poco, paciente y no creía que muy delicadamente, serían descuartizados.

Todo parecía indicar que, como mucho, la piel de la nalga que ocupaba el ángel asido a una cruz, o portador de ella, de eso no estaba muy seguro, acabaría siendo objeto de la curiosidad de los alumnos de medicina y, si acaso, de alguno de ellos, quien, con mayor sentido del humor o más bien con escaso sentido del pudor, se atrevería a recortarla para curtirla y hacerse con ella un billetero. Pero eso era mucho suponer. El resto sería rutina.

En el justo momento de pensar que todo habría de ser rutina, Andrés Salorio, comisario superior de policía, sintió vibrar su móvil sobre el muslo de la pierna derecha y acto seguido oyó cómo sonaba emitiendo una alarma que le había puesto durante el desayuno. Era la habitual en los submarinos cuando se anunciaba la inmersión inmediata.

Se dio cuenta entonces de que debería sustituirla por otra más discreta cuanto antes y se arrepintió de aquella nueva incursión suya en el mundo que le estaba negado por su profesión. Hacía tiempo que le había dado por cambiar cada poco el sonido del teléfono, pero llevaba muchos meses sin hacerlo desde que había instalado

el cornetín de órdenes que avisaba la presencia del Caudillo que, al parecer por la gracia de Dios, lo había sido de todos los españoles.

Entonces le había hecho gracia observar las reacciones de las gentes próximas que no identificaban la procedencia de la señal y, con cara asustada o llena de crispación, dirigían la vista, en primer lugar, al televisor presente en todos los bares y cafeterías gallegas y luego a él con claros síntomas de reprobación. Se había acordado de ello esa misma mañana y a punto había estado de recuperarla de nuevo, la musiquita del cornetín de órdenes. No lo hizo porque temió que de nuevo nadie interpretase su sentido de la ironía en la forma debida y se produjesen reacciones más desfavorables que la vez anterior.

La crisis económica golpeaba fuerte en todas las conciencias, el descrédito de los políticos era evidente y, desde la implantación de la Televisión Digital Terrestre, la TDT, la sociedad había visto rebrotar dialécticas que se creían trasnochadas o llevadas por el viento de la historia. No había sido así. Por eso se le ocurrió sustituirla por la de la alarma de inmersión que acababa de sonar sin que a él le despertase el menor síntoma de urgencia a la hora de llevarse el móvil a la oreja.

Con toda parsimonia atendió la llamada.

—¿Sí? —dijo con voz calma.

—*Mio caro? Io sono Donatella! La tua Donatella!*

Compostela, 21 de junio de 2011, por la tarde

La valquiria italiana había demorado el día previsto para su llegada. Se había entretenido transitando por las carreteras gallegas en mayor medida de la esperada. Al salir de León decidió que era cierto que, antes de pasar por la casa que albergaba los restos del apóstol, era preceptivo pasar por la que guardaba reliquias relacionadas con Jesús Nazareno —antes el Señor, después el servidor, se dijo— y tomó la autopista que la llevaría a Oviedo. Fue una desviación inesperada. Sin embargo, a nadie que conociese a la italiana habría de sorprenderle.

Era evidente que el hecho de viajar como lo estaba haciendo le resultaba muy satisfactorio. El tiempo la ayudaba. El mes de junio no estaba siendo todo lo lluvioso que se había supuesto y la presencia de un cielo encapotado y gris no la amilanó en el afán de mostrar su fe católica, apostólica y romana a todos los vientos de la rosa, incluidos los que frenaba el parabrisas del Porsche; pero también su fe en sí misma y, al tiempo, la imagen del arcángel a todos los atónitos viandantes que se cruzasen en su camino.

No por ello era menos consciente de que también la suya, de que también su imagen, no sólo su fe, era escrutada si bien con la instantaneidad inducida por la velocidad de su paso, por unos y por otros, por todos cuantos automovilistas y peatones que se desplazaban en dirección opuesta a la suya y aun por alguna pareja de la Guardia Civil de Tráfico que no supo a qué atenerse ante tal aparición hasta optar por mirar para otro lado.

El primer impacto visual percibido era el de sus gafas negras de marca destacando sobre su cabello platinado, su fular rojo a lo Isadora Duncan flameando al viento, los labios de un carmín encendido que hubieran enamorado a José Martí; todo ello quedaba indeleblemente prendido, se diría que grabado a fuego, en las retinas de los mismos transeúntes que, décimas de segundo antes, lo habían percibido saliendo de una curva, rebasando un cambio de rasante o, a lo lejos, en alguna recta imposible del paisaje asturgalaico.

Les sucedía así antes de quedarse perplejos ante el descubrimiento del san Miguel que, espada en alto, recortada su figura contra el cielo, sobresaliendo de aquel coche descapotado emergía por encima del parabrisas del coche que circulaba, a una velocidad constante, respetando todos los límites señalados, más en los circuitos urbanos en los que ésta se encontraba limitada al máximo y en los que se diría que la conductora la ralentizaba también al máximo.

Donatella era consciente de todo ello y se recreaba en la suerte de aquella especie

de torneo icónico-espiritual establecido con los peatones de las pequeñas villas asturianas; al fin y al cabo, el concilio de Trento, por muy sabrosa mujer que fuese ella, permanecía indeleble en algún rincón de su córtex cerebral y debería reconocer que, actuar como lo estaba haciendo, le producía una agradable sensación, una excitante sensación que no la abrumaba, sino que la encendía.

De Oviedo, yendo camino de Avilés, subió Donatella a la costa asturiana y siguió después los trozos de autopista que la depositaron en Ribadeo, ya en Galicia. Una vez allí la abandonó de nuevo para redescubrir el placer de causar sorpresa en los viandantes y no sólo en los automovilistas que alcanzaban a darse cuenta de a quién adelantaban o de con quién se cruzaban, sí, pero con mucho menos tiempo para reaccionar que aquéllos.

¡Ah, san Miguel! Su culto había sido arrinconado paulatina y progresivamente en aquellos apartados lugares del noroeste español y era ella, Donatella Tardini, quien devolvía su imagen para que reinase de nuevo y protegiese aquellos límites del mundo.

En las carreteras normales, el cambio en las reacciones era mucho más que perceptible y causaba una emoción excepcional que nada tenía que ver con la lograda en las autopistas. Por eso Donatella continuó hasta Burela por una de esas carreteras, atravesó el pueblo en el que la campaña costera del bonito alcanza en ocasiones niveles de superproducción y se acercó hasta Sargadelos, territorio mítico que a comienzos del siglo XIX contempló el linchamiento físico de Antonio Ibáñez, a manos de la turba azuzada por los clérigos, y, a primeros del XXI, el anímico de Isaac Díaz Pardo, digno sucesor y reconstructor de los afanes del primero.

Viajó Donatella a lo largo de la Costa da Morte, alojándose donde le vino en gana y demorando su presencia en Compostela, deteniéndose a tomar aquí unos percebes, allá unas almejas, más allá una centolla, todo a indicación de su capricho y hasta poco antes de la llamada con la que le anunciaría al comisario Salorio que «la súa Donattella», por fin, estaba próxima a la capital gallega y que a quien quería ver antes que a nadie, era a su *sheriff* preferido.

—Lo siento, Dona, pero ahora no podré acudir a recibirte. Tengo asuntos que me retienen en comisaría e incluso es probable que tenga que desplazarme mañana hasta Coruña —le respondió Salorio tan pronto supo de sus intenciones.

Ignoraba por qué se había mostrado esquivo. Supuso, sin embargo, que lo que le sucedía era que no quería participar en el comité de recepción que, conocidos episodios anteriores, estaría ya organizado en la puerta del Hostal de los Reyes Católicos, en donde aquella mujer, tan extravagante como deliciosa, había decidido hospedarse una vez más.

Efectivamente, la recepción fue semejante a las habidas en Barcelona y León. Pero en esta ocasión, además de los consabidos botones del hostal dispuestos a cargar con el santo, se encontraban seis miembros de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel, debidamente vestidos con sus hábitos talaes. Ellos fueron quienes

colocaron la imagen sobre unas andas y, con ella a hombros, esperaron la orden para penetrar en el interior del Hostal de los Reyes Católicos. Donatella lloró de emoción tan pronto como la comitiva estuvo dispuesta.

Pero antes, la prensa, avisada por no se sabía quién, posiblemente por algún periodista gráfico que hubiese estado haciendo fotografías a unos peregrinos ecuestres que en ese momento atendían a sus caballos en una esquina de la plaza del Obradoiro, la interrogó acerca de aquel espectáculo tan inopinadamente proporcionado.

—*Io ho sempre amato moltissimo S. Michele perché è stata la prima creatura in assoluto ad avere scelto il Bene. Come sai, mi piacciono i primi! E S. Michele mi piace anche per l'idea che si mette sempre al servizio di noi uomini, se noi gli domandiamo aiuto contro il demonio. Lui ripropone la bella lezione di Cristo: il più grande decide liberamente di servire il più piccolo.*^[18]

Ante la rápida respuesta dada en italiano, el periodista que acababa de grabarla se quedó sin saber qué decir, confiando en que alguien de la redacción supiese traducirla, pero no menos perplejo que el que, micrófono en mano, la escuchó dando su lado bueno a la cámara de televisión que estaba grabando todo aquello.

Donatella no se dio por enterada y siguió explicando en su idioma lo que creyó oportuno explicar en aquel instante, segura de que la versión en español habría de figurar en subtítulos debajo de su imagen. Y de que lo que se lee permanece más que lo se escucha:

—*Come sai, S. Michele si onora moltissimo nei luoghi estremi dell'occidente europeo dato che il sole cade al finisterre: lì c'è la tenebra, ossia il diavolo, mentre l'oriente, dove nasce la luce, si identifica con Cristo. L'arcangelo agisce da sentinella contro le forze del male.*^[19]

A los periodistas les resultaba punto menos que imposible contener aquel efluvio verbal y se resignaron a su suerte. Donatella se entregó a la suya, dando entrada al tercio de picadores.

—*Recentemente siamo andati insieme a Sacra S. Michele in Piemonte: ricorderai che è stato girato in questo luogo il film ispirato a Il nome della rosa di Umberto Eco. Questo santuario era un punto di passaggio molto frequentato dai pellegrini che dall'Italia andavano in Francia per poi immettersi nel «camino francés» e arrivare a Compostella. La sua struttura romanica ricorda molto quella del santuario del Monte Gargano, in Puglia, dove la devozione micaelita è iniziata nel v secolo: lo spettacolo è impressionante. Quando si arriva alla cima si vede una basilica in pietra bianca e sul frontale è scritto: TERRIBILIS EST LOCUS ISTE HIC DOMUS DEI EST ET PORTA CÆLI. E' l'unica basilica al mondo non consacrata da mano umana perché Michele fece capire che l'aveva consacrata lui con la sua presenza. Tutta la storia iniziò perché gli abitanti della regione erano assediati dai barban di Odoacre e grazie a S. Michele vinsero la battaglia. I vescovi della Puglia entrarono nella grotta per la dedicazione a S. Michele e l'arcangelo apparve loro annunciando che la cerimonia non era*

necesaria, perché la consacrazione era già avvenuta con la sua presenza. La leggenda racconta che quando i vescovi entrarono nella grotta, trovarono un altare coperto da un panno rosso con sopra una croce di cristallo e impressa su una pietra l'impronta di un piede infantile, che la tradizione popolare attribuisce a s. Michele.
[20]

A estas alturas del discurso la capacidad de reacción de los periodistas presentes en la ceremonia de recepción así organizada era más bien escasa. Con lo que Donatella supo llegado el tercio de banderillas.

—*Tutto comincia quando 5 anni fa mio nipote Michele, un ragazzo di 20 anni, è andato a fare il bagno al lago Trasimeno con un amico. Il vento è improvvisamente cambiato e le acque del lago sono diventate pericolose: il ragazzo è stato aiutato a tornare a riva da mio nipote ma il rischio di affogare è stato grandissimo. Era il 29 settembre e per quel giorno Pietro mi aveva regalato una statua di S. Michele che aveva riportato dal monte Gargano.*^[21]

Quedaba el arte de estoquear con decisión y estilo, de modo que Donatella no se amilanó: tampoco lo había hecho al dirigirse al periodista como si lo conociese de toda la vida y hubiese vivido con él sus aventuras.

—*Così ho regalato la statua al mio «nipotino» Michele: era il segno che il suo patrono l'aveva protetto. Ho sempre pensato da quel momento di voler fare qualcosa di importante per S. Michele che mi aveva dato molti segni di presenza nella mia vita e l'occasione è stata quando con Pietro abbiamo scoperto che a Finisterre c'era il culto perduto micaelita. Allora, con una ideale Mercedes nera sono partita da Perugia e arrivata a Monte S. Angelo (450 Km). Lì ho comprato una statua bianca di S. Michele e il venditore —il figlio dell'artista scultore— mi ha detto che suo padre aveva tardato 8 anni a completarla (dal 1956 al 1964) e che diceva sempre che l'avrebbe venduta solo per un'occasione speciale. La statua è rimasta per una notte dentro la grotta vicino a quella antica di S. Michele che domina l'altare per fare la veglia d'armi: come lo scudiero che diventa cavaliere. Il giorno dopo durante una messe solenne è stata benedetta. Tutto il paese di Monte S. Angelo sapeva che andavo a Finisterre e mi hanno regalato di tutto: dolci, vini, la nuora dell'artista una collana, il figlio un'altra statua piccola come quella del nipotino perché ne rientrassi in possesso. 2 giorni dopo sono partita. Abbiamo steso la statua (mt. 1, 20; 150 chili) sul sedile posteriore della Mercedes e sono arrivata al porto di Civitavecchia, vicino Roma (550 km). Da lí mi sono imbarcata insieme alla Porsche nel ferry che arriva a Barcellona. Da Barcellona a Zaragoza, Logroño, Burgos, Oviedo e da lí per le Rias Altas... fino a Finisterre.*^[22]

Lo dijo todo de un tirón y con la velocidad que los entrevistadores ya habían aprendido a considerar inevitable. Hizo una pausa, tomó aire y lo expelió sin estruendo para no molestar en el micrófono y añadió sin inmutarse:

—Por si os interesa: por debajo de la corona hay un alfilerón que se clava en la cabeza del arcángel para que la corona quede sujeta; si se levanta, se ve el llavero con

el símbolo del Porsche con el que viajé y un colgante con mi cifra que lleva incrustados algunos brillantes: es mi exvoto, que espero quede por siempre. De momento, es todo. Espero que el cuento os sirva. Hay mucha hojarasca, en todo lo que os he contado, me doy cuenta, pero es mejor saber más que ignorar. Montadlo como queráis cortándolo por donde os dé la gana.

—Ah, pe, pe, pero entonces usted ha, ha, habla esp... añol —acertó a tartamudear el periodista de la TVG.

—Perfectamente. *É máis tamén o galego*. Pero ésta es una historia netamente italiana. *Certo?* —respondió Donatella sin inmutarse lo más mínimo y dando por finalizada la entrevista.

Los porteadores de la imagen de san Miguel esperaban la indicación de que ya podían empezar a andar llevándola en andas. Así lo hicieron tan pronto como Donatella se la dio. Una pequeña multitud se había congregado en los alrededores del Hostal y, al ver cómo de regimiento echaba a andar la procesión, prorrumpió en aplausos.

Donatella, con una sonrisa de satisfacción apenas perceptible en su rostro, entró en el Hostal de los Reyes Católicos detrás de la imagen, como si fuese una madre priora, moderna de ademanes y ropajes, pletórica.

Cuando el comisario Salorio vio en la tele la emisión de lo que aquí queda registrado, no pudo evitar una punzadita de celos, pero ya sabía que se debería resignar a ello. La vida está hecha de situaciones que no siempre uno desea y de circunstancias que siempre quisiera ver alteradas de algún modo.

—Acabo de ver tu llegada al Hostal en la tele —le dijo el comisario a Donatella a través del móvil y a modo de saludo—, lo tenías perfectamente organizado. Sólo faltaba yo para que las fuerzas de orden público quedasen comprometidas en la custodia del Santo Arcángel.

Donatella se sonrió, pero no respondió nada a ese respecto. Pocas palabras más y quedaron en verse cuanto antes, aunque sin dejar fijada ni la fecha, ni la hora.

Durante los dos días que siguieron al de su llegada, la imagen del arcángel fue entronizada en la habitación que Donatella había mandado reservar. Mientras, su dueña ocupaba su tiempo en visitar viejas amistades, recorrer los ámbitos catedralicios, ponerse al corriente de los últimos chismorreos ciudadanos y departir con sus monjitas de San Paio de Antealtares de todos los pormenores relativos a los sucesos vividos desde la aparición del cadáver. Cuando supo de las maniobras del aparato volador por encima de las cabezas de aquellas santas esposas del Señor, no pudo menos que evocar el niño que siempre daba por hecho que se albergaba en el alma del comisario. Y no dejó de sonreírse.

Se puso algo más seria cuando fue informada del espectáculo dado por el comisario en la catedral al intervenir en el conflicto habido entre los hijos del sol naciente y los guerreros ninja vestidos con los colores de Ikea. Tendría que averiguar qué relación o qué idea tenía formada el policía de sus amigos guardianes del templo

y de la fe cristiana.

Llegada la noche, los ritos seguidos por la mujer esplendorosa que Donatella continuaba siendo fueron los mismos que había llevado a término en otras localidades de su todavía inconclusa peregrinación al Finisterre galaico.

Llegada la hora de meterse en la cama se dirigía al cuarto de baño y allí se desnudaba. Una vez abandonado el cuarto de aseo y ya en la habitación propiamente dicha, se arrodillaba delante de la imagen. Oraba ensimismada un buen rato y luego se levantaba y, del cajón de la mesilla de noche, extraía una estampita con la imagen del santo que frotaba en la estatua; no hasta quedar exhausta, pero lo cierto es que la frotaba bastante, concienzuda y parsimoniosamente, sin abandonar el aire introspectivo que envolvía toda su figura durante esos instantes previos al sueño. Al final del rito se acostaba y se dormía enseguida, como una bendita.

No quiso ir a Fisterra el día del solsticio argumentando que le parecía una fecha muy pagana. Por eso, a primera hora de la tarde del día de San Xoán, el 23 de junio, organizó la comitiva final. Contrató dos microbuses e hizo que aparcasen delante de la puerta del Hostal, en plena plaza del Obradoiro.

Los miembros de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel bajaron procesionalmente la imagen desde la *suite* que había estado ocupando en compañía de Donatella Tardini hasta el interior del autobús. Una vez fijada en el asiento delantero, el que correspondería al guía turístico que no necesitaban, pero del que no prescindieron, se subieron y ocuparon los asientos detrás de la imagen.

Las monjas de la Orden habían estado esperando e hicieron el pasillo a la imagen y a los varones; después subieron al otro autobús y enseguida se oyó el rasgueo de guitarras y una voz que se elevaba, hermosa, por encima de ellos. Se le sumó otra y luego todas las demás para cantar canciones que sonaban modernas pero contenían letras que no se dirían actuales.

Cuando los ocupantes de ambos microbuses comprobaron que el Porsche de Donatella ascendía vigorosamente por la pequeña e inclinada cuesta que baja desde el Obradoiro a la rúa de Carretas, esperaron a que alcanzase el nivel de la plaza y se dispusieron a la marcha; primero el de los varones, luego el de las esclavas del Señor; al final el coche de Donatella Tardini dejando asomar el fular rojo al viento como si fuese una bandera. Formada así la comitiva, en menos de dos horas, llegaron a la pequeña Iglesia de San Miguel en Fisterra.

Cuando la imagen quedó allí debidamente entronizada, Donatella regresó rápidamente a Compostela.

Compostela, últimos días de junio de 2011

Andrés Salorio, comisario superior de policía, reconocía sin problemas que, de todo cuanto emitían por la tele, había tres cosas que podían sacarlo de sus casillas: los culebrones venezolanos, cualquier programa con las carcajadas enlatadas y las series policíacas, esto último extensible a las novelas del género.

Sin embargo, reconocía, también sin mayor problema, que con Eulogia había vivido dentro de uno de los primeros. La dulzura del acento, el elevado tono de voz, los ademanes gesticulantes en exceso, todo le hacía recordar a su pareja de tantos años y había empezado a echarla en falta, ahora que ya habían transcurrido algunos meses lejos de su lado y la vida, avatares profesionales aparte, empezaba a recobrar la rutina que ya había creído definitivamente abandonada.

De las series y de las novelas de policías y ladrones, lo que echaba en falta era la perfección de los crímenes y la utilización efectiva de tanto aparataje científico del que en ambas se hacía gala. Los asesinos eran exquisitos, los crímenes eran de libro y la resolución de los casos funcionaba a ritmo de tricotsa, sin dar puntada sin hilo. Todo era perfecto y la gente solía confundir la realidad con la ficción. En ésta todo encajaba, siempre; en aquélla, casi nada encajaba, nunca.

Por eso lo alarmaban tanto las carcajadas, casi como cacareos, que se despertaban entre sus subordinados cada vez que sucedía algo grave y se aportaban soluciones. Eran risas impostadas, surgidas en la parte superior de la garganta, cuando se hacen sonar de modo seco y forzado las cuerdas vocales, a fin de que prorrumpe en la estancia ese sonido secuenciado y seco como el de una ametralladora; o en cascada como el cacarear de una gallina, el mismo que últimamente se percibe tanto y con enorme claridad en no pocas de las tertulias de los canales de televisión que emiten a través de la digital terrestre. El caso es que no soportaba las carcajadas enlatadas y cambiaba de canal cada vez que las escuchaba.

Sin embargo, mantenía el canal sintonizado cuando se encontraba con series policíacas. Lo hacía para solazarse en el triunfo ajeno y ver si le surgían ideas respecto de los casos que, si no estrictamente a él, sí a sus compañeros más próximos se le iban acumulando poco a poco. Es inútil advertir que tan pronto como localizaba un canal que estuviese emitiendo un culebrón venezolano se quedaba pegado a él como un niño, de los de la quinta del 45, al cristal de una pastelería de su infancia. Y eso que solían sacarlo de sus casillas. El caso es que hay muchas maneras de hacerlo y, en no pocas oportunidades, el viaje es siempre de ida y vuelta. Sales y vuelves a entrar y acabas no sabiendo qué es lo que trae y qué lo que te lleva.

Los resultados de las primeras observaciones realizadas sobre el cadáver de la mujer desnuda que tenía un ángel con una cruz tatuado en la nalga derecha, no habían arrojado excesiva luz. La intensidad con la que había vivido durante los últimos días, le hacía considerar la fecha del hallazgo del cadáver como algo muy lejano en el tiempo. Sin embargo, sabía que no era sí.

Lo que sí ya sabía ahora, aunque todavía no a ciencia cierta, era que la víctima estaba desnucada y que de eso era posible que hubiese muerto. Pero todavía no era seguro. Respecto de si había estado congelado el cuerpo o si no sé qué de la temperatura del humor vítreo y otras zarandajas científicamente deducidas había dudas más que suficientes porque todas seguían siendo igual de contradictorias. No habían avanzado mucho. Tan sólo seguían teniendo un cadáver de mujer sin identificar. Un cadáver que nadie había reclamado y que, de modo más que sorprendente, había aparecido desnudo al pie del convento de las monjas benedictinas de San Paio de Antealtares. Eso era todo. La verdad es que no era mucho y dicho sea sin afán de hacer ningún juego de palabras, el caso empezaba a oler.

Al comisario Salorio, cada vez que reflexionaba al respecto, le parecía oír las mismas carcajadas y gorgoteos que escuchaba cada vez que se hacían comentarios sobre los delitos cuya realidad es necesario velar en aras de intereses superiores. Le daba la impresión de que, como en su adolescencia, sólo irían a la cárcel los robagallinas y los rojos de mierda, mientras que los altos dignatarios del Estado o de las finanzas, de la política o de la cultura podrían pasar desapercibidos en aras del bien común y en compensación de los servicios prestados a la patria.

Althusser, el estructuralista que negaba serlo, había estrangulado a Hélène, su esposa y compañera de ideas, y se había salvado de mayor condena. La izquierda decía que había sido un acto de locura, la derecha lo negaba. Salorio lo recordaba siempre que la imagen de su amigo Regino venía a su mente y él recordaba sus líos de familia, los problemas de las herencias, los asesinos contratados a sueldo o a base de prebendas.

A la hora de establecer tales comparaciones, no podía evitar que todas sus referencias fuesen las propias de un francófilo. Cuando era joven era lo que se llevaba. La anglofilia no casaba con la germanofilia del franquismo y el estudio del inglés quedaba reservado a los futuros contables y dependientes que estudiaban en las escuelas de comercio, ésas que ahora son conocidas como facultades de Económicas.

Como no podía evitar referencias galas, se remitía siempre al caso Dreyfuss al oír el calvario que también pasaba Dalmiro Valverde, ejecutado por los medios de comunicación sin que mediase sentencia judicial alguna. En España, la filtración de sumarios sometidos a secreto no constituye delito y hasta los propios jueces, ávidos de estrellato, pueden ser los mismos filtradores.

La vida era, de modo definitivo, un disparate y la criminología tenía un techo, el mismo que la policía científica, y la indefinición, la aleatoriedad de la altura de esos techos, de esos límites, su elasticidad, dependiente de tantas y tantas y cambiantes

circunstancias desasosegaban al comisario Salorio cada vez con mayor frecuencia. Por eso, tantas veces derivaba su atención hacia otras ocupaciones que consideraba compensatorias de sus frustraciones cotidianas.

La noche de San Juan había organizado por fin la *sardiñada* en su nueva casa del Castelán, con gran alboroto de *Kant* que, a partir de ella, tardaría una semana en volver a ser quien era. Se había acostumbrado, en sus pocas semanas de vida, a la esporádica, aunque metódica, compañía del comisario y la presencia de tanto vociferante miembro del Cuerpo Nacional de Policía lo desequilibró de manera notable durante los días que siguieron al evento.

Eugenia y Salvador se habían ofrecido a organizarlo todo, rogándole que les dejase toda la responsabilidad en sus manos, que ellos se encargarían. Y lo hicieron a lo grande, como lo hubiera hecho la madre que los había traído al mundo.

El juicio de Salvador, que sería de faltas y se acabaría por solucionar con una sustanciosa multa, que pagarían sus abuelos de modo que dejase a todos satisfechos, aunque librase de la pena de prisión al piloto a distancia, traía algo abatido al comisario por su mayor abundamiento en los terribles males que asolaban su integridad moral. Lo obligaba a cerrar los ojos, sólo lo justito, porque era necesario hacerlo así y afectaba al entrañable botarate que era su hijastro. Todo se le olvidó llegado el día de la fiesta.

Durante la mañana del 23 de junio, mientras el comisario atendía en Compostela sus obligaciones y comía en el Carretas, una empresa previamente contratada —en realidad, un *pulpeiro* encaramado en la cumbre de los negocios de *catering*— montó un amplio toldo a un lado de la piscina por si llovía aquella noche. Luego preparó los calderos de cobre para la cocción del cefalópodo. Más tarde, unas barbacoas que en la realidad eran las parrillas de toda la vida, desde que éstas mejoraron mucho y fueron dotadas de engranajes y cadenas que las bajasen y subiesen de acuerdo con las necesidades propias para un buen asado de sardinas o de carnes a la brasa. Al final conectaron neveras a la red eléctrica, trajeron toneles de vino de Barrantes y montaron la debida megafonía para el acompañamiento musical que estaría mayoritariamente compuesta de charanga al uso.

Cuando a media tarde el comisario regresó a su casa, preguntándose cuántas docenas de sardinas habrían encargado los rapaces y si serían suficientes, se encontró con aquella algarabía y por poco sufre un síncope. A punto estuvo de sufrir otro cuando vio las docenas de sardinas, los calderos con los pulpos ya cocidos y otras delicadezas propias de la ocasión y de los misterios de la noche de la luz. Al final, todo se redujo a que durante un par de horas, tumbado en una hamaca situada ex profeso en una esquina de la finca, retuvo a *Kant* entre sus brazos para acariciarlo hasta que el animal se sintió molesto, gruñó amenazante y se puso a salvo una vez depositado sobre el suelo.

A partir de ahí, el comisario decidió integrarse en los preparativos. Gracias a eso consiguió que la hoguera de la noche de San Xoán fuese de las prudentes

proporciones necesarias para que la huella que quedase en la hierba sobre la que había sido encendida fuese fácilmente restañable. Al ver llegar la concurrencia ya no se sobresaltó como pensaba, al fin y al cabo constituía la garantía de que no iba a sobrar nada.

Sin embargo, a la vista de todo aquello, no llegó a adquirir la confianza en sí mismo precisa para preguntar a sus hijastros por su madre. Llevaba semanas intentándolo, pero como si nada. Sabía que se había ido a Venezuela y no ignoraba que regresaría de forma inesperada, como hacía siempre. Sin saber por qué, surgió en su mente un atisbo de ilusión y dio en esperar, más que en suponer, que aparecería aquella noche y todo volvería a renacer en su interior.

Cuando ya estaba casi convencido, y deseoso, de que sucediese así quien apareció fue Donatella a bordo de su llamativo coche; ya sin el santo a bordo, pero ella todavía con fular rojo y labios restallantes de carmín como podría estarlo una Magdalena.

Salorio habría de reconocer que, el momento de la llegada de Donatella, no fue un instante lleno de placidez. Donatella estaba acostumbrada a deslumbrar y hecha a conseguirlo sin mayores dificultades, así que tampoco le resultó difícil alcanzar el deslumbramiento pretendido en esta ocasión. A las fuerzas del orden congregadas en la huerta del comisario les faltó poco, en esta ocasión, para prorrumpir en aplausos como habían hecho los peregrinos presentes en el desembarco de la plaza del Obradoiro.

Donatella accedió al interior de la finca a bordo del Porsche, nada de dejarlo en la acera al lado de los demás. Entró acelerando con estruendo antes de cerrar el contacto de encendido del motor y se bajó del coche sabiendo exactamente qué porción del muslo de la pierna izquierda habría de dejar al descubierto, cuánta del de la pierna derecha y qué brazo levantar para apartar el fular y dejar insinuadas las curvas de los pechos al echar hacia atrás el lacio pelo de su melenita rubia al tiempo de enseñar el sobaquillo y el nacimiento de la teta correspondiente a ese lado de su cuerpo, esbelto y todavía muy digno de ser muy admirado. Devota de san Miguel todo cuanto se quiera, pero de pacata sólo lo justito, se dijo a sí misma en el momento del descenso del paraíso rodante en el que se sabía encaramada.

A esa hora la gendarmería ya había empezado a libar copiosamente para acompañar al pulpo y aunque los efluvios del Barrantes son de índole serena, quizás a causa del tanino que contiene, ese maravilloso antidepresivo y generador de euforia, hubo quien por fin prorrumpió en tímidos aplausos que no fueron secundados hasta que el comisario en persona salió a recibirla y ella le rodeó el cuello con su fular, lo atrajo hacia sí y lo besó en la boca a la vista de la concurrencia. En ese momento se oyeron voces que clamaron:

—¡Torero! ¡Torero! ¡Torero!

Mientras otras, menos castizas y más teleadictas cantaron:

—¡Tú sí que vales! ¡Tú sí que vales!

Menos el personal de servicio, allí estaba prácticamente toda la comisaría de

policía.

Los gritos y las ovaciones dejaron al comisario en jefe lo justamente descolocado como para no parecer soberbio ni altanero; así que se repitieron los aplausos. Después cada uno volvió a lo suyo y esperó a que anocheciera; Donatella permaneció siempre al lado de quien había sido algo más que su amigo durante los años santiagueses y Salorio lo consintió en vista de los aplausos que habían halagado su ego y liberado de los sinsabores de haber sido abandonado por Eulogia.

—¿Y cómo supiste de la casa? —interrogó el comisario a Donatella.

—Preguntando dónde vive el señor comisario, rey mío.

A la vista de todo esto, a Eugenia le faltó tiempo para irrumpir en medio de los dos cuando consideró llegado el momento idóneo que, por supuesto, no fue considerado el oportuno por ninguno de los dos miembros de aquella pareja así ensamblada durante la dulce, ética y luminosa noche de San Xoán, a partir de la llegada de ella.

Estaban rodeados de los más cercanos miembros del círculo superior de mando, encantados de conocer a la protagonista de los telediarios del pasado día 21 y de los periódicos del 22, seguro también que de los del 24, cuando Eugenia se acercó hasta ellos, portando una cajita.

—Me lo encargó mami para ti, pana. Ábrelo, ya verás qué vaina, chuchumequito —le dijo a Andrés con toda la intención del mundo—. Mami está deseando regresar, ¿tú sabes, papito?

Andrés lo cogió tan torpemente con los dedos que pareció quemarse y, con idéntica torpeza, fue deshaciendo el envoltorio poco a poco; al fin, surgió la cajita de entre los papeles y la abrió.

Al hacerlo extrajo una bola de plata delicadamente repujada que, al ser movida emitió una música armoniosa.

—¡Anda! ¿Qué es esto? Parece un sonajero —acertó a balbucir bajo la atenta y sonriente mirada de su hijastra.

—Es un llamador de ángeles —comentó secamente Donatella Tardini a la vista del artilugio que de nuevo había vuelto a emitir su armonioso campanilleo al ser agitado con toda levedad.

—¿Y para qué sirve? —preguntó de nuevo el comisario.

—¡Verga! ¿Y para qué va a servir, papito? ¡Para llamar por ellos! Para que los llames y vengan en tu ayuda —atajó Eugenia sin darle tiempo a responder a Donatella—. Te lo manda mami, ¿tú sabes? Anda y cómpraselo a mi bello, a mi chuchumequito del alma... ¡Verga! ¿Sabes que te extraña?

Los circundantes pudieron oír, una vez más, el fuerte tintineo del llamador de ángeles, tal era el silencio que se había producido ante la irrupción de Eugenia, tan dotada como Donatella para no pasar nunca desapercibida. Sucedió así antes de que el aire trajese el dulce aroma de las sardinas que empezaban a ser muy asadas y de que se escuchasen algunos comentarios.

—¿Qué les dará este cabronazo que las tiene así? —fue uno de ellos y acaso el más suscrito por la concurrencia.

La cena resultó espectacular. Incluso, antes de que anocheciese, el comisario, con la inestimable ayuda de Salvador, se permitió anunciar el menú en una pancarta que, colgada del artefacto correspondiente, sobrevoló a los entusiasmados asistentes.

—La vida es un frenesí... —murmuró Salorio a la vista del éxito del pequeño periplo aéreo pilotado por él siguiendo las indicaciones hechas por su hijastro, pero no se atrevió a continuar con el resto del poema. Se le había olvidado.

La mañana de San Xoán amaneció espléndida y no fue necesario proceder a la limpieza del recinto pues de eso se había encargado ya la empresa contratada por los hijos de Eulogia. La vida era fácil, al menos a esa hora de la mañana.

Eugenia y Salvador ya habían comunicado al comisario que esa noche dormirían en la Casa do Castelán y que, para ello, ya habían dispuesto de un par de habitaciones.

—¡No te preocupes de nada, papito! ¡Estamos aquí para cuidarte, en ausencia de mamá! —había afirmado Eugenia.

—¡Haced lo que queráis, estáis en vuestra casa, pero, como ésta es la mía, aquí no quiero más bichos raros que vosotros! —Les había advertido consciente de las veleidades zoológicas de Eugenia; de su serpiente pitón de otrora, por ejemplo.

—¡Oh, con cuidar de *Kant*, tengo ya más que suficiente! —le había respondido Eugenia, ante la silente aceptación de su hermano.

Ya casi extinguidos los últimos rescoldos de la hoguera, en el momento de las últimas copas alrededor del fuego que agoniza, Eugenia preguntó al comisario:

—¿Entra la italiana en el censo de bichos no admitidos?

—¿Qué dices?

—¡Que dice que quiere quedarse a dormir aquí y que si puede hacerlo!

—¡Claro! —respondió Salorio sin tenerlo aún muy claro.

Donatella seguía siendo imprevisible. La habida entre los dos era una relación extraña e interminable, como dictada y sometida por la fuerza de la luna, igual que las mareas que van y vienen y nunca acaban. Al despertarse y acordarse de que ella estaría durmiendo en una habitación próxima, Salorio se duchó y vistió con toda cuanta diligencia pudo. Al bajar a la cocina ya Eugenia estaba allí, poco cubierta como ella solía.

—¿Te lavarás la cara con agua de flores? —le preguntó.

—Estoy yo como para flores —le respondió Salorio.

—Desayunarás, entonces —insistió su hijastra.

—Mejor ya lo hago fuera, tengo trabajo.

—¿Escapas?

Salorio la miró fijamente, sin decirle nada.

—Mejor, llama a tus ángeles para que te echen una mano —le dijo ella sonriendo.

El comisario se acordó del llamador que llevaba colgado de su cuello y lo extrajo

deslizándolo entre los botones de su camisa de verano.

—No estaría de más que viniesen en mi ayuda. Tengo demasiado trabajo. Me voy.

Con todo se le había hecho ya algo tarde. Cuando Eugenia, antes de que saliese, quiso saber si quería que le preparase la comida, él negó tal posibilidad respondiendo que iría a comer al Carballeiro, que se acercasen a comer con él si así lo preferían y si no que se ahogasen en la piscina o en donde tuviesen a bien hacerlo.

—¿Qué le digo a la italiana?

—Que me he ido a trabajar y que ya nos llamaremos por teléfono.

—¿Ah, sí?

—¡Así!

—¿Así?

—¡Sí!

Cuando llegó a su despacho nada había cambiado, si acaso y a pesar de que el día fuese festivo, se veía un poco desacelerada la actividad diaria. Era como si la noche de las hogueras hubiese herido demasiado intensamente los ojos de sus subordinados, también los propios, y decidió someterse únicamente a los asuntos de trámite. Mejor llegar cuanto antes a la hora de irse a casa, dejando que lo que quedaba de mañana transcurriese con el menor número posible de sobresaltos.

Los días que siguieron a aquéllos fueron anodinos. Los hijos de Eulogia habían tomado como propia la nueva casa de Salorio y Donatella había hecho lo mismo, durante un par de días, hasta que decidió regresar a su habitación del Hostal en vista de lo ajetreado que al parecer andaba el comisario superior de policía.

Únicamente algo vino a alterar la paz de aquellos días. En dos ocasiones, distanciadas entre sí, las dos antes de que finalizase el mes, Salorio volvió a sorprender a los árabes departiendo en la inclinada terraza que el Hotel Araguaney, llegado el verano, suele disponer sobre la acera que da a su entrada principal, la de la calle de Alfredo Brañas.

Se trata de una calle en cuesta, de las afectadas por lo que los técnicos llaman una peatonalización blanda, es decir, la calle está urbanizada con amplias aceras y tan sólo con un estrecho pasillo para que los coches circulen entre ellas a velocidades no muy excesivas. La inclinación de la cuesta hace que las mesas y las sillas acusen un desnivel que no es que sea muy cómodo, pero que no impide que la terraza sea un éxito de asistencia.

El hecho de verlos tres veces seguidas, después de años sin haberlos visto ni por separado, alertó la curiosidad, cuando no la suspicacia del comisario, que se propuso ordenar un discreto seguimiento de aquella nueva realidad. Quería saber a qué se debía tanta cordialidad étnica surgida de la noche a la mañana.

Llegado julio, la vida comenzaría a volverse complicada, pero hasta ese momento Salorio sólo tenía pendiente un caso insólito y sorprendente, es cierto, el del cadáver de una mujer que había abandonado el mundo exactamente igual que había llegado a él. Un caso que empezaba a mostrar los inequívocos ritmos en los que suele mecerse

la rutina.

Compostela, 2 de julio de 2011. Sábado

Desde que vivía solo en O Castelán, el comisario Salorio se había vuelto más hogareño. Incluso les había pasado lo mismo a los hijos de Eulogia, que se habían trasladado allí con víveres y bagajes y, al contrario de lo que habían hecho siempre en el piso de su madre, también abandonaban poco aquel recinto.

Salorio no dejaba de preguntarse la razón o las razones que los impulsaban a ello. Sabía, creía saber las suyas, pero ignoraba las de éstos. En sus momentos de nostalgia, teñida de melancolía, daba en suponer que en su caso se debiese a que añorase a Eulogia más de lo que deseaba.

En el caso de Eugenia y Salvador quizá fuese la amplitud de la enorme casa, que permitía todo tipo de aislamiento y de privacidad; la existencia de la piscina; acaso la sombra, dulce y fresca, debajo de los emparrados de uvas; o mejor aún de las glicinias, que habían ido sustituyendo a aquéllas en el paseo que sigue a lo largo de todo el muro que da a la carretera; quién sabe si la causante podría ser la barbacoa, en la que asaban pescados a última hora de la tarde y se sentían más acordes con su condición humana que tomando cócteles en los bares de la movida nocturna de Compostela.

Al ser humano pueden atarlo una frase, o una caricia, pero también la sombra de un castaño, el aroma de un jazmín, o el recuerdo impreciso y vago de algo que le haya sucedido en el más recoleto rincón de una huerta. Incluso es posible que todo ello en su conjunto. Entonces el ser humano queda retenido, anclado en ese mar proceloso que es el de la esperanza, sujeto siempre a la espera de la repetición, en medio de la calma o del naufragio. La ilusión de la felicidad acaso estribe en esa espera.

Gracias a esa espera se alargan matrimonios, se mantienen las amistades, perduran los afectos y es posible la soledad. Sucede así porque deseamos, esperamos, el regreso de la caricia del viento en el mismo lugar que antaño; la mano que recorre nuestra piel, la palabra que serena nuestro ánimo, el gesto que de nuevo nos salve de nosotros mismos. Eso en este orden de cosas.

Sin embargo, y en otro mucho más prosaico orden, éste que nos ocupa, ya que no las indicaciones de Eulogia, sí explicase las razones de la instalación en O Castelán del par de adultos que no se aventuraban a serlo por entero, el afán que tenían de seguir imponiendo su propio criterio. El que estaba basado en el deseo de mantener el cerco a quien consideraban su padre a casi todos los efectos excepción hecha del biológico. Se habían encariñado con él al cabo de los años.

Consciente o indeliberadamente lo hacían así en previsión de males mayores o de la inminente posibilidad de otros cercos, de procedencia foránea, como el que se temían que estaban empezado a presenciar sin que les entusiasmase lo más mínimo. Habían decidido ayudar a mantener sólida la unión conyugal de su madre con aquel gordo cachazudo y práctico que la fortuna les había deparado.

Sabe Dios por qué el comisario tampoco salía mucho de casa. Iba y venía a comisaría, despachaba sus asuntos profesionales con la mayor celeridad posible y delegaba todo en manos de sus segundos, de un modo al que siempre se había mostrado muy renuente y que, sin embargo, ahora incluso le complacía.

Incluso comía en O Castelán, muchas veces, cuando antes sólo lo hacía en el Carretas, en la mayoría de las ocasiones, y, al principio, en O Carballeiro. Pero no ahora. Ahora lo hacía en casa. Se podría suponer que era por jugar con *Kant*, o por acompañar a sus hijastros, algo que nunca había pretendido hasta entonces, pero también por hacerlo con Donatella Tardini, que tampoco salía de allí hasta última hora de la noche si no era por causas de fuerza mayor. O eso pensaban Eugenia y Salvador deseosos que estaban de verla pronto fuera de aquellos muros. A lo mejor todo se resumía en que el verano estaba casi en su apogeo, la casa tenía piscina y comodidades y no era necesario buscarlas en lado alguno.

La italiana había decidido pasar unos días haciéndole compañía a su viejo amigo, acudiendo a su mansión de exiliado con frecuencia extrema. Quizá esta circunstancia ayudase a Andrés y a sus hijastros a permanecer a bordo de aquella mansión que era como un pequeño transatlántico que hubiese varado en medio de una pradera con naufragos y todo.

Andrés se mantenía a bordo con la intención de no andar dando el cante con la rubia por las terrazas compostelanas, pero quizá también en espera de tiempos mejores, y Salvador y Eugenia lo hacían por mantener un contacto que les permitiese controlar de algún modo la situación así planteada. No se resignaban a que su madre continuase mucho más tiempo libre de las ataduras que la habían mantenido unida al comisario durante más años de los que nadie hubiera ni siquiera soñado.

Estaban ansiando que regresase y lo mismo, aunque no quisiese reconocerlo, le sucedía al comisario que, al verse embarcado en aquella aventura estival, empezaba a considerarse de nuevo protagonista de un culebrón venezolano.

Ahora mismo, mientras se entretenía leyendo a la sombra de las glicinias, sabía a Donatella tomando el sol de media tarde, tan rico en radiaciones ultravioleta, según parece, y no hacía más que echar en falta a su atrabiliaria compañera de tantos años, bañándose semidesnuda en Los Roques o en cualquier otro paradisiaco lugar caribeño. En mala hora Salvadorcito había echado a volar aquellos aparatos prodigiosos que se llevaron con ellos la convivencia conyugal en la que tan a gusto estaba.

Mientras observaba a Donatella desde la distancia habida entre los dos, valorando su cuerpo en la medida de la perfección mostrada, que era mucha, echaba en falta el

de Eulogia, mucho más de campesina, más bajo y necesitado de sofisticación que el de Donatella, pero también más accesible.

Tanto lo era, tanto lo había sido, que una tarde mientras leía, con ella echada a su lado, como ahora lo estaría haciendo, se sorprendió constatando que para pasar página tras página no había tenido necesidad alguna de humedecer la yema de sus dedos. Mientras leía le acariciaba el pubis, haciendo descender su mano monte abajo, por el de Venus, hasta humedecer la punta de los dedos en la fuente de todos los placeres.

¿Sería posible una escena así, un descubrimiento tal, con alguna otra mujer yaciendo a su vera? No, seguro que no. En no pocas oportunidades la convivencia se basa en estos pequeños gestos, en estos mínimos descubrimientos dotados de una enorme elocuencia no expresable con palabras. Una caricia en la nuca proporcionada a tiempo, sana y salva tanto como condena una mirada amarga, o como alejan un entrecejo duro o una sonrisa aviesa.

Evidentemente, no, no era fácil encontrar a nadie con quien poder leer sin tener que humedecer la yema de los dedos en la propia lengua para afrontar en paz el paso de una página. Había tenido que bregar mucho, conocer muchas mujeres, en el estricto sentido bíblico del término, hasta encontrar aquella joya multiorgásmica y feliz, disparatada y generosa, vociferante como una heroína de culebrón, y acoplarse a ella con precisión propia y necesaria para un machihembrado permanente.

Pues bien, a pesar de todo, se había soltado como pudiera hacerlo un puzle de miles de piezas en un momento de mala fortuna, llevado de un mal viento. ¿Cómo recomponer el puzle? ¿Cómo colocar la pequeña pieza en el enorme tablero conseguido, sin una luz que lo iluminase? Salorio se había empezado a poner lírico. Así que empezó a añorar a Eulogia y a preguntarse por la presencia de sus hijos en la casa para darse esas respuestas positivas que siempre nos turban en extremo. En ese momento se incorporó con intención de recuperar el llamador de ángeles que, según le habían dicho sus hijos, Eulogia le había enviado. No llegó a hacerlo porque sonó el teléfono.

Andrés Salorio hizo ademán de incorporarse para alcanzar el móvil de encima de la mesita en donde lo había abandonado.

—Hola, comisario, soy Amador; tengo que hablar contigo de inmediato —fue el saludo que surgió desde la distancia.

—¿Qué pasa? —respondió el comisario.

—¿En dónde estás? —terció el monseñor.

—En casa.

Al otro lado del aire se oyó una especie de respiro de satisfacción o de tranquilidad, pero un suspiro.

—Mucho mejor. ¿Te importa que me acerque ahora mismo?

—Subo yo a Compostela, no te preocupes.

—No. Prefiero que sea en tu casa. Mejor hablar sin interrupciones ni testigos,

discretamente.

—Pero ¿qué pasa?

—Ahora te lo cuento. Voy para ahí —respondió el antaño tonsurado.

Y acto seguido colgó el teléfono.

Al poco tiempo, en escasos quince minutos, sonó el claxon del coche del canónigo en la acera que daba acceso a la Casa do Castelán. El comisario ya lo esperaba y accionó el mando a distancia, mientras se incorporaba para salir a recibir al eclesiástico. Los saludos fueron breves.

—Hola, ¿qué pasa?

—¿Estamos solos?

—Por ahí deben de andar los rapaces, no hay quien los eche de aquí ni a tiros. A ver si viene su madre y se los lleva.

—¿Y la devota italiana?

—Por ahí, en la piscina, tomando el sol medio en pelotas.

—¿Dónde podemos hablar con discreción?

El semblante de Amador Lobato era de profundo abatimiento.

—¿Qué sucede?

Aquejado de una repentina pero comprensible paranoia, el reverendo miró a un lado y a otro como comprobando si eran ciertos la soledad y el silencio que lo envolvían todo.

Miró hacia la parte alta de la casa, vio que no había nadie observándolos y por fin, abatido, se sentó en un pequeño muro que contenía el posible alud que una buena lluvia pudiese provocar en el inclinado jardín posterior de la casa.

—Hace unos días que nadie sabe dónde carallo estará el Códice Calixtino —exclamó al fin casi en un susurro.

—¿Cómo dices?

—¡Que el Codex no está en su sitio! ¡Que alguien se lo ha llevado! ¡Coño! —respondió monseñor Lobato con más que evidente nerviosismo.

Salorio recorrió mentalmente las estancias del archivo de la catedral. Recordó el emplazamiento de las cámaras de grabación, la localización del cuarto interior de la biblioteca en el que estaba instalada la caja de seguridad que lo contenía y empezó a preocuparse.

—Las cámaras lo habrán grabado —dijo como positivo resumen de sus pensamientos—. Parece ser que no, que no han grabado nada.

Aquel dato, soltado sin ningún preámbulo o advertencia, empezó a preocuparlo seriamente. Ya no era que alguien lo hubiese dejado olvidado encima de una mesa, o depositado de modo inconsciente en un anaquel cualquiera en el que pudiese pasar inadvertido. Eso lo hubieran grabado las cámaras.

—¿Habéis comprobado todas las cintas? —inquirió Salorio.

—¡Todas! ¡De una en una! ¡Y varias veces!

—¿Pero cómo es posible?

—Pues dándoles un codazo para desviarlas en caso necesario. Poniéndoles una fotografía delante... ¡o yo qué sé cómo! Parece que no faltan minutos de grabación.

—¿Y cuál es a tu entender un caso de necesidad, así de contundente, que lleve a alguien a hacerse con esa joya?

—El afán de lucro, por parte de unos ladrones, o el de poseerla por parte del inductor o de quien acabe por ser su comprador.

—Algún otro afán puede mover al ser humano. No pueden ser esos dos tan sólo. Habrá que pensar otros.

El canónigo lo miró desde debajo de sus pobladas cejas y respondió en un susurro.

—Siempre puede haber una noche de amor loco en cualquier lugar cuando la pasión aprieta.

—¿Y a quién habrían de apretarle fuera de las horas de visita? —preguntó para añadir de inmediato: más si es en un lugar que es y no es medio sagrado.

Amador Lobato se sonrió para no tener que explicar nada. Luego, pensándolo mejor, decidió que su amigo merecía mejor respuesta y añadió pretendiendo restar leña al fuego que acababa de encender:

—¿Te acuerdas de lo que se dice que le respondió Basilio Álvarez^[23] al obispo de Orense cuando éste le preguntó cómo era posible que lo tuviese que tener suspendido a divinis, sin poder decir misa, debido a su afición a las mujeres, una afición contrastada en un dilatado ejercicio?

—No. No me acuerdo. ¿Qué le dijo?

—Le dijo: Eminencia, *carallo teso non cré en Deus*.^[24] Pues eso.

El comisario Salorio se sonrió, que carajo tieso no cree en Dios se le antojó una verdad irreprochable con independencia del cobijo que buscase cada carajo.

—Lo habréis denunciado —inquirió a su amigo el monseñor Lobato.

—Todavía no.

—¿Pero estáis locos, o qué os pasa? —bramó Salorio.

—Es que creemos que todavía no salió de la catedral.

—¿Cómo?

—Puede que sea cosa de celos y de que alguien se haya sentido despechado.

—Pero entonces por qué acudes a mí.

—Para que nos ayudes a hacer todo de la mejor forma que sea posible; además de todo lo que sea oportuno, claro.

Lo primero que se le vino a la cabeza al comisario fue que se le venía encima un embolado como el que le había caído al inspector que en su momento había aconsejado a Dalmiro Valverde del modo en el que comportarse. O como su compañero de Lugo que había intentado echar una mano a sus compañeros relacionados, con razón unos, sin ella otros, en una trama de corrupción y tráfico de influencias con putas y proxenetas.

Salorio se quedó pensativo durante unos breves segundos y al cabo de ellos

respondió al cura amigo:

—Pues como primera medida, lo mejor que podemos hacer es irnos a echar un trago —le dijo por toda respuesta.

Una vez llegados al salón del semisótano, se sirvieron unas copas de un godello, frío y espléndido, de cosecha propia, que Salorio recibía con regularidad, se sentaron en los sillones del tresillo y se sumieron, cada uno de ellos, en sus propias cavilaciones.

Si había sido así como había sugerido el reverendo, ochocientos años de custodia del libro que había vertebrado, si no a Europa, sí ayudado a hacerlo a través del Camino de Santiago para que Europa empezase a ser posible, lo que viene a ser lo mismo, se habían ido por el desagüe de los celos.

Sin el libro, más bien sin el conjunto de cinco libros que lo componen, sin las leyendas eclesiásticas, las etapas de la peregrinación, la música de su tiempo, el conocimiento de los hábitos y prácticas sociales de aquel entonces, relatados por el abad Aymeric Picaud, ni el Camino de Santiago, ni toda la Europa que lo había transitado, serían posibles en la medida en la que lo habían sido con él.

Ocho siglos de invasiones, profanaciones, sacrilegios, robos, píos latrocinios^[25] y otras aventuras del espíritu y del bolsillo, habían permitido la conservación del puñetero libro y ahora, al parecer, unos tristes celos de unos varones célibes, pero no castrados, habían hecho volar aquella joya bibliográfica y dado tiempo a los ladrones a ponerse debidamente a salvo con el producto del hurto tan impunemente realizado.

—¿Y qué fronteras vamos a cerrar, ahora, qué vigilancias deberemos establecer en puertos y aeropuertos y quién le pone, ahora, el cascabel al gato? ¡Estáis como maracas, monseñor! ¿Pero tú tienes idea de cuánto vale ese libro? —interrumpió el comisario, cortando la línea de sus pensamientos.

Andrés Salorio empezaba a no entender nada de la situación y en su fuero interno, estaba seguro de que se sentía superado por los hechos, al menos en la medida en la que le estaban siendo relatados como si no estuviesen hablando de lo que lo estaban haciendo y además, nada de aquello les afectase ni fuese con ellos. Ante el silencio del monseñor y recordando su primer pensamiento, Salorio exclamó:

—¡Coño, monseñor, que soy el comisario!

Amador Lobato se decidió a aventurar otra respuesta de las muchas que le parecían posibles e incluso oportunas.

—El seguro, para hacerse cargo, nos pedía seis millones de euros por cada vez que lo sacásemos para una exposición. Por eso nunca lo sacamos. Incluso cuando se expuso en la catedral, el que enseñamos, se trataba de una copia. ¡Claro que sé lo que vale! ¡Incluso soy consciente de su valor inmaterial! ¿O tú qué te creías?

—Yo creo que estáis como unas putas cabras. ¿Quién es el encargado de denunciar el robo? Llámalo y dile que lo denuncie cuanto antes. Y si hay algún homosexual perjudicado... ¡que le den por donde más le guste, carajo! ¡No se puede perder más tiempo! ¡No se les puede dar más ventaja a los ladrones!

La vida había empezado a correr de un modo apresurado que a Andrés Salorio se le antojó enloquecido. La placidez de aquellos últimos días en la Casa do Castelán, se había roto de repente. Ni la demora en resolver la identidad del cadáver de la mujer desnuda había conseguido alterarla. Los casos irresueltos o malamente cerrados, que tanto habían hecho reflexionar al comisario, empezaron a ofrecérsele poco menos que anecdóticos ante lo que se le estaba viniendo encima.

Cuando Amador llamó al palacio arzobispal y le insinuó al arzobispo la conveniencia de denunciar el robo, éste le respondió que, puesto que el señor comisario ya era conocedor de los autos, así fue como le dijo, que obrase en consecuencia y como mejor lo entendiese. Andrés, cuando lo supo, hizo que Amador llamase de nuevo.

—Dile que si obro en consecuencia se va a ver en un puto lío por no haber denunciado el robo a tiempo. Que mejor es que se denuncie en comisaría ahora mismo, que lo ponga en conocimiento de la prensa y que se deje de mariconadas, díselo así a su eminencia reverendísima y que demos por no celebradas ni esta conversación, ni la anterior, ni siquiera la que has venido a mantener conmigo. ¡Y que se deje de coñas que no estoy para ellas!

—Tienes razón.

A partir de ahí los dos amigos siguieron conversando alrededor de lo mismo, hasta que convinieron en que ya habían bebido bastante, que mejor sería que Amador regresase a su domicilio y que Salvador le condujese el coche al reverendo, seguido por Eugenia conduciendo el suyo, para una vez depositado el cura en su casa y abandonado el coche en su aparcamiento, pudiese devolver a su hermano al Castelán, no fuese a suceder que, para acabar de arreglarlo todo, el monseñor sufriese un accidente o que la Guardia Civil de Tráfico lo pillase conduciendo si no ebrio del todo, sí casi por entero. Y así fue como se hizo. Habían bebido lo suyo, pero no habían arreglado nada. Ni hubiesen podido hacerlo.

Compostela, 3 de julio de 2011. Domingo

Según Amador Lobato hubo abandonado la Casa do Castelán ya habían llamado de comisaría alertando a Andrés Salorio de la desaparición del Códice. La contundente respuesta que éste le había dado al arzobispo, por vía que no se diría no canónica, había surtido un efecto inmediato y pleno de diligencia que el comisario supo que acabaría por pagar a la vuelta de los días.

Previéndolo, se había anticipado a ponerse en contacto con el comisario jefe superior de policía de Galicia a fin de informarle de lo sucedido en la debida y pertinente forma. Lo hizo antes de que llamasen a comisaría desde el arzobispado o de que su eminencia reverendísima enviase un propio a realizar la denuncia como era indicado incluso para una institución como la eclesiástica.

—Un comisario tiene que ser también algo político, qué caray —se dijo a sí mismo después de haberlo hecho, acaso para consolarse por haber desempeñado un papel que no consideraba el suyo.

Cuando por la mañana los periódicos confirmaron lo que las emisoras de radio y televisión ya habían anticipado en la tarde noche del día anterior, el alboroto mediático fue acorde con la importancia del caso y el ruge ruge ciudadano el presumible y fácil de imaginar.

Salorio ni se inmutó. Sabía que todo lo que tenía que hacer era ordenar a sus hombres que sirviesen de apoyatura a las brigadas de expertos en robos de arte que llegarían de inmediato procedentes de Madrid, enviados desde la comisaría general a la que estaba adscrita la brigada del Patrimonio Histórico que entendía en todo lo relacionado con éste y también con el artístico y monumental.

Cada comisaría tenía su propio delegado de esta brigada especial y el de Compostela era un curioso individuo, Pepe Diéguez, conocido como Papá del Cielo entre sus compañeros. Era doctor en medicina con una tesis doctoral sobre la medicina homeopática. Había cursado sus estudios sin haber abandonado su profesión de policía y ahora no es que no ejerciese la profesión médica, sino que la llevaba a cabo de modo altruista con sus compañeros, las familias de sus compañeros o con todo aquel que reclamase sus conocimientos.

Pepe Diéguez, Papá del Cielo, había padecido un borrascoso proceso de divorcio que hubiera aniquilado a cualquier otro un poco menos fuerte que él. Un largo proceso en el que incluso había sido acusado de mal ejercicio de su cargo de inspector por quien ya era su ex mujer. El tiempo, sus hijos y los jueces habían acabado por darle la razón y él, mientras tanto, había decidido continuar con el

trabajo que le apasionaba, no fuese alguien a pensar que lo había abandonado a raíz de la denuncia por muy poco tenida en cuenta que ésta hubiese sido.

Ya entrado en años, es decir, talludito y todo, Papá del Cielo vestía siempre de modo informal y llevaba un enorme y extraño medallón sobre el pecho, colgado del cuello por una cadena de gruesos eslabones. Casi siempre lucía una sonrisa sardónica y dulce debajo de unos ojos azules que tanto abundan en algunas zonas de Galicia. A él también lo llamó el comisario.

—Pepe, vas a tener trabajo —le había dicho con voz alegre.

—¿Qué pasa? ¿Aún no recogiste la basura del otro día? ¡Menudo botellón organizaste! Para que después hables.

Desde que se había reintegrado a su profesión, ya con una edad próxima a la del pase a segunda actividad, una especie de prejubilación anticipada destinada a la renovación de la vieja policía por otra más joven y científicamente mejor preparada, su misión como delegado de la BPH era escasa o dirigida a robos de poca monta. Cuando el comisario le dijo de lo que se trataba emitió un silbido y preguntó afirmando.

—¿Y tú?

—Yo soy tú, en este caso. ¿Entiendes? Atiende a los que vengan de Madrid y cuenta con Diego Deza y Andrea Arnoia, si el caso lo requiere: Si no, echa mano de los dos chavales nuevos —le respondió Salorio.

Afortunadamente, la responsabilidad de Salorio en este caso era muy limitada, tanto como grande era su curiosidad. A esas horas ya no se hablaba de otra cosa en los bares y en los restaurantes, en las tertulias radiofónicas, en las redacciones de los periódicos y en los mentideros políticos.

A Salorio no le parecía descabellada la idea de que el código permaneciese todavía en el interior de la catedral y no pocas de las declaraciones procedentes de religiosos abundaban en este tipo de suposición.

Con discreción eclesiástica y diplomacia vaticanista, tan alejada de las clasificadas como florentinas o venecianas, más acostumbradas a rajarse con daga, ésta, y con estilete aquélla, pero amigas las tres de la utilización del escalpelo, las declaraciones surgidas del seno de la catedral ocultaban la posibilidad de los celos. No sólo de los de índole pasional, que muy probablemente hubiesen sido los que habían dado origen al desaguizado, sino que, en los casos más diáfanos, ni siquiera se referían a los celos profesionales, ni a las envidias protocolarias, tan propias de todos los cabildos conocidos e incluso de los aún por conocer.

Con estudiada vaguedad vaticana se referían, modulando la voz con perfección y calma, tan sólo a la vaga necesidad de *algunos*, así decían, deseosos de *llamar la atención* de cualquier modo.

Así se expresaban, como si este tipo de veleidades, las que *algunos* tenían por *llamar la atención*, fuesen más dignas que unos simples y apasionados celos entre eclesiásticos dados a lo que en tiempos se denominó vicio nefando y, ahora, después

de haber sido tildado de comportamiento abyecto durante decenios y decenios, se tacha prudentemente de *temas propios de la homosexualidad más acendrada* o cualquier otro eufemismo de semejante índole.

Llamar la atención, ¿de quién? Pues del objeto del deseo, naturalmente. ¿Y quiénes sentían o padecían de veleidades tan significativas? Pues, *algunos*, claro. Por eso, se debería poder deducir con facilidad extrema, que el Codex Calixtinus podría estar, ciertamente, oculto en *algún* estante del propio archivo diocesano y sería preceptivo removerlos todos, aun a riesgo de alterar la clasificación que tantos siglos había llevado establecer.

Cierto que también podría estar oculto en *alguna* extraña dependencia o que incluso, como más de un canónigo aseguró en su momento, que podría aparecer confiado a *algún* sacerdote de otra diócesis por el pecador arrepentido, bajo secreto de confesión, para que fuese él quien lo devolviese sin poder citar nunca las fuentes. Todo eran conjeturas. Lo único en lo que todo el mundo coincidía era en el lío de faldas, entendiendo por éstas las de las sotanas que, por otra parte, estaban más que acostumbradas a todo tipo de balances.

La teoría más aceptada era, en suma, la de que unos curas, o unos becarios, o, resumiendo, unos efebitos tiernos como sauces jóvenes y dulces como la ambrosía se habían peleado y uno de ellos había procedido en consecuencia; en mala, pero en consecuencia.

Mientras estas disquisiciones corrían de boca en boca por las calles compostelanas, las brigadas policiales iban estableciendo otra serie de posibilidades no menos reales. El código valía una fortuna y cualquier caprichoso la pagaría a gusto con tal de poseerlo, con discreción y en silencio, guardándolo a buen recaudo, lejos de miradas licenciosas. ¿Cuál era la realidad?

Salorio no podía establecerla y se limitaba a decir que no quería hacer conjeturas, que él no trabajaba con opiniones, sino con hechos. Lo que a él le afectaba era el robo en sí, aunque de modo indirecto a la hora de establecer las pautas que llevasen a su resolución. La vigilancia de la catedral y la seguridad de los tesoros guardados en su interior tampoco eran responsabilidad estricta de la policía, para eso tenían contratada una compañía de seguridad y disponían de los miembros de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel.

Le podía afectar, también de modo indirecto, la declaración primera de su amigo, llevada a cabo en su propia casa, para dotarlo con los mimbres con los que debería tejer el cesto de las suposiciones. Un cesto que sería imposible llenar de agua; a no ser que se dejase transcurrir el tiempo hasta poder introducirlo en un estanque helado a fin de que se congelase.

Sólo así podría contenerla, aunque fuese tan gélida y cortante. Un cesto para coger agua, eso era lo que Amador le había proporcionado. Agua no cogería ninguna, pero algún pez sí que caería en el cesto una vez habilitado como nasa.

Salorio percibía que había que dejar enfriar el caso y que los curas insistirían en

que el libro permanecía entre ellos. Se trataba de un modo sutil de minimizar el robo y de ir reduciendo las propias culpabilidades. Si se insistía en que el códice seguía en el ámbito eclesiástico, eso querría decir que era menos robo, pues seguía bajo el dominio de la Iglesia, sin haberlo abandonado, seguía siendo *de ellos*; escondido, sí, pero por ellos y en su propio espacio. No había, pues, razón para excesiva alarma. La Iglesia era verdaderamente sabia.

Se trataba, además, de encerrar la resolución en el área de su responsabilidad, con lo cual se obtenía esa temperatura que algunos cifran de ideal pues ni fu, ni fa, ni frío, ni calor, cero grados. Al menos ésa fue la memez con la que Salorio se ayudó a salir del paso.

—Entre 4 °C y 0 °C el agua pesa más y se va al fondo. Al hacerlo arrastra todo lo que nada entre dos aguas, a ras de superficie —se dijo el comisario—, así que, por mí, que les den —concluyó sabiendo que nunca debería expresar una opinión de tal calibre delante de nadie y menos de quien pudiese sentirse afectado.

En todo caso, el mes había comenzado movido y Salorio decidió, en algún momento, que no estaría de más volver a dedicar un poco de atención a las cubiertas de la catedral por si éstas podían indicar algo al respecto.

No estaba ni medio claro, todavía, por dónde los ladrones habían accedido al archivo ni por dónde habían abandonado el templo. Las cámaras de vídeo no habían grabado ninguna presencia extraña en ningún momento. Nada aparecía forzado, todo estaba limpio e inmaculado. Por los andamios que rodeaban la torre Berenguela, elevados para restaurarla, era difícil que hubiesen ascendido salvo que hubiesen sido consumados alpinistas, hombres araña, cualquier cosa propia de un circo y sus trapecios. No había ni una huella de su paso.

Por eso reclamó la ayuda de Salvador y juntos subieron de nuevo a la cubierta de la catedral sobre la que, al resbalar, se había matado el anterior deán, nada homosexual, por cierto, sino más bien todo lo contrario. Lo que sucedía era que a Salorio todo aquel episodio se le antojaba ahora algo muy lejano, como sucedido en otro tiempo, cuando en realidad aún estaba próximo el último Año Santo.

Encaramados en las torres del Obradoiro, Amador, Salvador y el comisario hicieron volar la plataforma que portaba una cámara de vídeo. La misma que ya habían hecho transitar por encima del tejado de las monjas, sólo que ahora la dirigieron sobre el de la catedral. Era mucho más discreto que un grupo de expertos deambulando por las cubiertas y mucho más eficaz.

En algún momento, Salorio, llamado de su vieja obsesión, estuvo a punto de utilizar el móvil para llamar al Carretas, avisando de que dirigiría hasta allí el aparato volador en busca de una ración de pimientos de Padrón, ahora en plena temporada, acompañados de unas xoubiñas^[26] para darse un atracón de altura, pero se dio cuenta a tiempo de que era temporada alta, de que el entorno catedralicio estaba lleno de turistas y que mejor sería no llamar demasiado la atención.

No era la primera ocasión, no, en que tenía tal ocurrencia, ni tal pensamiento, se

dijo de nuevo, al tiempo de preguntarse qué tal transportaría, llegado el tiempo, una ración de lamprea.

—Lo de las tapas y su transporte empieza a ser algo obsesivo —se dijo Salorio para sus adentros pero sin reconocer la necesidad de enmendarse en su manía.

Deshecho de inmediato de tal tipo de elucubraciones, hizo que el aparato siguiese sobrevolando con la absoluta discreción y efectividad de la ocasión anterior sin que, al final, a pesar de ello, se pudiese deducir de su trabajo ningún resultado concluyente.

Ahora un *pendrive* guardaba en su interior imágenes de la fachada románica de la Quintana, envuelta más que cubierta por la barroca, gracias a la habilidad de Salvador que había hecho viajar al aparato navegando entre las dos. También guardaba otras, del interior del edificio de enfrente, que resultarían inesperadas e insólitas para la mayoría de los que las contemplasen.

—Oye, papi, que igual acabo haciéndome policía. Esto me gusta —dijo Salvador en algún momento consiguiendo que Salorio diese un respingo.

El comisario informó con prontitud del trabajo realizado. Sólo recibió un comentario sarcástico, pero positivo.

Se lo hizo, por teléfono, el delegado del gobierno, quien, desde hacía meses, tantos como los transcurridos desde los sucesos del estadio de Riazor, había optado por no dirigirle la palabra, limitándose a pedir su cese.

—¡Y que este cabrón tenga que llamarse Salvador! —exclamó en voz alta Salorio, mascullando las palabras, mientras no le quitaba ojo de encima al hijo de Eulogia, que de modo lamentable había estado presente mientras se celebraba la conversación.

Al bajar de las cubiertas de la catedral, el comisario tenía la convicción de que, al menos en muchos meses, quizás años, el código no aparecería. La muerte de la Quintana había caído del cielo y al código se lo habían llevado los ángeles.

El tiempo y las declaraciones de Erik el Belga, entrevistado en las páginas de *El Correo Gallego*, confirmarían sus sospechas, pero se guardó muy bien de exponerlas a nadie de su entorno. Algo le hacía presentir que el caso seguiría el camino trazado por el asesinato de Regino, los crímenes imputados a Dalmiro y todos cuantos otros se archivaban sin mejores resultados. Si quería sobrevivir debería resolver el caso de la nalga tatuada.

A diferencia de lo que le sucedía con los otros casos, de éste del código no se sentía en absoluto responsable y la demora de los eclesiásticos en comunicar el robo lo exoneraba, todavía más, de la responsabilidad de no haber procedido con una prontitud que hubiera resultado imprescindible. Ya no lo era.

Los ladrones habían dispuesto de tiempo más que suficiente para huir, para esconder lo robado e incluso para destruirlo. Esto último era lo que Salorio empezaba a temerse en mayor grado, si consideraba como ciertas las suposiciones nacidas en el seno del propio clero compostelano acerca de la pasión amorosa que había atizado el

fuego de aquella hoguera que, cada día que pasaba, alcanzaba unas dimensiones que no se dirían realmente exageradas, sino grandiosas por necesidad.

Eran un fuego y unas dimensiones que, a cada momento que transcurrían, convencerían al ladrón, en el caso de que éste fuese un apasionado muchacho enamorado, de la conveniencia de ocultar no sólo su autoría, sino de hacer desaparecer el cuerpo del delito.

La realidad era que no sabía qué hacer y que con razonamientos tales intentaba consolarse. En algún momento de aquella agitada mañana se acordó del artilugio que Eulogia le había enviado a través de sus hijos y, en algún otro, echó mano de él, retirándolo del cuello en el que lo había colgado, pese a tener un tamaño que se dejaba apreciar a través de su camisa. Lo extrajo y lo hizo sonar al lado de la oreja izquierda, aquella que tenía su oído más activo.

Su sonido era sedante y armonioso, dulce y acariciante, ameno. No volvió a colgarlo del cuello, lo mantuvo oculto en el cuenco de su mano zurda y, de vez en cuando, a lo largo de todo lo que quedaba de mañana, lo volvió a hacer sonar al lado de su oreja casi como si fuese un mantra, ya que no un gong tibetano.

Delante del altar mayor volvió a hacerlo sonar. Estaba rodeado como siempre de aquellos otros ángeles custodios vestidos de azul y de amarillo y no pudo reprimir un ruego que surgió de modo, más que espontáneo, automático.

Fue como si saltase un resorte que había sido fijado muchos años atrás, un muelle que había tenido tiempo incluso para oxidarse, pero que de repente se hubiese engrasado hasta saltar por un simple proceso mecánico, tan lógico como inesperado.

—Señor, si estás ahí envíame a uno que me eche una mano que no sea al pescuezo, empiezo a ahogarme —dijo musitando las palabras.

Luego siguió observando a los miembros de aquella orden de la que nadie había sabido decirle la dependencia que tenía establecida con la Iglesia.

Eran hombres jóvenes los que la formaban y los más fornidos y capaces los que realizaban aquellas misiones de vigilancia por amor, si no al arte, sí a la Iglesia. Viéndolos, viendo la imagen del arcángel Miguel sobre sus casullas azules se acordó de los árabes que había visto tantas veces en las últimas semanas.

Lo consideró casi como una iluminación y, al regresar a comisaría, le faltó tiempo para alertar sobre ellos y pedir la información derivada del seguimiento que había ordenado no hacía tantas fechas. Igual podría proceder de ellos el hurto, que no robo, del Codex. El libro era bastante menos pesado que el Santiago Matamoros que, de haber sido ellos los ladrones, quizá les hubiese gustado más sustraer del altar sobre el que, espada en alto, como el arcángel san Miguel, degollaba moros con un fervor que no se diría ni menor ni muy cristiano.

Compostela, 4 de julio de 2011, lunes.

Primera hora de la mañana

La prensa de toda España reprodujo la noticia en primera página, los telediarios la incluyeron en sus inicios y las emisoras de radio le dieron una dimensión que obligó a que fuese tema obligado en todas las tertulias matutinas. Cuando el comisario Salorio entró en comisaría, a primera hora de la mañana, ya había decidido que, al margen de todo cuanto le deparase la desaparición del Códice, paralizaría el seguimiento de los crímenes atribuidos a Dalmiro y del cometido en la persona de Regino para que se aplicase todo el esfuerzo en la resolución del que le había arrojado un cadáver, al parecer, desde el cielo.

Había pasado la noche sometido a esa tortura que consiste en que, en esa especie de atenta y vigilante duermevela que no lo es tanto y permite ese sueño ligero que nos negamos a reconocer como tal, un pensamiento intrusivo nos golpee de tal modo que nos parezca que velamos más de lo que dormimos.

El de esta ocasión fue la recurrente aparición de un gran tiburón, de al menos cinco metros de largo, nadando entre aguas de modo espasmódico hasta vomitar un trozo de nalga en el que se podía observar el tatuaje de un ángel sosteniendo una cruz en pleno vuelo. Semejante al que el cadáver hallado yacente en la Quintana, como si hubiese caído del cielo, exhibía en la suya.

La sorpresa fue cuando, por la mañana, descubrió que el caso había sido real. En el Acuario Coogee, de Sidney, en 1935, un tiburón así de grande había vomitado un brazo humano, tatuado con dos boxeadores enfrentados entre sí. Había pertenecido a un trabajador portuario, llamado James Smith, y su identificación permitió la resolución de su asesinato. ¿Serviría de algo el angelito de la nalga?

Inconscientemente, Salorio echó mano de su llavero y se lo llevó a la oreja. Después de horas llevando el llamador de ángeles en el sudoroso cuenco de la mano, había decidido colgarlo de él y se había pasado casi una hora, antes de acostarse, hasta conseguirlo de un modo que le pareció satisfactorio. Ya había empezado a ennegrecerse, como le había sucedido de pequeño cada vez que su madre le colgaba una medalla de la Virgen del Carmen que fuese de plata en vez de ser de oro. Su piel ennegrecía la plata. Aún no sabía por qué.

Con el llamador a la altura de la oreja, cogido por la argolla entre los dedos índice y pulgar, lo agitó una vez más y su sonido le hizo sonreírse.

—Tendré que decidir si es determinante o no el tatuaje de la difunta —se dijo en

la oscuridad de la noche; luego se quedó dormido con la convicción expresa de que los ángeles habían bajado de inmediato.

Al entrar en su despacho vio tres informes encima de la mesa.

Comprobó que el primero se refería al seguimiento practicado a los miembros de la comunidad islámica compostelana; que el segundo era el realizado sobre los miembros de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel, y que el tercero era habido como resultado de la autopsia practicada al cadáver de la mujer desnuda. Pero no tuvo tiempo ni siquiera para ojearlos.

El teléfono interior le dio aviso de que ya estaban allí los efectivos de la brigada especial recién llegados de Madrid. Respondió que los hiciesen pasar a la sala de reuniones anexa a su despacho y que también se presentasen en ella Diego Deza y Andrea Arnoia. A Pepe Papá del Cielo lo llamaría él mismo por el móvil pues sabe Dios en dónde estaría.

El primer contacto mantenido con los de la brigada especial para los robos de obras de arte consideradas valiosas fue breve y satisfactorio. En ella se decidió que Manolo Cerqueiro y Luis Leira, los dos jóvenes inspectores, sirviesen de colaboradores de los expertos de la brigada y al tiempo, de nexos con el comisario Salorio, a través de Papá del Cielo, mientras que Deza y Arnoia se harían cargo de la resolución del caso que se traían entre manos a partir del informe de la autopsia hecha a la muerta que, según todos los indicios aportados hasta el momento, había llovido del cielo.

En un momento dado, Salorio, que había vuelto a sacar del bolsillo las llaves de su coche y de nuevo había hecho sonar su llamador de ángeles, en medio de un imprevisto silencio, ante la mirada algo atónita de los recién llegados, se levantó y se acercó hasta la mesa de su despacho.

Uno de los recién venidos de la capital de España, una inspectora de aspecto juvenil, de figura que la hacía suponer ágil y confirmar esbelta, interrogó con la mirada a Andrea Arnoia queriéndole significar su estupefacción ante el sonido recibido perfectamente en medio de aquel imprevisto silencio de hacía unos instantes y la decisión de levantarse de la mesa de modo tan repentino.

La contestación recibida la dejó todavía más perpleja.

—Se ve que no estamos en temporada de lamprea. Ya se le pasará cuando llegue —le dijo Andrea, en voz baja, apenas en un susurro, antes de escribir algo en su bloc de notas.

El comisario retiró de la mesa el informe sobre los que ya eran conocidos como «los de Ikea», debido a los colores de sus hábitos, y regresó ojeándolos a la mesa de reuniones pensando, mientras paseaba la vista por sus renglones, lo curioso que empezaba a ser el hecho de que se le ocurriese algo nuevo cada vez que el llamador emitía su sonido al lado de la oreja. Era como si llegase a su cerebro a través de la trompa de Eustaquio y los laberintos auriculares para agitarle las ideas.

—Aquí tenemos —comenzó diciendo— un informe sobre una orden religiosa

nueva, muy llamativa y colorista, que hace unos meses que se encarga de la vigilancia y control en el interior de la catedral. Alguno de sus miembros tiene un aspecto, digámosle, algo peculiar. ¡No vaya a ser el demonio...! —concluyó canturreando lo que estaba empezando a sugerir.

—¿No vaya a ser el demonio qué...? —interrumpió el subcomisario al frente de la brigada del patrimonio. La BPH.

Se trataba de un hombre todavía joven, llamado Romerales, de aspecto muy parecido al que Salorio ya no se atrevió a describir.

—¡Oh, nada, nada! Será mejor que los veamos. Os acompaño hasta la catedral y así os presento al deán, al archivero y a algún canónigo; de paso, los veis y ya sabéis a lo que me refiero.

—¿No sería mejor concretar?

—Una imagen vale más que mil palabras. ¿O no?

Salorio cerró así toda posibilidad de continuar por la línea de explicación que acababa de cortar. Lo hizo al tiempo de devolver el informe a su mesa de trabajo y salir los nueve en dos grupos que, al llegar a la plaza de las Platerías ya se habían escindido en tres.

Entraron en la catedral y al primer canónigo que encontraron, a aquella hora todavía temprana, fue a Amador Lobato. Salorio hizo las presentaciones pertinentes y los dejó en sus manos y en las de Arnoia y Deza.

—Llamad a Leira y a Cerqueiro, cuanto antes, para que se vayan conociendo —ordenó Salorio antes de salir pitando.

El primero de los grupos de los tres en que se habían fraccionado los dos iniciales había estado compuesto por él y el subcomisario recién llegado y ya sabía que no se habría de entender con él; además, le había entrado prisa por leer los informes cuanto antes.

Cuando ya se marchaba se volvió y dijo:

—Por ser el primer día os invito yo a comer. A las dos os espero a todos en el Carretas y de paso cambiamos impresiones —luego volvió a darse la vuelta sin dejarles margen a respuesta alguna y salió a toda prisa camino de su despacho sin esperar por ella. Pero tuvo que volverse y darla.

—¿Qué hacemos con los chavales? —preguntó Andrea gritando lo mínimo para ser oída.

—¡Carajo! ¡Seremos muchos! —dijo Salorio en un susurro—... bueno, que vengan también; un día es un día y este robo habrá que celebrarlo; al menos es propaganda gratuita para la ciudad. —Luego se dio la vuelta y regresó a su despacho.

Al llegar se enfrentó por fin al primer informe, el referido a la difunta. Incluía el resultado de la autopsia practicada al cadáver. Una vez que lo hubo leído, hizo llamar al subcomisario Deza y a la inspectora jefe Arnoia.

—Hay novedades. Dejad a éstos con los chavales y veníos para aquí —les informó.

—Algo de ellas ya sabemos —respondió la inspectora nada más llegar.

—Entonces ya sabéis que, si no puede saberse si una herida se ha producido antes o después de la muerte, es porque el golpe ha sido dado al cadáver para desviar la atención de la causa real del fallecimiento. Así que no os apliquéis el cuento, pero aplicaos a resolver el caso a partir de este hecho —respondió Salorio amablemente.

—¿Qué quiere decir el señor comisario? —volvió a terciar la inspectora.

—El señor comisario quiere decir que como los más fuertes golpes propinados a los miembros de un cadáver, tendido sobre una mesa, no hacen efecto alguno y la equimosis que presenta la difunta, según el informe, es de coloración roja oscura, tirando a broncea y es o era muy ligera, tuvo que ser producida en momentos muy inmediatos al fallecimiento.

—Explicate, jefe, que parece que acabas de ir al libro para ponernos en evidencia —dijo Deza sonriendo no se sabe si con fría amabilidad o completamente en serio.

El que sí se puso serio fue Salorio, pero su seriedad no afloró a su rostro. Con toda parsimonia se puso a explicar lo que creía recordar de los estudios de criminología; consideraciones y conocimientos que la lectura del informe forense había hecho reverdecir y que seguían reverdeciendo según iba avanzando en la explicación de lo que acababa de leer.

Volvía a constatar que la mejor manera de aprender, de hacerse con un conocimiento era teniendo que enseñarlo; por eso continuó con calma, paladeando casi cada palabra.

—... que un golpe siempre produce una acumulación de sangre, un hematoma, y que la moza del ángel no presenta ninguno. Los forenses no apreciaron ningún aumento de tamaño, ningún chichón, debido a un golpe. Eso es porque la sangre ya no fluía, ya no circulaba por su organismo cuando lo recibió. Pero como sí que había cambio de coloración, equimosis, es decir una trasvasación de sangre al interior de los tejidos, una hemorragia interna, deberemos trabajar a partir de esa consideración.

—Bien, ¿y qué adelantamos con saber eso? —preguntó Arnoia, que al parecer tenía un día interesante.

—Sin leeros el resultado de la autopsia no adelantaréis nada, pero si lo leéis os enteraréis de que la coloración era broncea, lo que quiere decir que se produjo muy poco tiempo después de la muerte, diría que casi de inmediato.

Volvió a decir con calma el en ese momento tan didáctico comisario jefe superior mientras no dejaba de observar los rostros de sus subordinados; luego continuó haciendo gala de sus conocimientos.

—Recordaréis, porque fuisteis chicos aplicados, que si la coloración fuese negruzca la equimosis del cadáver lo sería desde haría ya dos o tres días.

—Sí, jefe —respondió Andrea—, y, si azul, entre tres y seis; si verdoso, de doce a diecisiete; y amarillo si más de diecisiete... ¿O no?

—¿Ves qué lista eres, Andreíta? Pues entonces continuad solitos —señaló por su parte el comisario.

Luego, como arrepentido, siguió hablando.

—Pero cuando leáis el informe forense reparad en que la chica tenía roto el hioides. Eso indica una muerte por estrangulación; lo que explicaría la equimosis y nos haría pensar que el golpe fue recibido de inmediato, bien a propósito para despistar, bien por casualidad al empujar el cuerpo hacia atrás una vez producido el fallecimiento.

—... y así quedamos como estábamos al principio —comentó el subcomisario Deza.

—No. Ahora ya sabemos que fue asesinada. Antes sólo lo sospechábamos. El hioides no hay quien sea capaz de fracturárselo a un cadáver. Ella allí no se pudo ahorcar y muerta o caída del cielo no creo que fuese la mejor manera que tuviese para poder llegar hasta allí.

Volvió a decir Andrés Salorio al tiempo de echar mano de las llaves del coche con el curioso sonajero para llevárselo nuevamente hasta su carnosos y colorado pabellón auditivo izquierdo.

—¿Qué juguetito es ése? —preguntó la inspectora.

—Un llamador de ángeles.

—¿No esperará inspiración divina? —insistió Andrea.

—¿Quizás un informe del arcángel san Miguel? —remachó Diego Deza pretendiendo ser gracioso, al menos por una vez; irónico, pero sin lograr ser ni siquiera sarcástico.

Salorio se quedó mirándolos a los dos, pensativo, pero no les dio respuesta alguna. Se limitó a preguntar de nuevo:

—Bueno, ¿y qué sabéis de los de Ikea? —interrogó el comisario, poniendo cara de no haberse enterado a tenor de su respuesta, como si la ayuda celestial le hubiese llegado formulada de tal modo.

—¡Gente curiosa, vive Dios! —argumentó Andrea.

—¿Y eso?

—Tienen nombres que se me antojan deliciosos —respondió Deza.

—¿Por ejemplo? —preguntó el comisario.

—Madre del Corazón Hermoso de María Flavia de la Santa Cena o Madre de la Buena Huella Iria de la Santa Pasión, en el caso de ellas. Hermano Daniel de la Faz de Cristo en el Paño de la Verónica o Hermano Rafael del Rostro de Cristo Crucificado... en el de ellos..., y así —respondió el subcomisario sin dejar de sonreírse.

—¿Y eso te hace gracia?

—¡Hombre...!

—Y aparte de esa chuminada, ¿qué más podéis decirme?

—Que consta de sacerdotes y de monjas consagradas, pero también de miembros que mantienen sus trabajos y sus profesiones y que son los que mayormente prestan sus servicios en la catedral —se apuró a contestar Deza.

—Y que se alojan en San Martín Pinario, en la plaza de la Azabachería; a un lado los varones, al otro las mujeres y que de éstas hay dos que cantan y son realmente guapas... —señaló la inspectora.

—¿Y cantan bien? —preguntó sin demasiada sorna el comisario, sólo con la justa.

—Son gente extraña... nadie sabe muy bien cómo clasificarlos dentro de la estructura eclesiástica. Cuentan también con matrimonios y con gente joven y tienen incorporaciones casi a diario. Más después de los conciertos de las dos monjitas.

—¿Cantan bien? —insistió Salorio.

—¡Como ángeles! —respondió la inspectora jefe.

—Bien, ahora que ya lo sabemos, decidme lo que todavía no sabemos —cortó el comisario.

Pero ya no sabían más.

No se podía afirmar que las investigaciones fuesen ni por buen camino ni muy avanzadas.

El tercer informe se refería a los árabes compostelanos y Salorio no dudó en comentarlo, seguro de que tampoco iba a añadir gran cosa a lo que ya sabía.

Los moros, como popularmente se les conocía pese a que el que no se reclamaba árabe se afirmaba persa, pero nunca de la Mauritania, nunca del Magreb, siempre del Oriente Medio, andaban algo revueltos. Eso afirmaba el informe.

Pertenecientes a civilizaciones que habían sido superiores, así se seguían considerando. Lo hacían pese al enquistamiento en el que se habían sumido desde hacía siglos, quizá ya demasiados siglos, gracias a la religión que profesaban; algo que ellos deberían saber merced a la formación adquirida.

Durante los últimos años habían ido tirando unos de otros hasta erigir una mezquita que gozaba poco menos que de la condición de clandestina. Solían reunirse en ella.

Lo hacían de modo que se podía afirmar de los profesionales destacados, de los que más tiempo llevaban en Compostela, que se habían desintegrado de la sociedad a la que habían pertenecido. Ahora acostumbraban a verse formando un grupo, cerrado y compacto, que no era difícil ver sentado en la acera del Araguaney a última hora de la tarde, o paseando camino del Monte Pedroso, en alegre y distendida charla.

—Eso es un síntoma —dijo el comisario.

—¿De qué? —preguntó Diego Deza.

—De que algo está pasando en su seno; hacía años que no se les veía ni de uno en uno. Habrá que averiguar qué es.

Con todo se había ido acercando la hora de comer y Salorio recordó la cita proporcionada a los de Madrid.

—Vámonos a comer todos al Carretas —invitó de nuevo Salorio a sus dos segundos, recordándoselo.

—¿Quiénes somos todos? —preguntó Andrea Arnoia.

—Los de Madrid y los pipiolos —respondió Salorio.

—¿Quién paga? ¿Tú?

—¡Y un huevo! —contestó Salorio, ágil como un rayo—, ahora vivo como soltero y no me queda un duro. Pagan los fondos para confidentes, chivatos y policías en apuros. Estamos apurados. Vamos, que se hace tarde. Y midámonos.

Compostela, 4 de julio de 2011, lunes.

A media tarde

Salorio volvió a recapacitar en el hecho de que, a lo largo de toda su vida, había sido un fervoroso lector de novelas de todo tipo. Todas le interesaban. Pero no habían sido las policíacas las que más habían atraído su atención. Razonaba de nuevo a este respecto porque pensaba que nadie habría de explicarle cómo era su vida. Mucho menos un fantasioso autor literario, creador de héroes, sabios y todopoderosos, como él nunca se los había tropezado ni esperaba tropezárselos nunca. Menos ahora cuando las más de las películas del género habían derivado en curiosas y marciales coreografías de ballet de taekwondo cuando no en sofisticadas aventuras en las que la ciencia ficción había sentado plaza y ocupado cátedra.

Por eso había leído casi de todo, a excepción de novelas policíacas. Incluso, afinando más el espectro de sus preferencias, se estaba dando cuenta de que siempre había buscado novelas con protagonistas que superasen en una década la edad que él tenía en el momento de empezar a leerlas. Buscaba en ellas la anticipación de lo que él sería a la vuelta de unos años, el conocimiento de las sensaciones que habrían de invadirlo, la prevención de los errores que sin duda habría de cometer.

En cambio, ahora, leía sin pudor las protagonizadas por gentes más jóvenes que él, aun siendo consciente de que en la mayoría de los casos no habrían de aportarle nada, o por el contrario buscaba héroes de su edad para hallar consuelo en ellos. También para compartir emociones y aprender de sus equivocaciones. Ya le gustaría que los novelistas se aventurasen con más frecuencia en historias de hombres de sesenta a noventa años. Pero no solían hacerlo.

Quizá la explicación fuese la de que los autores de novelas acostumbrasen a morir antes de llegar a edades tan avanzadas o que fuesen los editores los que, llevados a empujones por las ansias del mercado, los fuesen liquidando poco a poco, en un proceso lento y frío, privando a la sociedad de escritores de referencia. Nadie aprendería ya de nadie y todo acabaría siendo acción, todo diálogos, mejor cuanto más sencillos. Quizá lo más probable de todo fuese que el mero hecho de pensar en escribir sobre vidas que se extinguen sin ser a tiros les aterrorizase.

A eso, lo llamaba Andrés Salorio el miedo a la memoria, tan frágil ella a partir de ciertas edades. Tanto y tan frágil pensaba que era que, a veces, cuando veía un enfermo de Alzheimer o un afectado por lo que antaño los médicos definían como una arteriosclerosis obliterante, pensaba que el alma era más mortal que la carne, que

el cuerpo en el que estaba envuelta la mente, el ánimo, era más duradero que aquélla.

Incluso en el momento de la muerte, al exhalar el último suspiro, el alma vuela y desaparece del alcance de nuestra percepción, mientras que permanece la carne, como él muy bien sabía. Y eso lo aterrizzaba y sólo conseguía eliminar su angustia bajando a la cocina, abriendo la nevera y poniéndose a comer como un desesperado.

De todas formas, consideraba que había mejorado de manera significativa. Siendo adolescente, después de la ingesta, solía acudir al cuarto de baño, defecaba y luego, antes de regresar a su cuarto procuraba masturbarse cuanto le fuese posible.

Al recordarlo, se disculpaba pensando que también los policías habían sido niños, sentido terrores nocturnos, temblado en las proximidades de los cementerios y conjurado su miedo con oraciones y promesas que conseguían traerlos, más o menos indemnes, hasta edades como la que él ahora mismo disfrutaba.

El comisario regresó a la Casa do Castelán considerando ideas tan peregrinas, acaso como consecuencia de la ingesta copiosa. Sucedió a menudo que las digestiones pesadas le generaban pesadillas, pensamientos intrusivos, manías y un mal humor considerable.

En esta ocasión habían sido los recuerdos que quedan reseñados, aunque en ellos no se haya hecho mención alguna acerca de las reflexiones que la utilización del llamador de ángeles que le había regalado Eugenia en nombre de su madre, le había despertado y que estaban relacionadas con lo que queda dicho.

Al menos los «chicos de Madrid» habrían quedado satisfechos de forma que no andarían por en medio por lo menos hasta la mañana siguiente. La comida en el Carretas había sido completa, salpicada de comentarios que los gallegos estaban hartos de escuchar.

—¡Joder! ¡Cómo coméis los gallegos! —era uno de los más utilizados.

Cada vez que oía una expresión de tal calibre, Salorio se limitaba a escrutar fijamente el plato del comentarista sin decir una palabra, tasando la ingesta a partir de los restos que observase y de forma que su interlocutor lo percibiese.

Por si no había sido así, en el momento de saberse observado, acostumbraba a levantar la vista y fijarla en los ojos del comensal de turno. El ardid no solía fallarle y, al menos en esa comida, el así tratado no volvería a abrir la boca más que para poder seguir comiendo.

Al empezar a subir la pequeña rampa que conduce a la explanada de entrada a la casa y que luego desciende hasta la del garaje, Salorio vio el coche de Donatella y se sonrió al pensar que tampoco quería leer novelas con protagonistas de mayor edad que la suya quizá porque no quisiese anticipar el conocimiento de su propia decrepitud, la aparición de la impotencia, la resignación ante la vejez o la ausencia de curiosidad hacia todos los extremos de los que se compone la vida, esa especie de rosa de los vientos con tantos rumbos como uno pueda imaginarse.

Desde que había llegado a Compostela, entronizado a su arcángel en Fisterra y acudido a sus citas afectivas y eclesiásticas, la italiana iba y venía, entraba y salía de

su casa, según su voluntad y gusto. Y él no se lo impedía, pese a la tensión que le causaba.

En realidad sentía miedo ante la posibilidad de llevársela a la cama y no cumplir como antaño siempre había cumplido. Por eso añoraba a Eulogia, sabía que con ella no habría problema y, al final de sus días, debía reconocer que por fin le interesaba la monogamia, la complicidad de la pareja, el bienestar alcanzado aunque fuese en medio de un culebrón venezolano que a la postre le resultaba divertido. Eulogia era pagana y viva; Donatella, trascendental y mística. Mejor follar con aquélla que con ésta.

Durante el no mucho tiempo transcurrido desde su llegada, muchas tardes, la italiana había acudido al convento de San Paio de Antealtares para estar con las monjitas, esperando a que la tarde declinase hermosamente al otro lado de la plaza de A Quintana de Mortos, mientras bordaba con ellas las ropas talares que habrían de vestir los celebrantes en los actos litúrgicos. A esas cosas venía y se dedicaba la italiana durante sus no pocas visitas a Compostela; también a otras, pero éstas ahora no hacen nada al caso.

—Bordamos las casullas con hilo de oro y, cuando lo hago yo, el bordado no brilla, los dorados son opacos, ¿sabes? Entonces se lo doy a una monjita, deshace mi trabajo, lo vuelve a hacer ella. ¡Y brilla! ¿Será Dios quien así lo hace? —le había preguntado no hacía muchos días.

—¡Sin duda, Dona, sin duda! —le había respondido él, incrédulo ante tanta ingenuidad y sin atreverse a llevar el llamador de ángeles a la oreja para ver si le inspiraba algo.

Recordándolo, aparcó el coche al lado del Porsche y, sin entrar en la casa, bordeándola, se fue directo a la piscina. Donatella estaba tumbada en una hamaca, luciendo un cuerpo que más de una joven envidiaría de poder contemplarlo en aquel momento.

—*Ciao, caro!* —lo saludó ella.

—¡Hola, bella! —respondió él llevado de una asociación de ideas que se le antojó confusa y caribeña, pese a indeliberada y acaso inoportuna.

Cuando ya se disponía a sentarse en una silla al lado de la hamaca que ocupaba Donatella, se pudo oír la puerta de la entrada deslizándose sobre el carril sobre el que se sostenía para dar la entrada a un coche que seguramente sería de uno de los hijos de Eulogia. Lo era. Pudo distinguirlos al escuchar los dos potentes bocinazos con los que Salvador acostumbraba a dar cuenta de su llegada.

—¡Vaya! Se acabó la tranquilidad —exclamó el comisario, pensando que su actividad policial nunca merecería los honores de ser novelada por muy complicada que la estuviese haciendo la presencia de Donatella en su casa, al lado de sus hijastros.

Observó el entorno en el que vivía y se dio cuenta de que lo hacía como un burgués y mucho mejor instalado que en el piso con Eulogia. Quizá ésta se hubiese

tratado de una afirmación inconsciente, la realizada al alquilar tan lujosa mansión, por muy bajo que le hubiesen puesto el alquiler.

Recordó entonces, una vez más, que el propietario lo había justificado aduciendo el hecho de su reciente divorcio y el de que seguir viviendo en la casa le causase una tristeza insuperable; también en la consideración de que mejor estaba la casa ocupada que vacía aunque fuese a cuenta de una renta muy baja.

—Sí, pero yo también estoy separado —adujo Salorio.

—Es cierto, pero ésta es mi casa y no la tuya. Además, yo tengo otra y tú vives de hotel como un estudiante cualquiera —había dado por zanjada la cuestión, induciendo al silencio a su recién adquirido inquilino.

—No se conforma el que no quiere —sentenció Salorio al recordarlo, sin saber la sorpresa que habría de llevarse transcurrida una docena escasa de segundos.

Eulogia, guiada por su hijo, estaba haciendo una aparición triunfal invadiendo el espacio del que hasta aquel momento había dispuesto la italiana. Era evidente que había sido advertida de su presencia al llegar, que la había comprobado al ver su coche junto al de Andrés y que venía en son de guerra. O eso creyó el comisario.

—¡Sooooorpresaaa! —gritó, agitando en alto los dos brazos, nada más doblar una esquina de la casa, y cimbreándose como un junco agitado por un viento juguetón y sabio, antes de echarse a correr camino del borde de la piscina.

—¡Hola... mi bello! —le dijo, abrazándose a él e ignorando por completo a Donatella—. ¡Mami te manda besitos y Papi un abrazote! ¡No podía resistir más sin verte, gordito!

Salorio estaba atónito. ¿Aquella era la mujer que lo había enviado al destierro con cajas destempladas? ¿La que había estado meses fuera sin dar noticia alguna? ¿La que había roto su relación sin ni siquiera oírle sus explicaciones o incluso sus disculpas? Después de una ausencia de meses, después de haberlo puesto en situación de alquilar una vivienda, después de tantas cosas, regresaba y le decía que su mami le mandaba besitos y su papi un abrazote.

—¡La madre que te parió! —empezó a exclamar con un volumen de voz que fue decreciendo según ella amoldó el suyo al cuerpo del comisario.

A Salorio siempre le había impresionado lo bien que se acoplaban sus dos cuerpos. Al sentir de nuevo el de Eulogia pegado al suyo, se abandonó al placer de recuperar una sensación que ya creía perdida para siempre. Primero sintió esa confortabilidad que siempre le había producido la piel de Eulogia, luego sintió cada centímetro de su piel próximo a todos los poros de la de ella, luego cada hueso suyo en paralelo a uno de Eulogia, carne, su cálida y fresca carne por medio.

Al fin supo que su decrepitud había quedado nuevamente postergada y se sintió remozado y nuevo, joven y decidido. No había perdido el vigor que ya creía lejano a sus intenciones y deseos. Eulogia también lo percibió y, en ese momento, supo que ella había ganado; mientras él se dio cuenta de que empezaba a rendirse.

—Mira, Eulogia, ésta es Donatella, una vieja amiga italiana.

—¡Ah, hola! —exclamó Eulogia, mientras Donatella se incorporaba de la hamaca —. ¡Encantada! ¿Qué pasa, ya se va? No, por favor, déjese estar un poquito más.

—¡Eulogia, por favor! ¡Está en mi casa!

—En la nuestra, cielito, en la nuestra —respondió Eulogia sin dejar de sonreír, pasándole la mano por la mejilla, poniendo en evidencia que era toda una estratega.

En aquel momento, desde una esquina de la casa, surgió la figura de Eugenia. Venía en biquini y había echado a correr antes de doblarla, pero no disminuyó su marcha al pasar junto a ellos. Lo hizo como una exhalación, camino de darse un chapuzón en la piscina. Cuando pasó por su lado, el comisario creyó percibir una sonrisa en los labios de su hijastra, al tiempo que el fugaz guiño de un ojo.

Era evidente que Eugenia había tenido mucho que ver en el regreso de su madre y Salorio no sabía si agradecerse o reprochárselo. Debería pensarlo. En todo caso, el tiempo lo diría. ¿Por qué le iba a negar él a nadie el derecho a buscar su felicidad?

Según lo pensó, decidió que lo mejor que podría hacer sería aplicarse a sí mismo el cuento; por eso, pasados los primeros minutos de intercambio de saludos y de noticias que sirvieron para mantener a Donatella al margen, Salorio creyó entrever la posibilidad de instrumentalizar la presencia de ella a su lado al considerarla un potente imán, una atracción constante para mantener a Eulogia a su lado, convocada por su simple presencia, por su mínima proximidad.

—Por cierto, Eulogia, Dona se queda a cenar con nosotros y sigue teniendo su habitación dispuesta. Pensaba en hacer un sargo a la parrilla y freír unos pimientos de Padrón —avisó el comisario con la mayor naturalidad que pudo al tiempo que se percataba de que Salvador no había asomado todavía la oreja por lado alguno.

Eulogia ni se inmutó. Era evidente que ya estaba puesta en antecedentes por su hija. Con ella, a partir de ese momento, empezó a organizar la cena. Tenía que dejar bien claro que aquél era su territorio, su espacio, y dispuso un inmediato cambio de planes. El sargo lo haría ella al horno. Se consideraba una artista horneando pescados y carnes.

A los pocos minutos había organizado una cena en la que no aparecieron por ningún lado los pimientos de Padrón. Alguna pequeña venganza que advirtiese quién volvía a ocupar su trono debía de serle permitida, aunque sólo fuese como un pequeño aviso dado al comisario jefe superior de policía.

Compostela, 5 de julio de 2011, martes.

Primera hora de la mañana

Al entrar en comisaría, Andrés Salorio lo hizo dando órdenes y llegó así hasta su despacho. Antes de que le pasasen el informe de prensa de todos los días, pidió que Diego Deza y Andrea Arnoia se presentasen sin demora en él, sin esperar a que llegase la hora en la que acostumbraban a hacerlo todos los días.

Más tarde escuchó las últimas novedades y por fin se dispuso a leer los informes que siempre resumían por escrito, o lo ampliaban, todo cuanto le había sido comunicado de viva voz y él había considerado de interés. Poca cosa, en aquel día.

Los colocones habituales, los robos de carteras diarios, un servicio prestado a una señora que había recibido malos tratos por parte de su cónyuge, otro de un señor que había recibido igual trato de su santa esposa... lo habitual. Salorio, al leerlo, volvió a recordar el caso de todo un coronel de la Guardia Civil que había acudido a un juzgado de los llamados de violencia de género en busca de protección y amparo y no había recibido ayuda.

Se lo imaginó, revestido de la más sólida imagen de su condición de miembro del benemérito instituto y tuvo a bien considerarlo como un santo laico, inmolado en aras de la virilidad entendida a la ibérica, sometido a las burlas de sus compañeros de cuerpo y armando la marimorena en la prensa preguntando qué sucedería el día en que un homosexual legalmente casado acudiese a solicitar ayuda a tal tipo de juzgados. ¿Le preguntarían por el rol que desempeñaba en su matrimonio gay o lo despedirían con cajas destempladas, por considerar que aquel juzgado era sólo para la violencia ejercida sobre las mujeres?

Se demoró un poco, entretenido en tales elucubraciones.

—Como mucho —se dijo— la violencia será doméstica pero no sólo de género.

Luego se preguntó por la psíquica, la ejercida por ella sobre los maridos y se dijo que un maltratador que acto seguido se suicida es un ser maltratado en grado extremo. ¿Y las envenenadoras? ¿Habría un censo riguroso de los casos de envenenamiento? De los descubiertos sí, pero sólo de ellos y no se harían nunca públicos. No había que meterle más miedo en el cuerpo a una sociedad ya lo suficientemente aterrorizada por la crisis económica.

Estaba en ésas, y no en otras, cuando entró la inspectora jefe Arnoia en su despacho. Traía cara de no haber pasado buena noche, o de haberla pasado excesivamente bien.

—¿Qué tal ayer con los chicos de Madrid? —preguntó el comisario a guisa de saludo.

A la inspectora se le torció la boca en una mueca de sonrisa y Salorio supo que la noche no había sido mala. Tampoco le hizo falta pensar gracias a quién. En el grupo sólo había venido una mujer.

—¿Y Deza? ¿Dónde está? —preguntó el comisario desviando la conversación de cualquier tropiezo a modo de confidencia.

—Debe de andar por ahí... ¡rezando! Últimamente se nos ha vuelto muy religioso y no sale de La Estila.

—¡Eso no es malo!

—¡Y lo dice el muy impío de mi jefe...! ¿Cuánto hace que no practicas, capullo adúltero que vive en permanente pecado?

El comisario miró a su subordinada y prefirió no contestar directamente.

—La fe es un don gratuito que Dios concede a ciertas almas entre las que no tuvo en cuenta a la mía... reclamaciones al maestro armero, por lo tanto.

Acto seguido prefirió cortar definitivamente por lo sano.

La muerta seguía sin identificar y el código sin aparecer; el inductor del asesinato de Regino a salvo, en virtud de lo que él entendía como una mala interpretación de la doctrina Parot; el juicio de Salvador aún no se había celebrado y todo indicaba que podría ser considerado como de faltas y no como consecuencia de un desorden público; los asesinatos atribuidos a Dalmiro estaban sin resolver, pendientes todavía de unas nuevas prospecciones a realizar con el georradar en todas y cada una de sus fincas.

Quizá debido a la reaparición de Eulogia, el comisario sentía de nuevo una curiosidad febril por su propio trabajo. Se dijo que la suya tampoco había sido una mala noche y qué bien que todo volvía a tener sentido. Pero se abstuvo de proporcionarle tal dato a su subordinada estableciendo una complicidad que no necesitaba.

Donatella se había ido después de cenar y no supo si había dormido en el Hostal o si lo había hecho en la residencia que las benedictinas habían instalado en su convento de San Paio de Antealtares, en el que solía hospedarse cada vez que venía a Compostela. En realidad tampoco le preocupaba demasiado, aunque prefiriese tenerla cerca unos días más para afianzar la reciente renovación de su vínculo con Eulogia.

—¿Qué me dices de los árabes? —preguntó el comisario refiriéndose a los profesionales liberales que habían estudiado sus carreras en la universidad compostelana y aquí se habían quedado.

—Que después de tantos años están perfectamente controlados, sabemos más de ellos que de cualquier otro ciudadano gallego. Ahora rezan más que antes, debe ser un virus —respondió la inspectora, que no tenía una mañana muy espiritualista sino más bien invadida de un panteísmo hedonista muy propio del país.

—Pues a seguir así. Hay que controlarlos no vaya a ser que nos den una sorpresa

y hayan sido ellos los del código. ¿Y de los de Ikea, qué hay?

—¿De quiénes?

—De los miembros de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel.

—Pues lo de siempre, que fueron fundados en Vigo el año pasado, que los hay legos y ordenados, que hay monjas sacramentadas bajo sus hábitos femeninos, que son muy rigoristas...

Salorio echó mano del llamador de ángeles y se lo llevó a la oreja, pero el único pensamiento que le indujo fue el de que no se lo había mostrado a Eulogia, ni comentado con ella nada acerca del servicio que le estaba haciendo. Quizá fuese mejor así, pensó; luego continuó hablando él, robándole la voz a la inspectora jefe.

—... y que realizan funciones de vigilancia y seguridad, en los aspectos litúrgicos y rituales y de protección y custodia de la catedral y sus tesoros, en otros aspectos menos espirituales, y que aparecen en ella este año y que, apenas recién llegados, desaparece el Código Calixtino se diría casi por ensalmo.

La inspectora se le quedó mirando pensativa.

—No había reparado en eso —añadió de inmediato, al tiempo de ponerse en pie y empezar a pasear intranquila por el despacho de su jefe inmediato superior.

—Pues ya estamos pidiendo un informe individualizado y riguroso de todos y de cada uno de sus miembros —dijo el comisario llevándose de nuevo a la oreja su llamador de ángeles. Aquello funcionaba.

Tendría que agradecerse a Eulogia. Aún no lo había hecho y tenía que reconocer que su musiquita no sólo lo sedaba, sino que lo inducía a concentrarse en las ideas que lo asediaban en sus asuntos profesionales. Algo así como el efecto mariposa, ese batir de alas que puede conmover el mundo, generado en el interior de su cerebro, sólo que producido en este caso a instancias de las de los ángeles, una vez convocados por el dulce sonido del sonajero que estaba empezando a considerar un talismán.

Echando mano del cómputo final que siempre solía publicar la prensa, durante el mes de junio había llovido bastante y todavía seguía haciéndolo, aunque de forma más alternativa, en estos primeros días de julio.

Cada vez que alguien aludía al cambio climático, el comisario advertía que no lo negaba, pues era evidente, pero que en su juventud los veraneantes —cuando aún eran unos pocos los que veraneaban; en vez de irse de vacaciones, como hace ahora casi todo el mundo— acostumbraban a llegar después del 18 de julio, fecha de la que en la actualidad, los más jóvenes ignoraban su estricto significado, pero que en aquellos tiempos era muy precisa y se diría que plena de contundencia emocional en todos los sentidos.

Cuando el subcomisario Deza, arreglado y pulcro dentro de su traje de verano, llegó a comisaría fue debidamente informado por la inspectora Arnoia de lo hablado con el jefe en su despacho a primera hora de la mañana.

—Hoy no parece tan abatido como últimamente se mostraba —indicó como

resumen final de la puesta al día—. No sé qué le habrá pasado —resumió.

Deza la miró con aire interrogativo, pero no dijo nada. Las suyas eran magnitudes polares y no era fácil encontrar tema alguno de conversación que los vinculase, ni siquiera los estrictamente profesionales.

—Voy para allá —se limitó a decir cuando ya había empezado a andar, camino del despacho de su jefe.

Cuando llegó a él, golpeó la puerta con los nudillos de la mano izquierda y entró sin esperar respuesta.

—¿Qué pasa con los del OMSMA, jefe? —dijo a modo de saludo.

—¿Con los del qué?

—Con los muchachos de la Orden y Mandato de san Miguel Arcángel.

—Que yo sepa, nada.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—Entonces, ¿por qué mandas que sean investigados?

—¿Es que sobra la investigación?

—¿Es que hace falta?

—¿Te molesta, por alguna razón que yo deba saber?

—¡En absoluto!

—¿Entonces?

Podían estar así todavía mucho más tiempo, pero Deza se impacientó.

—¡Me rindo! ¿Qué pasa?

—¿Te rindes? ¿Es que tiene que pasar algo? Aclárate.

—Son buenos chicos, jefe. Hacen un servicio impagable y lo hacen por amor a Dios, cuidan de su Iglesia, procuran que todo el mundo se comporte en la debida forma, vigilan la pulcritud en la liturgia...

—... se fundan hace un año, nadie sabe nada de ellos, irrumpen en la catedral y después de que ellos llegasen y de ochocientos años sin problemas, resulta que entran ellos por una puerta y se marcha el código por la otra. Lo que quiero saber es si lo hizo por la misma, por la que lo suelen hacer ellos, por la de la Azabachería. ¿Te parece mal?

Andrés Salorio acercó otra vez el llavero del coche con el llamador de ángeles a la oreja y lo agitó suavemente.

—¿Convocas la inspiración divina?

—No, pero evito que tu actitud me suene a música celestial, carece de la armonía necesaria.

—Mejor será que vigilemos a los moros, andan un poco soliviantados y algo más activos de lo que suelen —desvió Deza la conversación.

Salorio lo observó en silencio y prefirió permitir que siguiese hablando antes de consumir su turno en referencia a los religiosos bicolores.

—De entrada, el Al-Gayal entró en la catedral un número de veces diez veces

mayor que alguien que no se perdiese una misa de domingo en veinte años.

—¿Lo sabías, verdad? Para Salorio ya era evidente que Deza no había querido darse por enterado y que persistía en su actitud de defensa de la orden amparada por el obispo de Tui-Vigo, un hombre bueno y de fe, de los que cree en Dios, en palabras del propio comisario. Así que hizo, rápida y mentalmente, las cuentas que le permitiesen contestarle algo.

—¿Mil cuarenta veces? ¿No son muchas?

—No. Durante años ensayó en el coro tres veces por semana.

—¿Tengámoslo en cuenta; pero para qué quieren los mahometanos el código, dime?

—¡Para joder a los cristianos! —respondió irritado Diego Deza.

—¿Qué sucede, tú tampoco pasaste buena noche? —cerró la conversación el comisario—. ¡Quiero esa información encima de mi mesa cuanto antes! Quiénes son, cuántos son y quién es y a qué se dedica cada uno de ellos, monjitas cantoras incluidas, incluso las que tengan mala voz, amén de los procedimientos de selección de novicios por si fuese necesario tener en cuenta la ley de sectas religiosas.

—¡Por Dios, Andrés; los ampara el obispo de Vigo!

—Sí, pero no está claro su estatus eclesiástico, así que a andar ligeros.

El comisario había llegado a sentirse realmente irritado. Parecería que en la Iglesia no hubiese habido nunca ladrones, ni asesinos, en mayor o igual medida que santos y mártires de la fe y que Deza fuese la expresión viva del neoconverso que necesita demostrar su entrega apasionada a la causa, no sabía si recién abrazada o si hacía poco expresada con una adscripción al Opus Dei.

Tuvo que volver a pensar en Eulogia y en su reciente reinserción en un núcleo familiar que ya se había podido considerar quebrado, para olvidarse de la tensa conversación mantenida con su segundo, sin saber muy bien a cuento de qué o por qué había sido iniciada.

A la imagen de Deza la sustituyó la de Donatella, afecta de los mismos sentimientos, pero a ella estaba más dispuesto a disculparla. Donatella no era policía y no tenía por qué demostrar la asepsia profesional exigible al subcomisario. O de eso estaba convencido aunque, inconscientemente, también tendiese a disculpar y proteger a aquellos con los que más a menudo y con mayor intensidad se identificaba.

El resto de la mañana y aun el de las siguientes habría de transcurrir con preocupaciones de no mucha mayor envidia. La vida de un policía en muchas de sus manifestaciones se parecía a la del marino, semanas e incluso meses de completa y absoluta galbana en espera de los días de inusitada actividad. Julio avanzaba así, lento y caluroso, con días de lluvia suave y algún que otro chaparrón intenso, producto de algún frente nuboso cálido que también se diría apasionado.

Compostela, Sábado 23 de julio de 2011.

Primera hora de la mañana

Después de los primeros días, el de julio no había sido un mes pródigo en emociones. En sus comienzos, cuando se había expandido la noticia del robo del Códice Calixtino, los periódicos habían venido dedicando a tal acontecimiento las portadas de casi todas sus jornadas. En las siguientes, de las cinco semanas del mismo mes en las que posaría sus días, todo había transcurrido de un modo lento y plácido.

De hecho, la atención informativa había ido decreciendo, los articulistas habían ido dejando de tratar el tema y de lucir sus conocimientos más eruditos y académicos y las televisiones habían dejado decaer sus entrevistas y sus reportajes al respecto.

Poco a poco Salorio había ido restableciendo la relación que Eulogia había destrozado unilateralmente y recompuesto del mismo modo, sin más que irrumpir al borde de una piscina y abrazarse a su, más que rudo, gordo policía devorador de lampreas.

Donatella había regresado a su hogar italiano, convencida de que aquella venezolana frívola se había salido con la suya: había hecho mal confiando tanto en que el arcángel san Miguel le iba a echar una mano. Empezaba a pensar que, en cuestiones del amor, ni el mismo Dios, que al parecer le enviaba señales inequívocas, se atreve a intervenir; al menos con la fuerza e intención con las que se le suele reclamar. Ni uno ni otro acabarían por aclararle una serie de cuestiones que habían vuelto a quedar pendientes, amén de otras de más reciente aparición que ella sola habría de solventar, ahora desde mayor distancia que antes. Entre éstas estaba la recurrente idea de Andrés Salorio, si no de culpar a los OMSMA del robo del Códice, sí la de considerarlos sospechosos, en primer o segundo término, a la par con los árabes radicalizados; Mahoma sabría bien por qué, porque haber no había dios que lo entendiese. Al menos su Dios, que ni por medio de san Gabriel se dignaba comunicarle nada que le permitiese entenderlo. Había más cosas que no entendía, claro; pero Donatella prefería mantener alejado al Creador de la necesidad de dirimirlas todas. Le bastaba con sentirse apartada, de la Compostela que siempre había amado tanto, por una venezolana que iba y venía a su antojo sin importarle nunca nada.

Mientras julio caminaba cauteloso hacia su extinción, Andrés Salorio había ido creando amistades entre la gente de las casas vecinas y aun entre la de las más

alejadas, ocupadas por vecinos de toda la vida, descendientes de las viejas casas de labranza que solían mirar con cierta desconfianza a los integrantes de aquella invasión de urbanitas que se les había echado encima.

Salorio había superado todos los escollos desde el momento en que empezó a abrir el sótano, aquella amplia y extraña bodega, dotada de cocina y comedor, de un tresillo y de comodidades varias, poniéndola a disposición de todos los vecinos, llegada la hora del atardecer, para tomarse entre todos unos chorizos asados, un churrasco, quizá unas sardinas... lo que fuese, pues, llegado un momento, poco a poco, cada uno de ellos empezó a llevar sus propias aportaciones gastronómicas.

Había empezado a suceder así, desde la misma noche de San Juan, cuando varios de ellos se habían incorporado a la celebración que conmemoraba la llegada del punto más alto alcanzado por el sol.

Afortunadamente, a Eulogia le iba la marcha y tanta celebración diaria le daba un motivo para enterarse de cosas, cotillear por lo amplio, hacer nuevas amistades y sentirse feliz como nunca se había sentido. Incluso el baboso cachorro que era *Kant* había sido de su agrado.

La inyección económica que suele hacer posible todas estas realidades volvió a funcionar con su presencia y, en menos de tres semanas, aquella casa se convirtió en la de tócame Roque. De un Roque feliz y satisfecho, querido y popular entre los vecinos como nadie lo había sido en la comarca, al menos desde que disponían de memoria los más viejos. El comisario y su señora eran una pareja popular. El incidente de Riazor estaba ya casi olvidado.

Llegado el sábado 23 de julio, Salorio decidió darse una vuelta por el despacho antes de dedicar el resto del día a vagar. Con tal propósito se levantó temprano, dio un beso a Eulogia, se subió al coche y se dirigió a Santiago.

Cuarta parte

Compostela. Sábado, 23 de julio de 2011

El día anterior, cuando llegó a su despacho, el comisario Salorio no había encontrado excesivas novedades. Luz Casal había encandilado al público durante su concierto en la Quintana y nadie había recordado, para nada, la presencia de la mujer aparecida muerta a un lado de la plaza, ni la del toldo que había velado el lugar exacto en el que su cuerpo desnudo había aparecido como llovido del cielo.

Antes, Alfonso González Puentes, maestro limpiabotas en el aeropuerto de Labacolla, amigo de Camilo José Cela al tiempo que personaje literario suyo, había pronunciado con gran éxito el Pregón de las Fiestas del Apóstol.

Alfonso podía recitar a Shakespeare o a Platón, por facilitar sólo dos nombres de una nómina muy bien nutrida de autores insignes, y hacerlo con precisión, énfasis y contundencia insospechables. Su texto, leído hasta que optó por hablar improvisando, fue feliz e íntimo, culto y tierno, erudito y preceptivamente juguetón como sólo un verdadero artífice literario hubiera podido elaborar.

En la capilla de As Animas^[27] había aparecido un valioso cofre de plata, robado dos años antes. Ahora, debidamente restaurado y una vez sacado el pertinente brillo que le permitiese ser devuelto a su lugar con toda la luminosidad, el decoro y la dignidad exigibles, volvía a su antigua misión de continuar siendo el lugar en el que se guardaba la llave del sagrario. Ésa era la función a la que se destinaba antes de que alguien lo robase, quizá para devolverlo ahora, a tiempo y con ocasión de hacer renacer las esperanzas de que, cualquier día, sucediese lo mismo con el Codex Calixtinus; de hecho, en *El Correo Gallego* ya se avisaba de que el clero esperaba que se produjese la devolución bajo secreto de confesión como si aquí no hubiese pasado nada. La vida había vuelto a la normalidad.

En Noruega un loco, bien armado de fusiles ametralladores y de otros inventos que suelen denominarse demoníacos cuando son enteramente humanos, se había llevado por delante a noventa y tantas personas y en Galicia se avecinaba la noche de los Fuegos del Apóstol, que acostumbran a ser considerados muy humanos cuando en realidad hacen un ruido del demonio. Por su parte, Xavier Navaza, un periodista enjuto y de mirada inquisitiva, afirmaba en el periódico de la capital gallega que la nostalgia marcaba el rumbo del nacionalismo patrio. Al parecer, Dios y el diablo se habían conjuntado para que todo viese alterado su rumbo durante los últimos días del mes en el que no sólo los de Pamplona corren delante de los toros, sino que lo hace media España mientras puja por pagar al animal que más humanos se haya llevado por delante. Julio es, suele ser y bien se ve, un mes delicioso, menos cruel que el abril

que sentenció el poeta.

La afirmación del periodista quizá se tratase de la nostalgia de sí mismo que el nacionalismo había llegado a sentir, perdido que se había una vez más en las mil vueltas que tienen los ancestrales caminos por los que sus dirigentes se habían habituado a transitar, a contracorriente de la mayoría de los habitantes del país. La sociedad había cambiado, otras eran sus palabras, otros los caminos, pero ellos seguían diciendo las mismas cosas que cuarenta años antes, dando vueltas a los mismos caminos y quizá se encontrasen mareados, muy mareados a aquellas alturas de su historia. Lástima.

Habían convertido lo que debería ser un partido político, puesto al servicio de un pueblo y su cultura, en una secta al servicio de sí misma y de paso, habían convertido al país en uno de esos extraños lugares en los que es posible deducir la militancia partidaria de un individuo por la forma en que hace uso del idioma que se supone común y que ellos se habían adjudicado en exclusiva, como todo lo demás. Incluso era posible identificar a los miembros de cada facción del partido por el atravesado uso idiomático que frecuentasen.

Mientras en Compostela se preparaba el Día da Patria Galega, en Sanxenxo se colapsaba la AP-9 gracias al intenso tráfico automovilístico de veraneantes tantos como habían ido llegando: llegaban de todos lados, no pocos de ellos en espera de cruzarse con los políticos durante los paseos de la tarde a lo largo de la playa de Silgar, unos; de satisfacer las ansias de sus hijos amantes de la marcha nocturna, bastantes otros; de tener tema de conversación sobre los atascos y la imposibilidad de encontrar aparcamiento, la mayoría de ellos. Los menos eran los que habían veraneado allí a lo largo de toda su vida.

—¡Todo normal! —suspiró Salorio según se iba enterando de éstos y aun de otros pormenores.

El día había amanecido tranquilo y reinaba la serenidad en toda la comisaría.

Acababan de llegar desde la torre de Doña Berenguela, en la catedral, los sones de las dos rotundas campanadas que marcaban las ocho y media de la mañana, cuando sonó el teléfono de encima de la mesa del comisario Salorio.

—¿Sí?

Respondió el comisario con cierta curiosidad motivada por la hora temprana y lo intempestivo de la llamada.

—¡Señor comisario, sube a verlo don Amador Lobato, ya está en el ascensor! —le avisó la voz algo nerviosa del agente de guardia en la puerta de comisaría.

—¡Caray! ¿Qué querrá éste ahora? —se preguntó el comisario mientras franqueaba la puerta del despacho para recibir al monseñor.

Monseñor venía demudado, el alzacuellos lo traía desabrochado, la cruz como una bandolera, la chaqueta con los botones y los ojales encontrados; en absoluto recordaba al pulcro y se diría que atildado, aunque sin afectación, canónigo compostelano.

—¡No te lo vas a creer! —exclamó, por fin, tan pronto como estuvo a su altura y se metió rápidamente en el despacho sin esperar a ser invitado a hacerlo.

—¿Lo qué? —preguntó Salorio intrigado.

—¡Han robado el gallardete!

—¿Cuál?

—¡El de don Juan!

—¿Cuál?

—¡De Austria, el de don Juan de Austria! —casi sollozó el monseñor.

—¿Pero qué gallardete es ése? —preguntó el comisario.

—¡El que enarboló la nao capitana en la batalla contra el turco! ¡El de la batalla de Lepanto!

—¡Ahí va la hostia! —exclamó el comisario sin saber muy bien todavía por qué.

—Se dice con perdón.

—¿Pendón? ¿No quedamos en que era un gallardete?

—¡Con perdón!

—Pues... ¡Ahí va la hostia, con perdón!

Amador Lobato, prelado doméstico de Su Santidad, canónigo en la catedral basílica compostelana, se dejó caer exhausto en uno de los sillones del tresillo que tenía el comisario en su despacho.

—¿Y de dónde lo robaron?

—¡De la catedral!

—¿De dónde?

—¡De la catedral, cojones! —exclamó el canónigo perdido ya cualquier decoro.

—¿Y qué hacía allí?

—Se trata de un exvoto. Estaba colgado sobre el pasillo de la nave central; como todos los años durante la novena del Apóstol.

—¿Y ha desaparecido?

—¡Sí!

—¿Y cómo encontramos ahora una cosa tan pequeña?

—¿Pequeña? ¡Tiene diecisiete metros de largo!

—¡Diecisiete!

—¡Sí!

—¡Desde luego, sois la hostia!

—Con perdón.

—Eso, con perdón, pero ahora sin pendón.

Lobato miró al comisario con ojos suplicantes y éste se limitó a extraer del bolsillo el llavero con el llamador de ángeles para llevárselo hasta la oreja y agitarlo, una vez tras otra. Se le había convertido en un tic, pero la armoniosa y dulce música que emitía lo sedaba y ya se había acostumbrado a ella.

—Menos mal que no se llevaron el botafumeiro.^[28]

—Ése ya se lo quisieron llevar, hace unos años, unos pájaros que dijeron que se lo

había encargado así Ruiz-Mateos, después de lo de Rumasa —respondió el monseñor.

Al comisario se le ocurrió un comentario demoledor, pero prefirió guardárselo para sí pensando en lo hiriente que podría resultar para su amigo y optó por hacer comentarios prácticos y aportantes:

—Hay que formalizar la denuncia —dijo como primera aportación destinada a mitigar la angustia del sacerdote.

—Era uno falso —le respondió éste.

—¿Qué? —saltó el comisario.

—Que era uno falso el que se llevaron.

—¡Yo a ti te mato!

Estuvieron discutiendo un buen rato la conveniencia de dar la noticia a la prensa y la de si hacer saber o de si ocultar que se trataba de una reproducción recientemente hecha. El verdadero había sido restaurado con una ayuda de la Fundación Barrié y estaba expuesto en el museo catedralicio dentro de una fuerte y segura vitrina de cristal blindado. El robado era una copia que Amador había encargado por su cuenta al ver el hermoso colorido del gallardete de don Juan de Austria. Lo había hecho así con el único objeto de evitar el deterioro del verdadero y la intención de que la copia fuese la que se utilizase en los días indicados a fin de asegurarle una mejor conservación. Eso había mitigado la importancia del robo. Ojalá hubiese sucedido lo mismo con el código; a veces, no es suficiente con una edición facsimilar.

—Hay que cerrar el museo por reformas, mientras no lo encontremos, y hay que dar la noticia a la prensa, pero no sé en qué momento. Aún están por aquí los de la BPH y casi es mejor que los dejemos que sigan a lo suyo.

Amador Lobato lo miró incrédulo.

—¿Quieres silenciar la noticia del robo? —exclamó.

—¿Quieres que nos convirtamos en el hazmerreír general? —respondió Salorio—. Vamos a tomarnos unos días, a ver cómo lo resolvemos y después ya veremos.

—¿Quieres decir que no se lo dirás a los de la BPH? —preguntó incrédulo el canónigo.

—¡Exactamente!

Eso fue, exactamente, lo que respondió el comisario, al tiempo que descolgaba el teléfono, pulsaba tres teclas y decía:

—¡Papá del Cielo, acude en nuestra ayuda!

—Aun por encima, no te andes con coñas. ¡Coñas, de ninguna manera! —bramó el reverendo, que estaba un poco alterado esa mañana.

Se produjo un silencio espeso que el canónigo no supo cómo interpretar. Pensó que quizá se hubiese excedido en la utilización de un léxico inapropiado para su alta dignidad eclesiástica, pero no se arrepintió de ello.

Consideraba al comisario un amigo personal con el que podía tomarse esas libertades y decidió seguir el juego que Salorio acababa de empezar y que pronto fue roto por la aparición de Pepe Papá del Cielo, subcomisario de policía y médico

homeópata, inmerso en una especie de limbo laboral que no era considerado ni como un pase a la segunda actividad ni como una bicoca administrativa que le permitiese el doble ejercicio profesional.

—Buenos días, reverendo —dijo saludando al sacerdote.

Luego, al verlo sentado en el sillón, pálido y sudoroso. Abatido, añadió:

—¿Le duele algo? Soy el doctor Diéguez, dígame qué le pasa, como si se lo dijese a Papá del Cielo; que soy yo, por cierto —le dijo esbozando una sonrisa Amador lo observó en silencio, escrutándolo atentamente. Observó el medallón que colgaba de su cuello, sus barbas, entrecanas pese a la juventud que denotaban sus ojos, su pelo despeinado y lacio, su ropa ajena a las manos de una mujer que se la cuidase y entonces reaccionó de inmediato.

—¡Por hoy ya está bien de coñas; Andrés! —dijo por fin.

—¿De coñas? Pepe es el delegado de la BPH en esta comisaría y además es médico.

—¡Aaaandrés...!

—Que sí, padre, que es verdad. Soy el policía aquel que fue denunciado por su ex mujer acusándolo de prevalerse de su profesión para extorsionarla...

El canónigo se quedó mirándole hasta que empezó a recordar el conflicto al que acababa de hacer referencia.

—¿Así que tú eres...?

—Sí.

—¿Y te llaman Papá del Cielo?

—¡Sí!

—¡Vaya!

Una vez que lo hubo aceptado, monseñor volvió a hablar.

—¿Y cómo te llamas de verdad?

—José, Pepe, Diéguez.

—¡Ah, bueno!

Cuando lo hubo aceptado en su verdadera dimensión, monseñor Lobato esbozó una sonrisa:

—... pues auxilianos, señor.

Cuando todo quedó lo necesariamente claro y así se hubo expresado el reverendo, pusieron a Papá del Cielo al tanto de todo lo que habían hablado desde que el monseñor había entrado en el despacho.

Papá del Cielo estuvo de acuerdo en silenciar la noticia, tanto a la prensa como a los de la BPH, al menos de momento y siquiera fuese por unas horas. También lo estuvo en que habría que formalizar la denuncia y ponerse a trabajar de inmediato.

—Queda de mi mano —afirmó con voz serena—, pero prefiero trabajar solo; ¿te parece, comisario?

Andrés Salorio aceptó la sugerencia.

Todavía permanecieron un rato charlando distendidamente en el despacho del jefe

de la policía compostelana. Andrés mandó subir unos cafés con unas galletas y los tres, sentados a la mesa de reuniones, los tomaron con pulcritud y buenos modos.

La posible relación de personas, de instituciones o de profesionales del robo de joyas del patrimonio a quienes podría interesar tal reliquia histórica no era tan compleja como la de los que pudiesen haberse quedado con el Códice Calixtino.

Entre los tres fueron elaborando, entre sorbos de café y comentarios sobre el Madrid y el Barcelona, sobre Mourinho y Guardiola, la más que posible relación de profesionales interesados en robarlo e incluso de posibles interesados en poseerlo, hasta que el comisario decidió que ya estaba bien de trabajo, que era sábado, antevíspera del día del apóstol y que tanto como si se celebraba con el gallardete suspendido sobre la feligresía como si no, la mayoría ni se iban a percatar de su ausencia, así que quedaba en manos del cabildo sacar el verdadero de su fanal o dejar la cosa como estaba sin dar explicaciones que nadie solicitase, confiando en el despiste de la gente.

—¿Y si las solicitan, si alguien pide explicaciones de por qué no está el gallardete en su sitio? —preguntó el sacerdote.

—Pues se dice que se rasgó por una esquina de las que estaba suspendido; una esquina que habían roído los ratones, que eso no se arregla con un simple recosido, sino con una restauración bien hecha, dada la edad y conservación del puñetero gallardete y aquí paz y después gloria —respondió Papá del Cielo.

Salieron del edificio los tres al mismo tiempo. Papá del Cielo se despidió allí mismo, insistiendo en que todo quedaba de su mano, queriendo hacer ver que su forzada soltería se vería mitigada teniendo algo que hacer durante el fin de semana, pues odiaba la playa y las aglomeraciones, y que descansen que aquello era cosa suya y consiguiendo, al fin, que lo dejaran a su aire.

Al llegar a O Castelán, *Kant* levantó la cabeza con displicencia para, volver a apoyarla sobre sus patas delanteras como si no hubiese visto nada. Salorio quiso atribuir tal actitud al mucho calor que se había ido instalando en el ambiente a lo largo de toda la mañana y ni se atrevió a reclamar una actitud más atenta por parte de un cachorro que, según deducía de lo observado hasta entonces, había preferido ignorarle.

Durante el corto trayecto desde Compostela a su nuevo hogar, Salorio había venido pensando en Donatella y en la facilidad con la que, de nuevo, había irrumpido en su vida para, una vez hecha su aparición desaparecer del mismo modo, repentino y fugaz, sin dar tiempo ni siquiera a evaluar su deseo de ausentarse.

Tuvo que decirse que, a lo largo de los años, la relación mantenida entre ambos había sido exactamente ésa. Aparecía en su vida de forma inesperada, se ausentaba del mismo modo y todo quedaba siempre en suspenso, nada era nunca definitivo, ni la ruptura definitiva ni el definitivo compromiso. Siempre una luz lejana. Pero así eran los faros y los faros guiaban evitando los naufragios, los desvíos de ruta y las situaciones equivocadas.

Los faros lo son porque emiten destellos y se ocultan, se asoman a la oscuridad y desaparecen, la iluminan y la devuelven, alternativamente. Donatella, en gran medida era como un faro, tenía ocultaciones y destellos. Por eso lo era. Si sólo emitiese luz, sería no un faro, sino un farol. Los grandes amores eran luminosos y algunos incandescentes, tanto que al acudir a su luz, como mariposas nocturnas, era muy posible que los amantes se quemasen.

Salorio se percató de que estaba pensando como podría estarlo haciendo un adolescente, no de los de hoy, pero sí de los de su tiempo, y no supo si sentirse avergonzado o feliz, si entristecido o radiante. O bien era muy poco lo que había madurado desde entonces o lo que resultaba de su actitud, ante la vía de su pensamiento así expresado, era una infrecuente capacidad de rejuvenecimiento, un acceso insólito a las emociones cuando, al común de los mortales, sólo los agitan a edades tempranas y difusas. Así que decidió seguir el curso de su pensamiento sin miedo alguno a las opiniones que aquél pudiese despertar no ya en quienes se atreviesen a intuirlo, a adivinarlo, sino en sí mismo, pues acababa de optar por seguir sintiéndose un adolescente sin que por ello le remordiese la conciencia ni lo más mínimo.

Casi siempre, los grandes amores eran faroles encendidos, ilusiones vanas, volvió a plantearse con el intrusivo pensamiento de hacía unos instantes. Donatella parecía estar siempre ahí, yendo y viniendo, místicamente arrebatada, literariamente encendida, entendida su vida desde la libertad individual que le permitía la copiosa herencia familiar recibida, recordándole siempre a él, escéptico devorador de lampreas, siempre, la componente espiritual que debe hacer cabal y entera nuestra vida.

Al apagar el coche, ya en el garaje, Salorio echó mano del llavero, lo llevó a la oreja, lo agitó y se quedó sentado, escuchándolo durante un no muy breve espacio de tiempo. Luego se incorporó. Le apetecía darle un abrazo a Eulogia.

La encontró al borde de la piscina, tomando el sol en *topless* y bebiéndose un cuba libre. *Kant* se había trasladado hasta allí, mientras Salorio aparcaba el coche, para introducirse debajo de la hamaca y aprovecharse de la sombra que proyectaba el cuerpo de la venezolana.

—Hola, gordito, ¿qué tal tu mañana? ¿Algún sobresalto?

—¡No, no, ninguno! Tendré que volver por la tarde para supervisar todo el dispositivo de hoy a la noche y de mañana, bueno, y también de pasado. El resto todo normal —respondió el comisario sin poner excesivo énfasis en la respuesta.

Andrés Salorio se sentó en la tumbona próxima y preguntó por los hijos de Eulogia.

—¿Y los chavales, por dónde andan? —dijo, siendo consciente de que ahora solía referirse así a ellos, cuando antes siempre los denominaba como «tus hijos».

—Se han ido a Sanxenxo, con no sé quién, con alguien que los invitó a comer en su barco. Estamos solos, cielito. ¿No piensas bañarte?

El comisario atendió a la indicación y se introdujo en la casa para ponerse un bañador; mientras, Eulogia fue tras él y sacó de la cocina unas fuentes que tenía preparadas con comida, las llevó al borde de la piscina y las puso sobre una mesa que había colocado bajo un toldo.

Al cabo de una hora ya se habían bañado y dado cuenta de las viandas en modo que no se diría alarmante, sino incluso comedido. Con las copas y el café se pusieron en disposición de amarse y no dejaron escapar la ocasión. Salorio lo consideró como otro regalo que le ofrecía la vida, después se quedó dormido.

Cuando se despertó ya era media tarde. Eulogia estaba de nuevo en el agua. El comisario se incorporó, dijo:

—¡Buenos días! Se me ha hecho tarde y tengo que regresar a comisaría. Procuraré volver pronto a buscarte para ir juntos a ver los fuegos del apóstol desde el balcón del Ayuntamiento.

—¡Chau, gordito! —le respondió Eulogia al tiempo de guiñarle un ojo.

A las nueve de la noche, el comisario estaba de regreso en su casa.

Compostela. Lunes, 25 de julio de 2011

Salorio se despertó temprano por la mañana gracias al repiqueteo de la llamada de su teléfono móvil. Lo había dejado recargando la batería, desde que se había metido en la cama, reposando sobre su mesita de noche y lo retiró de allí con la mano torpe de quien despierta de un sueño y ni está todavía orientado ni domina sus músculos de la manera deseable. Era Pepe Diéguez quien lo llamaba a una hora que no podría reprochar por intempestiva y que, de forma harto lamentable, lo era.

—Dime, Papá del Cielo.

—¡Hola, jefe! ¿Qué tal los fuegos del apóstol?

—Muy bonitos, muy bonitos... —le respondió sin ganas el comisario—. ¿Te das cuenta de qué hora es, cabronazo?

—Las nueve de la mañana de un día de operativo continuado... jefecito.

—¡Ahí va, Dios!

—No. Ya está aquí.

—¿Qué quieres?

—Nada, que ayer una clienta a la que le curé unas úlceras varicosas con un emplasto de grelos^[29], me regaló tanto marisco que no sé qué hacer con él y se me ocurre que si me invitas hoy a comer celebramos el Día de Galicia con todos los honores.

—¿Y para eso me despiertas?

—No. Para decirte que ya debías estar aquí. ¿Me invitas a comer, sí o no?

—¿Hay para muchos?

—Sí, pero la mayoría está en veda y mejor será ser discretos. Todo es de primera calidad. ¡Ah, de paso te cuento cómo localicé el gallardete!

—¿El gallardete?

—Sí, caso resuelto, caso cerrado.

—¡Pero! ¿Cómo?

—¿Te acuerdas de los informes que tenías encima de la mesa? El primero que ojeé cuando te metiste en el aseo de tu despacho me dio la clave.

—¡Cuenta!

—¿Me invitas o no?

—Pues claro.

—Pues después te cuento —dijo Papá del Cielo y cortó la comunicación acto seguido.

El comisario Salorio se desperezó canturreando y canturreando se metió en la

ducha. Al salir de ella, Eulogia ya estaba despierta y le preguntó a qué venía alegría tanta y manifiesta.

—Papá del Cielo viene a comer con nosotros y trae una mariscada. Descongela algún pescado y dile a Salva que encienda la barbacoa por si hay que hacerlo a la brasa para completar algo —respondió Salorio.

Ya en la puerta del dormitorio se dio la vuelta y siguió dando órdenes.

—Dile a los chavales que se queden a comer, que es día de hacerlo en familia y que les va a merecer la pena. Yo me acerco a Santiago un momento y regreso enseguida.

Cuando llegó a comisaría aún era temprano, y la manifestación anual de los nacionalistas por las rúas de la capital de Galicia aún no había conseguido formar más que algunos grupos dispersos de militantes madrugadores y disciplinados. Los indignados que habían participado en el 15-M ya habían desmontado el campamento que habían instalado en plena plaza del Obradoiro y, con todo, la mañana se ofrecía tranquila.

Lo primero que hizo una vez recibidas las últimas novedades y conocido el grado de implicación de las fuerzas de seguridad en los acontecimientos políticos, festivos y religiosos que iban a tener lugar, mandó llamar a Papá del Cielo a su despacho.

Nada más entrar le dijo:

—¿Llamamos ya a Amador Lobato o hablamos primero nosotros?

—Hablaremos primero nosotros. ¿Será mejor, no?

—Sí, cuenta.

Papá del Cielo comenzó diciendo que le había resultado fácil, realmente fácil. Mientras el comisario los había dejado solos, al canónigo Lobato y a él, al ausentarse en el cuarto de baño, él, en un alarde de confianza, había ojeado distraídamente el informe que tenía sobre la mesa sobre la población árabe compostelana.

Al tropezar con el nombre de Yahya al-Hakam al-Bakri, recordó los lejanos años de sus prácticas, recién salido de la Escuela de Policía.

En aquellos lejanos años, ante la sospecha de que algunos de los componentes del coro universitario, estudiantes, profesores y profesionales liberales ajenos ya a las aulas, que al mismo tiempo también formaban parte del de la catedral, o que lo componían casi por entero, se dedicasen a la conspiración política en el interior de la basílica, aprovechando los ensayos, había sido responsabilizado de su seguimiento y de la elaboración del pertinente informe.

Después de pocos días observándolos, había podido comprobar que, efectivamente, solían ensayar en el coro de la catedral a última hora de la tarde, una vez cerrado a los fieles el recinto sagrado.

Solían entrar, siguió contando, por la fachada norte, por la puerta de la Azabachería. Cuando averiguó cómo hacían los componentes del coro para acceder al interior de la catedral una vez cerrada ésta a los fieles, se valió del mismo procedimiento para entrar él.

—¡Cuánto frío pasé, Jefe, hasta que me convencí de que lo único que hacían allí era cantar! Menos mal que cantaban bien y eso me consolaba algo, jefe, porque del frío y de la oscuridad disfruté todo lo que quise. Entonces la catedral no disponía de calefacción —comentó en un inciso Pepe Diéguez.

Después continuó apaciblemente su relato.

—Entre los integrantes del coro estaba Al-Gayal, que era como se conocía a Yahya al-Hakam al-Bakri, gracias no sólo a su voz prodigiosa, sino a la feliz circunstancia de que su fe islámica debía de ser menor en importancia que su afición al canto y accedía al templo como solían hacerlo los demás componentes.

Papá del Cielo cogió aire y suspiró como indicando la nostalgia que le producía el hecho de recordar todo aquello. Luego continuó.

—Así que, al ver su nombre en el informe y recordar lo que te cuento, lo primero que hice fue esperar a que cerrasen la catedral a la gente para acercarme a la puerta norte y comprobar si seguían dejando la llave de la puerta en el mismo hueco de hace tantos años. Y sí, seguía allí.

Al constatar que, una vez más, la costumbre se establece y acaba originado leyes y hábitos de difícil cuando no complicada derogación, Diéguez decidió comprobar por sí mismo si el acceso seguía siendo tan poco dificultoso como entonces. Y también seguía siéndolo. Abrió la puerta, dejó la llave en su sitio, entró, se dio un paseo por el interior de la catedral y cuando le pareció oportuno salió no con la misma facilidad con la que había entrado, sino con más. No era preciso, ni tampoco era posible, claro, hacerse con la llave para poder salir.

Antes de abandonar el templo, había estado contemplando el sistema de suspensión del gallardete sobre la nave central y comprobado que incluso resultaba más fácil arriarlo que izarlo. Una vez en el suelo se podía enrollar con suma facilidad sin tener que sacarlo del pasillo central y, una vez enrollados en su totalidad los diecisiete metros de su longitud, era también muy fácil salir con él esperando a que nadie pudiera verte sacándolo de allí entre varios.

Después, con la ayuda de los subinspectores Cerqueiro y Leira estableció una discreta vigilancia sobre el grupo de profesionales árabes residentes en la capital de Galicia, y tan pronto como fue advertido el nerviosismo de su comportamiento, se decidió a intervenir de la manera que creyó oportuna. Lo hizo al día siguiente, domingo, víspera del día del apóstol.

A los árabes, en el breve tiempo del seguimiento realizado, los había delatado ese lenguaje gestual que denuncia de modo irremisible a quien lo lleva a cabo, casi nunca un profesional del crimen, como era el caso. La mirada huidiza, las manos que no paran quietas y que cuando no están siendo frotadas, una contra la otra, revolotean alrededor de la cabeza de su dueño con movimientos similares a los de las gaviotas que se quieren posar en los puentes altos de los pequeños o grandes yates de recreo surtos en los puertos deportivos, pero se lo impiden las para ellas invisibles tramas de hilo de pescar a tal propósito trenzadas sobre las cubiertas.

Al tropezar con ellas, quieren remontar el vuelo y entonces agitan las alas. Lo hacen de modo que ese vuelo comienza con un inarmónico desplazamiento de sus cuerpos, de un lado para otro, hasta que recobrada la estabilidad vuelven a intentarlo de nuevo, para repetir lo ya experimentado, una y otra vez, mientras no se convencen de la inutilidad de sus esfuerzos. Pues así las manos de los árabes compostelanos en la oportunidad que se cita.

Como del único que tenía constancia de que supiese del escondite de la llave era de Al-Gayal fue a él a quien llamó por teléfono una vez obtenido su número de móvil. Esperó a verlo caminando por la calle, delante de él. Coincidió tal circunstancia en la calle de Montero Paos, ya en las proximidades del Hotel Araguaney, lugar de encuentro tradicional de la intelectualidad universitaria a la hora del desayuno.

Solían reunirse, en la cafetería del hotel, bajo la hospitalidad de Galeb Jaber Ibrahim, un palestino casado con la hija de un gallego y de una alemana, quien, además del dueño del hotel, seguía siendo el que siempre había sido y no había despistado a nadie. Los intelectuales, un catedrático de historia que pudiera pasar por un gemelo de los dibujados por Hergé, pero que ni por asomo se podría confundir ni con un Hernández, ni con un Fernández cualesquiera, ni mucho menos, tal era su pericia en múltiples aspectos del devenir diario; un ex vicepresidente del gobierno gallego con cierto aire de Capitán Haddock, acostumbrado a la navegación de altura, pero capaz de moverse entre los escollos que la vida le había ido presentando alevosamente; un profesor Tornasol del que habrá que silenciarlo todo, habituado como estuvo siempre a la modestia más callada e incluso es posible que una Bianca Castafiore ensayase allí escalas que, debido a su baja frecuencia, no eran percibidas por el resto de los contertulios que solían comenzar sus días, acogidos a la tradicional hospitalidad árabe inamovible desde el comienzo de los siglos.

Galeb era el mismo que siempre había sido, sin renegar de nada. Sus suegros habían hecho su fortuna en Venezuela, habían muerto hacía ya bastantes años, pero seguían observando todo cuanto sucedía en el vestíbulo del hotel desde unos murales pintados por Quintana Martelo en las paredes, tan viva estaba su memoria, tan llenos de vida y de verdad estaban sus retratos. Tan excepcional pintor es Quintana Martelo. [30]

Entre aquellos a los que más atentamente observaban, estaban no pocos de los tertulianos matutinos, entrando y saliendo de la cafetería antes de incorporarse a sus respectivos campus y de volver a hacerlo, llegada la del aperitivo, antes de acudir a sus hogares a la hora de comer. Pero se ignora la opinión que podrían tener de alguno de ellos; de alguno sí, pero como es buena, de acuerdo con la tradición del país mejor será silenciarla.

Era esa hora que aún no se dijo, la anterior a la de la comida dominical, cuando Al-Gayal, yendo por Montero Ríos camino de no se sabía dónde, aunque se suponga, recibió la llamada telefónica realizada por Papá del Cielo a quien él nunca tendrá a

bien llamarle Alah.

—Buenos días. Le hablan de la comisaría de policía. Soy el subcomisario Diéguez, ¿podría usted comprobar la llamada y pasar por mi despacho con la mayor brevedad posible? ¿Le doy el número de teléfono de comisaría o prefiere buscarlo usted en la guía?

Al-Gayal se quedó parado en seco, lo que permitió a Papá del Cielo irse acercando a él, desde atrás, poco a poco, sin dejar de hablar ni perder detalle de todos sus movimientos.

—... ¿Qué pasa?, ¿qué me quieren?

—Nada, un asunto sin trascendencia, de puro trámite, serán sólo unos minutos.

—Pero es que en este momento estoy muy ocupado...

—¿Prefiere entonces que vayamos a buscarlo y lo detengamos en plena calle, en la de Montero Ríos, por ejemplo, por la que usted camina?

Papá del Cielo era muy dado a este tipo de bromas, a las que no sabía sustraerse pese a los precios que había tenido que pagar en algunas ocasiones, aun en las más serias como pudieron haber sido las que culminaron su divorcio, totalmente exentas de las intenciones con las que fueron denunciadas.

En el momento de escuchar precisión tal en la descripción de su ruta, Al-Gayal escrutó nervioso el caminar apurado de los transeúntes, giró su rostro hacia la acera de enfrente hasta que, no viendo nada aparente que pudiese inquietarlo, se dio la vuelta en redondo al tiempo que afirmaba que no, que prefería acercarse él después de comer.

—Ahora estoy... —dijo al tiempo de volverse y tropezar con la mirada azul de Papá del Cielo, quien le dijo sin retirar el teléfono de la oreja:

—... Cerca del Arguaney y a punto de tomarse una cerveza con el subcomisario Diéguez, ¿verdad que sí?

—Sí —contestó Al-Gayal abatido y resignado, mirando al policía con la mirada de mayor inocencia que fue capaz de componer.

Se sentaron en unas sillas de la empinada terraza del Arguaney que en realidad no es una terraza, como ya se advirtió en algún lado, sino una acera amplia, enlosada con pizarra negra, ornada de árboles de procedencia ignota, y totalmente en cuesta. Papá del Cielo se sentó en la silla más cercana al comienzo de ésta, en un plano superior, de forma que su cabeza estaba a mayor altura que la del viejo cantante de motetes.

—Usted y yo somos colegas, ¿no, inspector? —dijo Al-Gayal recuperando su antigua compostura.

—¡Yo soy subcomisario! ¿Es usted inspector?

—Perdón, quise decir comisario.

—Subcomisario.

—Eso, subcomisario.

—No. Usted quiso decir que los dos somos médicos. Y sí, eso sí es verdad.

Al-Gayal suspiró con cierto alivio. Parecía que por fin había encontrado algo que aplacase la angustia que sentía al haber sido abordado, en plena calle, del modo en el que lo había sido.

Mientras, Papá del Cielo calculaba el mejor modo de abordar el tema que los convocaba. Estaba seguro, más que seguro convencido, de que se encontraba siguiendo una pista cierta y que era muy difícil el error.

—Tampoco es mentira que usted tiene una bonita voz y que yo entono aceptablemente.

—¿Y cómo lo sabe usted? Hace muchos años que no canto más que en la ducha.

Pepe Diéguez vio abierto el cielo del interrogatorio rápido y eficaz.

—Lo recuerdo muy bien. Haciendo las prácticas recién salido de la escuela de policía y destinado aquí, me encargaron hacer un seguimiento del coro universitario. Pude oírlo cantar, más de una vez, en los ensayos nocturnos en la catedral —se lanzó al vacío Papá del Cielo, recalcando el tono al pronunciar la palabra nocturno.

La reacción del antiguo poeta satírico lo delató. Su rostro empalideció, tragó saliva y miró hacia otro lado.

—¡No me diga! ¿Y cómo consiguió entrar en los ensayos?

—Retirando la llave del mismo sitio del que la retiró usted el otro día, pues allí sigue.

Al-Gayal se removió en su asiento y miró con apariencia que quiso ofrecer tranquila a su interlocutor. En ese momento llegó el camarero a preguntar qué les serviría.

—A mí una cerveza —dijo Papá del Cielo.

—Otra para mí, por favor —añadió Al-Gayal pensando que tendría poco alcohol para el que él necesitaba en ese momento; luego, se volvió al inspector.

—No le entiendo, no sé de qué me habla, subcomisario.

Diéguez cambió de tono, lo miró fijamente y lo conminó con cierta brusquedad.

—¿Prefiere, entonces, que celebremos un interrogatorio en debida forma en comisaría o que lo arreglemos aquí, entre usted y yo, amigablemente, entre colegas?

Al-Gayal vaciló unos instantes que Pepe Diéguez aprovechó para iniciar el movimiento que le permitiese ponerse de pie, incorporándose tan sólo lo justo y necesario para hacerlo.

—¡No, espere, espere! Sea lo que sea arreglémoslo aquí, soy una persona conocida.

—¿Cómo y por qué lo hicieron? Cómo entraron ya lo sé yo —respondió el policía sin acabar de ser totalmente explícito.

Hacía ya unos minutos que había puesto en marcha el grabador del I-Phone y estuvo a punto de jugar con él encima de la mesa, cogiéndolo con las manos. Al-Gayal estaba ya tan abatido que ni cuenta se dio del incipiente movimiento.

—Nos emborrachamos —dijo al fin.

—¡Cómo! ¡Pero si ustedes no beben!

—¡Ya ve! —respondió al Gayal echando mano a la caña de cerveza.

Papá del Cielo balanceó la cabeza de arriba abajo en un gesto que quiso ser de asentimiento y comprensión.

—¡Ah, ya! —dijo dejando abierto el turno para que su colega médico continuase hablando.

—Habíamos salido a cenar los cinco...

—¿Qué cinco?

—¿Qué hará si se lo cuento todo?

El subcomisario lo vio tan entregado que se atrevió a aventurar.

—Depende de lo que me cuente y de lo que haga. Puedo asegurarle que yo seré comprensivo, pero no puedo asegurarle la reacción de mis superiores.

—Me vale.

Al-Gayal dio la relación de sus amigos árabes y se dispuso a acabar cuanto antes con el trago tan amargo que ya había iniciado. Se habían emborrachado, casi sin darse cuenta. Hacía unas semanas que habían comentado lo mucho que se habían distanciado de sus antiguos amigos y compañeros de profesión y la necesidad de recuperar unas relaciones que tanto habían significado en sus vidas a lo largo de tantos años.

Al ir recordando los pormenores de esas relaciones de amistad, empezaron a celebrar los viejos recuerdos, hasta irse llenando de ellos y de una euforia incontenible que, llegado un momento, los hizo recapacitar en que, no por ello, dejaban de ser quienes eran; no por ello, renunciaban a su fe religiosa y tan cierto era aquello que deberían probarla antes de afrontar el regreso al trato con sus viejos amigos.

En algún momento, alguien sugirió o recordó la existencia de la imagen de Santiago Matamoros en un altar de la catedral y en mala hora, había recordado él la existencia de la llave en el lugar oculto de la entrada norte de la basílica.

Era ya muy tarde, casi de madrugada, cuando apenas sin saber cómo se vieron dentro de la catedral contemplando la imagen del apóstol segando cabezas de sarracenos. Ya estaban pensando en cómo bajarla de su peana y sacarla afuera y en ese momento, Abu Amir, el otro colega médico, gracias al vuelo de una lechuza, reparó en la presencia del gallardete de don Juan de Austria.

—¿Sabéis qué es eso? —dijo señalándolo—. Lo enarboló la nao capitana de la flota que derrotó al islam en la batalla de Lepanto —añadió alborozado—. Es el gallardete de don Juan de Austria en «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros» —concluyó haciendo un alarde de erudición al citar la frase del autor del Quijote, manco a consecuencia de haber participado en ella.

—¡Pues eso, nos llevamos eso! —gritaron a dúo Aba al-Malik e Ibn Rush—. ¡Nos lo llevamos!

—Y así lo hicimos —concluyó Al-Gayal—, lo bajamos fácilmente, lo

depositamos sobre el pasillo central, mientras enviábamos a Ibn Sina a por su 4 × 4, lo enrollamos, lo echamos al hombro y eso es todo.

—¿Y en dónde está ahora? —preguntó el policía.

—Guardado. ¿Qué nos va a pasar? —respondió Al-Gayal.

—¿Vais a devolverlo? —preguntó el policía pasando directamente al tuteo.

—Claro. ¿Pero qué nos va a pasar si lo devolvemos?

Papá del Cielo se quedó pensativo.

—Déjame pensar.

Hacerlo le llevó unos minutos que se le antojaron interminables al hijo del ministro del rey hachemita. Mientras Papá del Cielo acariciaba su medallón, con la misma parsimonia que el comisario su llamador de ángeles, Al-Gayal no hacía más que preguntarse por dónde saldría el homeópata que tenía delante: ¿por aplicar el mismo germen patógeno que lo había causado para eliminar el mal producido?

Por la mente del antiguo tuno desfilaron sus amigos, la repercusión que podría tener en sus vidas aquel acto que en realidad no había sido más que la reproducción de una gamberrada propia de la tuna de los tiempos en que ellos habían llegado a Compostela y sudaba, ignorante de que esas mismas consideraciones se las estaba haciendo el policía. ¿Cómo arreglar aquello?

—¿En dónde lo tenéis? —preguntó al fin Pepe Diéguez.

—Lo tengo yo.

—¿En dónde?

—En el garaje de mi casa de la playa.

—Buen sitio; sí, señor, a prueba de humedades. Déjame pensar.

Volvió a la actitud anterior durante otros breves e intensos minutos. Por fin, echó mano de su móvil y sin apagar su grabadora marcó un número en su lista de contactos.

—Buenos días, monseñor. Soy Papá del Cielo. Necesito que me escuche en confesión cuanto antes —dijo cuando Amador Lobato respondió a su llamada.

Hablaron brevemente y al cortar la comunicación, el subcomisario le dijo a Al-Gayal:

—¡Vámonos!

—Pero... ¡No entiendo!

—¡Vámonos, coño!

Pagaron y se fueron. El policía lo hizo caminando a zancadas que no le resultaron difíciles de seguir al mahometano que, por fin, acertó a preguntar jadeando:

—Pero... ¿eres hombre de fe?

—¡Ya quisiera yo serlo!

No volvieron a hablar hasta que llegaron a la catedral. Entraron y allí estaba el monseñor esperándolos. Al ver al médico árabe se sorprendió, pero supo reprimir el gesto de sorpresa que lo denunciase.

—¿Así que quieres confesarte?

—Quiero que me escuche bajo secreto de confesión, soy católico debidamente bautizado.

—¿Quieres que vayamos a un confesionario o te vale que nos sentemos en este banco y así ya no te arrodillas?

—¡Aquí mismo me vale! Tú espera allí sentado.

Le dijo Papá del Cielo a Al-Gayal señalándole un banco de la nave central al alcance de la vista desde el del crucero sobre el que penitente y sacerdote ya se estaban sentando. El médico árabe le hizo caso y fue a sentarse donde el policía le había indicado.

—¡Ave María Purísima! —comenzó el sacramento de la penitencia el sacerdote—. ¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas, hijo mío?

—¡Moonseñoooooor...! —respondió el subcomisario.

—Dime lo que me tengas que decir...

Papá del Cielo le contó todo lo que tenía que contarle y, al final del relato, acordaron que los dos doctores irían a por el gallardete y que, llegada la madrugada, lo introducirían en la catedral entre los tres para colgarlo sobre el pasillo central y pasada la festividad del día poder guardarlo de nuevo en su sitio hasta la próxima novena.

Al terminar el relato, después de expresar su convencimiento de que el comisario habría de aprobar su proceder y quedar tranquilo al observar su silente asentimiento, preguntó exhibiendo su I-Phone en alto:

—¿Te parece que lo invitemos a comer? ¡Hay marisco para dar y tomar!

Así lo hicieron, pero el monseñor se vio forzado a declinar la invitación. Estaba feliz. Si alguien se percató en algún momento de la ausencia del pendón y de su reaparición posterior no debió de darse por enterado porque nadie tuvo noticia de ello.

Compostela, 31 de julio de 2011. Domingo.

Primera hora de la mañana

—¿En dónde tenías escondida esa joyita, pana, que no le había visto el pelo antes de la noche de San Juan? —preguntó Eugenia—. Supongo que también hoy lo habrás invitado a comer, ¿no? Andrés Salorio miró para su hijastra de un modo inquisitivo, aunque plácido e incluso algo sonriente, pero no contestó nada.

El domingo anterior, bien fuese para celebrar la curación de las úlceras varicosas que había administrado el subcomisario Diéguez, bien para alegrarse de la recuperación del gallardete de don Juan de Austria, la mariscada había alcanzado cotas de difícil emulación.

Monseñor Lobato había tenido que quedarse a comer en el palacio del arzobispo para celebrar, con las autoridades civiles y militares convocadas en la oportunidad, la festividad del patrono de las Españas. Habían sido invitadas al ágape por su eminencia reverendísima el señor arzobispo y nadie había sabido decir que no o que le había acometido un repentino e insoportable dolor de estómago.

Menos mal que la comida había sido servida por el Carretas, muy solicitado para satisfacer las demandas gastronómicas de los miembros de la curia desde que sus fogones habían cocinado el menú de la visita papal; al menos por esa causa se pudieron sentir satisfechos de haber acudido. Su eminencia era tan soso, tan soso y tan triste, que siempre parecía acudir a la celebración de un funeral. Y así se le había antojado a algunos el ágape arzobispal. No así el menú, propio de unas nupcias convocadas por Camacho.

En cambio, la comida en casa del comisario había sido alegre y tan familiar, además de tan copiosa, que ahora la repetición de comensales ayudaba no poco a que al comisario le zumbase la mosca detrás de la oreja.

El marisco había sido todo de la Ría, nada de sucedáneos irlandeses, escoceses o qué decir ya de los bretones, por no ir más lejos y recordar la calidad del bogavante bostoniano puesta al lado de un *lumbrigante* gallego. Las ostras parecían traídas de Pepe do Coxo, en el muelle de O Freixo, del mejor y casi único banco de las propias del país merecedor de tal consideración, con mucho las mejores que el comisario había probado en los últimos años; los camarones como si ya estuviesen en comida, algo que suele suceder llegado ya septiembre, y así, uno tras otro, hasta llegar al exceso y dejar atrás unos límites que, el monseñor, sin arredrarse por ello, hubiera definido como propios de la gula. Lo eran.

Al no haber aparecido Amador Lobato por O Castelán y al no haber hablado durante toda la semana ni del robo ni de la recuperación del gallardete, el comisario no sabía absolutamente nada más de lo sucedido. Al menos no lo sabía de un modo que se pudiese aproximar al de la denominación de oficial. Ni maldita la falta que hacía dada la extraoficialidad concedida al asunto desde un principio.

Silenciado el prelado doméstico por el secreto de confesión, a la par que por el propio interés, en no divulgar la noticia ni al comisario, también lo estaba Salorio al no mediar denuncia alguna. Oficialmente nada había pasado. Nadie sabía nada. Así era como se debían solventar determinado tipo de cuestiones si lo que se pretendía era un mejor funcionamiento del mundo, pensó interesadamente el comisario.

La Brigada del Patrimonio Histórico, encargada de la recuperación del Códice Calixtino, se había retirado a su base madrileña, llevándose con ella a la inspectora que tan bien se había entendido con Andrea; tanto como para haberle robado hasta el sueño, con su ausencia, en no pocas de las noches del verano que, definitivamente, ya había comenzado.

Al principio de la semana todo había entrado en una situación de calma que, como los estados de buena salud, no suelen anteceder a nada bueno. Sólo en sus últimos días se habían disparado los acontecimientos. Y no sólo ellos. Dalmiro Valverde había sido puesto en libertad y, a juicio del comisario, difícilmente habría de regresar a prisión, salvo que en las prospecciones por realizar con el georradar resultase no un indicio, sino una evidencia cierta que permitiese acusarlo de una vez sobre la base de algo sólido.

Todo podía pasar, pensaba Salorio, pero ello no afectaría a su opinión sobre determinados modos de proceder de la prensa. Por su parte, Regino seguiría en su cielo tomístico, mientras que su asesino continuaría campando a sus anchas por los cerros de la libertad desde hacía más meses de los deseables. Tan sólo quedaba por resolver el caso de la muerta que había aparecido desnuda al pie de los muros del convento de clausura. Pero también eso parecía haber entrado en una vía muerta, propia de una estación abandonada. Salorio se prometía unos felices últimos años de ejercicio profesional, planteándose los en compañía de Eulogia, sometidos únicamente a las limitaciones que la edad les fuese imponiendo poco a poco, tal como él suponía que habría de suceder.

Mientras, el hecho de si el llamador de ángeles excitaba o no su capacidad de intuición, era también una cuestión que el comisario Salorio había empezado a plantearse, desechada que había sido por él, desde el principio, la posibilidad de que fuese su propio ángel de la guarda el que se sintiese convocado y descendiese de los cielos, en caída libre, urgido por la divinidad, o por su propio sentido del deber, según criterios, para acudir en auxilio de su patrocinado, el muy impío comisario Andrés Salorio.

Agitándolo al lado de una oreja, Salorio había tenido la ocurrencia de pedir informes sobre los árabes compostelanos y con ello había facilitado una recuperación

que todos querrían igual de rápida y limpia en el caso del código robado.

Los agentes de la BPH tendrían unas grandes fuentes de información, unas grandes alfaguaras, lugares donde el agua informativa manaba y fluía caudalosa y limpia; dispondrían además de toda la sofisticación científica al uso; también de todos los agentes y confidentes que quisiesen; pero pese a ello, no habían avanzado nada; al menos que hubiese trascendido.

A Salorio le gustaba pensar, al menos le divertía hacerlo así, que él, con el simple, sencillo y angelical sonajero, secundado por un médico homeópata que se ganaba la vida como policía para poder regalar su sabiduría médica a quien lo necesitase sin cobrar consulta alguna —pero sí recibiendo emolumentos en especies propias del país— como antaño los médicos de aldea, con esa sola ayuda, él, a punto de su jubilación, había recuperado lo que se había podido convertir en todo un símbolo. No quería ni pensar en lo que supondría el tal símbolo una vez explotado por los movimientos islamistas más radicales. Pero sí insistía en recordar la satisfacción que le producía la conciencia de haberlo evitado, gracias a la reflexión habida, más que por la inspiración, por la intuición que le había suscitado el simple y campanil repiqueteo de un sonajero para niños.

Ahora, llegado otro domingo, había más cosas que celebrar. La insistencia de Eugenia en que se invitase a Papá del Cielo y el recuerdo de lo bien que se habían entendido durante el domingo anterior condicionaban de tal modo a Andrés Salorio que no fue capaz de resistirse a la tentación de comentarlo con Eulogia.

—No sé si este perdulario estará ligándose a la chiquilla —le dijo en tono de preocupación extrema.

—Vale, mi bello, pero eso no es asunto tuyo —le respondió en un tono que no dejó lugar a dudas—. Si ella quiere que venga, invítalo; ésta también es su casa.

Al mismo tiempo que pensó en que sí debía llamar a Deza para manifestarle también su solidaridad y comprensión, Andrés Salorio, comisario de policía en ejercicio y uso de sus facultades profesionales y mentales, recapacitó brevemente acerca de la versatilidad, de la capacidad de su propia pareja para afrontar las más variadas disposiciones.

En unos pocos días, Eulogia ya había tomado el mando sobre una casa que en principio no era suya. Lo había hecho después de una ausencia de meses, consecuencia de una ruptura que ella había decidido, de una renovación de la convivencia rota de la que ni se había hablado, ni daba la impresión de que se hubiese de hablar en cualquier momento, y sin encomendarse para ello ni a Dios ni al diablo; es decir, a él.

—Soy un calzonazos —se dijo Salorio convencido; luego llamó a sus dos subordinados.

Le dio la impresión de que Papá del Cielo ya contaba con acudir al Castelán. Parecía dar por hecho que acudiría y que ya estaba preparado.

—Así de paso te tomo la tensión, veo cómo la tienes y te llevo un paquete con

hojas de estevia que tengo preparado para ti. Son ideales para que con ellas hagas infusiones que te la bajen y te ayuden en cantidad de cosas —le dijo en tono distendido.

Luego se calló, como esperando algún comentario de su jefe superior, pero, al ver que éste no se pronunciaba, continuó hablando:

—Ya verás como os pongo a punto la salud a toda la familia —le respondió un eufórico Papá del Cielo, sin dudar un momento, ni hacerse de rogar, dando todo por hecho.

—Este cabrón se la liga.

Pensó por su parte Andrés Salorio mientras marcaba el número de Diego Deza.

Diego Deza declinó la invitación. También se la merecía, eso era lo cierto. Se encontraba aún bajo presión y necesitaba días para asumir lo sucedido, le argumentó al declinar el convite. Además, estaba dudando si participar o no en una convivencia^[31] a la que lo habían invitado unos amigos, según se atrevió a decirle para que el comisario adivinase y fuese sabiendo que frecuentaba los retiros espirituales de la Obra.

—Aquí también tienes amigos, Deza; no lo olvides —le respondió el comisario—. Cuídate. Un abrazo.

Acto seguido cortó la comunicación.

—¡Pues sí que vamos a estar en familia! ¡Y sin marisco!

Por un momento sintió la tentación de acercarse por la cocina y comprobar qué estaba preparando Eulogia para la comida, pero enseguida lo asaltaron otros sentimientos que lo retuvieron sentado en donde estaba. En una especie de velador, o de pecera, de extraña galería en todo caso, que, a modo de porche, daba a la explanada de acceso a la casa, justo al final de la pequeña y empinada rampa que llegaba desde el portalón de entrada.

Kant estaba sentado a sus pies, era todo lo hermoso que puede ser un bulldog e incluso más tranquilo de lo mucho que ya lo son la mayoría de ellos. Le gustaba su perro. No le desagradaba *Clavito*, el yorkshire terrier de Eugenia que, ahora, entrado ya en una edad adulta, campaba a sus anchas por la finca de la casa, ajeno al peligro de pitón alguna,^[32] feliz de poder gozar de espacios abiertos, pero prefería a *Kant*.

Enseguida abandonó este tipo de divagaciones. Había recurrido a ellas para no recordar la intensa semana vivida. Pero al fin aceptó que un policía siempre se lleva el trabajo a casa y siempre vuelve, una y otra vez, sobre los acontecimientos vividos cuando éstos han sido determinantes o en su profesión o en su propio entorno vital.

El comienzo de la semana, con el robo del gallardete resuelto sin mayor trauma para nadie, le había causado un bienestar moral del que pocas veces había disfrutado en los últimos meses. Ojalá todo se pudiese resolver así, ojalá todos los actos delictivos fuesen motivados del mismo modo y por las mismas razones.

Dando por hecho que se debería despreocupar de la investigación seguida en el desarrollo del caso de Dalmiro Valverde, definitivamente convencido de que el de

Regino estaba fuera de su alcance y de que la libertad de su asesino era responsabilidad de los jueces, cuando no de las leyes a las que éstos deberían atenerse, sólo le quedaba una piedrecita en el zapato de los pasos felices.

Seguía sin localizar el asesino de la mujer que había aparecido desnuda al pie del convento de las benedictinas. Tampoco se sabía nada de la identificación de la difunta. Aquello constituía un misterio que menos mal que no había producido los ecos mediáticos previstos. Seguro que la Iglesia compostelana había tenido no poco que ver en ello, aunque se le hiciese cuesta arriba pensar que fuese debido, tan sólo, al mero hecho de la aparición del cadáver sobre el suelo del viejo cementerio de peregrinos, entre la catedral y el convento de las monjas de clausura.

De vez en cuando, según reflexionaba acerca de tales y extrañas circunstancias — el acontecimiento debería haber merecido más expectación, generada al menos por los periódicos más a la izquierda— el comisario Salorio solía hacer sonar su llamador de ángeles en las orejas, tanto en la izquierda como en la derecha, dado el curso de sus pensamientos, pero siempre sin resultado alguno. Era como si el árbitro, al jugar en casa, se decantase de forma clara a favor de uno de los dos equipos. Pero Salorio insistía en sacudir el llamador, ajeno a estas consideraciones, pese a que el llamador no le respondiese nada.

Mientras recapacitaba en estos extremos —recordados ahora, cuando ya los tenía claros, en la tranquilidad hogareña de O Castlán—, el comisario Salorio, sentado en su despacho, había echado mano una vez más a su llamador de ángeles. En muy pocas semanas se había acostumbrado a su música y hacerla sonar se le presentaba como una necesidad y eso fue lo que hizo en aquel momento, como se acaba de advertir. Lo agitó, llevado incluso de un pequeño e inútil frenesí, hasta que tomó la decisión que debería haber tomado nada más entrar a su despacho y a despecho de musiquita alguna.

—Diego, ¿podréis venir Andrea y tú hasta aquí? —le había preguntado a Diego Deza por la línea telefónica interior.

—¡Claro, jefe! —le había respondido el subcomisario.

A los pocos minutos entraron los dos.

—¿Qué sabemos de nuevo sobre la mujer del ángel en el culo?

—Nada que no supiésemos —respondió la inspectora-jefe— y tampoco nada de lo que ya deberíamos saber.

—Sigue en la *morgue* y el ángel sigue posado en su nalga —añadió Deza matizando con un tono especial la palabra *nalga* para evidenciar la utilizada por su jefe.

—Entonces, seguimos ciegos —concluyó el comisario, echándose el llamador de ángeles a la oreja—, ciegos.

—¡Pues mira que ha cogido éste una manía curiosa! —Se atrevió a mascullar entre dientes la inspectora sin que el comisario le prestase la más mínima atención, concentrado tan sólo en escuchar el repiqueteo interior de su bolita metálica.

El silencio, primero se hizo pesado y enseguida empezó a resultar oprobioso. Cuando los dos subordinados de Salorio empezaban a preguntarse qué hacían allí ellos dos, el comisario abrió la boca.

—¿En dónde está la lista de miembros de la Orden de San Miguel Arcángel que os encargué? ¿La habíais conseguido, no?

—Sí —respondió Deza al tiempo de extraer una carpeta del pequeño montón de ellas que había traído de su despacho, para dársela al comisario—, pero ningún nombre dice nada.

Salorio abrió la carpeta y recorrió con la mirada la relación de féminas pertenecientes a la orden.

—Aquí hay una Kowalski. Elzbieta Kowalski —dijo de inmediato el comisario.

—Sí, pero Kowalski no es un apellido ruso, sino polaco —argumentó Arnoia como si quisiese justificar algo.

—¡Ah! —comentó el comisario.

—Además, ya no pertenece a la orden, fue novicia, pero lo dejó antes de profesar votos. Estuvo poco tiempo, casi nadie sabía su nombre. La llamaban Elka y hay quien afirma que había sido mujer de vida azarosa; es decir, de moralidad dudosa —intervino Deza, intentando suavizar unos comentarios anteriores que no lo tenían en absoluto pero que a él le habían parecido un poco subidos de tono.

—De moralidad dudosa somos todas; las únicas que no lo son, son las putas; sobre la suya no hay dudas, son putas y ésa es su moral —zanjó Andrea, molesta por el aire un tanto de sacristía que le parecía surgido del comentario de su compañero.

—Elka es el diminutivo de Elzbieta. Significa «consagrada a Dios». ¿Y en dónde está ahora? —explicó y comentó el comisario, empezando a pensar que la pista rusa se diluía, llevado de un afán de mitigar la pequeña reyerta recién surgida.

—Dicen que regresó a Polonia. Al parecer no tenía una vocación muy firme —admitió Deza.

Salorio se quedó pensativo unos instantes, la musiquilla de su llamador todavía le resonaba en la cabeza y detuvo la línea de sus pensamientos para captarla en toda su integridad.

A veces sucede así y una melodía regresa del fondo gris del tiempo y se enzarza en nuestro cerebro como una madreselva pudiera hacerlo en un muro de piedra. Se pega a él, sin penetrar en su interior, lo recubre, lo envuelve, hace que todo en su alrededor se someta al influjo de su aroma y, mientras lo hace, nada en el mundo parece importarnos más que nos pueda sustraer a ello. Nada, excepto el timbre del teléfono.

Eso justamente, el timbre del teléfono, fue lo que recuperó a Salorio de su momentánea abstracción musical. Llamaban de Madrid, de la Dirección General de Policía. Había aparecido un manojito de llaves sospechoso en la catedral y la brigada encargada de la recuperación del Códice Calixtino regresaba a Compostela para realizar algunas comprobaciones.

Salorio no pudo reprimir dos acciones a seguir. La primera fue la de pensar, de modo que se diría automático, en la llave oculta en la puerta de la Azabachería; la misma que había permitido a Al-Gayal entrar en la catedral como Perico por su casa, relacionando ambos llaveros con su convicción de que el robo había sido apoyado o llevado a cabo desde dentro. Ésa fue la primera. La segunda fue la de anunciarle a Andrea:

—Regresa de Madrid tu buena amiga de la BPH.

Inmediatamente se dirigió de nuevo a los dos:

—Mandad las huellas del fiambre a la policía polaca no vaya a ser que las tengan archivadas.

Andrea salió del despacho del comisario, saltando de su asiento como si la hubiesen pinchado. Mientras tanto, Deza permaneció atento al comportamiento del comisario, ignorante aún de que la pequeña reyerta había sido diluida con el reciente anuncio del regreso del objeto del deseo de Andrea, incluido de nuevo en la BPH que regresaba al campo de batalla.

Cuando la inspectora hubo salido, el comisario se puso a leer, una y otra vez, la relación de miembros pertenecientes a la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel, bajo la mirada atenta y un tanto resignada de su subordinado más inmediato, que no sabía si seguía atento a la lista de las féminas o se ocupaba ya en la de los varones.

Había algo en la lista que lo obligaba a proceder así, pese a la incomodidad que sin duda le estaba propinando a su subcomisario, atento a los recorridos que denunciaba su mirada, deslizándose sobre los folios, arriba y abajo, arriba y abajo, y en zigzag, una y otra vez, sin solución de continuidad.

Por fin, sin decir palabra, el comisario se incorporó de la silla que ocupaba, abandonando la mesa de reunión a la que los tres habían estado sentados, para ir a sentarse en la suya y hacerla girar hacia el ordenador.

Hasta ese momento se había estado negando a la evidencia. Se había estado ocultando a sí mismo que había tenido aquel nombre al alcance de su mirada desde hacía días, sin atreverse a reconocerlo y, ahora, se negaba a admitir que el cansancio, la fatiga, la acumulación de datos suelen taparnos lo evidente durante más tiempo y en muchas más ocasiones de las debidas. Son trampas que nos pone la mente, jugarretas en las que ésta nos entretiene y demora para que los psicólogos puedan argumentar razones y los psiquiatras receten remedios que las desvíen o que las corrijan, mientras los neurólogos investigan razones que a todos nos convenzan o nos intranquilen. El nombre estaba allí, en aquella lista, y él no había sabido verlo o no había querido verlo. No podía culpar a nadie.

Ya sentado delante del ordenador, una vez que tuvo abierto el acceso, tecleó el nombre que en algún momento había pintado en amarillo con un rotulador. Cuando el resultado de su acción apareció en pantalla, le alargó a Deza el informe con el nombre de Anselmo López Vilardepau.

—Este Google es la de Dios. Ya sabía yo que este nombre me sonaba de algo.

Entérate de quién es —le dijo—, pero que no se entere de que lo haces. O existe una lamentable coincidencia de nombres y apellidos o éste es, en realidad, el peligroso coleccionista de relojes de pulsera que se cargó a Regino el periodista, y no el monje vigilante y devoto que nos suponemos. Si lo confirmas, ten preparada gente para detenerlo de inmediato, es muy peligroso —ordenó el comisario.

Luego se quedó pensando. Pulsó otra vez las teclas del ordenador de su mesa y esperó a que la impresora arrojase la fotografía en la que se podía ver al asesino tocado de una gorra de marinero alemán.

—Toma, para que te vayas haciendo una idea de su aspecto, pero documéntate mejor antes de ir a detenerlo.

Deza ya tenía la mano en el picaporte de la puerta y se dio la vuelta para recoger el folio que le extendía el comisario. Estaba anonadado. Se le antojaba increíble lo que acababa de presenciar y seguramente se hubiese podido desmayar de gozo de haber podido relacionar lo recién presenciado con lo sucedido en la resolución del caso del gallardete desaparecido pero, como diría monseñor Lobato de ser sabedor de todo esto, Dios suele darle pañuelos a quienes no tienen mocos.

Sí, pensó Salorio, quizá fuese mejor detenerlo, primero, y preguntar más tarde si era o no quien él se temía que fuese. Hacerlo sin darle posibilidad alguna de huir o de reaccionar agresivamente.

Dada la orden se quedó pensativo. Le hacía dudar no poco el hecho de tener que irrumpir en el seno de una congregación religiosa sin tener la absoluta convicción de que el asesino en serie que buscaba estuviese entre sus miembros. Pero ya estaba bien de tanta delicadeza con la curia. Llevaba dos años en los que todo lo que le había complicado la vida procedía de la catedral y se dijo que con ellos ya era más que suficiente con los miramientos habidos. Por fin reaccionó y antes de que Deza abandonase su despacho lo paró.

—¡No, mejor, espera! Pensándolo bien, éste, si es el que buscamos, cura no creo que sea, así que será de los legos y vivirá fuera.

Se calló otro momento, sopesando sus pensamientos y al fin continuó hablando.

—Así que antes llama a Vigo, díles que lo busquen allí y lo detengan en donde lo encuentren, no vaya a ser que alguien lo avise desde aquí una vez que tú levantes la perdiz y de forma que se nos eche a volar el pajarito. Tú vete directo a detenerlo, por si está en Compostela. Mejor actuar con sorpresa. Si no es él nos disculpamos y punto. Pero no podemos exponernos a que se nos escape.

Luego volvió a quedarse pensativo, sin darse cuenta de que Deza permanecía en el quicio de la puerta, con la mano aferrada al picaporte que la abría, sin saber qué hacer, sorprendido aún por la rapidez con la que todo había girado, en escasos minutos, dándole la vuelta a una situación que se había mantenido tal cual desde hacía ya demasiado tiempo.

—Es mucha casualidad que la tal Elka muriese estrangulada como los demás...; y el que no fuese sometida al ritual con el que este cabrón envolvió los otros crímenes

no quiere decir más que no tuvo tiempo de prepararlo. Corre sin perder un minuto.

A partir de ahí los hechos empezaron a desarrollar una velocidad que resultó difícil de controlar.

En el momento en el que Diego Deza, acompañado de Cerqueiro, Leira y dos agentes más de uniforme, se dirigía a San Martín Pinario ascendiendo las escaleras que conducen a la Azabachería, a través de un pequeño túnel de bóveda de cañón sobre el que descansa parte del peso del palacio arzobispal, pudieron observar cómo dos miembros de la orden salían de la catedral y se dirigían hacia el monasterio barroco que, después de cobijo de frailes y de carlistas durante el siglo XIX, había sido sede del seminario mayor de la diócesis compostelana y ahora era residencia más o menos estable de los miembros de la OMSMA.

Uno de los dos ensotados en azul y amarillo giró repetidamente la cabeza hacia ellos. A Deza le pareció que lo hacía analizando la dirección que ellos llevaban, ralentizando su marcha para darle tiempo a definirla. Era evidente que Deza también había reparado en ellos y esa advertencia obligó al más observado a dirigirse a su acompañante mientras imprimían mayor velocidad a sus pasos.

Al estar ya más cerca de ellos, Deza se convenció de que el que había despertado sus sospechas, sin la barba recortada que lucía en las más de las fotografías que había visto, podía no ser el que venían buscando. Sin embargo, su complexión y su actitud denunciaban una intranquilidad que lo señalaba.

En ese momento Diego Deza aceleró el paso.

—¡Vamos! —urgió a sus compañeros.

Cuando, subidas las escaleras que conducen a él, accedieron al enorme portal de entrada al convento, los dos miembros de la OMSMA se encontraban ya en lo alto de otro tramo de escaleras que da acceso al patio central del monasterio. Al verlos a punto de cerrar la puerta, el subcomisario Deza alzó la voz.

—¡Anselmo López! ¡Queda detenido! ¡Policía!

***Compostela, unos días antes del 31 de julio,
mientras el subcomisario Deza y sus hombres
acudían a San Martín Pinarío***

Al quedarse solo en su despacho, Salorio volvió a llevarse su llamador de ángeles a la oreja. Debió reconocerse, en medio de una sonrisa que no quiso enigmática, pero sí compasiva, que, en ese instante, su sonido se le antojaba música celestial. Hacía ya muchos días que había pedido la lista de miembros de la Orden y Mandato y mucho tiempo, por lo tanto, que la había ojeado por primera vez sin haber reparado en nada que hubiese despertado su curiosidad, al menos su curiosidad.

Ahora, algún ignorado mecanismo interno le había suscitado esa curiosidad suya, que él siempre había pretendido insaciable, de modo que una interminable asociación de ideas que nunca más sería capaz de reproducir en su mente, mucho menos de verbalizarlas, lo había conducido a establecer la relación determinante de que sus subordinados hubiesen sido enviados en pos del asesino. Pero no suponía que tales hechos pudiesen, a su vez, impulsar toda la actividad que en breve se habría de desarrollar.

Animado por la última toma de decisiones, esperanzado con ellas, empezó a preguntarse las posibles razones por las que sin embargo todo se podría venir abajo. Ése era su carácter. La ansiedad, la inestabilidad permanente, permanecían siempre escondidas, agazapadas bajo su apariencia reposada y afable que se ofrecía cachazuda, sí, pero atenta a todo lo que lo rodease en cada momento, pendiente siempre del más mínimo movimiento de una hoja, de la inflexión de una voz, del comentario pronunciado en su presencia, leído en un libro, percibido en la distancia, nunca sabría decir cómo, mientras su mente cabalgaba un caballo loco y su corazón se aceleraba siempre a impulsos de su mente; casi nunca a los de su cuerpo escasamente fatigado.

Uniéndolas a la satisfacción causada por la certeza de que por fin había enderezado la resolución del caso, empezó a barajar las causas por las que éste se le podría escapar de las manos de modo que su corazón volvió de nuevo a acelerarse. Entonces, en otro arranque, decidió informar al juez de las decisiones que acababa de tomar y de los motivos que lo habían inducido a ellas.

El magistrado lo entendió de inmediato y aceptó dejar que todo transcurriese como Salorio esperaba, de modo que al comisario se le echó a volar la imaginación. En el fondo, tendría gracia que al final el asesino de su amigo periodista fuese el

mismo que el de la mujer que tenía un ángel tatuado en la nalga. Sería tanto como la confirmación de que Dios escribe casi siempre como en su niñez le habían explicado que escribía: recto con renglones torcidos.

Al descubrirse pensando así no pudo evitar sonreírse otra vez ante la evidencia de lo mucho que nos impregna todo lo aprendido en la niñez. Un agnóstico como él, reconociéndole a Dios no sólo su existencia, sino incluso sus métodos e intenciones. Sin embargo, era tanta la alegría sentida en momentos así que se dijo que, si no había Dios, debería haber algo que se le pareciese mucho y que se hubiese decidido a administrar justicia, justicia divina en auxilio y corrección de la que la humana no había sabido impartir.

De ser ciertas sus deducciones, Vilardepau regresaría a la cárcel o al psiquiátrico en los que consumir los días que le restasen de existencia, poniendo de tal modo a salvo alguna vida más de las muchas que, sin duda, habrían de cruzarse con la suya. La vida ciertamente era un disparate, tejida de casualidades, movida por el azar, sujeta a destinos que nadie solía imaginar en su verdadera y real dimensión. ¿Qué hacía, si es que era realmente él, un asesino en serie como Vilardepau, metido en una orden religiosa tan rigorista y extremada como parecía ser la de los miembros de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel?

—¡No hay peor puta que la arrepentida! —se respondió entonces el comisario, sin acordarse para nada en ese momento de la azarosa vida de Elka.

En lo único que pensó en ese momento fue en el asesino induciendo con su actitud, firme y recogida, llena de devota unción, el mayor fervor en el comportamiento de los fieles de la catedral compostelana. Se imaginó esa actitud como amenazadora para quienes permaneciesen ajenos a su ejemplo.

No le resultó difícil visualizar la imagen, revestida de vainilla y azulón, del *serial killer* Vilardepau dirigiendo rezos, mascullando rosarios y letanías, entonando canciones y cánticos religiosos. En ese momento no pudo reprimir la sospecha de que la presencia del asesino de Regino en la Orden y Mandato tenía que responder necesariamente a un desequilibrio emocional del tipo que no le competía a él decidir o bien a la necesidad de buscarse un escondrijo en el que permanecer oculto durante un tiempo.

Al pensarlo así se inquietó por sus subordinados. Si ésa era la razón, seguro que no se habría de entregar dócilmente y seguro también que opondría resistencia. Había sido un insensato enviando a tan pocos efectivos policiales a detenerlo.

La alegría se le transformó en temor. Regresó de la ventana detrás de la que había permanecido oculto y se sentó de nuevo a su mesa al tiempo de descolgar el auricular del teléfono. Había estado de pie, mientras divagaba, finalizada su breve charla telefónica con el juez, parapetado tras los visillos que Eulogia se había empeñado en regalarle y que, cada cierto tiempo, le obligaba a descolgar para sustituirlos por otros, exactamente iguales, mientras enviaba aquéllos a la tintorería.

Se había entretenido observando los magnolios de la plaza, en tanto divagaba

acerca de sus recientes pensamientos y de las decisiones que éstos habían suscitado. Los árboles estaban cada vez más crecidos y esbeltos, portadores ya de las yemas que acabarían siendo flores blancas y tenuemente olorosas, a la vuelta de pocas semanas, y, ahora, recordándolo mientras descolgaba otra vez el auricular del teléfono, empezaban a antojárseles provocadores de una frivolidad que lo molestaba. Pero no se preguntó por qué. Tenía otras cosas en las que pensar.

Primero envió a más agentes detrás de los que comandaba Deza y después llamó a Vigo para advertir de la entidad real del sujeto al que se deberían de enfrentar en el caso de ser localizado en la bronca ciudad atlántica, sede central de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel, el que le marcaba los límites al maligno.

Una vez que hubo dispuesto todo el operativo de este nuevo modo, pensó en incorporarse él mismo a los efectivos desplazados al convento de San Martín Pinario. Decidió ir andando hasta el lado norte de la catedral. Llegaría mucho antes que si se desplazaba en coche pero, al salir de comisaría, y ver a una pareja de agentes de los que patrullaban la ciudad a bordo de sendas motos *scooters*, hizo que uno de ellos lo transportase en el sillín trasero; un sillín trasero que no lo era en realidad, sino el delantero alargado de modo sugerente, pensado, más que para un comisario gordo y preocupado, para una joven dama desinhibida y algo revoltosa.

Cabalgando la *scooter* en la grupa de una de las motos, el comisario Salorio ofrecía una inolvidable imagen que no pasó desapercibida a ninguno de los muchos turistas y vecinos de Compostela que se cruzaron en su camino mientras circulaba dificultosamente, por dirección prohibida, con las luces azules de las dos motos centelleando destellos y las sirenas de la policía aullando medio enloquecidas por en medio de la pequeña muchedumbre que iba y venía de la praza do Obradoiro.

Sin embargo, Salorio permaneció ajeno a cualquier comentario de los muchos que suscitó a lo largo de todo el recorrido, no todos proferidos en voz baja. Su mente iba entretenida en sopesar todos los aspectos, positivos y negativos, que podría deparar la irrupción en el recinto eclesiástico de las fuerzas de seguridad enviadas por él.

En los años que llevaba en Compostela todo parecía girar en torno a la catedral y dependiendo de la Iglesia de modo que, si lo pensaba con cierto detenimiento, la crónica posible de todo lo profesionalmente vivido desde su llegada contendría el resumen de lo que constituiría el retrato de una sociedad y de un modo de vida en aquella ciudad que siempre había sido considerada levítica y que desde el advenimiento de las instituciones políticas de autogobierno había devenido en deuteronomica, bíblica en todo caso. Él era así y Compostela era de ese modo. La imagen derivada de la contemplación de ambas realidades, la suya personal y la de la sociedad en su conjunto, equivaldría a la del retrato de una sociedad, su comportamiento y su vida.

En esa sociedad eran posibles personajes como él mismo, desapariciones como las de las víctimas atribuidas a Dalmiro Valverde y debidas a Dios sabría quién, libertades como las facilitadas a asesinos en serie del mismo orden que lo era

Vilardepau, a narcotraficantes rebosantes de millones de euros o a dirigentes bancarios excedidos en sus indemnizaciones; millonarias excéntricas como su propia compañera y su adorada Donatella, comportamientos profesionales como el suyo propio y situaciones como las vividas en los últimos meses, jocosas en ocasiones, delirantes en otras, indignas en no pocas oportunidades, excepcionalmente heroicas de vez en cuando, cada vez que eran los hechos los que determinaban las acciones y no el pensamiento reposado el causante de ellas.

Lo vivido en las últimas semanas se le antojaba una enorme parábola de la vida, no sólo de la pacata y provinciana que muchos pensarían, sino de toda ella, la de las grandes cosmópolis y la de los pequeños arrabales. En todas ellas habría reyes encadenados y banqueros a los que cualquier alcalde comunista cordobés quisiera ver de presidente de gobierno para, sin pretenderlo, acabar viéndolo seguir los pasos reales en presidio. En todas partes la prensa demonizaría a cámaras de televisión y ocultaría a asesinos en serie que hubiesen resuelto contenciosos familiares hasta que el azar y la luminosidad desprendida por un grupo de iluminados acabasen por poner las cosas en su sitio. Los hijos de los ricos que jugasen a comienzos del siglo XXI a ser tunos de finales del XIX verían celebradas sus gracias y siempre habrá una puta estrangulada en una esquina oscura de cualquier ciudad solemne. La vida no la determinan los héroes, sino los seres mediocres, sean comisarios o jueces, seres llenos de austeridad y templanza o animales abandonados a la gula y la lascivia, melancólicos evocadores de las grandezas propias de las sagas nórdicas, las célticas entre ellas, o lechuzas llenas de erudición y saberes helénicos. Al final todo nuestro mundo está constituido con palabras, somos palabras y de palabras está compuesta la materia de los sueños.

Mientras el sonido de la sirena se le incrustaba en el cerebro penetrándolo por el tímpano del oído izquierdo, Salorio no encontraba razón alguna por la que él no debería ser como era, los hechos otros y distintos de los vividos hasta ese momento. Ni los jueces, que actuaban de acuerdo con lo que su pensamiento evocaba en aquellos instantes, otros y diferentes de aquellos para los que él en tantas ocasiones no encontraba justificación. Tampoco, ya puestos, por qué habrían de ser otras las valoraciones que suscitasen las mujeres que lo amaban o lo habían amado, a él al comisario ramplón y gordo, y que, según fuesen unas u otras, habían determinado su propio comportamiento de tan distintos modos. La vida era un disparate, pero era también hermosa siendo así, de esa forma, y mejor sería no negarla.

El recorrido hasta San Martín Pinario, intelectualmente intenso, lleno de dificultades presentadas por los transeúntes que se encontraron durante el trayecto, resultó muy breve a ojos del comisario, incluso yendo a lomos de aquella moto de resoplar cansino reflejado en el tableteo de un motor que, a causa de su propio peso, parecía poder dar su última explosión en cualquier momento.

Salorio se encontró así, de repente, delante de la fachada barroca de San Martín Pinario, apeándose de la moto del modo más digno que encontró posible, sin darse

mayor oportunidad a la posibilidad de mayores divagaciones que las precedentes. Se bajó de la moto y, con las dificultades imaginables, afrontó, con toda la velocidad que fue capaz de imprimir a sus piernas, superando el dolor con el que sus rodillas respondían al esfuerzo, el primer tramo de las escaleras de acceso a la inmensa fábrica de San Martín Pinarío.

Compostela, 31 de julio de 2011. Domingo.

A media mañana, mientras el comisario Salorio

se desplazaba en moto hasta el convento de

San Martín Pinarío

En el momento en el que el subcomisario Diego Deza les dio el alto, los dos religiosos se miraron entre sí en silencio, interrogándose con la mirada. Lo hicieron durante un breve instante que a Deza le pareció eterno. Al policía le causaba un evidente desasosiego el hecho de entrar en un recinto religioso con ánimo de detener al integrante de una orden, vestido con sus hábitos y acusado de asesinato. Pero así era y a ello debía no poco del nerviosismo que lo inducía a tener la mano constantemente cercana a la culata de su revólver.

Por fin, el silencio fue roto por el que Deza había confundido con el asesino.

—El hermano Anselmo está arriba, desvistiéndose —dijo. Deza echó a correr hacia las escaleras en cuyo rellano permanecían los dos religiosos.

—Llévennos hasta él —les ordenó al tiempo que hacía una seña a sus compañeros para que los siguiesen.

Penetraron en el patio cuyo claustro conservaba en sus paredes las pintadas, ahora borrosas, hechas por los carlistas en el siglo XIX. Lo recorrieron, sin prestarles una atención que no se hubiera visto satisfecha, hasta abandonarlo en una de sus esquinas para acceder a otro, más pequeño, en el que sobrevive el tejo que probablemente sea el mayor y más viejo de España.

Después ascendieron hasta donde antaño, en los tiempos en los que el edificio fue sede del seminario mayor, estuvieron los tramos, es decir, las amplias salas dormitorio en donde transcurrían las noches y nacían los miedos de los seminaristas de entonces.

Por fin llegaron a un pasillo en el que pudieron ver las puertas de lo que a todas luces eran habitaciones individuales.

El religioso que les había hablado en el portal de acceso al convento, golpeó con los nudillos en la puerta de una de ellas:

—Anselmo, aquí hay una gente que quiere verte —dijo al mismo tiempo.

—¡Voy! —se oyó responder desde adentro y, casi al mismo tiempo, se abrió la puerta.

Un hombre corpulento, pero enjuto de carnes, fibroso y de mirada dura, ocupó el umbral sin que a Diego Deza le diese tiempo a traspasarlo, ni a reaccionar de ningún

modo de los muchos posibles. El ocupante de la celda vestía el hábito de la OMSMA y al ser empujado por uno de los policías de uniforme se echó a un lado. Inmediatamente entraron los demás; los dos miembros de la orden que los habían conducido hasta allí, también.

—Queda detenido como sospechoso de la desaparición de Elzbieta Kowalski —dijo Deza manteniendo la mano cerca de la culata. La posibilidad de estar realmente frente a un asesino en serie no le permitía tenerlas todas consigo.

Los clérigos que habían servido de cicerones improvisados se miraron incrédulos el uno al otro. No era posible lo que estaban oyendo. El hermano Anselmo López Vilardepau era un prodigio de religiosidad y unción, un santo en opinión de alguno de sus hermanos en Cristo y en el arcángel san Miguel que, sin duda, lo había enviado para salvaguardar los límites entre los creyentes normales y los ejemplares y dignos de ser imitados.

Durante el camino desde comisaría al convento, Diego Deza había venido informando a sus compañeros de la misión que les había sido asignada, procurando entrar de modo sucinto y rápido en los detalles que la explicaban, consciente de la incredulidad que habían de producirles y que ahora ya no era tan manifiesta como la mostrada, en su momento, por los dos clérigos; aunque sí perceptible en sus actitudes dubitativas y lentas, incrédulas al fin y al cabo, ante lo que estaban viviendo.

Que iban a proceder a la detención de un religioso sospechoso de un asunto muy feo, era casi todo lo que se había atrevido a decir Diego, en un principio; aunque algo más tarde, donde Diego había dicho digo, dijese ahora algo más al ampliar, siquiera fuese sucintamente, los pocos datos que la brevedad del trayecto y su algo mojigata disposición al respecto le permitieron suministrar. Lo había venido haciendo así hasta el justo momento de divisar a los dos religiosos que se dirigían al convento saliendo hacia él desde la puerta norte de la catedral.

Las actitudes mantenidas por sus hombres serían entendidas por el comisario Salorio como justificadas. Las de los dos clérigos como comprensibles.

—¡Pero si está en Polonia! —terció el otro religioso que había venido acompañándolos desde la puerta y que hasta entonces había permanecido mudo, tan pronto como pudo reaccionar después de oír la mención del nombre de Elzbieta Kowalski.

—¿Seguro? —preguntó el inspector Cerqueiro.

Sí —le respondió el devoto de san Miguel Arcángel— era muy inestable y se fue de nuestro lado.

—¿No vio usted en el periódico la fotografía de su cadáver? —preguntó a su vez el inspector Leira.

—No, no leo *El Correo*... —balbuceó el tonsurado en tiempos en los que ya apenas ningún religioso lucía coronilla.

—Usted se lo pierde, hermano... —sentenció el joven inspector.

—¿Usted cree...? —acertó a responder el fraile de modo que al inspector se le

antojó, si no desafiante, sí retador.

—¿Y éste, también es muy inestable? —le interrumpió Cerqueiro, al ver que el monje ponía cara de asombro y de no haber visto nada—. ¿Saben mucho de él?

—¿De Anselmo? —se sorprendió de la pregunta el religioso—. Es de lo más riguroso en su devoción, más, mucho más que cualquiera de todos nosotros.

—¿Saben de quién se trata? —preguntó entonces Diego Deza.

—¿Quiere decir que sí sabemos que estuvo en la cárcel? —preguntó a su vez el otro religioso—. ¡Claro que lo sabemos! ¡También los dos ladrones que acompañaron a Jesús en la Cruz y que uno de ellos estuvo con él, al día siguiente, en el Paraíso!

—Pero eran ladrones, no asesinos en serie como éste que, por lo menos, se llevó a cuatro por delante.

Los dos rapados monjes voluntarios, si es que los hay involuntarios, que no parece ser que los haya, pero sí a tiempo discontinuo por amor a Dios, quedaron sin palabras ante la rotunda afirmación del subcomisario.

El que habló fue Leira, que se decidió a hacerlo ante el silencio de su superior, no se sabe si aun a riesgo de dejar en evidencia su desconocimiento de a quién realmente estaban deteniendo o a efectos de que el grupo invasor, en todo su conjunto, fuese debidamente informado.

—¿Cómo?

—¡A cuatro, sí señor! O a más que no sepamos. Espero que éstos sí estén en el Paraíso.

—¿En compañía de Elka? —preguntó entonces Cerqueiro, sonriendo, mientras no conseguía evitar la evocación del cuerpo desnudo de la asesinada ni desviar la mirada de la que lo enfrentaba directamente con el religioso que se había mostrado seguro de que no se perdía nada leyendo prensa profana.

De la mirada con la que lo asaeteó el subcomisario se podría decir que fue atroz. Había pretendido transmitirle con ella la convicción de que ya hablarían ellos dos, más tarde. Ésa era su intención, pero ignoraba que no habría de ser así. La velocidad de los acontecimientos que estaban a punto de precipitarse, para afectarlo a él directa y gravemente, habrían de dejarlo inútil para tal tipo de conversación en muchas semanas y, luego, ya no merecería la pena mantenerla.

—Mire a ver en su armario si tiene guardados relojes de pulsera, cuéntelos si los encuentra. Entonces nos podremos hacer una idea más aproximada de cuántos se llevó por delante desde que abandonó la cárcel —dijo por fin el subcomisario, informando de modo indirecto del afán coleccionista de Vilardepau que, mientras tanto, permanecía sereno sin oponer, ni siquiera manifestar, resistencia alguna.

El subcomisario Deza se alegró de haber considerado así de fácil y oportuna la posibilidad de realizar un registro sin mayor problema que el de encomendárselo, rogándoselo, a uno de los religiosos de la orden. Hasta ese momento Anselmo López, irreconocible en su hábito de miembro de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel, había permanecido en silencio, atento al discurrir de los acontecimientos y

a las intervenciones de sus hermanos en la fe y sus perseguidores de antaño y al parecer también de hogaño.

Llegado ese instante intentó acercarse a la mochila en la que guardaba su ropa de paisano, pero se lo impidió uno de los dos agentes que habían venido acompañando a sus superiores, él que lo había empujado, echándolo a un lado, cuando había intentado impedir la entrada de los visitantes en su habitación.

En el armario, dentro de una caja de zapatos había varios relojes, entre ellos uno de mujer; al verlos, el religioso que había rebuscado en los cajones hasta encontrarlos dijo:

—Creo recordar que éste es el de Elka —aseguró enseñando uno de ellos.

Todas las miradas se volvieron entonces hacia Anselmo López.

Anselmo los miró como si lo hiciese desde lejos, como si los otease desde un otero, distanciada y fríamente.

—Regresó para tentarme —afirmó solemne y lleno de una compunción que a todos, menos a sus hermanos en la fe micaelita, se les antojó fingida.

A partir de la afirmación realizada, Anselmo se ofreció invadido de una extraña compunción y no tuvo el menor reparo en confesar, allí mismo, con lujo de detalles, sin abandonar la habitación que otros supondrían celda, ni siquiera mostrar la más mínima intención de hacerlo, cómo, arrepentido de su vida pasada, había decidido entregar su vida a adorar a Dios y cómo el Divino Salvador había venido en su ayuda poniéndolo en ocasión de escuchar las dulces melodías, llenas de mensajes que lo invitaran a ello, cantadas por las hermosas voces de las hermanas de la Orden.

Habían sido sus voces, argentinas y dulces, las que habían supuesto para él la llamada de Dios. Había sido el mismo Dios quien lo había llamado a través de ellas. Así que se había puesto en contacto con la OMSMA y profesado en sus filas.

Los clérigos presentes en el momento de la confesión se mostraban emocionados ante la fluencia del relato, procurando memorizarlo en todos sus extremos, convencidos de que algún día habría de servir para ilustrar la vida de un pecador arrepentido. ¿No había sido san Agustín el pájaro que había sido y sin embargo ahora era santo y doctor de la Santa Madre Iglesia?

Mientras tanto, López Vilardepau continuaba su historia.

—Elka también tenía una hermosa voz y no supe sustraerme a su encanto. Cada vez que venía desde Vigo a Compostela nos encontrábamos en los alrededores de la catedral o incluso en su interior —dijo observado la reacción que sus palabras producían en los policías.

—Ella también había sido una pecadora y estaba arrepentida —siguió contando el asesino ante el asombro de sus hermanos en Dios— y yo ya había redimido mis culpas con la sociedad. Ahora era un miembro de la Iglesia.

El asesino confeso de Regino, y de otros tres inocentes, observó el efecto que sus palabras estaban causando en su atento auditorio y prosiguió su relato.

—Encontré a Elka, un día, sentada en uno de los últimos bancos de la nave

central. Ella me descubrió observándola y, poco después, comenzó a cantar..., elevando su voz por encima de las de los demás fieles.

Quien era, ya sin ofrecer duda alguna a ninguno de los presentes, el asesino de Regino continuó relatando el inicio de su relación con la polaca pecadora, dueña de tan hermosa voz, y cómo poco a poco la había ido convenciendo de que profesase en su misma orden.

—Tu voz servirá para atraer vocaciones, le dije —aseguró Vilardepau—, y podríamos vivir más cercanos, acabé por insinuarle al cabo de algunos otros encuentros mantenidos con la necesaria discreción pues los caminos del Señor son inescrutables y se alegra más el pastor por la oveja perdida que regresa al rebaño que por las cien que permanecen en él desde siempre.

A Diego Deza la argumentación le empezó a parecer tan encomiable como creíble y dejó que cediese un poco la tensa atención en la que se había mantenido hasta ese momento.

Elka no se había resistido a este último argumento, continuó relatando Vilardepau, en medio del silencio conventual, concitando la atención de su auditorio, se diría que incluso subyugado por el encanto de su voz. La polaca no tenía adonde ir, se le acababan sus ahorros y estaba harta de la vida que había llevado hasta entonces. Por fin parecía haber encontrado a alguien más fuerte que ella, alguien capaz de protegerla con independencia de la vida que hubiese llevado y de los métodos que pudiese utilizar para ello. A última hora, el hecho de fingir una vocación no le habría de costar mayor trabajo, habiendo fingido ya hasta entonces la cantidad de personas que había simulado ser.

—Se había enamorado de mí —adujo sin rubor alguno el ex presidiario, como explicativo colofón e incluso como anticipo de todo lo que habría de venir después.

Sería la relación así iniciada, y mantenida con tantas dificultades, bajo la atenta vigilancia de las otras y muy rigoristas religiosas, la que precipitase su abandono de la Orden, al cabo de pocas semanas. Lo haría en espera de ser seguida por su amado, algo que al final no había sucedido, sin que Vilardepau aventurase en el momento de tan larga descripción ninguna posible razón para ello. Quedó en el aire si había rechazado la idea de abandonar también él la Orden o si pensaba hacerlo en fecha breve. Por eso ella había regresado en su busca.

—Me llamó primero por el móvil, para advertirme de su llegada y luego para citarme en la Quintana antes de la hora de maitines... Estaba acostumbrada a madrugar —añadió Vilardepau, a modo de explicación y pretendiendo resultar convincente; luego continuó contando cómo se había desarrollado todo.

Lo hizo no sin antes confirmar que había llegado a su cita a hora tan intempestiva, pero idónea para no infundir sospechas, pues siempre era el primero en acudir a la catedral y eso, unido al hecho de que ella lo supiese y lo hubiese citado tan temprano, le facilitaba la asistencia mejor que a cualquier otra hora.

—Llegué allí y allí estaba Elka, vestida con el hábito de la Orden —continuó

Anselmo con la mirada expectante, escrutadora del rostro y de las reacciones de quienes lo escuchaban.

El ambiente parecía que se había distendido. La naturalidad de la narración, la buena disposición de ánimo que mostraba el detenido, la tranquilidad con la que se estaba desarrollando la intervención policial recordaban cualquier cosa menos la posibilidad de un drama o la de que los hechos se debiesen a otros precedentes.

—Eso no me gustó nada —añadió Vilardepau, revestido aún con su sotana amarilla y su casulla azul chillón—, me desagradó incluso; aunque pensé que sí, que disimularía más la presencia de una pareja así vestida en los alrededores de la catedral que si lo hiciese con ropa de calle una pareja de nuestra edad; al menos en el caso de que alguien nos viese y en el caso de que éstos fuesen devotos, pues ya saben a qué nos dedicamos y a qué horas empezamos a rondar por la catedral.

Anselmo detuvo la narración y observó de nuevo los rostros de los cinco policías y los dos ensotanados varones que lo contemplaban. Al comprobar que seguían expectantes esperando a que continuase su confesión, continuó hablando.

—Elka me pidió que regresara con ella, que nos fuésemos a vivir a Polonia o adonde yo eligiese. Se abrazó a mí y empezó a besarme. Entonces me di cuenta de que todo estaba preparado, de que no había improvisado nada porque, al abrazarse a mí, debajo del hábito la sentí desnuda, la supe completamente desnuda, tan sólo para tentarme. Era una furcia.

Vilardepau refrenó la narración para escrutar el efecto que sus palabras causaban en sus oyentes. Viéndolos atentos, continuó hablando de nuevo; esta vez, cargando sus palabras de intención.

—Sin duda que había sido enviada por el maligno para tentarme. Venía desnuda para convocarme a la fornicación, a fin de que yo también me condenase, alejándome de la salvación que supone la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel.

Volvió a permanecer en silencio otros breves segundos, antes de coger aire de modo ostentoso y resignado y continuar la narración de lo sucedido.

—Ella era una puta. Había ejercido en Madrid y en Gijón, donde ella insistía en que la había conocido.

—También tú habías sido un pecador —terció uno de los otros dos miembros de la OMSMA—, también tú...

—Querrá decir un asesino, es un asesino... —indicó el inspector Leira, por su parte.

—Entonces me enfadé.

Cortó Vilardepau, aparentando que ninguna de las dos interrupciones le había afectado lo más mínimo, como si no hubiesen tenido que ver con él, pero a todas luces molesto por ellas e intensificando en su voz la reproducción de la misma irritación que había sentido en el momento de los hechos como si quisiese reforzar así la contundencia de sus afirmaciones.

—¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Me enfadé muchísimo!

Volvió a hacer una pausa que añadiese expectación a la ya causada.

—Tanto me enfadé que, cuando me di cuenta, la tenía asida por el cuello, con las dos manos, sin pensar en que la estaban apretando y que continuaban haciéndolo. Mis manos, como si fuese Dios quien las guiase, la apretaron y la apretaron hasta que le faltó la vida.

Concluyó sin dejar de observar el efecto que sus palabras estaban causando en su reducido pero atento auditorio.

Al no saber interpretar lo que indicaban los rostros de los policías, satisfecho con la cara de estupefacción de los dos monjes, continuó su relato:

—Cuando fui consciente de que la había matado me encolericé aún más y golpeé su cabeza contra el borde del banco que recorre la plaza. La golpeé sin piedad.

Vilardepau hizo una nueva pausa que le permitiese sopesar la reacción de los presentes. Luego siguió hablando.

—Al darme cuenta de que debía huir, pues en cualquier momento podría aparecer alguien por cualquier esquina de la plaza, pensé que no sería bueno que la descubriesen desnuda y muerta debajo de nuestro hábito y se lo arranqué de cuajo, también el reloj. El hábito y una cadena que también llevaba los tengo en la mochila. El hábito aún huele a ella —concluyó Anselmo su confesión con aire compungido e imperceptiblemente afectado.

Los demás lo habían escuchado sin atreverse a interrumpirlo. Al término del relato, se prolongó el silencio que lo había arropado, hasta que fue el propio asesino quien se decidió a romperlo:

—¿Quieren ver el hábito de Elka?

Preguntó con la misma serenidad con la que había estado hablando, mientras se acercaba de nuevo a la mochila, sin que en esta ocasión se lo impidiese nadie. Sólo Cerqueiro acertó a desenfundar su pistola y a apuntarlo por sí, al darse la vuelta, lo hiciese con un arma en la mano.

No sucedió así. Con toda calma y absoluta serenidad, Vilardepau metió la mano en el interior de la mochila y extrajo del él un hábito amarillo y azul como el que vestían él mismo y los otros miembros de la Orden, atónitos ante todo lo que habían escuchado hasta ese instante.

Extrajo el hábito que le había arrancado a la difunta, lo posó sobre la mesa encima de la que reposaban un ordenador y varios libros y sin despertar sospechas introdujo la mano en medio del revoltijo de los pliegues que el hábito había formado. Al sacarla, la mano venía empuñando una pistola.

—¡Todos contra la pared! —ordenó sereno.

La orden cogió por sorpresa a todos de forma que también todos se replegaron hacia donde les había sido indicado, todos menos uno de los religiosos que se fue hacia él, extendiendo las manos, ocupando el ángulo de tiro del que hasta entonces había dispuesto Cerqueiro, al tiempo de decirle:

—¡Hermano!

Se lo dijo justo antes de recibir un tiro en la pierna que había adelantado de forma que, vistos los resultados, se hubiera podido suponer imprudente.

—¡El siguiente es en el pecho!

Le avisó su fraternal colega, con lo que se quedó, si no indeciso, sí suspenso, mostrando cierta cara de acongojada perplejidad.

El otro religioso se inclinó para socorrer a su hermano en el Señor, ajeno a los movimientos de Anselmo, que buscaba ya un ángulo de tiro adecuado para disparar de nuevo sobre ellos.

La breve vacilación sufrida por Anselmo, a quien despistó la cara de asombro de su otro hermano en Cristo, al menos hasta entonces, luego estaría por ver, dio lugar a que Diego Deza desenfundase su revólver y disparase sobre él, al mismo tiempo en el que por fin había podido hacerlo el inspector Cerqueiro.

El criminal que se había llevado por delante a Regino cayó abatido por un único disparo, el realizado por Deza. El de Cerqueiro sólo le causó una herida leve, apenas una rozadura. Nada si bien se piensa, pero suficiente para que Cerqueiro pudiese seguir durmiendo tranquilo en los días que sucederían al de autos, pese a los desesperados intentos del subcomisario por apartar de sí la dudosa condición de héroe que su acción le había deparado, pretendiendo adjudicársela a su colega sin mayor éxito y se diría que tampoco empeño.

A la mañana siguiente los titulares de prensa anunciarían que se había solucionado el misterio de la mujer muerta, que su asesino había sido localizado y que éste no era otro que un *serial killer*, puesto en libertad gracias a la sesgada aplicación de la doctrina Parot, detenido gracias a otro éxito investigativo seguido desde la comisaría de Compostela.

El asesino confeso, pues había testigos de su declaración ajenos por completo a la policía, había sido abatido de un certero disparo hecho, al parecer, por uno de los dos inspectores que habían acudido con el subcomisario de policía para proceder a su detención, un disparo realizado después de que él hubiese abierto fuego y herido a un religioso miembro de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel que, ahora, se encontraba estable dentro de la gravedad de su herida.

Salorio fue informado de inmediato de todo ello nada más llegar, jadeante y sudoroso, a la celda ocupada hasta entonces por el ahora difunto asesino convicto; ahora confeso, aunque no mártir de causa alguna.

Nada más contemplar la escena resultante de la reciente actuación de la policía a instancias ciertas de Anselmo López Vilardepau, el comisario Andrés Salorio se sentó en el borde del camastro que hasta hacía poco había servido de lecho al ahora difunto.

La rapidez de sus pasos, el ansioso ascenso por las escaleras después de haber oído el primer disparo, la agitación propia del momento, habían alterado su ritmo respiratorio hasta derivarlo en un jadeo ansioso con el que parecía querer absorber todo el aire de la estancia.

Poco a poco se fue calmando, mientras escuchaba la descripción de lo sucedido y

uno de los dos clérigos, arrodillado al lado del cuerpo, cadáver desde hacía breves instantes, le impartía la absolución en espera de que el otro regresase de buscar los santos óleos con los que administrarle la extremaunción a fin de que también él, como el buen ladrón, pudiese amanecer sentado en el paraíso en las cercanías del Señor.

El juez fue rápida e igualmente informado y la inmediata toma de declaraciones de los dos testigos permitió dar el caso por definitivamente cerrado con una rapidez que nadie hubiera supuesto. El hecho de poder dar carpetazo a situaciones enojosas como aquella significaba un placer pocas veces accesible.

Por su parte, monseñor Lobato y su arzobispo ayudaron no poco a que todo el proceso trascendiese a los medios en la medida oportuna y necesaria, pero en ninguna otra más. Lo hicieron de modo que el comisario pudo preguntarse, de nuevo, si los policías de las novelas y de las películas norteamericanas verían alguna vez las cosas como él las había podido contemplar. O si todo configuraría una épica tan lejana del cotidiano devenir de las gentes sencillas, como él, que se saben sometidas a los rigores del tiempo y de la edad. También a las imposiciones de las circunstancias y las convenciones sociales, al tiempo que dependientes de las servidumbres que imponen la religión y la moral.

La religión y la moral, esos agentes invisibles, aunque no imperceptibles. Una especie de viento, quizá un aura leve, que convierte la superación de los niveles medios admitidos por ellas en delitos, o en heroicidades, a tenor de las verdades que resulten necesarias o incluso convenientes según las luces y los días.

Justo en el momento en el que el comisario Salorio, ya en su casa de O Castelán daba fin a su recordación de los hechos y reflexionaba de tal modo, sonó el claxon del coche de Papá del Cielo en el portalón de acceso a la finca. Desde donde se encontraba, el comisario vio cómo Eugenia salía a recibirlo y se daban un beso escasamente convencional a efectos protocolarios.

—¡Este cabrón...! —masculló entre dientes.

Luego vio cómo abría el maletero y extraía una caja de ostras y se encaminaba con ella en alto hacia la entrada de la cocina.

Salorio había regresado a casa una vez que el juez autorizó el levantamiento del cadáver y que él hubo delegado todo en manos de Diego Deza, a quien de inmediato habría de sumársele una Andrea Arnoia ávida de su parte de protagonismo y de la parte alícuota de éxito que le correspondía.

Entre unas cosas y otras, entre las emociones vividas y las satisfacciones habidas, entre las prisas y las tensiones sufridas, al comisario ya casi se le había olvidado la proximidad de la hora de comer e incluso desaparecido el impenitente apetito que siempre disfrutaba y que, en ese mismo instante, se le activó de nuevo. ¿Cómo era posible, se preguntó, que se hubiese olvidado también de lo próxima que estaban la hora de la comida y la llegada del médico homeópata, siempre tan regalado por mujeres a las que sabía atender con sabiduría médica y galantería masculina, pero

ahora todavía ignorante de todo lo que acababa de suceder?

—Mejor —se dijo el comisario—, así tenemos tema de conversación asegurado mientras dure la comida e incluso llegada la hora del café.

Luego se fue a lavar las manos. Se atusó el cabello con ellas húmedas, se las volvió a mojar y, después de habérselas secado, salió al encuentro cualquiera diría que de la caja de ostras que ya reposaba en el mesado de la cocina.

—¡Ah, si fuera ya invierno y fuese lamprea esto sería otra cosa! ¡Pero es así y así habrá que resignadamente comérselas! —exclamó el comisario, haciendo una concesión a la imagen que tenía de sí mismo y del impacto que causaba en los demás, pero sabiendo también que no por ello habría de renunciar a una sola ostra de las que le correspondiesen en la comida de aquel quinto y último domingo de julio del que nunca hubiese sospechado que habría de transcurrir en familia, de aquel modo reconstituida en aquella casa que ya no era tan sólo suya.

Notas

[1] En la anterior entrega de las peripecias del comisario Salorio, éstas también habían empezado con la aparición de otro hermoso cuerpo de mujer recién diligenciado al otro mundo. Puede tratarse tanto de una fijación como de una incapacidad del autor para comenzar de otra manera. <<

[2] Se refiere a hechos acontecidos en la entrega citada en la nota anterior sobre las peripecias del comisario Salorio narradas en el contexto de la novela *Huesos de santo*. Como se ve, reproduce hechos que recuerdan aquéllos y que confirman la poca imaginación del autor a la hora de ponerse a escribir novelas pese a que éstas sean de pocas ambiciones. <<

[3] Mítico y veloz extremo izquierda del Real Madrid, recordado sea para desmemoriados o jóvenes lectores sin la formación necesaria a este respecto. Ya se sabe que los planes de educación han ido siempre de mal en peor. <<

[4] Ídem notas anteriores. Eulogia había administrado un somnífero a su suegra y su entonces esposo, que habían pretendido dejarla encerrada en casa sin conseguirlo. Se había, pues, ausentado y, al regreso, destrozó una vajilla completa arrojándola contra ellos. En medio de tal alboroto llegó la policía. Ese momento había significado el nacimiento de una relación que aún perduraba. <<

[5] En *Huesos de santo*, Salvador, una vez dejada en evidencia la bibliotecaria de la universidad, padeció un acceso de espiritualidad que ahora empezaba a cobrar significado: había sido un modo de solicitar la intervención divina, por intermediación de la eclesiástica, en asuntos tan mundanos como los que él había propiciado con su primer helicóptero. <<

[6] Juego de palabras entre Kant, filósofo; can, perro; y canciño, diminutivo gallego de perrito. <<

[7] Conocida ley que permite la aplicación de la parte ancha a unos, de la estrecha a otros, a juicio de los otorgantes. <<

[8] Episodio narrado en la anterior entrega de las peripecias del comisario. En él, Clara Ayán, bajo los efectos de un sedante, sueña que está subida al botafumeiro que funciona en ocasiones señaladas o siempre que haya quien esté dispuesto a pagar el trabajo de los *tiraboleiros* que lo mueven al son de las chirimías. <<

[9] Es evidente que el narrador omnisciente no debió de permanecer lo suficientemente atento como para poder transcribir ahora la entidad real de los gritos, pero, por echarle una mano, añadimos que sonaban algo así como ¡iaaaaaaghau, íá!, aunque no sepamos qué diantre querían decir, quizá «aparta que te rompo las narices», o cualquier cosa peor; quién sabe. (*N. del A.*) <<

[10] ¡Que se callen! ¡Que se callen todos! ¡Vuelvan a sus asientos! ¡Por favor, regresen a sus asientos! ¡Ocúpenlos de una vez, los recién llegados! ¡Que se sienten, coño! <<

[11] ¡Los que sean católicos, por favor, que se traguen la Sagrada Hostia! ¡Cuanto antes! ¡Los que no lo sean, por favor, que la devuelvan de inmediato atendiendo al ruego de los Hermanos y Padres de la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel! <<

[12] ¡Gracias por su colaboración, señor comisario! <<

[13] ¿Es usted católico practicante y cree firmemente que, en esta hostia consagrada, están realmente el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo? <<

[14] ¡Pues abra la boca! <<

[15] *Conselleiro*, miembro del gobierno autónomo de Galicia, responsable de un departamento administrativo, en este caso, el de Cultura. <<

[16] Ahora está en A Escravitude, enfrente mismo de la iglesia en la que en tiempos más rigoristas que éstos se casaban quienes habiendo perdido su doncellez esperaban un bebé, antes de los nueve meses preceptivos. Por esa razón, cuando se preveía que alguna moza sucumbiría a los requiebros de un galán, se decía de ella que estaba «al borde de la esclavitud» (*escravitude*, en gallego). El nuevo restaurante se llama La Marmita D’Inma y esta nota debe ser entendida como publicidad gratuita: en ella al autor le sirven la comida sin sal para que no empeore de su hipertensión arterial. <<

[17] O sea que está tan en su tiempo que su grasa moja, gotea sobre el pan de maíz o de centeno sobre el que se pone, recién sacada de la parrilla, aún caliente, para ir desmenuzándola con la yema de los dedos y comiéndola poco a poco; o mucho a mucho, como solía hacer el comisario. Para muchos se trata de un manjar. Para mí, Narrador Omnisciente, también. <<

[18] Siempre he sentido mucha devoción por san Miguel. Porque ha sido la primera criatura que eligió el Bien. ¡Me gustan los primeros! Me gusta san Miguel porque se pone siempre a nuestro servicio cuando le pedimos ayuda contra el demonio. Nos propone siempre la hermosa lección de Cristo: el más fuerte se pone siempre al servicio del más débil. <<

[19] Como sabes, en los extremos del occidente europeo donde se pone el sol y se ciernen las tinieblas todos los días, es decir, el diablo, mientras que en el oriente nace la luz, que se identifica con Cristo, se venera muchísimo a san Miguel, el arcángel que ejerce de centinela contra las fuerzas del mal. <<

[20] Hace poco tiempo fuimos a Sagra San Michèle en Piamonte, recordarás que es el sitio en donde se rodó *El nombre de la rosa*, inspirada en la novela de Umberto Eco. Este santuario era un lugar de pasaje muy frecuentado por los peregrinos italianos que cruzaban los Alpes para acceder a Francia, allí tomaban una de las cuatro vías que llevaban a España y por el camino francés alcanzaban la ansiada meta de Santiago. La estructura románica de Sagra San Michèle recuerda muchísimo la del santuario del Monte Gargano, en la región de Apulia, donde la devoción micaélica se inició en el siglo v. El espectáculo es impresionante. Al llegar a la cima de un promontorio que se asoma al mar Adriático se descubre una basílica de piedra blanca en cuya entrada aparece la siguiente inscripción: «TERRIBILIS EST LOCUS ISTE. HIC DOMUS DEI EST ET PORTA CÆLI». Es la única iglesia en el mundo que no ha sido consagrada por manos humanas. La historia de su fundación, que se mezcla con la leyenda, comenzó cuando un noble señor del Monte Gargano, que se llamaba también Gargano, perdió en la montaña un preciado ejemplar de su rebaño de toros. Después de tres días de búsqueda, con gran asombro encontró al animal de rodillas en la entrada de una cueva inaccesible. Viendo la imposibilidad de salvarlo, quiso matarlo con una flecha envenenada. Ante la maravilla de sus siervos, la flecha regresó hiriendo a quien la había disparado. Gargano cayó sangrando al suelo. Una vez sanado fue a visitar al obispo de su ciudad para consultarle sobre el hecho prodigioso. Al santo prelado, sumergido en la oración nocturna, se le apareció san Miguel, quien le expuso su deseo de que en esa cueva se le edificase una iglesia. El arcángel se manifestó al obispo tres veces y en la última ocasión de manera inequívoca. Le dijo que no era necesario que le consagrara la gruta pues ya había quedado santificada con su presencia. La leyenda narra que al penetrar en su interior, el prelado vio la huella milagrosa de un pie, testimonio de la sobrenatural visita, un altar revestido de rojo mantel y con una gran cruz de cristal. El santuario de monte Sant'Angelo se convirtió en una importante meta de peregrinación y contribuyó a la difusión de la devoción al arcángel en muchos lugares de la Cristiandad. <<

[21] Todo comenzó cuando hace algunos años mi sobrino Michele, un chaval de veinte años, fue a bañarse al lago Trasimeno con un amigo. De repente cambió el viento y el agua se volvió peligrosa. Mi sobrino ayudó a su amigo a alcanzar la orilla pero el riesgo de ahogarse que habían corrido había sido altísimo.

Esto sucedió un 29 de septiembre y ese mismo día Fredo me había regalado una estatua de san Miguel que me había traído del Monte Gargano. <<

[22] Así que se la regalé a mi sobrino Michele, ya que había sido la señal de que su patrón lo había protegido. Desde aquel momento siempre he deseado hacer algo importante en honor de san Miguel que me ha mostrado en la vida innumerables señales de su amorosa presencia. La ocasión se presentó cuando junto a Fredo descubrimos que en Finisterre había habido un culto, ya olvidado, a san Miguel.

Entonces con un Mercedes negro salí desde Perugia hacia Monte San Angelo (450 km). Allí compré una estatua blanca de san Miguel y el vendedor, hijo del artista-escultor, me dijo que su padre había tardado ocho años en finalizarla (desde 1956 hasta 1964) y que siempre decía que sólo la vendería en/para una ocasión especial. El «san Migueliño» de piedra permaneció durante una noche en el interior de la gruta cerca de una estatua más grande y muy antigua del arcángel, que está encima del altar. Tenía que realizar la vigilia de armas: como el escudero que se convierte en caballero. Al día siguiente fue bendecido durante una misa solemne. Todo el pueblo de Monte San Angelo sabía que me iba a Finisterre y me regalaron de todo: vino, dulces, la nuera del artista, una señora muy simpática, un collar, el hijo otra estatua pequeña como la de mi sobrino para que no la echara de menos. Dos días después me puse en marcha. Colocamos la estatua en el interior del coche y salí rumbo al puerto de Civitavecchia, cerca de Roma (550 km). Me embarqué con el coche en el *ferry* que va a Barcelona. Después de pasar por Zaragoza, Logroño, Burgos, Oviedo, recorrí el litoral de las Rías Altas... hasta llegar al Finisterre. <<

[23] Sacerdote de la diócesis de Ourense en tiempos de la II República Española. Fue un líder agrarista de importancia suma, capaz de congregarse a miles de campesinos en sus mítines, diputado en Cortes, capaz de explicarle a Lerroix el dogma de la transubstanciación de modo que sería, amén de divertido, algo oneroso de relatar en este espacio. <<

[24] Carajo tieso no cree en Dios, Eminencia. Eso fue lo que le dijo. <<

[25] Referencia a los frecuentes robos de reliquias perpetrados a lo largo de los siglos y modo con el que un conocido arzobispo compostelano definió el ordenado por él en la catedral portuguesa de Braga, una de las tres capitales galaicas durante la dominación romana, por cierto. <<

[26] Hay quien dice que se trata de sardinitas, de sardinas adolescentes, pero hay quien afirma que se trata de una especie distinta. En cualquier caso, tiene razón el comisario: están riquísimas si alguien las fríe como es debido. Entran a partir de la primavera, están en su punto en verano y las de Rianxo no son precisamente las peores. <<

[27] Los gallegos son muy devotos de las llamadas Animas del Purgatorio y se las pueden encontrar procesionalmente encaminadas durante cualquier noche, en medio de la niebla, tanto en el mar como en la tierra, portando luces y reclutando vivos; suelen visitar las casas por la noche y, a esos efectos, es conveniente dejar la escoba detrás de la puerta, la vajilla del desayuno boca abajo y el pan sobre el mantel por si lo necesitan. Como se sabe, el Purgatorio, al que Lutero despreciaba llamándole «El Tercer Lugar» supera al Cielo y al Infierno en que, a diferencia de ellos, él sí tiene futuro, se inventó en el siglo XII. El primero que está documentado es el de San Brandán, un santo gallego que fue a evangelizar Irlanda. En él, ya es casualidad, había un único tormento: el de la lluvia eterna. <<

[28] Enorme incensario de plata, próximo a los 100 kg de peso que recorre de lado a lado el transepto de la catedral durante las celebraciones importantes, a instancias de *Sos tiraboleiros*, que lo mueven, en número no menor de seis, gracias a un ingenioso sistema de poleas que cuelga de la mayor altura del cimborrio central. <<

[29] El grelo, *Brassica napus*, es la verdura gallega por excelencia, indispensable para acompañar a uno de los platos nacionales, el lacón con grelos, por ejemplo, porque hay más grelos y platos dignos de ser considerados de tal guisa. Al ser rico en betacaroteno aporta vitamina A, también vitamina C y ácido fólico, pero además un alcaloide que el narrador omnisciente, pese a serlo, no sabe determinar y que resulta ser muy útil a estos efectos de cicatrización de varices ulceraras. <<

[30] El narrador omnisciente lo es, de tal modo que no duda en hacer aseveraciones como la presente que, además de ser ciertas, afecten a sus amigos advirtiéndolo de una verdad grande que, en los países pequeños, suele carecer de las debidas dimensiones. País pequeño, infierno grande. Según se sabe. (*N. del A.*) <<

[31] Jornadas vividas en común por miembros o simpatizantes del Opus Dei. <<

[32] En la novela anterior, *Clavito* había estado a punto de ser engullido por una serpiente pitón propiedad de Eugenia que la llevaba de un lado para otro dentro de un bolso enorme y lleno de colores; quien tenga curiosidad por este tipo de banquetes deberá leérsela. <<